Estudios de DOCTRINA BÍBLICA



Ernesto Trenchard

Revelación e inspiración

La necesidad de una revelación

Esta serie de estudios doctrinales empieza con el tema de "la revelación", por la sencilla razón de que si Dios no se ha revelado a los hombres no tenemos ninguna "doctrina" que exponer. O la luz sobre toda cuestión fundamental en cuanto al hombre y Dios se alcanza por las investigaciones y los razonamientos de los hombres, en cuyo caso sobra una "revelación", o hemos de reconocer los estrechos límites y los obvios defectos del pensar humano en este terreno, para esperar que Dios se manifieste.

1. Los conocimientos humanos

"Creo lo que veo, lo que oigo y lo que palpo, pero nada más", asevera el hombre de "sentido común", creyendo que así afirma su propia personalidad y se salva de caer en la credulidad o en la superstición. De hecho solamente una pequeña parte de los hechos que nos afectan en la vida puede ser comprobada por nuestros cinco sentidos o elaborados por nuestro propio raciocinio. Cada día se extiende más el área de los conocimientos humanos; de modo que aun hombres inteligentes, con sólida formación cultural, necesitan consultar al especialista en multitud de materias que les interesan. El geógrafo pasa su vida estudiando los accidentes de nuestro globo terráqueo y su atmósfera, pero sólo es especialista en temas determinados que afectan una mínima parte del campo total de los estudios geográficos, y así con el astrónomo, el químico, el físico, el médico, etc. ¿Y podemos estar seguros aun de lo que vemos y oímos? Los sentidos operan con notoria incertidumbre, y necesitan la ayuda de toda clase de instrumentos si han de acumular datos firmes y comprobados. Diferentes personas aprecian los mismos hechos de distinta manera, hasta el punto de que el filósofo idealista llega a pensar que lo único cierto es la impresión que se produce en la mente del observador, dudando de la realidad objetiva. Tan complicado es el tema, que la epistemología, la teoría de la base y de los métodos del conocimiento, llega a ser un extenso ramo de la filosofía.

2. El método científico

Nosotros vivimos en la era científica, en la que conocimientos sobre nuestro medio ambiente se han acumulado, se han interpretado y se han aplicado en sentido práctico como en ninguna época anterior de la historia del hombre. Los resultados del método científico afectan las vidas de los hombres en todo pueblo civilizado, aunque en mayor grado en los países superdesarrollados, pero el método se conoce y se aplica únicamente por una minoría muy reducida de la raza, y aun así el especialista en estas materias puede ser un ignorante en otras de mayor importancia humana. ¿En qué consiste este método de acumular y utilizar conocimientos? No hay misterio alguno en el método, que consiste en acumular datos que se van comprobando hasta el límite de lo posible y que se clasifican. El cuidadoso escrutinio de estos datos, con la ayuda de aparatos cada vez más complicados y exactos, revela analogías y combinaciones que desembocan a menudo a maravillosas aplicaciones prácticas, bien que el científico genuino busca primeramente la verdad, y sólo en segundo término la aplicación provechosa. Las explicaciones de los fenómenos estudiados se presentan en forma de hipótesis, que ofrecen nuevas posibilidades de estudio hasta comprobarse o desecharse a la luz de nuevos descubrimientos. La ciencia es internacional, de modo que muchos miles de científicos trabajan en su materia en miles de laboratorios o campos de experimentación, y al notar

los resultados, los comunican a colegas de la misma especialidad por medio de libros, tesis e informes muy diversos. Las matemáticas constituyen el alma del método, pues es imprescindible emprender complicados cálculos sobre toda suerte de masa y movimiento, pasando desde partículas infinitamente pequeñas a los gigantescos e innumerables cuerpos celestes. A veces sale a luz un factor vital que permite la utilización de una multitud de conocimientos anteriores, y entonces el mundo se da cuenta repentinamente de destacados inventos, como son los del motor de combustión interna, del avión reactor, de los rayos láser, de la bomba atómica, etc.

Nos hemos extendido algo en estas consideraciones porque la ciencia ha llegado a ser la "diosa" de nuestro siglo y es necesario que la apreciemos juntamente con sus frutos dentro de una perspectiva exacta. Para bien y para mal afecta nuestras vidas en muchos aspectos y necesitamos saber lo que es, pues muchas veces se presenta, por sabios y por ignorantes, como rival serio a la revelación de la Biblia.

3. Limitaciones de la ciencia

No hemos escatimado nuestra admiración ante la perspicacia, la tenacidad y la habilidad de los científicos y de los ingenieros que colaboran en la producción de tantos ingenios, a cual más asombroso. Pero antes de pensar con los materialistas que estos conocimientos son los únicos de base sólida y de verdadera utilidad, debemos meditar en los hechos siguientes:

a) Cuanto más se investiga tanto mayor es el campo sin explorar que se va descubriendo. En el siglo XVIII un estudiante de buena formación cultural, de privilegiada memoria, de discernimiento y constante en sus lecturas y estudios, podría dominar una buena parte de los conocimientos científicos y filosóficos de su tiempo, llegando a creer que estaba bien situado para orientarse en la vida. Así eran los célebres enciclopedistas de aquel siglo. Todo eso ha cambiado radicalmente, y Sir James Jeans (científico y filósofo) declaró que lo que saben los científicos no es más que una pequeña isla en el océano de lo que ignoran. Ya hemos visto que el especialista en una pequeña subdivisión de su campo, bien puede ser ignorante en las humanidades, y aun en materias científicas ajenas a la suya. El ingente cúmulo de datos, experimentos, hipótesis, combinaciones y aplicaciones llega a ser una montaña que no deja de crecer y que ningún ser humano es capaz de escalar. El hombre es muy limitado en su inteligencia y tan pequeño moralmente como hace siglos. ¿Será capaz de controlar las enormes fuerzas que ha evocado y la "máquina" que ha creado? Hay muchos pensadores que no son creyentes evangélicos que creen que no.

b) Los resultados de la ciencia son asombrosos en su aspecto informativo y utilitarios, pero el profano en la materia no se da cuenta de que el científico es tan ignorante de la razón fundamental de las cosas como "el hombre de la calle". Una cosa es nombrar, describir y relacionar los fenómenos, y otra comprenderlos. La electricidad se describe como una forma de energía, y se utiliza de mil maneras, pero nadie sabe lo que realmente es. Se conocen exactamente todas las etapas del desarrollo del feto en el seno de la madre, pero nadie sabe por qué y cómo la célula fertilizada se divide y se multiplica millones de veces, imponiéndose un plan especializado en los miles de órganos embrionarios, hasta que el nuevo ser esté listo para ver la luz en un espacio de nueve meses. Los procesos de los más complejos polígonos industriales son sencillos en comparación con aquellos que se llevan a cabo durante la gestación, sin pensar en los asombrosos factores psíquicos que son inseparables del desarrollo físico del nuevo ser. Biólogos y fisiólogos sinceros confesarán lo mismo que David en cuanto a la razón íntima de la maravilla que aceptamos sin cuestión por ser parte de la experiencia común de la raza **(Sal 139:13-16)**. No nos dejemos deslumbrar, pues, por la gloria pasajera y limitada

de la “diosa” ciencia, porque dista mucho de ser omnisciente y omnipotente aun en el plano inferior que le corresponde.

c) La ciencia está sujeta a la “ley de frustración” que se describe en Eclesiastés y en **(Ro 8:19-24)**. Dios ha determinado que el hombre no ha de prosperar en su pecado, ni le es permitido hallar soluciones finales que prescinden de Dios. Así el descubrimiento de la energía nuclear podrá suplir la falta de otras fuentes de energía cuando éstas se agoten (carbón, petróleo, etc.), pero a la vez, por medio de las bombas nucleares, coloca a la humanidad sobre el borde del precipicio de una guerra nuclear, capaz de destrozar nuestra civilización y matar o mutilar la mayoría de la raza. Las máquinas, y aún estamos en los principios de la era electrónica, pueden acrecentar el ritmo de la producción, pero la “explosión demográfica”, resultado de los beneficios de la ciencia médica, aumenta hasta tal punto el número de bocas a alimentar, que dos terceras partes de nuestros semejantes no comen bastante, una tercera parte come demasiado, y la situación tiende a empeorar. Son ejemplos de la acción “boomerang” de la ciencia, que tiende a quitar con una mano lo que entrega con la otra, solucionando ciertos problemas y creando otros peores.

d) La ciencia no trae solución a los problemas psíquicos y espirituales del hombre. Hay más psicólogos y psiquiatras que nunca, pero el número de enfermos mentales aumenta sin cesar a causa del ritmo acelerado de la vida de nuestros tiempos, en los que lo artificial reemplaza con grado creciente lo natural. Damos por descontado que el hombre tiene alma, o vida interior, muy enlazado con el hombre físico y el proceso fisiológico, pero diferenciada de ellos y superior a ellos. Allí en lo íntimo brotan anhelos y se formulan plegarias que la “diosa ciencia” no entiende ni puede de modo alguno satisfacer. Reconocemos, pues, el valor relativo de la ciencia, como exploración de lo que Dios ha creado y como utilización de energías que él ha ordenado, pero como hombres, hechos a imagen y semejanza de Dios, esperamos una voz mucho más elocuente y poderosa; voz que proceda de Dios y que llegue a nuestras almas y espíritus con el poder del Espíritu de Dios.

Como bien indicó Zofar **(Job 11:7)**, el hombre es incapaz de penetrar en el secreto de la realidad de la vida espiritual, que se esconde detrás de las apariencias al alcance de los sentidos, sin el auxilio del Dios que le creó en su imagen y semejanza. Menos aún podrá comprender el Dios que le creó, aparte de la iniciativa del mismo Creador, quien levanta el velo para descubrir lo que el hombre, limitado por las condiciones de su creación, y más aún por el pecado, es incapaz de percibir. Esta iniciativa de Dios, que se realiza mediante los medios que hemos de notar, se llama revelación, o sea, el “descorrer de un velo”. No sólo creemos que Dios existe, sino estamos seguros de que puede y quiere revelarse al hombre que ha creado, habiendo ordenado los medios más apropiados para darse a conocer.

Los medios por los cuales Dios se revela

1. Por las obras suyas en la naturaleza

Por “la naturaleza” entendemos el “conjunto de las cosas, fenómenos y fuerzas que componen el universo”. Muchos de los Salmos, con una buena parte del Libro de Job, glorifican a Dios por la infinita sabiduría y potencia ilimitada manifestadas en las obras suyas de la naturaleza. No podemos creer que los incontables miles de maravillas que se hallan en el mundo inanimado, en el vegetal, y en el animal, se hayan producido por un proceso de evolución ciega. Lo que hacen los científicos materialistas (hay muchos otros que son creyentes y disciernen la mano de Dios) es quitar al Dios Creador, conocido por la revelación bíblica, sustituyéndole por una “diosa” que se llama “evolución”, que planea

procesos complejísimos, llevándolos a su realización y culminación. ¿Cómo lo hace? Esto no se explica, pues pocos creen ahora que pueda surgir sólo de la supervivencia de los más aptos, según la idea de Darwin. Alguna "Mente" tiene que haber que ponga en marcha tantísimos complicados y eficaces procesos, y parece mucho más lógico relacionar la obra con el Dios revelado por medio de Cristo, figura histórica, que no con una fuerza hipotética que no tiene base ni en la revelación ni en la filosofía. La revelación de Dios a través de sus obras, con las deducciones que lógicamente surgen de ella, se llama "teología natural", y, si nos dejamos guiar por la Biblia, ni hemos de exagerar su importancia ni excluirla tampoco. Pablo expresa el valor de este principio de revelación en las claras palabras de **(Ro 1:19-20)**: *"Porque lo que de Dios se conoce les es manifiesto, pues Dios se lo manifestó. Porque las cosas invisibles de él, su eterno poder y deidad, se hacen claramente visibles desde la creación del mundo, siendo entendidas por medio de las cosa hechas, de modo que (los idólatras) no tienen excusa"*. En el **(Sal 19:1-6)**, declara que la naturaleza tiene "voz" que llega a los oídos de los sumisos capaces de percibirla, y Dios mismo convence a Job de su pequeñez y sus limitaciones haciendo que considere las maravillas de la creación (Job capítulos 38 y 39).

Esta faceta de la revelación de Dios puede ser un principio de luz para los "niños" que desean conocerle **(Mt 11:25-26)**, pero no echa luz sobre los problemas internos del hombre pecador que se siente culpable y necesita el perdón. Tampoco revela de una forma clara el amor de Dios. Las obras de la naturaleza nos convencen de la sabiduría infinita de Dios, de su potencia, de que es fuente de la hermosura, de que es Dios de orden, pero quedamos esperando mayor luz de la que la creación en sí nos puede suministrar.

2. Dios se revela en la historia en general

La historia nos provee de ciertas lecciones, unidas con enigmas que somos incapaces de descifrar. Ayudados por la Palabra escrita sabemos que en un mundo de pecado, Dios, en su providencia, ha determinado que las naciones y las civilizaciones no podrán llegar a una consumación estable mientras se obstinan en su rebeldía en contra de su Creador. Esto reduce la vida humana *"debajo del sol"* a la *"vanidad"*, o a la frustración, según el agudo análisis del Libro de Eclesiastés, iluminado por las declaraciones de Pablo en **(Ro 8:18-25)**. Estas nos enseñan que Dios sujetó al mundo a esta *"vanidad"*, no porque desee que los hombres sufran, sino por la necesidad de que aprendan la imposibilidad de prosperar en el pecado. La historia de las civilizaciones señala sus comienzos, bajo el impulso de alguna fuerza religiosa, o algún ideal colectivo, su crecimiento en el que intervienen inevitablemente las codicias y las violencias que caracterizan a los hombres, para llegar a un momento de culminación, dentro de lo posible, tratándose de la raza caída. Después se inicia un proceso de decadencia que lleva aquella civilización a la ruina, para ser reemplazada por otra más cruda, quizá, en sus principios, pero más pujante. A veces los juicios de Dios se manifiestan rápidamente en contra de hombres que se "deifican", entregándose sin escrúpulos a realizar sus locas ambiciones, como en el caso del régimen nazi bajo la dirección de Hitler, y el del fascismo italiano que glorificó a Mussolini.

3. Dios se revela sobre todo en la historia de Israel

Aun después de la dura lección del Diluvio, los descendientes de Noé imitaron a sus predecesores antediluvianos, entregándose más y más a la idolatría. El capítulo 12 de Génesis señala el principio de un nuevo método de revelación, puesto que Dios escogió a Abraham, le sometió a diversas disciplinas, prometiéndole que sus descendientes habían de constituir un pueblo numeroso, hecho bendición para todas las familias de la tierra. Así formó Dios un "vaso", la nación de Israel, capaz de recibir, guardar y transmitir su Palabra

revelada en medio de la corrupción de la idolatría que contaminaba a toda la raza. El Pentateuco narra la formación de este pueblo, "siervo de Dios" para la obra de revelación, la cual no depende sólo de mensajes proféticos, sino que se discierne en las intervenciones de Dios en la historia, sea en obras de gracia, sea por la aplicación de sus justos juicios. El Éxodo llegó a ser el ejemplo más destacado de cómo Dios administraba sus juicios y cumplía sus promesas, siendo tema de muchos de los salmos que habían de alabar a Dios en tiempos posteriores. Como ejemplo, el estudiante debiera leer con cuidado los salmos 105 y 106, el primero de los cuales enaltece la obra de gracia de Dios a favor de su pueblo en la época del Éxodo y de las peregrinaciones, mientras que el segundo analiza las reacciones del pueblo de Israel, tan dado a la ingratitud y la rebeldía. Esta revelación que Dios da de sí mismo por medio de sus obras es rasgo característico de la Biblia, tanto en el Antiguo Testamento como en el Nuevo Testamento, y enlaza los mensajes divinos con la historia humana de una forma desconocida en las supuestas fuentes de revelación de otras religiones.

4. Dios se reveló por medio de mensajeros divinamente inspirados

Estos son los profetas del Antiguo Testamento y los Apóstoles del Nuevo. De su misión e inspiración trataremos más adelante.

5. Dios se reveló de una forma completa en su Hijo

La culminación del proceso de revelación en Cristo se expresa maravillosamente en **(He 1:1)**: *"Dios, habiendo hablado muchas veces y de muchas maneras en otro tiempo a los padres por los profetas, en estos postreros días nos ha hablado por el Hijo"*. La frase traducida por *"por el Hijo"* es, escuetamente, *"en Hijo"* en el griego, y condensa la idea de que Dios se dio a conocer ya por medio del Hijo suyo, complementando la declaración de Juan: *"El Verbo fue hecho carne y habitó entre nosotros (y vimos su gloria, gloria como del unigénito del Padre), lleno de gracia y de verdad"* **(Jn 1:14)**. *"Carne"* en este contexto equivale a la esencia de la humanidad, y el Verbo que siempre había dado a conocer el misterio de la Deidad como Agente de la creación, se encarnó, recabando la Humanidad que había creado y llegando a ser el Postrer Adán. Por este medio tan sublime, Dios revela tanto su corazón como su mente a los hombres en las condiciones de una vida humana (sin pecado) y en el contexto de la sociedad de los hombres. El estudio de los Evangelios es de importancia fundamental, pues sólo a través de las obras, palabras y actitudes del Dios-Hombre podemos conocerle a él, y por medio de él a Dios, pues *"El que me ha visto a mí ha visto al Padre"* **(Jn 14:9)**.

Los Evangelios son documentos históricos. No negamos que existan problemas en cuanto a la transmisión de estos escritos fundamentales de la fe cristiana, pero las variantes en detalle entre las narraciones de los cuatro escritos, que surgen del proceso de transmisión, de la necesidad de resumir ciertos relatos y de la finalidad del autor, no hacen más que confirmarlos como historia, redactados según el proceso que Lucas nota al principio de su Evangelio. Este evangelista señala la existencia de documentos desde el principio **(Lc 1:1-4)**. Directa o indirectamente todos llevan el marchamo de la autorización apostólica, además del valor netamente histórico que ya hemos discernido.

6. Dios se revela por medio de la Biblia, Libro inspirado

Notamos aquí el excelso valor de la Palabra escrita como medio por el cual Dios se revela a los hombres, pero siquiera un esbozo de este tema requiere un tratamiento aparte, que reservamos para la segunda parte de este estudio y el siguiente.

La revelación subjetiva

1. La revelación externa

Hasta aquí hemos considerado la revelación que Dios ha dado a los hombres por medios objetivos, o sea, externos al hombre que la recibe. Es muy importante comprender que la revelación no puede surgir del inmundo pozo del subconsciente del hombre, ni ordenarse por su razón. Jamás tal cosa habría sido posible, aun si el hombre hubiese guardado su inocencia, pues él es criatura y no Creador, con las limitaciones de su finitud. Una vez que el hombre había caído en el pecado, su maravillosa inteligencia quedó ofuscada, por la ignorancia pertinaz que brota de su rebeldía en contra de su Creador (véase un diagnóstico muy claro en **(Ef 4:17-19)**, de modo que su razón es incapaz de coordinar e interpretar con exactitud lo que observa muy parcialmente por sus sentidos. De ahí la necesidad de una revelación externa y objetiva. Desde luego, hombres inteligentes y estudiosos son capaces de analizar y explayar con mucho éxito temas importantes, y algo de verdad se encuentra en casi todos los sistemas filosóficos, pero siempre dentro de los límites que hemos señalado.

2. La revelación interna

Es el hombre mismo quien tiene que recibir la revelación, y este hecho evidente nos lleva al tema de la revelación interna o subjetiva. Para la escuela bartiana la esencia de la revelación consiste en el "encuentro con Dios", al recibir luz a través de la Palabra el que la busca, aun cuando no considere que la Biblia sea en su totalidad la Palabra inspirada y autoritativa de Dios. Se trata de la posición tan conocida de que la Biblia contiene la Palabra, sin que sea la Palabra en su conjunto, y que la revelación es personal y subjetiva, y no proposicional y objetiva. Discrepamos de esta posición, que remueve la base firme de la revelación objetiva e inspirada, garantizada por el mismo Verbo encarnado; sin embargo, admitimos la necesidad del "encuentro personal con Dios" por medio de la Palabra. El hombre que busca, halla, según el dictamen del Maestro, y por eso Jesús exclamó: *"Te alabo, Padre, Señor del cielo y de la tierra, porque escondiste estas cosas a sabios y entendidos y las revelaste a niños"* **(Mt 11:25-26)**. Los *"niños"* son las almas sencillas que se someten a Dios, siendo la Palabra tanto el medio que produce la fe como la base en la cual descansa **(Ro 10:17)**. Es imprescindible la obra del Espíritu Santo en esta revelación subjetiva, ya que *"nadie conoció las cosas de Dios sino el Espíritu de Dios" y "estas cosas son enseñadas por el Espíritu"*; *"El hombre natural no percibe las cosas que son del Espíritu de Dios, porque para él son locura, y no las puede entender porque se han de discernir espiritualmente"* **(1 Co 2:11-16)**. El que se deja llevar por el Espíritu, quien ilumina e interpreta la revelación objetiva, puede exclamar con el apóstol Pablo: *"Agradó a Dios revelar a su Hijo en mí"* **(Ga 1:16)**.

La inspiración de las Sagradas Escrituras

1. Definición

Existe una estrecha relación entre los términos revelación, inspiración e iluminación, pero es importante que no se confundan. Como hemos visto en la sección anterior, revelación señala todo el proceso por el cual Dios, según su propia iniciativa y propósito, "descorre el velo" que esconde las verdades con respecto a sí mismo, al hombre y a las relaciones que existen entre ambos. Inspiración es uno de los medios para la realización del propósito de la revelación, indicando el modo en que Dios, por el soplo divino, puede valerse de un siervo suyo, convirtiéndole en "portavoz" de su mensaje. Iluminación viene a coincidir con la "revelación subjetiva" que analizamos al fin de la sección anterior, ya que

el Espíritu Santo no sólo inspira al mensajero escogido a fin de que dé el mensaje divino con exactitud y poder, sino que también esclarece el entendimiento del oyente, o lector, para que entienda espiritualmente lo que fue dado por el mismo medio. A veces esta iluminación se llama *"el testimonio interno del Espíritu Santo"* **(1 Co 3:10-16)**. A continuación citamos los pasajes clásicos del Nuevo Testamento que definen el proceso de la inspiración de los profetas del Antiguo Testamento:

> **(2 Ti 3: 16-17)** *"Toda la Escritura (la referencia al Antiguo Testamento no se presta a duda) es inspirada por Dios y útil para enseñar, para redargüir, para corregir y para instruir en justicia, a fin de que el hombre de Dios sea perfecto (que muestre madurez espiritual), enteramente preparado para toda buena obra."*
>
> **(1 P 1:10-12)** *"Los profetas que profetizaron de la gracia destinada a vosotros, inquirieron y diligentemente indagaron acerca de esta salvación, escudriñando qué persona y qué tiempo indicaba el Espíritu de Cristo que estaba en ellos, el cual anunciaba de antemano los sufrimientos de Cristo, y las glorias que vendrían tras ellos. A éstos se les reveló que no para sí mismos, sino para nosotros, administraban las cosas que ahora os son anunciadas por los que os han predicado el evangelio; cosas en las cuales anhelan mirar los ángeles."*
>
> **(2 P 1:19-21)** *"Tenemos también la palabra profética más segura, a la cual hacéis bien en estar atentos como a una antorcha que alumbra en lugar oscuro, hasta que el día esclarezca y el lucero de la mañana salga en vuestros corazones; entendiendo primero esto, que ninguna profecía de la Escritura es de interpretación privada, porque nunca la profecía fue traída por voluntad humana, sino que los santos hombres de Dios hablaron siendo inspirados por el Espíritu Santo."*

En la primera cita **(2 Ti 3:16)** la frase determinativa es *"toda la Escritura es inspirada de (por) Dios"* (pasa graph theopneustos), que puede traducirse por la expresión *"toda Escritura (del Antiguo Testamento) tiene el soplo de Dios"*, tanto al recibir el profeta el mensaje como al declararlo, siendo todo ello obra del Espíritu Santo. Ya notaremos la parte del instrumento humano, pero ninguna consideración sobre las condiciones del siervo puede anular el claro sentido de esta declaración de Pablo, que expresa lo que pensaban tanto judíos como cristianos en cuanto a la Palabra del Antiguo Testamento.

La segunda cita **(1 P 1:10-12)** surge del deseo de Pedro de hacer ver que los profetas del Antiguo Testamento dieron su testimonio anticipado en cuanto a Cristo. El Espíritu Santo en ellos señalaba los padecimientos del Cristo y las glorias que habían de manifestarse en él después. El Espíritu no obraba aparte de los profetas (véase la frase *"en ellos"*), pero les llevaba a la expresión de verdades que ellos mismos no podían comprender aún en su plenitud. Se recalca la obra del Espíritu al valerse de los mensajeros como portavoces de Dios, aun con referencia a acontecimientos futuros en la fecha del oráculo.

La tercera cita **(2 P 1:19-21)** corrobora el testimonio de las dos primeras, excluyendo una obra meramente personal de parte de los profetas, que no podían sacar sus mensajes de su propia intención y voluntad. La frase *"inspirados por el Espíritu Santo"* indica que fueron *"llevados adelante"*, de la forma en que el viento impulsa un velero, para dar a conocer el mensaje que les había venido de parte de Dios.

Las tres citas plasman con maravillosa claridad la doctrina apostólica de la inspiración, que se confirma por las referencias del mismo Señor y de los Apóstoles al texto del Antiguo Testamento, siempre considerado como autoritativo, puesto que se originó en *"el soplo de Dios"*. Quien no acepta esta doctrina se ha apartado de la doctrina apostólica y *"la Fe que ha sido una vez dada a los santos"* **(Jud 1:3)**.

2. El proceso de inspiración en el Antiguo Testamento

De Isaías a Jeremías

Empezamos con estos escritos del Antiguo Testamento, ya que se revela más claramente en ellos el proceso de inspiración que fue enseñado por los apóstoles Pablo y Pedro. Estos profetas ejercían su función en los días de la decadencia del testimonio de Israel, antes del cautiverio babilónico. Sus oráculos denunciaban el pecado del pueblo rebelde, dieron ánimos a los hombres piadosos del *"Resto Fiel"* y vislumbraban la victoria final de la gracia de Dios en Cristo. Isaías introduce sus oráculos de distintos modos, pero indicando siempre que la Palabra es de Dios y no la suya: *"En aquel tiempo habló Jehová por medio de Isaías diciéndole: Ve y quita el cilicio de tus lomos..."* **(Is 20:2)**. *"Profecía sobre Tiro..."* **(Is 23:1)**. Típico de Jeremías es la frase: *"Palabra de Dios que vino al profeta Jeremías..."* **(Jer 46:1)**. Ezequiel suele preludiar sus oráculos con frases como la siguiente: *"Y fue a mí palabra de Jehová..."*. Amós dice repetidamente: *"Oíd esta palabra que ha hablado Jehová contra vosotros..."* **(Am 3:1)**. En todos los casos se percibe la honda convicción del profeta de que hablaba en nombre de Dios al dirigir sus oráculos al pueblo. Los mensajes de los portavoces de Jehová a veces excitaron la hostilidad de las personas fustigadas, pero, en general, nadie dudaba de la realidad de la misión y función de los profetas, aun cuando los perseguían (Jeremías capítulos 37 y 38).

El Pentateuco

Los cinco libros de Moisés constituyen una amalgama de distintos "géneros literarios"; o sea, hay porciones históricas, biográficas, poéticas, legales, tipológicas, etcétera. Tales antologías ya se conocen fuera de Israel en bibliotecas como la de Ras Shamra. En este caso, ¿cuál es el proceso de inspiración? Hemos de reconocer la obra del Espíritu Santo no sólo en lo que manifiestamente constituye un "oráculo", un mensaje dado en el nombre del Señor y en la potencia del Espíritu, sino también al seleccionar y redactar datos pertinentes con referencia a la revelación que Dios va dando de sí mismo. Ya hemos visto que él se revela no sólo por mensajes, sino también a través de sus obras, que llegan a formar parte de la historia del pueblo. El Señor Jesucristo reconocía la plena inspiración de estos libros, y hemos de ver en ellos una combinación de inspiración directa de la inteligencia iluminada al considerar escritos anteriores de los patriarcas y de una sabiduría espiritual al redactar el material existente en una secuencia que obedece a su significado espiritual. La providencia de Dios ordenaba las circunstancias y el Espíritu de Dios, obrando a través de Moisés, garantizaba la veracidad de las expresiones verbales.

La teoría documental de Wellhausen y sus sucesores (que arranca de los años setenta del siglo XX) supone la necesidad de postular distintos autores, o equipos de autores, determinados por razones estilísticas y sobre todo por los títulos que emplean para Dios. El descubrimiento de amalgamas de distintos géneros en una sola obra en las bibliotecas ya mencionadas hace innecesario e inútiles tales análisis subjetivos, en los que diferentes escuelas de eruditos se hallan en desacuerdo en cuanto al detalle.

Los libros históricos, desde Josué a 2 Crónicas

Son libros anónimos, excepto la parte principal que tuviera Josué en el libro que lleva su nombre, y la que podemos atribuir fácilmente a Samuel en los primeros capítulos de 1 Samuel. La inspiración se ve en la selección del material histórico de tal forma que Dios sigue revelándose, dando a conocer también el desarrollo del plan de la redención. Detrás de los libros que llamamos Samuel y Reyes, una historia continua, hemos de suponer grupos de hombres proféticos capaces de responder a la guía del Espíritu Santo al seleccionar lo que revelaba los pensamientos y propósitos de Dios en la historia de Israel.

Detrás de 1 y 2 de Crónicas es probable que los autores no sólo tuviesen dones proféticos, sino que fuesen mayormente sacerdotes, ya que siempre ven al Templo en relación con el Trono de David. Hay mención de esta influencia profética en textos como **(1 S 10:35)** y **(1 Cr 29:29)**.

Los libros poéticos y de sabiduría

El mismo Señor atribuyó el Salmo 110 a David, escribiendo bajo la guía del Espíritu **(Mt 22:43-44)**, y reconoció el carácter inspirado de toda esta sección de las Escrituras (Job hasta el Cantar) que se llamaba "Los Salmos" por el título del libro más importante de la sección **(Lc 24:44)**. Los Salmos surgen de la honda experiencia interna de hombres piadosos, pero la parte humana "se sublima", o sea, se eleva a alturas de verdades divinas, por medio de la obra inspiradora del Espíritu Santo, dando a conocer experiencias internas del Señor en los salmos mesiánicos. Los Proverbios recogían la sabiduría práctica del pueblo, plasmada en sentencias breves y tajantes, pero tanto salmos como proverbios se citan en el Nuevo Testamento como Palabra inspirada de Dios. El proceso es diferente, pero es el mismo Espíritu Santo quien garantiza la verdad que se pone por escrito. Hasta los ritos levíticos, y el orden del Tabernáculo y del Templo, se revisten de carácter "profético", ya que, de distintos modos, dan a conocer la voluntad de Dios y aun prefiguran aspectos de la Persona y Obra del Cristo.

3. El proceso de Inspiración en el Nuevo Testamento

Los Apóstoles y sus colegas

Los Doce fueron escogidos por el mismo Señor *"para que estuviesen con él y para enviarles a predicar"* **(Mr 3:14)**. Durante las últimas instrucciones del Maestro a sus discípulos en el Cenáculo, señaló la obra posterior que habían de realizar como depositarios de la verdad total en cuanto a su Persona, ministerio y obra, prometiéndoles el auxilio del Espíritu Santo al ser guiados *"a toda verdad"*, y al recibir *"las cosas del Hijo"* para darlas a conocer a otros **(Jn 14:26) (Jn 15:26-27) (Jn 16:7-15) (Hch 1:21-22)**. Después Pablo fue llamado expresamente por el Señor resucitado **(Hch 9) (Hch 26:12-18)** para testificar de su Persona glorificada, juntamente con enseñanzas completas sobre la naturaleza de la Iglesia. Así los Apóstoles recibieron plena autoridad para declarar las verdades del Nuevo Pacto en palabras inspiradas, complementando así todo lo revelado en el Antiguo Testamento. No todos los libros del Nuevo Testamento se escribieron directamente por estos Apóstoles inspirados; sin embargo, bajo la guía de la providencia de Dios, los escritores que no eran Apóstoles en este sentido especial trabajaban dentro del círculo apostólico, de modo que es legítimo subrayar la autoridad apostólica de todo el Nuevo Testamento, igual que el carácter profético de todo el Antiguo Testamento.

Los Evangelios

Es imposible exagerar la importancia de estos cuatro escritos, ya que contienen todo lo que Dios ha querido revelarnos sobre la Persona y obra del Hijo encarnado durante su ministerio sobre la tierra, incluyendo las circunstancias de su nacimiento. No son biografías completas, pero, en su conjunto, explayan tal selección de los hechos y palabras de Cristo que podemos "verle", y, viéndole a él, vemos también al Padre. Mateo y Juan eran Apóstoles, testigos oculares de todo, en quienes se cumplieron directamente las promesas del auxilio del Espíritu Santo que hemos notado en Juan capítulos 14 a 16. Eusebio, el historiador eclesiástico del siglo cuatro, recogió tradiciones fidedignas en cuanto a la influencia de Pedro en el Evangelio según Marcos, siendo éste el colaborador que recogió su testimonio. Lucas era compañero de Pablo, y según su introducción al

Evangelio **(Lc 1:1-4)**, utilizó cuidadosos métodos de investigación histórica al redactar este escrito. Dios hizo provisión para que la historicidad esencial de los Evangelios fuese manifiesta, con tal de atenernos a criterios literarios o históricos normales. Quienes la niegan lo hacen movidos por móviles humanos, deseando desarraigar todo elemento sobrenatural de las Escrituras, y desafiando a la vez conocidísimas normas de redacción literaria.

Los Hechos de los Apóstoles

Como en el caso de los libros históricos del Antiguo Testamento, el Espiritu Santo inspiró al autor al seleccionar los datos históricos a su alcance, y que se conformaban con el plan divino de revelación, asegurando una historia perfectamente adaptada a la necesidad de vincular los Evangelios con las Epístolas, y proveyendo el fondo de las Epístolas. El libro nos ofrece la doble garantía de la minuciosa investigación de Lucas, confirmada por la guía y el auxilio del Espíritu Santo.

Las Epístolas

La mayoría de las cartas apostólicas surgen directamente de la mente iluminada de los Apóstoles, escogidos por Cristo para plasmar por escrito las verdades del Nuevo Testamento. Como en el caso de los profetas posteriores del Antiguo Testamento, la evidencia de la inspiración de estos escritos es clarísima e innegable para todo creyente fiel, clasificando Pedro las cartas de Pablo como *"las otras Escrituras"* **(2 P 3:16)**. Hebreos no fue escrito por Pablo, según suponía una tradición tardía, pero surgió del círculo apostólico.

Apocalipsis

El Apocalipsis continúa la obra reveladora de Daniel en el Antiguo Testamento, y da evidencia de la inspiración del Espíritu Santo a través de Juan, pese a la dificultad del lenguaje simbólico que lo caracteriza.

4. Los elementos divinos y humanos de los escritos Inspirados

La actitud de los judíos

Los israelitas cumplieron fielmente su cometido de guardar y transmitir los escritos sagrados, y en los tiempos de Cristo los escribas reconocían la inspiración del tesoro que habían conservado. Sin embargo, no superaban el concepto de métodos mecánicos de inspiración e interpretaban el texto por medio de complicadas referencias a los criterios de sus predecesores, llegando a veces a utilizar "razones" que torcían el sentido histórico-gramatical de los pasajes en cuestión. De ahí los conflictos con el Señor, quien apelaba directamente al sentido original e íntimo del texto.

¿Inspiración mecánica o vital?

El error de los judíos no sólo halla eco en los escritos de algunos de los llamados "Padres de la Iglesia", sino también en el pensamiento de escriturarios que pertenecían a ciertas "escuelas" protestantes posteriores a la Reforma. Les parecía tan importante enaltecer el valor divino de la Palabra, que llegaron a reducir el instrumento humano al nivel de una máquina, sin parte personal alguna en el mensaje inspirado. Se ha empleado la figura de un músico que toca una flauta, y, modernamente, la del mecanógrafo que escribe lo que le dictan en su máquina de escribir sin participación personal en la redacción. En este caso, los autores inspirados no pasarían de ser instrumentos pasivos, al modo de la flauta y la máquina de escribir. No es posible justificar este concepto por el estudio de la Palabra misma, ya que los profetas y Apóstoles meditan y aprenden antes de hablar, y se

distinguen por su temperamento y su preparación, manifestándose rasgos de su personalidad en sus escritos. El Espíritu se vale de personas humanas, obrando a través de sus dones y su experiencia, pero de tal forma que el mensaje que resulta tiene "soplo de Dios". Escriturarios de las muchas "escuelas liberales" han exagerado este elemento vital y humano hasta el punto de reducir la "inspiración" a una visión especial del autor, comparable a la de eminentes escritores como Shakespeare o Cervantes. Esto es la negación de la doctrina apostólica que examinamos al principio de esta sección, y es imprescindible examinar todos los datos personales, históricos, estilísticos, etcétera, sin perder de vista ni por un momento que los autores humanos son "llevados adelante" por el Espíritu Santo, hasta el punto, a veces, de ser constreñidos a declarar verdades que pasaban más allá de su comprensión en el momento de declarar o escribir el oráculo.

5. Los libros apócrifos

¿Por qué creemos que los escritos que hemos mencionado son inspirados, y que no lo sean los de la Apócrifa, escritos en griego, mayormente, durante el intervalo entre los dos Testamentos? Ya sabemos que se incluyen en Biblias editadas por editoriales católico romanas. La posición evangélica se basa en los siguientes hechos: a) Los judíos no reconocieron el valor inspirado de los libros apócrifos en el tiempo del Señor. b) El Señor y los Apóstoles citan muchísimos pasajes sacados de casi todos los libros del Antiguo Testamento, pero no de los apócrifos. c) La Iglesia en los primeros siglos de su historia empleaba la traducción griega del Antiguo Testamento (la LXX o "alejandrina"), usando normalmente rollos que se guardaban en arcas. Fue fácil que los rollos de libros apócrifos se mezclaran con los canónicos, y de allí vino la confusión que tiene su fruto en la inclusión de los referidos libros en las Biblias "católicas". d) Al leer estos libros hallamos narraciones que no se ajustan a la historia, y algunas fábulas fantásticas. Los mismos autores, aun tratándose de libros didácticos (es decir, de enseñanza), no reclaman "inspiración divina", sino que presentan sus propias ideas. Ya hemos visto que, en los casos posibles, los profetas del Antiguo Testamento manifiestan que son muy conscientes de ser portavoces de Dios. e) San Jerónimo, el mayor erudito bíblico de su día, clasificaba los libros apócrifos como "deuterocanónicos", o de segundo rango, y muchos escriturarios católicos de hoy hacen la misma distinción. Buena parte de los libros apócrifos tiene valor real, siendo importante históricamente 1 Macabeos y hallándose pasajes edificantes en Eclesiástico, etcétera. Pero ni pretenden tener, ni tienen, el "soplo divino" de la inspiración.

Temas para meditar y recapacitar

1. Desarrolle ampliamente el tema de la "Revelación divina" con referencia a lo que ha aprendido en este estudio.
2. Dé una clara definición de lo que queremos decir por "inspiración" en relación con los escritos bíblicos y justifique su definición por referencias a la doctrina de los Apóstoles y a frases empleadas por los profetas del Antiguo Testamento.
3. ¿Por qué creemos que los libros históricos del Antiguo Testamento son inspirados? En este caso, ¿en qué consiste la inspiración?

La Biblia

Definición

El título "Biblia". El vocablo "biblion" en el griego helenístico significaba "un libro" (bien que originalmente era un diminutivo), y "biblia", el número plural de "biblion", llegó a aplicarse a la colección de libros reconocidos como partes integrantes de las Sagradas Escrituras. Pasando el tiempo, los cristianos, frente a la manifiesta unidad de la revelación escrita y olvidándose de la gramática, empleaban "biblia" como sustantivo femenino singular, de donde viene el término LA BIBLIA. Sin embargo, es importante recordar que LA BIBLIA constituye una pluralidad de "libros", formando una divina biblioteca. Cuando se trata de la exégesis, la exacta interpretación de la Biblia, hemos de tener en cuenta tanto la unidad del Libro en su totalidad como las características especiales de cada uno de sus componentes. Mucho de lo expuesto en el estudio anterior tiene que ver con la Biblia, y no necesita repetirse. Para el creyente fiel la Biblia es la Palabra de Dios escrita, el perfecto engaste de la joya céntrica: la figura divina y humana del Verbo de Dios encarnado. Conjuntamente forman la sustancia y la cúspide de la revelación que Dios ha dado a los hombres por el método, ya estudiado, de la inspiración.

La Palabra de Dios escrita

1. ¿Es posible probar que la Biblia es la Palabra de Dios?

Desde luego, al declarar que cierta colección de libros, que surgieron de las experiencias de Israel primeramente y luego de la Iglesia del primer siglo, constituye "la Palabra de Dios escrita", hemos de esperar que alguien diga: "¿Cómo podéis saber eso? ¿En qué se diferencia la Biblia de los escritos sagrados de la India, Persia, del Corán, etc.?" Si citamos versículos de la Biblia misma, como aquellos que ya hemos estudiado en el capítulo anterior, el contrincante puede decir: "No podemos fiarnos del testimonio que la Biblia da de sí misma, pues equivaldría, por ejemplo, a aceptar la pretensión de cualquier ciudadano de ser médico. En tal caso exigiríamos el testimonio de otros, y la presentación de documentos fidedignos. De igual modo queremos saber cómo podemos aceptar la "inspiración" de la Biblia por textos de prueba sacados del Libro mismo".

Para personas que no hayan experimentado la potencia divina de la Biblia, estas objeciones son legítimas, y debiéramos poder explicar nuestra fe en esta parte.

2. El testimonio interno de las Escrituras

Si el Espíritu Santo nos dio la Biblia por los medios que hemos examinado en el estudio anterior, el mismo Espíritu es capaz de llevar al corazón del lector humilde (que de veras busca a Dios en la Palabra) la convicción de que existe una diferencia esencial entre la sustancia de la Biblia y la de cualquier otro libro, por valioso que éste sea dentro de su propio cometido. "Arden los corazones" de quienes meditan en la Biblia con oración, prestos a oír lo que Dios les ha de decir, y se producen marcados cambios en su vida. Esto no es "la fe del carbonero", sino el reconocimiento de un valor espiritual único. No toda la Biblia es fácil de comprender, y no todos los pasajes nos proveen de la misma clase de alimento espiritual, pero el estudiante de las Escrituras, que adopta la actitud que hemos notado, llegará a comprender que existe un propósito divino en todas las partes de la Biblia, percibiendo su unidad esencial pese a que se escribió a través de casi un milenio y medio, por muchos autores humanos, impulsados por diversas razones y en

circunstancias muy diferentes. Este principio se subraya en la mejor traducción de **(1 Co 2:13)** que es la siguiente: *"Enseña el Espíritu acomodando lo espiritual a lo espiritual"*.

3. Se comprende la autoridad de la Biblia por medio del Verbo encarnado

No hemos de conceptuar las Sagradas Escrituras como una línea horizontal, que empieza con el libro de Génesis y termina con el Apocalipsis, sino más bien como una esfera de revelación de la cual Cristo es el Centro. Pensemos en un círculo, en el que la curvatura de todos los segmentos de la circunferencia se determina en relación con el centro.

El que se acerca a la Biblia sin nociones previas sobre su inspiración, debiera estudiar en primer término los Evangelios. Ya hemos visto que estos maravillosos documentos son históricos, basados sobre el testimonio de buenísimos testigos. Nosotros reconocemos el auxilio del Espíritu Santo en su redacción, pero, frente al amigo que pregunta, podemos dejar esta convicción a un lado por el momento para recalcar la evidencia de **(Lc 1:1-4)**. El libro de Los Hechos (Lucas es el autor) constituye la prueba irrefutable de que Lucas era el historiador más concienzudo y exacto de la antigüedad, y no lo sería menos al redactar su Evangelio. Las coincidencias entre Lucas y los demás Evangelios en todo lo esencial nos convencen del carácter también histórico de Mateo, Marcos y Juan. Todos los Evangelios presentan al mismo Protagonista, reconocidamente el mismo Señor Jesucristo en todos ellos. Una persona que medite sobre este hecho con mente abierta, y con algunos conocimientos literarios e históricos, comprenderá que el milagro de que cuatro hombres creasen al mismo Personaje constituiría un fenómeno extraordinario en la esfera literaria. Es mucho más fácil reconocer la veracidad del "retrato" repetido cuatro veces, aun cuando abarca los altos misterios de la Persona del Dios-Hombre, que el admitir la posibilidad de este inaudito fenómeno literario. En otros estudios veremos lo que los Evangelios revelan de él, pero aquí anticipamos el resultado: la evidencia de estos escritos históricos nos convence de que Jesucristo es el Dios-Hombre, el Verbo de Dios encarnado, revestido de plena autoridad en todo, omnisciente por ser Dios y manifestando la misma esencia de la sabiduría divina. De nuevo pensamos en **(He 1:1)** *"Dios ha hablado por medio de su Hijo"*.

He aquí el centro del círculo de la revelación. No hemos de luchar en primer término para solucionar todos los problemas de los comienzos del libro de Génesis, sino reconocer que hay una cuádruple evidencia válida que afirma la manifestación de Dios en carne. Cristo puso el sello de su divina autoridad sobre todas las partes del Antiguo Testamento reconocido por los judíos, que coinciden con los libros del Antiguo Testamento que conocemos, y aceptamos la autoridad e inspiración de ellas porque nos corresponde aprender del Verbo encarnado, postrándonos a sus pies como discípulos. Existe, pues, una prueba "objetiva" en cuanto a la inspiración del Antiguo Testamento, que luego se confirma por el testimonio interno que hemos notado brevemente en el párrafo anterior. Es conveniente volver a leer el estudio anterior con el fin de ver cómo el Verbo encarnado autorizó de antemano el testimonio apostólico que hallamos en el Nuevo Testamento.

El propósito de la Palabra de Dios

1. La revelación que Dios da de sí mismo

Para completar este estudio, reiteramos el concepto que se explayó en el primer estudio: es imposible que el hombre, por medio de investigaciones en la esfera material, o por razones filosóficas basadas sobre postulados variables e inseguros, llegue a conocer al Creador. Es éste quien toma la iniciativa, descorriendo el velo que le encubre y dándose a conocer por los medios que hemos estudiado. La primera finalidad de la Biblia, pues, es la de revelar a Dios.

2. La Biblia da a conocer el Plan de la Redención

En el tercer capítulo de Génesis se narra la Caída del hombre, y, aparte de unos versículos del capítulo segundo muy importantes que revelan lo que el hombre habría podido ser como hecho a imagen y semejanza de Dios en su inocencia, se le ve siempre como un ser dotado de maravillosas posibilidades que se han tergiversado por la poderosa influencia negativa del pecado. Sin embargo, los medios para vencer el mal fueron provistos por la gracia de Dios antes de la fundación del mundo, formulándose el propósito de la redención del hombre por medio del Hijo encarnado. La culminación de la Obra había de realizarse históricamente en el monte del Calvario en el año 30 de nuestra era, pero un propósito de Dios tiene ya la consistencia de un hecho real, de modo que había provisión para la redención del hombre aun antes de caer éste en el pecado que le enajenó de la vida de Dios **(He 9:26) (2 Ti 1:9-10) (1 P 1:18-21) (Ap 13:8)**. Esta historia de la redención se explaya a través de las etapas siguientes: a) el propósito divino que se centra en el Hijo; b) anticipos, figuras y profecías presentados en el Antiguo Testamento; c) la realización histórica de la Obra en los Evangelios; d) la explicación doctrinal de la Obra en las Epístolas; e) el triunfo final del Cordero en el Apocalipsis.

3. La Biblia orienta al hombre fiel en todos los aspectos de su vida

Pablo asegura que las Sagradas Escrituras son útiles *"para enseñar, para reprender, para corregir y para instruir en justicia"* con el fin de conseguir la madurez espiritual del *"hombre de Dios"* **(2 Ti 3:16-17)**. Pedro afirma que la palabra profética es como la luz de una lámpara que ilumina los lugares oscuros del mundo entenebrecido por el pecado. Miles de pasajes, tanto del Antiguo Testamento como del Nuevo Testamento, echan luz sobre el camino del hombre justo, enseñándole de qué modo le es posible caminar con Dios. Y todo ello sin mojigaterías, ni puritanismos, ni ascetismos, sino cara a cara con la vida real del hombre caído desenvolviéndose en un mundo que *"yace en el maligno"*. Los humanistas procuran hallar "un sustituto para Dios" con el fin de mantener normas éticas sin la fe y sin la Biblia, pero muchos confiesan el fracaso de los intentos de conseguir una moralidad viable sin Dios y sin la luz de la revelación.

4. Lo que no se propone hacer la Biblia

La Biblia habla de la creación, pero no es un libro científico, ya que sólo roza este tema en relación con las finalidades que hemos señalado. Tampoco es un libro histórico según los postulados de la investigación histórica de nuestros tiempos, bien que contiene mucha historia basada sobre las mejores evidencias posibles. Existe la peregrina idea en la mente de algunos de que lo que contiene la Biblia es "algo religioso", divorciado de la historia, siendo de mucha más importancia los datos extrabíblicos. Las investigaciones arqueológicas recientes han confirmado el valor de las afirmaciones de la Biblia por encima de las demás fuentes, tantas veces contaminadas éstas por el intento de los grandes personajes históricos de engrandecerse a sí mismos por medio de las crónicas. La Biblia siempre dice la verdad, hasta el punto de descubrir los fallos de los grandes personajes bíblicos que se destacan en sus páginas.

Estas consideraciones son muy importantes cuando se trata de llegar a la recta exégesis del texto sagrado, siendo necesario respetar los silencios de la Biblia, ya que la Palabra de Dios cumple sus sublimes propósitos sin esforzarse por anticipar la labor que científicos e historiadores habían de realizar cuando llegara la hora del desarrollo técnico necesario para aquella precisión en la clasificación y comprensión de los datos fundamentales indispensables para el desarrollo de las distintas disciplinas. Con todo, si comprendemos bien los hechos científicos probados, haciendo la debida distinción entre ellos y las teorías e hipótesis que se están modificando siempre, y si intentamos entender exactamente el lenguaje bíblico, no hallaremos contradicciones, ya que los hechos son los

hechos y Dios es el Creador de todo lo que se halla en el mundo material. También es Dios quien dirige el proceso histórico por su providencia.

El lenguaje de la Biblia

1. La transmisión y traducción de los textos originales

Si nos paramos a meditar un poco, comprenderemos que la Biblia que manejamos en español es una traducción, y que tales versiones dependen de la labor de especialistas trabajando sobre el original, que es el hebreo, con contados pasajes en arameo, en el Antiguo Testamento y el griego helenístico en el Nuevo Testamento. La versión Reina-Valera tuvo por base el Textus Receptus, que es una recopilación de los mejores textos que surgieron al copiarse a mano los autógrafos de los autores inspirados. De hecho las variantes debidas a tanto copiar antes de la invención de la imprenta, aun siendo numerosas, tienen muy poca importancia en cuanto a la comprensión del mensaje bíblico, ya que la Providencia divina cuidó de todo el complicado proceso de la transmisión y conservación de los textos originales. La crítica textual, que no ha de confundirse con la crítica destructiva de ciertas escuelas de eruditos, ha podido trabajar, durante siglo y medio, sobre importantes textos del hebreo y del griego descubiertos por los arqueólogos en Egipto, en otras tierras bíblicas, como también en diversas bibliotecas, que nos acercan mucho más a los originales tales como se escribieron por los siervos de Dios. Una vez establecido el mejor texto, el que más se acerque a los originales, llega a ser necesaria la labor de traducción, y debiéramos estar agradecidos a los eruditos que se esfuerzan con el fin de que tengamos versiones que nos den una idea lo más precisa posible de los originales hebreos y griegos. No hay ninguna traducción perfecta, ni ninguna que se revista de una autoridad final, ya que es imposible verter todo el valor del original en otro idioma. Lo mejor es emplear varias versiones buenas, comparándolas entre sí.

2. Géneros y lenguaje

Todo el mundo puede ver que el libro de Salmos es poético, mientras que Reyes es histórico, Isaías profético y Romanos epistolar, etc. Habiendo esta gran riqueza de géneros literarios en la biblioteca divina, se comprende fácilmente que las características de cada género han de tomarse en cuenta cuando estudiamos distintos pasajes con el fin de llegar a una recta interpretación del texto. Por ejemplo, el estilo poético admite toda una gama de expresiones figuradas que no son propias de un libro histórico.

Dios no formuló un lenguaje especial de revelación, sino que obraba por su Espíritu por medio de los instrumentos humanos que había escogido. Ya hemos visto que éstos eran muy distintos en su personalidad y preparación, reflejándose estas diferencias en sus escritos, ya que el proceso de inspiración es vital, y no mecánico. De forma análoga hemos de comprender que cada uno vivía en su siglo y en su medio social e intelectual, valiéndose del lenguaje que conocía, e ilustrando los conceptos de su mensaje por medio de lo conocido en la civilización contemporánea. Por eso tenemos que recordar no sólo el propósito de cada libro, con las circunstancias de su redacción, sino también el modo de expresarse que se usaba en el medio ambiente de aquel tiempo y lugar. Por ejemplo, cuando leemos en **(Lc 2:1)** que *"en aquellos días... se promulgó un edicto de parte de Augusto César que todo el mundo fuese empadronado"*, tenemos que entender la frase *"todo el mundo"* en relación con el Imperio Romano en aquellos días, comprendiendo que abarcaba los súbditos del César, fuesen de las provincias gobernadas directamente por Roma, fuese de los reinos, como Palestina entonces, que se habían sometido al poder

imperial. No quiere decir que indios y chinos fuesen empadronados, porque no cabe esta idea dentro de las condiciones que determinaba la redacción de Lucas.

3. Expresiones antropomórficas

Es muy difícil hallar palabras adecuadas en nuestros idiomas que sean vehículos para la comprensión de la revelación de Dios y de sus obras frente a los hombres. Tenemos que recordar siempre que Dios es Eterno e Infinito, mientras que la criatura a quien habla es finita y limitada, dotada de inteligencia, sí, pero con sus facultades de comprensión y raciocinio entenebrecidas por el pecado. Ideas abstractas acerca de Dios no dirían nada al hombre en estas condiciones, ni siquiera a los entendidos y menos aún a los sencillos. El hombre, pese a la tragedia de su caída, es una personalidad, y Dios también es persona, de modo que las relaciones, actuaciones y decisiones de los hombres podrán dar una idea, por limitada y defectuosa que sea, de la Persona y obras de Dios. De ahí surge la necesidad de emplear expresiones que se llaman "antropomórficas", en las que los escritores hablan de Dios como si obrara y reaccionara como hombre. Es imposible la revelación sin este medio, pero, desde luego, al leer estas expresiones, hemos de pensar: "El escritor sagrado describe la obra de Dios como si actuara como hombre, pero nosotros estamos obligados a tener en cuenta que es preciso quitar de nuestra mente las imperfecciones y limitaciones de la parte humana, reteniendo sólo lo que pueda corresponder al Dios omnipotente y omnisciente". Así evitamos penosas equivocaciones al leer pasajes como **(Gn 6:5-7)**, en los que Dios *"ve"* lo que pasa en el mundo, *"se arrepiente de haber hecho al hombre"* y llega a la decisión de raer la raza de la faz de la tierra, con excepción hecha de Noé y su familia. Algo semejante tenemos en **(Gn 11:5)**, al leer que *"descendió Jehová para ver la ciudad y la torre"* de Babel. Naturalmente, Dios, según se le revela en otras porciones de la Biblia, no necesita *"observar"* para saber lo que pasa en la tierra, ni *"descender"* para obrar, ni puede arrepentirse Aquel que todo lo ordena en su Providencia **(Nm 23:19)**. Pero, ¿cómo podían expresarse estas ideas de la intervención divina sin el uso de expresiones antropomórficas que nos señalan todos los conceptos básicos acerca de Dios como si fuera por medio de ayudas audiovisuales? El punto de vista es el del observador humano, que es ayudado por el Espíritu al redactar su escrito de tal forma que pueda seguir adelante la revelación que Dios da de sí mismo. Esta revelación es consecuente y uniforme en todas las partes de la Biblia, pero, al meditar en el texto bíblico, hemos de entender bien la necesidad de que se emplearan lenguaje y giros comprensibles para toda suerte de hombre, desde los albores de la vida de la raza hasta nuestros tiempos.

La composición de la Biblia

Los dos Testamentos

Vemos en seguida que la Biblia se divide en dos "Testamentos", de los cuales el primero explaya la revelación de Dios con anterioridad al nacimiento del Mesías, y el segundo presenta la Persona y Obra del Hijo, con la doctrina apostólica que se basa sobre ellas. De hecho, el término "testamento" no es muy feliz, puesto que la voz latina "testamentum" quería traducir la griega "diathéké", o sea, "Pacto". En nuestros oídos "testamento" sugiere la idea de un instrumento legal que asegure un legado a los herederos de una persona difunta, mientras que "diathéké" quería decir el "acuerdo" o "contrato" que Dios, por su gracia, confirma con el hombre. Por "Viejo Pacto" se entendía el de Sinaí, que había de caducar con el fin de dar lugar al "Nuevo Pacto" sellado por la Sangre del Cordero. De hecho, el Antiguo Testamento también describe pactos de gracia, y señala hacia el Sacrificio del Calvario, abarcando mucho más que el pacto de obras de Sinaí. S. Agustín

dijo: “El Nuevo Pacto se halla latente en el Antiguo, y éste se hace patente en el Nuevo”. Los dos “Testamentos” no rompen la unidad de las Escrituras.

El Antiguo Testamento

Una introducción al plan de la redención (Génesis 1 a 11)

Sin un conocimiento, siquiera limitado, de la creación del mundo y del hombre, con la naturaleza y caída de éste y las consecuencias de la trágica crisis, no sería posible entender el plan de redención que empieza a detallarse con el llamamiento de Abraham. Este resumen se nos da en Génesis capítulos 1 a 11, y se emplea un lenguaje sencillo y flexible, maravillosamente adaptado al propósito de esta introducción.

La formación del pueblo de Israel (Génesis 12 hasta el fin de Josué)

La raza humana, aun después de la tremenda lección del Diluvio, se precipitó por los tenebrosos caminos de la idolatría. Dios escogió a Abraham, y le entrenó, con el fin de hacer de él el padre de la “nación-sierva” (Israel), formada con el propósito de recibir, guardar y transmitir la Palabra de Dios en medio de las naciones paganas, siendo también medio, en lo humano, de traer al mundo al Mesías. Al final de Josué vemos a Israel ya en Palestina, con la posibilidad de cumplir su misión. El gran caudillo y legislador del pueblo había sido Moisés.

Las fluctuaciones en el testimonio de Israel hasta establecerse el reino davídico (Jueces 2 a 2 Samuel 5)

Los israelitas (aparte los hombres piadosos del “Resto fiel”) no se hallaban siempre a la altura de su misión, y se desviaban frecuentemente hacia la idolatría, siendo castigados por sus desvaríos. Con todo, el libro de Rut revela una vida piadosa en los pueblos en Canaán, aun en los confusos tiempos de los jueces, con la conservación de mucho de lo que Dios les había concedido.

El reino davídico y la centralización del culto (2 Samuel 5 a 2 Reyes 25 y Crónicas)

Empezó una nueva era de testimonio cuando David subió al trono, ordenando la vida civil de la nación y centralizando el culto. El Templo fue edificado por Salomón. Israel se dividió en dos partes al ascender Roboam al trono, manteniéndose el testimonio principalmente en Judea, en el sur, bien que con muchas fluctuaciones. Por fin la apostasía de las dos partes del pueblo fue castigada por el destierro en tierras de Mesopotamia. A este período pertenece el ministerio de los profetas cuyos escritos se hallan comprendidos en nuestra Biblia entre Isaías y Sofonías. Los libros poéticos y de sabiduría, como géneros literarios, han de fecharse desde los reinados de David y de Salomón en adelante.

El retorno parcial del destierro (Esdras, Nehemías, Ester, Hageo, Zacarías y Malaquías)

Un resto del pueblo, mayormente los judíos, volvió a Palestina en las circunstancias descritas en los libros nombrados, restaurándose el culto en una escala limitada en Jerusalén. De allí arrancan las condiciones del pueblo tal como existían durante el ministerio del Señor Jesucristo. Los acontecimientos de los cuatro siglos desde Malaquías hasta el advenimiento del Mesías se narran parcialmente en algunos libros apócrifos, en las obras de Flavio Josefo, etc., pero no en los libros canónicos.

El Nuevo Testamento

Los cuatro Evangelios

Son los libros fundamentales del cristianismo, ya que sólo en ellos hallamos el retrato del Dios-Hombre, aspectos de su ministerio en la tierra, su muerte expiatoria y su resurrección corporal. El ministerio terrenal termina con la ascensión.

Los Hechos de los Apóstoles y las Epístolas

Estos libros constituyen el fruto de la Obra de Cristo, describiendo Los Hechos el nacimiento y crecimiento de la Iglesia, lo que entraña el tema del descenso del Espíritu Santo, y las actividades de algunos apóstoles y sus ayudadores. Las Epístolas surgen de la labor apostólica, siendo dirigidas a iglesias locales o a individuos según exigían las circunstancias. Presentan la doctrina cristiana, además de las prácticas de las iglesias.

El Apocalipsis

El Apocalipsis constituye el digno fin de la Palabra de Dios escrita, llevándonos por medio de símbolos y profecías a la consumación de la obra de Dios en la tierra y en los cielos.

El canon de las Escrituras

"Canon", en relación con la Biblia, indica la lista de libros que llegaron a considerarse como inspirados y autoritativos, incluyéndose en la Biblia. En el estudio anterior hemos adelantado los principios generales que determinaron esta selección, y no otra. En cuanto a los libros del Antiguo Testamento, tengamos en cuenta los datos siguientes: a) La autoridad profética fue generalmente reconocida en Israel, y directa o indirectamente esta autoridad se halla detrás de los libros canónicos. No está tan claro en Los Escritos, pero el valor inspirado de esta sección llegó a establecerse por la inteligencia espiritual de los judíos piadosos. b) La experiencia del pueblo de Dios discernía la autoridad de los libros inspirados y rechazaba aquellos que no evidenciaban el "soplo divino". c) El Señor Jesucristo reconoció la autoridad de las tres partes del canon del Antiguo Testamento, según la distribución establecida en Israel: Libros de Moisés, Los Profetas (que incluyen los libros históricos) y Los Escritos (Salmos) (Véase Lc 24:27,44-45).

Ya hemos notado que Cristo preparó a los Apóstoles para su gran cometido de redactar el Nuevo Pacto. Durante los primeros siglos había eruditos e iglesias que dudaban de la autoridad inspirada de ciertos libros (se trata principalmente de 2 Pedro, Hebreos, Santiago y el Apocalipsis) por falta de datos que los relacionaran con la autoridad de los apóstoles, pero Ireneo (fin del siglo segundo) redactó una lista que, a todos los efectos, es idéntica a la de los libros de nuestro Nuevo Testamento. La "Iglesia" no formuló el canon, sino que reconoció lo que el Espíritu Santo había señalado ya por medio de los apóstoles y el sentido espiritual de los líderes cristianos durante los períodos apostólicos y subapostólicos.

Temas para meditar y recapacitar

1. Discurra ampliamente sobre las razones que nos llevan a considerar que la Biblia es la Palabra inspirada de Dios. ¿Es igual decir "La Biblia contiene la Palabra de Dios", como declarar que "la Biblia es la Palabra de Dios"?
2. En vista de que la Biblia es una biblioteca divina, con 66 libros que pertenecen a diversos "géneros literarios", y que fueron escritos por muchos autores de muy

variada personalidad y formación, criados en medios culturales diferentes, ¿cuáles son los factores que tenemos que tomar en cuenta antes de pensar que hemos llegado a interpretar bien los pasajes que tenemos delante en nuestros estudios?

La Deidad

La existencia de Dios

¿Es posible “probar” la existencia de Dios? Para algunos pensadores es tan obvio que, entendido como sea, el concepto de Dios llega a ser la base para todo lo que es vida, pensamiento y actividad. Otros se limitan a lo que el hombre puede observar, medir y clasificar, por medio de sus sentidos, ayudados hoy en día por multitud de delicados instrumentos, y dicen que no hallan a Dios en las incalculables distancias del cosmos, ni en la intrincada estructura del átomo. Los filósofos de la edad media y del Renacimiento, y hasta el nuevo enfoque de Kant, formulaban “pruebas” de la existencia de Dios, tomando por base la necesidad de una “Primera Causa” y de una Mente que diseñara la enorme multiplicidad de órganos, para mencionar sólo un aspecto de la creación, y que cumplen maravillosamente ciertos fines determinados. La misma mente humana parece elegir una Mente que la constituyera, siendo imposible imaginar la evolución de una inteligencia de la mera materia inanimada. Con más razón todavía se piensa que no podemos concebir la posibilidad de que una “personalidad” surja por azar de elementos que no dan señal alguna de esta maravilla fundamental de la vida humana. Se ha dicho que cuando se echan estas “pruebas de la existencia de Dios” por la puerta suelen volver a casa por la ventana, puesto que el hombre, sintiendo su dependencia e insuficiencia propia, busca “algo” o a “Alguien” que pueda explicar su propia existencia y el orden que existe en la naturaleza.

Con todo, al examinar las doctrinas bíblicas, no tenemos necesidad de depender de estas pruebas. Existen, y para nosotros son válidas, pero la Biblia no se propone “probar” la existencia de Dios, sino que da por sentado este gran hecho y procede a revelar la Persona del Creador, con sus planes y sus obras, como es evidente por las primeras palabras de Génesis: *“En el principio creó Dios los cielos y la tierra”*. En el primer estudio subrayamos el hecho de que sólo Dios puede revelar su propia existencia y naturaleza, de modo que una pregunta más significativa será la siguiente: “¿Ha hablado Dios?” Suponiendo su existencia por el momento, y el hecho de que puede y quiere revelarse, hemos de prestar atención con el oído interior para “oír” lo que ha dicho. Si hallamos evidencia de tal naturaleza y calidad que ha de ser forzosamente divina, ya que no puede surgir del mero raciocinio humano, será necesario reconocer el hecho de que Dios ha hablado, y, por ende, que Dios existe. Ya hemos notado algunas de las maravillas de esta revelación divina, y volveremos a contemplarla al meditar más en la Persona y obra del Verbo encarnado.

Recibiendo con humildad y fe las declaraciones del Maestro en los capítulos 14 a 17 de Juan, aprendemos que aquel que le ha visto a él, ha contemplado también al Padre. Debiéramos tener presente siempre que el Señor Jesucristo es la “imagen”, la “exacta representación” del Padre, y que, en último término, sólo podemos conocer a Dios por medio del Hijo. Sin embargo, al hablar de la Deidad, es preciso tomar en cuenta la revelación total de las Sagradas Escrituras, pero sin olvidar las palabras determinativas del Verbo encarnado: *“Si me conocieseis, también a mi Padre conoceríais” (Jn 14:7)*.

La naturaleza de Dios

Al examinar las declaraciones bíblicas en cuanto a Dios, existe el peligro de perdernos en conceptos teológicos abstractos, tan sublimes que nos dan vértigo en lugar de consuelo.

Por eso hemos de dar tantas gracias a Dios por haberse revelado por fin, *“en su Hijo”*, viendo sus atributos manifestados e ilustrados por medio de una Vida humana. Hay tres declaraciones en los escritos del apóstol Juan que señalan la naturaleza de Dios en tres de sus aspectos: *“Dios es Espíritu”* **(Jn 4:24)**, *“Dios es amor”* **(1 Jn 4:8,16)**, *“Dios es luz”* **(1 Jn 1:5)**. Al declarar que Dios es Espíritu se afirma que no tiene partes corporales ni limitaciones materiales, bien que puede revelarse por medios de su propia elección. No se halla limitado por la naturaleza, que es su obra, siendo a la vez trascendente e inmanente: términos que indican que está por encima de todo lo que él mismo ha creado, siendo al mismo tiempo el principio vital y espiritual que obra dentro de todo. Su naturaleza como Espíritu implica también su omnisciencia (todo lo sabe) y su omnipresencia (que está presente en todas partes). Estas condiciones únicas y sublimes fueron reveladas a los escritores inspirados del Antiguo Testamento, como se destaca con gran claridad en el Salmo 139. Implícito en todo ello se halla la infinitud y la eternidad de Dios, ya que desconoce las limitaciones del tiempo y del espacio, tan esenciales para la criatura. Por la infinitud se entiende que los atributos de Dios son perfectos, manifestándose sin estorbo posible dentro de su propia voluntad. La eternidad no es una extensión sin fin de tiempo, sino la realidad existente y presente de Dios como hecho primordial e inmutable, de donde fluye el tiempo a los efectos de la creación, pero sin adelanto ni retroceso en cuanto a Dios mismo. Se revela su inmutabilidad, que significa la ausencia de todo cambio, sea en su Persona, en su voluntad o en sus propósitos. Cuando ciertos versículos bíblicos parecen indicar “cambio de plan” en Dios, hemos de entender que las expresiones se adaptan a las limitaciones de la comprensión del hombre, tratándose de lenguaje “antropomórfico” como método necesario de la revelación en aquel contexto.

Las otras expresiones que hemos notado, *”Dios es amor”* y *“Dios es luz”*, pertenecen a una clase distinta, pues el *“amor”* no es sólo existencia o ser, sino algo que pertenece al carácter moral. Dios no necesita de nadie ni de nada, pero por las mismas condiciones de su ser, según la revelación de ellos que hallamos en la Palabra y en el Señor Jesucristo, quiere dar de sí mismo a otros, sea en el misterio de comunicación dentro del seno de la Trinidad, sea por la operación de su gracia en sus obras, con referencia especial a seres inteligentes. He aquí una revelación única de lo que es Deidad que sólo se da en la Biblia.

1. Dios es luz

“Dios es luz” es una forma figurada de declarar que no hay sombra de maldad o de engaño en Dios. Los hombres inventaron “dioses” que participaban de sus propios vicios, aumentándolos, pero Dios es luz y sólo se conoce la justicia como reflejo de su ser. Al repetir tantas veces los escritores del Antiguo Testamento que Dios es santo quieren decir que es único en la perfección de su ser, y que la santidad es la esencia de Dios. Si se manifiesta en ángeles, o en hombres, es porque éstos han sido separados para Dios y, por la gracia divina, tienen participación en su esencia siempre sobre el nivel de criaturas.

2. Los atributos de Dios

Los atributos de un ser vienen a ser las condiciones y cualidades que le caracterizan, o sea, las afirmaciones que es posible hacer en cuanto a él. Obviamente la naturaleza de Dios se conoce por sus atributos, y, en su caso, éstos expresan perfectamente su carácter, existiendo en absoluta perfección, sin límites posibles en cuanto a su esencia u operación. Los teólogos dividen los atributos de Dios en dos clases: los incomunicables y los comunicables. Los primeros pertenecen únicamente a Dios, pero los segundos podrán reflejarse en sus criaturas inteligentes y morales. Desde luego, la auto-existencia, la omnipotencia, la eternidad y la omnisciencia son atributos propios de Dios mismo, que no pueden ser comunicados a criatura alguna. En cambio, su amor, su justicia, su

misericordia y su bondad pueden reflejarse en las criaturas por la operación de su gracia y por las energías del Espíritu Santo.

3. La omnipotencia de Dios

En vista de la defectuosa comprensión de este atributo esencial de Dios, hemos de dedicar un párrafo al intento de echar luz sobre su verdadero significado. Para el hombre natural, omnipotencia quiere decir "poder sin límites", que puede aplicarse dónde y cómo sea, y se piensa en un dictador que recoge en sus manos todos los resortes del poder de un imperio, obrando luego según sus gustos. Tratándose de Dios, también hemos de comprender "potencia sin límites", pero evidentemente sólo puede obrar según su propia naturaleza, las exigencias de su ser y sus propios atributos. En otras palabras, Dios no puede dejar de ser fiel a sí mismo, de modo que la "omnipotencia" no se derrocha caprichosamente, sino según las "leyes" que corresponden a la naturaleza divina. El poder de Dios no puede alterar su justicia ni ir en contra de su propia santidad, ni cambiar sus propósitos. Cuando el hombre pregunta: "Si Dios es omnipotente, ¿por qué no interviene para impedir guerras, desastres naturales, enfermedades penosas, etc.?", se olvida de que Dios obra según sus atributos y sus planes, hallándose entre las leyes inalterables de sus operaciones la que el apóstol Pablo expresa de esta manera: *"Todo lo que el hombre sembrare, eso también segará"* **(Ga 6:7)**. Si el que obra mal fuese librado del fruto de su maldad por la intervención de la potencia de Dios, no sólo dejaría Dios de ser justo, sino que el hombre mismo perdería la posibilidad de aprender las lecciones morales y espirituales que surgen de su experiencia de los juicios de Dios. Lo mismo se aplica a la raza, a las naciones y sociedades. Dios es omnipotente en todo lo que él mismo determina, y eso brota de la naturaleza inalterable de su Ser y de sus atributos.

4. Dios como Juez

El salmista exclama: *"Los cielos declararán su justicia porque Dios es el Juez"* **(Sal 50:6)**, y Pablo habla de *"la revelación del justo juicio de Dios, el cual pagará a cada uno conforme a sus obras"* **(Ro 2:5-6)**. La Biblia contiene centenares de declaraciones que insisten en lo mismo. Volveremos sobre el tema de la responsabilidad moral del hombre, pero aquí basta recordar que el justo Dios le creó, colocándole en estrecha relación consigo mismo, pero con libertad para escoger entre la sumisión a Dios o el derrotero de su propia voluntad, que es el pecado. Por ende, ha de dar cuenta de sus obras, siendo el Trono de Dios esencialmente el trono de justicia. Dios no le obliga a andar conforme a su voluntad, sino que le permite una elección entre el bien y el mal, proveyendo, a la vez, el auxilio de la gracia divina si el hombre quiere aceptarlo. Si Dios dejara de ser justo dejaría de ser Dios, y ya hemos visto que Dios es luz. No hay acepción de personas delante de él, y su omnisciencia le permite calibrar exactamente los móviles del corazón. Hay juicios históricos, como los que Pablo describe en **(Ro 1:18-32)**, y hay juicios escatológicos, aquellos que se manifestarán en los últimos tiempos, pero es seguro que cada uno recibirá conforme a sus obras: entendidas "obras" en sentido muy amplio que abarca las intenciones del corazón. No podrán quedar pendientes "cuentas sin arreglar" delante del Trono de Dios, con respecto al hombre que Dios ha creado. A la vez sabemos que Dios no puede obrar ni juzgar sino según la más perfecta justicia, que es atributo intangible de su Ser.

Dios es el Creador

Ya hemos notado la declaración fundamental que inicia la revelación escrita: *"En el principio creó Dios los cielos y la tierra"*. En Hebreos leemos: *"Por la fe entendemos haber sido constituido el universo por la palabra de Dios, de modo que lo que se ve, fue hecho*

de lo que no se veía" **(He 11:3) (Ap 4:11)** y numerosas declaraciones en los Salmos, Isaías, etc. Dios no es una mera "Primera Causa" que puso en marcha "la máquina" de la creación, para luego alejarse, dejando que funcione por sus medios, sino a través del Hijo, el que *"sustenta todas las cosas con la palabra de su poder"* **(He 1:3) (Col 1:16-17)**. Sin la constante acción de la potencia sustentadora de Dios, el mundo y el universo cesarían de existir. Sabemos hoy, lo que ignoraban generaciones pasadas, que unos pequeños cambios en el delicado equilibrio de las fuerzas llamadas "naturales", el abuso por el hombre egoísta de los recursos de tierra, aire y agua, el estallido de una guerra atómica o biológica, o cambios nucleares en el Sol, podrían poner fin a la vida humana en la Tierra tal como nosotros la conocemos, pero el Sustentador mantendrá todo hasta que él determine que haya Nuevos Cielos y Tierra.

La voluntad de Dios

1. La soberanía de Dios

Dios, por ser Dios, ha de ordenar todas las cosas según su propia sabiduría e intento, bien que la revelación bíblica enfoca su luz mayormente sobre el propósito de gracia en Cristo Jesús que determina la consumación de una Nueva Creación (después de la victoria final sobre el mal) que será la morada de todos los salvos **(Ef 1:3-14) (2 Ti 1:9-10)**.

El tema de la soberanía de Dios se ha complicado por el hecho de que ciertos teólogos han pensado que honraban a Dios por insistir en el hecho primordial de su voluntad y su soberanía, más bien como un principio filosófico que como una verdad revelada, en relación con el plan de la salvación. Dios no ha autorizado a nadie a formular "decretos" suyos, cuya aplicación "se deduce", muy a menudo, porque los teólogos arrancan textos de su contexto. La voluntad de Dios no es un concepto abstracto, sino el movimiento de aquellos atributos que hemos considerado, excluyéndose todo lo que es meramente arbitrario como impropio del Dios de amor, de justicia, de misericordia y de bondad. Dios no hace acepción de personas. La voluntad de Dios se revela en acción a través de la vida y ministerio terrenal del Señor Jesucristo. En otras palabras, siempre será la voluntad del Dios y Padre de nuestro Señor Jesús, quien exclamó: *"Venid a mí todos... y yo os haré descansar"* **(Mt 11:28)**. Textos explicando la manera en que la providencia de Dios ordena que hasta los rebeldes adelanten sus propósitos **(Ro 9)** se han aplicado a criaturas humanas que nacen en el mundo, suponiéndose, por el proceso de la lógica humana que hemos notado, que concede su gracia a algunas para ser salvas, negándola a otras que forzosamente se han de perder. Todas las invitaciones, exhortaciones y reprensiones de la Biblia presuponen que el hombre, aun siendo incapaz de salvarse a sí mismo, puede aceptar o rechazar la gracia de Dios, y por eso la vida eterna se ofrece *"a todo aquel que cree"*. No sirven sutilezas teológicas en este asunto, pues nos confrontamos con una disyuntiva ineludible: o las invitaciones son genuinas, y ofrecen la vida a personas que, auxiliadas por la gracia, pueden aceptarlas; o son unas farsas que hacen ver que hay oferta de vida para todos, mientras que, de hecho, los reprobados por decreto eterno no pueden aceptarlas. En el próximo estudio meditaremos en las condiciones humanas frente a la gracia de Dios, limitándonos aquí a destacar los hechos siguientes: a) No se ha revelado el origen del mal, pero su existencia se manifiesta trágicamente en la raza caída. b) Dios, al crear al hombre, determinó que había de ser una criatura capaz de responder libremente a su amor, de tal modo que, sin esta libertad, cesa de ser hombre. Obviamente, desde nuestro limitado punto de vista, las operaciones de la voluntad de Dios no pueden manifestarse con absoluta diafanidad cuando se trata de respetar esta

libertad humana, y cuando las obras de Dios se realizan en un mundo que “yace en el maligno”.

2. La providencia de Dios

Algo de lo que hemos resumido en el párrafo anterior cabría bajo el epígrafe de la providencia de Dios: término que se aplica a su gobierno, pese al hecho de que Satanás, por su victoria sobre el hombre, virrey de Dios en la tierra en los días de su inocencia, controla los reinos de este mundo según las normas de su *“mundo”*: el egoísmo, la envidia, la mentira y la violencia **(Lc 4:6) (1 Jn 5:19)**. Según los propósitos divinos que nosotros no podemos conocer sino muy parcialmente, uno es la necesidad de sacar del mundo un pueblo para su Nombre, Dios soporta estas condiciones, pero sin “abdicar”, ya que todos han de reconocer lo que tuvo que aprender Nabucodonosor: *“Para que conozcas que el Altísimo tiene dominio en el reino de los hombres”* **(Dn 4:25)**. Hasta la *“ira del hombre”* puede volverse en bien, gracias a este gobierno providencial de Dios, afirmando el salmista: *“Ciertamente la ira del hombre te alabará; tú reprimirás el resto de las iras”* **(Sal 76:10)**. La providencia de Dios todo lo prevé y todo lo provee, pese a las manifestaciones del mal en una raza perdida. He aquí la base de las oraciones del pueblo de Dios, a quienes el apóstol Pablo da la seguridad siguiente: *“El Dios de paz aplastará en breve a Satanás bajo vuestros pies”* **(Ro 16:20)**. Dios puede mantener su gobierno providencial, sin mengua de su justicia, gracias a la obra de expiación del pecado en la Cruz, que satisface las exigencias de aquella justicia, haciendo posible una obra que combina la gracia con la disciplina hasta la consumación de la obra redentora.

La Santa Trinidad

La palabra “Trinidad” no se halla en la Biblia, pero eso no quiere decir que sea un mero término teológico inventado por los hombres. El hecho de que Dios es uno, único Dios verdadero frente a la multiplicidad de falsas divinidades, es algo que Israel tuvo que aprender por la revelación del Antiguo Testamento. La verdad complementaria de que Dios es uno en esencia y voluntad, y que también existe eternamente en tres Personas, Dios Padre, Dios Hijo y Dios Espíritu Santo, es una verdad enseñada, después de la encarnación del Hijo, en los escritos del Nuevo Testamento. Desde luego, insistimos en que es una verdad revelada, que sólo se aclara hasta donde Dios la ha descubierto, ya que la criatura no puede llegar a las profundidades del Ser infinito de Dios, pues *“nadie conoce al Hijo sino el Padre; ni al Padre conoce alguno sino el Hijo y aquel a quien el Hijo lo quiera revelar”* **(Mt 11:27)**. Como texto básico tenemos la fórmula bautismal de **(Mt 28:19)**: *“Bautizando (a los discípulos) en el Nombre del Padre, y del Hijo y del Espíritu Santo”*. El *“nombre”* en la Biblia indica el valor total de la persona con la plenitud de su autoridad, no pudiendo haber más que un nombre divino en último análisis. Pero este Nombre es de tres Personas, siendo éstas más que meras manifestaciones distintas de la deidad. Al mismo tiempo hemos de desechar la idea de “tres Dioses”. Dios no podría ser Amor eternamente si la Deidad fuese monolítica, pues, antes de haber “criaturas”, el amor sólo podía comunicarse entre las “Personas” de la Deidad.

Los Apóstoles no aprendieron la doctrina de la Santísima Trinidad de una forma dogmática, sino experimentalmente, por medio de los hechos de la revelación que iban presenciando. Si consideramos los discursos y conversaciones de Juan capítulos 14 a 16, con la oración de Jesús en el capítulo 17, notamos que el Maestro habla de *“ir al Padre”*, a la vez que afirma su identificación con él. Anteriormente en **(Jn 10:30)** había declarado la unidad de esencia del Padre y del Hijo. Análogamente habla de la pronta venida del Espíritu Santo, quien le había de sustituir como su *“otro yo”* **(Jn 14:15-17)**.

En cuanto a la deidad de Cristo, Tomás Dídimo expresó la convicción de todos los Apóstoles cuando, postrado ante el Señor resucitado, exclamó: *"¡Señor mío y Dios mío!"* **(Jn 20:28)**: convicción a la cual habían llegado todos por la evidencia de las obras del Señor Jesucristo. Después de cumplirse la *"promesa del Padre"*, al ser enviado el Espíritu Santo, los Apóstoles aprendieron también que el Espíritu no era una mera influencia, sino que les llenaba de potencia divina, les dirigía en su servicio, cambiando sus planes si hacía falta, dando muestras siempre de la plenitud de la Deidad **(Hch 2:1-4) (Hch 5:3-4) (Hch 8:29) (Hch 16:7)**. Esta experiencia de la Deidad del Espíritu Santo fue confirmada por las revelaciones que iban recibiendo los Apóstoles **(Ga 4:6) (1 Co 2:10-11)**, y por implicación en todas las referencias al Espíritu Santo.

Sin deseo alguno de ir más allá de lo revelado en cuanto a este misterio, y a riesgo de alguna repetición, podemos notar que, tomando en cuenta los variados contextos de las referencias bíblicas al Padre, al Hijo y al Espíritu Santo, hallamos que se atribuye al Padre el pensamiento, el propósito y el plan, y a veces *"Padre"* equivale a la expresión total del Trino Dios. El Hijo es Creador de todas las cosas **(Jn 1:1-3) (Col 1:15-17) (He 1:1-4)**, como divino Agente para llevar a cabo el Plan del Padre a través de los siglos. También es Agente para la realización del plan total de Redención hasta coordinar todas las cosas en sí mismo, habiendo reducido todo lo creado a la obediencia del Padre **(Col 1:18-20) (Ef 1:3-14) (1 Co 15:23-28)**. El Espíritu Santo es también Agente divino para cumplir los propósitos de Dios, pero él obra como vitalizador dentro de las obras y de las personas, es decir, subjetivamente **(Gn 1:2) (Ro 8:4,11,16,26-27) (Ga 5:16-26)**. Ya hemos notado su gran obra de revelación, siendo el Espíritu Santo quien inspiró a los autores humanos de los libros de la Biblia.

"Dios en tres Personas, bendita Trinidad" es un hecho básico de la revelación bíblica, y el que abandona esta doctrina ha perdido el derecho de llamarse "cristiano".

Temas para meditar y recapacitar

1. Discurra libremente sobre Dios como Creador y como Juez.
2. Explique de qué modo la voluntad de Dios se manifiesta en su soberanía y en su providencia.
3. En el texto se ha escrito que el término "Trinidad" no es un mero concepto teológico. Admitiendo la dificultad que este concepto del "Trino Dios" presenta a la mente humana, aduzca toda la evidencia posible para demostrar que es un hecho revelado en los Evangelios, Los Hechos y las Epístolas.

El hombre y el pecado

La creación del hombre

1. La importancia del hombre

Toda la inmensa riqueza de la naturaleza no pasaría de ser “un cero a la izquierda” si no hubiera un ser, como el hombre, capaz de contemplarla, explorarla, disfrutar de ella y controlarla hasta los límites de su comprensión, voluntad y facultades. Según la revelación bíblica, el hombre sólo se entiende y sólo adquiere importancia en relación con Dios, y por eso hemos presentado primeramente la doctrina bíblica de Dios para pasar después al estudio del “hombre”. Con todo, si deseamos hacer preguntas filosóficas (”filosofía” quiere decir amor a la verdad, o el intento de comprender lo que perciben nuestros sentidos), hemos de tomar en consideración al hombre como punto de partida, puesto que es inútil preguntar: “¿Cómo he de entender mi medio ambiente?” si antes la persona que piensa no haya llegado a formular algunas contestaciones a preguntas más íntimas: “¿Quién soy yo? ¿Hay manera de entender mi personalidad, frente a mí mismo, frente a Dios y en relación con mis semejantes? ¿Cuál es mi origen? ¿Cuáles son las posibilidades de mi vida y mi destino?”. Diferentes filósofos darían respuestas distintas si uno les pidiera una definición de “persona” o “personalidad”, pero cualquier hombre equilibrado, usando sólo su “sentido común”, comprende que todo pensamiento y raciocinio empieza con lo que él es. La personalidad humana es el factor primordial y básico, y con ella tenemos que empezar, diciendo: “Yo soy yo, y por eso puedo pensar y actuar en este mundo”.

De paso quizá debiéramos aclarar que en estos estudios se emplea “hombre” en su sentido genérico, que abarca todo ser humano, varón o hembra. Si el contexto exige que se haga una distinción de sexos, lo indicaremos oportunamente.

2. La luz de la revelación

La Biblia confirma nuestra impresión sobre la importancia del hombre dentro del medio ambiente de la naturaleza, y aun como protagonista relacionado con los planes eternos de Dios. En la narración del libro de Génesis la creación del hombre se destaca como única y especial, siendo precedida por un consejo divino, con el anuncio de que había de poseer una personalidad que reflejara, en ciertos aspectos, la de su Creador: *“Hagamos al hombre a nuestra imagen, conforme a nuestra semejanza, y señoree en toda la tierra y en todo animal”* **(Gn 1:26-30)**. Volveremos sobre algunos de estos términos, limitándonos aquí a observar que el relato adicional de **(Gn 2:4-25)** destaca la creación del hombre en relación con el Huerto de Edén, que había de ser la cuna apropiada que Dios preparó para este nuevo ser. El versículo clave es el séptimo: *“Entonces Jehová Dios formó al hombre del polvo de la tierra y sopló en su nariz aliento de vida y fue el hombre un ser viviente (o alma viviente)”*. Se cumple el propósito de **(Gn 1:26)**, y se detalla más el hecho de la creación del hombre notado ya en **(Gn 1:27)**. Por *“polvo de la tierra”* hemos de entender los elementos que estructuran la creación material, y se nos enseña que, en cuanto a su cuerpo (animado por su alma), el hombre es parte de la naturaleza, siendo evidentes las analogías entre el cuerpo humano y el de los animales más desarrollados. Ahora bien, en conformidad con el proyecto de **(Gn 1:26)**, Dios tomó una iniciativa especial en cuanto al hombre. Sin duda toda vida animal procede del Creador, pero en este caso el proceso vital es general, no distinguiendo la Palabra entre una especie y otra desde este punto de vista. En el caso del hombre, Dios le dio espíritu conforme a su naturaleza especial. Había otros muchos *“seres vivientes”*, pero el soplo de Dios, en el

caso del hombre, determinó no sólo que fuese la corona de la creación material, sino que recibiera *"espíritu humano"*, procedente directamente de Dios, como algo diferente de la vitalidad de meros animales, aun tratándose del más desarrollado de ellos.

3. El gran abismo

Es muy necesario que apreciemos la importancia de esta diferencia esencial entre el hombre y los demás seres creados de este suelo, pues la *"humanidad"*, según la revelación bíblica, no depende de que el hombre sea superior a otros animales en cuanto a la estructura de su cuerpo o la perfección de ciertas facultades suyas. La unión del cuerpo *"formado"* por Dios, y el espíritu que procedió de una manera especial de Dios, dio lugar a un *"alma"*, equivalente en lo esencial a la personalidad humana, que no está limitada por la naturaleza. El hombre es *"material"* por cuanto su cuerpo es *"polvo"*, y al *"polvo"* volverá, pero es *"espíritu"* gracias a su relación especial con Dios. Por muchos cráneos y huesos que nos traigan los antropólogos de los estratos de las rocas, no pueden probar por evidencias materiales que el ser del cual formaban parte fuese hombre en este sentido bíblico. Limitándose las investigaciones a lo material, y las de los científicos no pueden pasar más allá, es imposible que desemboquen a conclusiones verídicas y completas sobre un ser que supera lo material, gracias a un acto creador de Dios en la esfera del Espíritu. Es cierto que esta superioridad se refleja en la inteligencia aventajada del hombre, pero supone mucho más que eso. Los antropólogos, al recoger sus pruebas y evidencias, debieran empezar con la más obvia de todas ellas: el inmenso abismo que separa al hombre normal del más desarrollado de los animales. De ahí que los hombres de todos los tiempos, y procedentes de cualquier estrato social, han considerado la vida humana como sagrada, no siéndolo la del animal, que puede sacrificarse libremente en el servicio del hombre. El que mata a un ser humano con alevosía es un homicida criminal; el que sacrifica un animal, por razones adecuadas, hace uso de su señorío en la esfera de la naturaleza: algo que Dios le ha conferido.

La naturaleza del hombre

1. El conjunto de espíritu, alma y cuerpo

Es necesario examinar los términos bíblicos que describen al hombre, pero sin que perdamos de vista la unidad de su ser como personalidad equilibrada, según la enfatiza Pablo en **(1 Ts 5:23)**: *"El mismo Dios de paz os santifique por completo; y todo vuestro ser, espíritu, alma y cuerpo, sea guardado irreprensible para la venida de nuestro Señor Jesucristo"*. El Apóstol menciona espíritu, alma y cuerpo, pero subrayando a la vez que el *"ser"* es uno, y así ha de ser guardado, hasta la consumación de la obra de Dios en relación con el hombre, para la Venida del Señor. A veces el alma representa la persona, como en **(Hch 2:41)**: *"Y se añadieron aquél día (a los discípulos) como tres mil almas (personas)"*. A veces *"alma"* indica toda la vida interior del hombre, en contraste con el régimen externo del cuerpo dentro de la naturaleza, según las palabras del Maestro en **(Mt 16:26)**: *"Pues, ¿qué provecho tendrá el hombre si ganare todo el mundo y perdiere su alma?"*. El vocablo griego *"psuche"* se traduce a veces por *"alma"*, y en otros lugares por *"vida"*, igual que *"nephesh"* (hebreo) en pasajes como **(Is 53:10-12)**. Esto no impide el que se haga una distinción entre *"alma"* y *"espíritu"* en otros contextos, y es indiscutible (bíblicamente) que es el espíritu, aquel *"soplo de Dios"* de **(Gn 2:7)**, que permite la relación del hombre con Dios.

2. El cuerpo en relación con el alma y con el espíritu

Al dar a los corintios profundas enseñanzas sobre el tema de la resurrección, Pablo echa luz sobre las relaciones cuerpo-alma y cuerpo-espíritu **(1 Co 15:42-49)**. A los efectos de

estas breves notas hemos de limitarnos a señalar que el Apóstol llama el cuerpo en su estado actual *"soma psuchicon"*, o sea, el cuerpo controlado por el alma **(1 Co 15:44)**, mientras que el cuerpo de resurrección se designa como *"sóma pñuematicon"*, o sea, el cuerpo controlado por el espíritu. La traducción *"cuerpo animal"* estaba bien cuando se entendía que (etimológicamente) *"animal"* se deriva de *"ánima"* o *"alma"*, pero pocos lo comprenden ahora. El alma, desde este punto de vista, es el principio vital que da consistencia y orden al cuerpo. No se debe despreciar el cuerpo, ya que es obra del Dios Creador. Es verdad que puede ser instrumento para obras malas, pero también, en el hombre regenerado, es Templo del Espíritu Santo siendo animado por el Espíritu de Resurrección **(Ro 8:11)**. Aun en la gloria seremos hombres con cuerpo, alma y espíritu, pero, libres ya del pecado, el espíritu redimido, bajo la influencia total del Espíritu de Dios, controlará el cuerpo de resurrección, cumpliéndose el anhelo que Pablo expresó en **(1 Ts 5:23)**.

Algunos términos importantes

1. Imagen y semejanza de Dios

Léanse **(Gn 1:26) (Gn 5:1-3) (Gn 9:1-7) (Sal 8:5-6) (1 Co 11:7) (Stg 3:9)**. Ha habido diversos intentos de distinguir entre *"imagen"* y *"semejanza"*, creyendo muchos expositores que *"imagen"* es aquello que el hombre recibe de Dios, como determinante de su naturaleza, y que, por ende, no pudo perderse por la Caída. En cambio, según ellos, la *"semejanza"* tiene que ver con una justicia original, con atributos divinos "comunicables", que se perdieron necesariamente al caer el hombre en el pecado, pudiendo ser recreada la semejanza por la regeneración **(Ef 4:24) (Col 3:10)**. No hay lugar aquí para examinar estos conceptos en detalle, y lo seguro de la enseñanza bíblica es que el *"hombre"* no dejó de serlo por la Caída, bien que ésta afectó todas las partes de su ser, con todas sus facultades humanas, como se destaca por la consideración de los versículos notados arriba. La imagen y semejanza de Dios en el hombre persisten potencialmente, pero su manifestación depende ahora de la obra de gracia por medio del Hijo del Hombre. Recordemos los rasgos que distinguen al hombre del mero animal: su inteligencia superior, su capacidad para el raciocinio, su sentido estético, la operación de poderes emotivos y afectivos que no dependen del instinto o del mero entrenamiento, su carácter como ser moral, capaz de distinguir entre el bien y el mal, el modo en que actúa su voluntad, su capacidad de "filosofar", o sea, de preguntar por el significado de la vida y del cosmos, sus investigaciones científicas, la posibilidad de "crear" obras de arte, y, sobre todo, la posibilidad de comunicar con Dios. Aun después de la Caída, Dios se dirige directamente al hombre, llamándole *"tú"*, esperando la respuesta de su criatura. Es natural que el hombre emplee estas facultades en el ejercicio de su dominio concedido por Dios en el mundo mineral, vegetal y animal, pero ahora no todo puede serle sujeto, ya que ha salido del derrotero de la voluntad de Dios, dentro de la cual estaba llamado a actuar **(He 2:5-8)**.

2. Carne y cuerpo

Los hebreos no hablaban del *"cuerpo"* del hombre, sino de su *"carne"*: vocablo que puede emplearse en buen sentido para expresar lo esencial del hombre como parte de la naturaleza **(Sal 63:1)**. Sin embargo, se emplea más frecuentemente para indicar la flaqueza del hombre deslizado de Dios, y de allí surge el uso de la palabra como equivalente de la naturaleza caída heredada de Adán *"Cuerpo"* traduce *"soma"* en el Nuevo Testamento, siendo instrumento del pecado en el hombre caído, pero igualmente capaz de cumplir la voluntad de Dios en el hombre regenerado **(Ro 8:10-11)**. Es importantísimo que nos libremos de la idea antibíblica de que el mal tiene su origen en la

materia, y, dentro de la misma línea, que el pecado surge del cuerpo. El pecado (véase abajo) es el movimiento de la voluntad pervertida del hombre, que se expresa a través del cuerpo, como instrumento, pero que no nace en la parte material. La *"carne"* (en sentido peyorativo) no ha de identificarse con el cuerpo.

3. Corazón

En lenguaje figurado la Biblia atribuye funciones morales o afectivas a varios órganos del cuerpo, de los cuales el más importante es el corazón, entendido como el "motor" del ser humano, la fuente no sólo de los afectos y pasiones, sino también de la inteligencia y sede de la voluntad. Por eso el Maestro insistía en que lo externo (comidas, bebidas, actos ceremoniales, etc.) no determinaba resultados morales y espirituales, sino que éstos surgían del corazón, o sea, de los móviles que operaban en el centro del ser humano **(Mr 7:1-23)**. Las decisiones vitales de la vida se fraguan en el *"corazón"*, decidiendo toda la actuación del ser humano. De ahí la importancia de la petición: *"Dame, hijo mío, tu corazón"* **(Pr 23:26)**. Una mirada al epígrafe de *"corazón"* en una concordancia bíblica revelará la importancia de esta figura en la Biblia.

4. Mente

Este término se destaca bastante en los escritos del apóstol Pablo, ya que mente o entendimiento (traduciendo "nous, dianoia, phronénia"), es sede del raciocinio: facultad típica del hombre, que ha sido entenebrecida de modo especial por las operaciones del príncipe de este mundo **(Ef 5:17-6:12)**.

La caída del hombre

1. El hombre y la voluntad de Dios

El hombre, como obra de Dios, ha de quedarse dentro de la voluntad de su Creador, para cuya gloria fue formado y maravillosamente dotado. Esto no supone una sujeción arbitraria, ya que no puede haber verdadera bendición fuera de la voluntad divina, puesto que Dios es la suma de todas las excelencias concebibles. El hombre fue creado libre, ya que Dios no quiso que esta asombrosa creación fuese una marioneta que él manejara sólo por la imposición de su voluntad. El amor no tiene valor alguno, ni puede existir, si no se ofrece libremente. No sabemos lo que habría sido la meta del hombre si hubiese guardado su inocencia, pero, desde luego, no había límites a las posibilidades de su desarrollo, dentro de su categoría como hombre. La libre sumisión se conoce por la prueba y por eso fue preciso plantar en el Edén un árbol de la ciencia del bien y del mal, cuyo fruto fue prohibido al hombre. Los movimientos de la voluntad se desconocen si no surge la necesidad de llegar a decisiones, y la libertad del hombre exigía algo que la pusiera a prueba. La Caída es el acto por el cual el hombre llegó a ser desleal al principio fundamental de su ser como hombre: la sumisión en amor a su Creador. El diablo, a través de la serpiente, señaló la alternativa: *"Vosotros seréis como Dios"*, induciendo a la criatura a "endiosarse", lo que llegó a significar, de hecho, la sujeción a las potencias satánicas. La rebeldía separó al hombre de la vida de Dios, y eso trajo como consecuencia inevitable toda la secuela de males que han surgido de esta falsificación de la naturaleza, desarrollo y destino del hombre.

2. El estado del hombre caído

La Biblia echa mucha luz sobre el estado del hombre desde su caída, y haremos bien en estudiar este reiterado diagnóstico, sin olvidarnos de la necesidad de comprender lo que significan las figuras empleadas. Un pasaje de importancia fundamental se halla en **(Ef 2:1-3)**, y otro en **(Ef 4:17-5:14)**. La victoria que el diablo consiguió al separar al hombre de

la voluntad de Dios le dio ocasión de establecer, sobre la base de una sociedad de hombres caídos, su propio sistema, que el apóstol Juan llama *“el mundo”* en sentido peyorativo **(1 Jn 2:12-17)**. El *“mundo”* de **(Jn 3:16)** es el de los hombres, objetos del amor de Dios. Por dentro de cada hombre caído se halla la *“carne”*, en su sentido malo, cuyas nefastas obras se describen en **(Ga 5:19-21)**, declarando Pablo que son incompatibles con el Reino de Dios. Todas las asombrosas facultades del hombre, como *“imagen”* de su Creador, se hallan afectadas por el pecado, que puede definirse como todo movimiento de la voluntad del hombre en contra de la de Dios, sea consciente o inconsciente. Al seguir las sugerencias satánicas, el hombre, en este aspecto moral de su ser, llegó a ser *“hijo”* del diablo, como enfatiza el mismo Señor: *“Vosotros sois hijos de vuestro padre el diablo, y los deseos de vuestro padre queréis cumplir”* **(Jn 8:44)**. ¿Qué pasa con la voluntad del hombre, que hemos apreciado como elemento esencial de su personalidad? Algunos teólogos, dando un sentido muy literal a la declaración de Pablo, *“muertos en vuestras delitos y pecados”* **(Ef 2:1,5)**, niegan el “libre albedrío” del hombre caído, afirmando que ni siquiera es capaz de aceptar la oferta del Evangelio si Dios no le “regenera” antes por una acción soberana, ajena a la voluntad meramente humana. Otra escuela concede gran importancia al esfuerzo humano al colaborar con la gracia de Dios. Los pasajes mencionados han de leerse a la luz de toda la Biblia, que ilustra con abundantes ejemplos el caso de hombres que se someten a Dios y reciben su bendición, destacando el de otros que, manteniéndose como *“hijos de desobediencia”*, rechazan las ofertas de gracia, quedando bajo la condenación que merece su rebeldía. Dentro de esta perspectiva amplia, y tomando en cuenta seriamente todas las declaraciones bíblicas en su contexto, parece justificada la siguiente conclusión: a) El hombre caído carece totalmente de poder para salvarse a sí mismo, siendo *“muertas”* todas sus obras a causa de la tacha del pecado que las afea, aun las religiosas y las que son muy aceptables en la sociedad humana. b) Sin embargo, la cruz es un “hecho eterno”, determinado por Dios antes de los siglos, de modo que, estando satisfecha su justicia, pone su gracia a la disposición de todos los hombres, llamándoles a sí mismo, y haciendo posible que acudan al llamamiento. c) El arrepentimiento y la fe no son obras meritorias humanas, sino la manifestación de la debida postura que el hombre ha de adoptar al oír el Evangelio. El hombre sumiso reconoce su culpabilidad y su debilidad, lo que le lleva a *“invocar el Nombre del Señor”* y *“todo aquel que invocare el Nombre del Señor será salvo”* **(Ro 10:13)**. d) Todo es de gracia, pues, pero la responsabilidad moral del hombre se mantiene, ya que puede “dejarse salvar”, abriendo la puerta de su vida al Espíritu Santo, quien le convence de pecado y le revela la Persona y Obra del Salvador, sin que haya “obra buena” o mérito alguno de su parte.

3. Las consecuencias de la Caída

Algunas de estas consecuencias se han estudiado en el párrafo anterior, pero conviene recalcar otras facetas que afectan al hombre, sea personalmente, sea en relación con la raza perdida.

a) La muerte. *“La paga del pecado es muerte”* **(Ro 6:23)**, porque la separación de la vida de Dios **(Ef 4:18)** supone un estado de muerte espiritual, ya que el hombre natural no puede agradar a Dios; sigue como consecuencia la muerte física en su día, pues *“la muerte pasó a todos los hombres por cuanto todos pecaron”* **(Ro 5:12)**. En el caso de los rebeldes que no aceptan el valor de la Obra de Cristo (universal en potencia) la muerte física les introduce a la perdición eterna, o sea, la muerte en su última expresión, que no es aniquilamiento, sino la experiencia de las últimas consecuencias de la separación de Dios en la personalidad consciente del hombre.

b) La ira de Dios. Los hombres caídos son *“hijos de ira”*, o sea, su estado de pecado y de culpabilidad establece una trágica tensión entre Dios y ellos que se denomina *“ira”*. Eso

no quiere decir que "Dios se enfada", sino que describe el estado inevitable que existe cuando el hombre pecador se halla en la presencia del Dios infinitamente justo y santo. La *"ira"* trae consigo los juicios, que son aplicados con absoluta imparcialidad y justicia, sea en esta vida, sea en los últimos tiempos **(Jn 3:36) (Jn 5:25-27) (Ro 1:18-2:16) (Ro 5:9) (Ef 2:3) (Ef 5:6) (1 Ts 1:10)**.

c) La frustración. En **(Ro 8:19-24)** Pablo hace ver que Dios sujetó a la creación *"a la vanidad"* en vista del pecado, y *"vanidad"* equivale a *"frustración"*. Muchas cosas humanas quizá tengan un principio aceptable, pero nunca llegan a su consumación. Así el apóstol recoge en una breve frase el significado del libro de Eclesiastés, que manifiesta el fracaso de los pensamientos del hombre *"debajo del sol"*. A causa del pecado el hombre carece de los medios para solucionar los problemas que surgen de la vida y de la sociedad; no sólo eso, sino que le falta poder para lograr una verdadera satisfacción interior. Hay cosas buenas, ya que la naturaleza es obra de Dios, como también el hombre en la sociedad en su sentido original, pero si no rige la voluntad de Dios para el desarrollo y la consumación de lo creado, todo ello desemboca en la frustración, dolor y muerte.

El pecado original y la depravación total del hombre

1. El pecado original y los actos voluntarios de pecado

Las enseñanzas de **(Ro 5:12-21)** enfocan luz sobre dos personajes: Adán, en quien se hallaba toda la raza cuando pecó; y Cristo, como Hijo del Hombre, quien como perfecto Representante de la raza, llevó a cabo la obra de la redención. Por su desobediencia Adán arrastró todos sus descendientes a un estado de pecado y de condenación, pues *"todos pecaron"* (en él) **(Ro 5:12)**. Cristo (el Creador) al encarnarse recabó *"para sí"* la *"humanidad"*, y al expiar el pecado, elevó la raza potencialmente en su Persona, haciendo posible la salvación de todos. El pecado original es un término teológico que podemos aceptar en el sentido de que toda la raza cayó en Adán, de modo que los seres que nacen se hallan en un estado de pecado: algo que se manifiesta luego en actos voluntarios de pecado, sin excepción alguna aparte del Señor Jesucristo. Fundamentalmente, pues, pecamos porque somos pecadores y no llegamos a ser pecadores por el hecho de pecar, bien que lo segundo surge de lo primero. Pero nadie puede quejarse por estar envuelto en la condenación a causa del pecado de Adán, puesto que el *"Postrer Adán"* llevó la sentencia de la ley y vivificó la raza por su Resurrección. Pero la consideración de la responsabilidad moral de cada ser humano excluye el "universalismo", que enseña que todos los hombres serán salvos automáticamente por la obra de Cristo. Como un ser moralmente responsable, cada hombre ha de relacionarse con Cristo por medio de la sumisión y la fe, uniéndose así con el segundo Cabeza de la raza, asegurando su participación personal en la obra que, potencialmente, abarca a todos. Los actos voluntarios de pecado surgen de la raíz del pecado original.

2. La depravación total del hombre pecador

De nuevo nos enfrentamos con un término teológico que se basa en **(Ro 3:10-18)**, y pasajes parecidos, que manifiestan que *"no hay justo, ni aun uno"*, señalando el efecto del pecado en todas las partes del ser humano. El término puede aceptarse con tal de que se entienda bien: a) No quiere decir que todos los hombres hayan llegado al límite extremo de la manifestación del pecado y de la perversidad, pues si fuera así la sociedad humana sería un infierno, destruyéndose a sí misma como tal. Hay muchas obras que son muy aceptables entre los hombres, como reconoció Cristo al decir: *"Si vosotros, siendo malos, sabéis dar buenas dádivas a vuestros hijos ¿cuánto más vuestro Padre?"* **(Mt 7:11)**. El Maestro señaló el *"pecado original"*, pero aun así esperaba *"buenas dádivas"*, es decir,

buenas obras entre los hombres. En este sentido es posible hacer referencia a una persona inconversa diciendo: “Es una buena persona, que hace favores cuando puede”. b) La depravación total quiere decir que aun las buenas obras de los hombres llevan la mancha del pecado y por eso no pueden ser aceptables como “meritorias” delante de Dios; *“No por obras, para que nadie se glorie”*. c) Señala también la terrible verdad de que existe el germen de todo pecado en el corazón de todo ser humano. Al mencionar los peores crímenes y perversidades que prevalecen en sectores depravados, señalamos algo que, potencialmente, existe en nuestro propio corazón, ya que constituyen el nefasto fruto de la carne que se halla en todos los individuos de la raza caída. La gran variedad que existe en la crianza y en las circunstancias de cada cual disimula mucho este hecho, pero no debiéramos olvidarlo jamás, ya que nos libramos de las peores consecuencias de la Caída sólo por la gracia de Dios.

El Hijo del Hombre y el destino del hombre

1. El significado del título

Examinaremos las evidencias bíblicas sobre la Persona de Cristo en el estudio siguiente, pero el tema del *“hombre”* exige una breve referencia al título que Cristo aplicaba constantemente a sí mismo: el Hijo del Hombre. El propósito de Dios al crear el hombre (ya hemos notado sus gloriosas posibilidades) no podía quedar frustrado por la maliciosa intervención de Satanás. Una vez caído el hombre, no era posible “reformarle”, pero el plan eterno de Dios se basaba sobre su redención, o sea, determinaba su liberación de la potencia del diablo. Cuando el Hijo de Dios, Agente en la creación del hombre, se encarnó, con todo derecho recabó para sí la “humanidad” que él mismo había dado. Nosotros no hemos visto más que “hombres pecadores”, y, por eso, tendemos a identificar el pecado con la esencia del hombre, mientras que, de hecho, es lo que afea y estropea su humanidad. El título *“Hijo del Hombre”* indicaba que la raza se resumía en Cristo, y que, según el término de Pablo, el *“Postrer Adán”* había de morir por todos los hombres, vivificando la raza luego por su Resurrección. Agotó en su Persona los funestos resultados del pecado, expiando la culpabilidad delante del Trono de Dios, para “recrear” al hombre según la potencia de su Resurrección **(1 Co 15:20-22)** **(2 Co 5:13-18)**. Hallamos un maravilloso resumen de esta nueva creación en **(Ro 8:29)**: *“Por que a los que (Dios) antes conoció, también los predestinó para que fuesen hechos conformes a la imagen de su Hijo, para que él sea el Primogénito entre muchos hermanos”*. Se desarrolla el mismo tema en **(He 2)**.

2. El destino del hombre

Las citas anteriores aseguran el hecho primordial de la redención de la raza en Cristo. Los hombres asociados por la fe con Cristo llevarán con diáfana claridad la *“imagen”* del Hijo del Hombre, sin perder por ello la personalidad creada y redimida, que es precisamente lo que Dios planeó con el fin de llevarla a la perfección y glorificación de la meta final. Comprendido este hecho fundamental, caben infinitas posibilidades de bendición, de servicio y de adoración que notaremos al tratar el tema en capítulos posteriores.

Temas para meditar y recapacitar

1. Discurra libremente sobre el hombre: a) tal como Dios le creó; b) tal que se halla después de la Caída.

2. Con referencia a **(Ro 5:12-21) (Ro 8:29)** y **(He 2)** (con otras porciones análogas si se acuerda de ellas) describa la manera en que Dios lleva a cabo el propósito original suyo al crear al hombre, según **(Gn 1:26)**.
3. Dense claras definiciones de los términos siguientes: Cuerpo, alma, espíritu, personalidad humana, carne, corazón. Discurra sobre el título del Señor: *"el Hijo del Hombre"*.

La persona de Cristo

La importancia del tema

1. El cristianismo es Cristo

Los fundadores de las diferentes religiones que han ganado la adhesión de vastos sectores de la humanidad se consideraban a sí mismos como receptores de una visión especial y verídica sobre el sentido de la vida humana que les ha permitido enseñar a los hombres caminos de perfección. Como es natural, los discípulos y adeptos, movidos por el respeto que sentían frente al maestro cuyas enseñanzas habían aceptado, tendían a divinizar al fundador. Sin embargo, esta tendencia correspondía a un desarrollo posterior del movimiento, y no a su principio. En el caso del cristianismo todo es diferente, puesto que, desde las primeras formulaciones doctrinales, todo dependía de la Persona de Cristo. Con toda naturalidad, sin que asomara indicio alguno de megalomanía, Cristo mismo llamaba la atención de las gentes hacia su Persona, declarando que verle a él equivalía a ver al Padre, conocerle era conocer a Dios, y que él mismo era *"Camino, Verdad y Vida"*, sin el cual nadie llegaría al Padre **(Jn 14:5-11)**. Volveremos a notar algunas de las declaraciones que establecen el hecho de esta conciencia de sí mismo como Dios, pero aquí nos interesa subrayar el hecho de que es imposible comprender el cristianismo (o ser cristiano), sin admitir que Dios se ha revelado en el Hijo, puesto que él constituye el Centro de la revelación divina y que en él se halla la misma sustancia de la Fe cristiana. No basta decir que el cristianismo fue fundado y propagado por medio de Cristo, pues la verdad bíblica se expresa por la afirmación: "el cristianismo es Cristo".

2. El hecho histórico

Recordamos al lector las consideraciones del Capítulo I, que pusieron de relieve el hecho notable de que llegamos a conocer la Persona de Cristo por medio de cuatro escritos fundamentales, basados sobre evidencia muy temprana, según las declaraciones de Lucas en su Evangelio **(Lc 1:1-4)**, notándose que la hipótesis de que cuatro autores, sin mutua colaboración previa, "inventasen" a un Protagonista de la categoría sublime de Cristo, supondría mayor milagro en los campos de la literatura y de la historia que la aceptación normal de la Persona tal como se presenta a sí misma a través de los escritos de los Evangelistas.

La historicidad de Cristo viene a ser un hecho tan fundamental que, si se acepta, el que busca la verdad tiene delante un camino expedito que le lleva indefectiblemente a la salvación por medio de Cristo. No debe extrañarnos, pues, que haya sido muy combatido este postulado fundamental. La suficiencia carnal del hombre le lleva a la repulsa frente a lo sobrenatural, y, al querer socavar la base de la revelación divina, tiene que buscar cualquier argumento que debilite la historicidad de la Persona de Cristo tal como se presenta en la Biblia. Al mismo tiempo muchos teólogos radicales quieren aprovechar el valor emotivo del nombre de "Jesús" como ejemplo supremo de amor, bien que arrancándolo arbitrariamente de su contexto bíblico y del marco de la doctrina cristiana. Según la llamada "crítica de forma", las narraciones de los Evangelios tienen su origen en la predicación de los evangelistas de los años sesenta del primer siglo, amoldadas a las exigencias de la labor propagandística. Varios "tipos" de incidente (o de lección) llegaron, según ellos, a revestirse de formas estereotipadas, y corresponde a los críticos de hoy "desmitificar" este material, en busca de lo que podía haber de verdad en todo ello. R. Bultmann ha llevado este proceso a un extremo tal que apenas afirma más que la

existencia de un cierto Jesús, y el hecho innegable de su muerte bajo Poncio Pilato. Esta escuela considera que la mayor parte de las enseñanzas atribuidas a Jesucristo en los Evangelios son moralejas añadidas a un pequeño núcleo de incidentes y dichos verídicos.

Podemos admitir que la repetición de las narraciones evangélicas daba lugar a algunas formas estereotipadas, puesto que muchos tenían que aprenderlas de memoria; por métodos catequísticos, en la ausencia de escritos ya autorizados, pero eso no disminuye la verdad de su contenido. No hay nada que nos obligue a creer que no existieran tanto testimonios escritos como tradiciones orales fidedignas desde el comienzo del ministerio del Señor. Los discípulos no eran analfabetos, y el tema era fascinante. La existencia misma de la Iglesia, con su cuerpo de evangelistas, suponía una base de verdades, aceptadas con fe plena por hombres que habían dejado ya sus dudas para convertirse en héroes. Por el año 50 Pablo redactó sus dos cartas a los Tesalonicenses, que no pretendían ser una exposición doctrinal acerca de Cristo y su obra, y que, sin embargo, evidencian la existencia de un cuerpo completo de enseñanza apostólica sobre su Persona y obra. No habían mediado más de veinte años desde la Cruz y la Resurrección, que es período suficiente para la afirmación y desarrollo bajo la guía del Espíritu Santo a través de los Apóstoles, de los rasgos esenciales de la enseñanza cristiana, pero en manera alguna bastan para el desarrollo de un mito que transformara a Jesús, enseñador y mártir, en el Cristo de Dios, único Salvador y Señor de la gloria. Nos parece que hace falta mucha más credulidad para ser "incrédulo", que para aceptar hechos históricos que gozan de mucha mejor testificación que aquellos que afirman, por ejemplo, los triunfos de Alejandro Magno.

Bases para la doctrina de la persona de Cristo

1. La Persona que se retrata por medio de los relatos evangélicos

Dejemos por el momento los datos que Mateo y Lucas nos ofrecen sobre el nacimiento del Señor y el significado de la encarnación, para concentrar nuestra atención en la Persona que se nos presenta cuando meditamos en todos los incidentes y enseñanzas que recogen los cuatro evangelistas. Es evidente que no podemos llegar a conocer a una persona humana a no ser que establezcamos un trato íntimo con ella, lo que nos proporciona la oportunidad de fijarnos en lo que hace, lo que dice y, sobre todo, en cómo reacciona ante otras personas y frente a las diversas coyunturas de la vida. Quedamos maravillados ante la sabiduría y gracia de Dios al proveer para nosotros los incidentes de los Evangelios, ya que la consideración de ellos nos pone en contacto personal con Cristo. Es evidente la importancia de las obras del Señor, como también la de sus sencillas y profundas palabras; pero, sobre todo, hemos de fijarnos en las actitudes que adopta para que podamos discernir *"la mente de Cristo"*.

Plena conciencia de su propia autoridad

Después de las enseñanzas del Sermón del Monte los oyentes se asombraron *"porque les enseñaba como quien tiene autoridad, y no como los escribas"* **(Mt 7:29)**. Él interpretaba el Antiguo Testamento como Autor de los escritos sagrados (por su Espíritu), y complementaba la interpretación mediante conceptos relacionados con su propia Persona y Obra, pudiendo decir como última autoridad, *"mas YO os digo"*. Igualmente ejercía plena autoridad frente a los espíritus malignos, ante el asombro de la gente **(Mr 1:21-28)**. Controlaba los vientos y el mar embravecido **(Mr 4:35-41)**, o sea, las fuerzas de la naturaleza. Ningún potentado del mundo era capaz de estorbar el cumplimiento de su misión **(Lc 13:31-33)**. Aun durante la Semana de la Pasión el Señor Jesucristo controlaba la situación hasta en sus mínimos detalles, y procurando los jefes del judaísmo juzgarle a

él, era él quien les juzgaba a ellos. Frente a la muerte, enemigo invencible que el hombre jamás pudo dominar, declaró: *"Yo soy la Resurrección y la Vida"*, probando su aserto por llamar a Lázaro de la tumba **(Jn 11)**. La victoria sobre el pecado y la muerte por medio de la Cruz y la Resurrección consolidó su autoridad frente a la humanidad, y la comisión de evangelizar a todos fue precedida por la declaración: *"Toda autoridad me ha sido dada en el cielo y sobre la tierra"* **(Mt 28:18-20)**.

Una perfecta expresión de amor y de gracia

Todo lector de los Evangelios podría aducir repetidos casos de la manifestación de la misericordia, la gracia y el amor del Señor, que es algo tan evidente que sólo recordamos el hecho de que colocó su mano sobre las llagas del leproso **(Mr 1:40-44)**, que consoló a la viuda aun antes de devolverle su hijo ya resucitado **(Lc 7:11-17)**. Hagamos memoria también de la bendición que recibió la mujer *"pecadora"* en la casa de Simón el fariseo **(Lc 7:36-50)**, con el hecho de que quiso ser huésped de Zaqueo, pese a la excomunión que pesaba sobre él por ser publicano. En todo le convenía cumplir su misión de buscar y salvar lo que se había perdido **(Lc 19:1-10)**. Tanto la autoridad como la gracia hallaron sublime expresión cuando prometió al ladrón arrepentido: *"Hoy estarás conmigo en el paraíso"* **(Lc 23:39-43)**.

El lector no debiera pasar por alto ninguna frase de los Evangelios sin meditar en lo que revela de la Persona del Señor, para preguntarse después cuál será el significado de esta perfección, que no puede explicarse sólo por decir que hallamos en Cristo la floración consumada de los mejores rasgos humanos. El cuadro total, el retrato que presentan los Evangelios, exhibe pinceladas que pasan más allá de lo meramente humano, dando fe a la declaración del Maestro: *"El que me ha visto a mí, ha visto al Padre"* **(Jn 14:9)**. Un hecho tan complejo en el detalle y a la vez tan sublime en su conjunto singular exige una explicación, de modo que, aun sin el testimonio histórico sobre la encarnación, tendríamos que suponer una entrada única y divina en la raza humana que correspondiera a los múltiples datos del ministerio del Señor en la tierra. Tal Persona era Hombre, pero, a la vez, era mucho más que Hombre.

Las declaraciones del Señor en cuanto a su propia persona

1. Su humanidad real

Los errores doctrinales sobre la Persona de Cristo han fluctuado siempre entre la negación de la realidad de su humanidad, con el fin de enfatizar su deidad; o la negación de su deidad en aras del concepto de la apoteosis de la humanidad en su Persona, o sea, el ensalzamiento de un Hombre hasta niveles "divinos". Muy tempranamente los docetistas (pensamos, por ejemplo, en Cerinto, un enseñador gnóstico) consideraban que la humanidad y los sufrimientos de Cristo eran más aparentes que reales. En cambio los ebionitas negaban la realidad de su deidad. El arrianismo, una herejía muy extendida en los siglos IV y V, postulaba un ser muy sublime, "casi Dios" y "como Dios", pero que carecía de la sustancia y esencia de la deidad. Los conceptos religiosos humanistas de hoy niegan la realidad de la deidad de Cristo, subrayando su sublimidad moral como ejemplo, sin admitir los datos bíblicos que le presentan como Hijo de Dios e Hijo del Hombre.

Evidentemente, los observadores de Cristo en Palestina durante su ministerio terrenal no necesitaban pruebas de su humanidad, ya que le veían como hombre, entre hombres, y muchos pensaban que podían definirlo por decir: *"¿No es éste Jesús, el hijo de José, cuyo padre y madre nosotros conocemos? ¿Cómo es que ahora dice: Del cielo he*

descendido?" **(Jn 6:42)**. Después de establecerse como doctrina cristiana la realidad de la deidad de Cristo, gracias a la comprensión espiritual de los Apóstoles y de otros testigos de tantos hechos insólitos, que sólo se explicaban como manifestaciones de atributos divinos, llegó a ser necesario recordar la naturaleza humana de Cristo. Normalmente los testigos autorizados dan fe del hecho de que Jesús pasó por todas las experiencias normales de la vida humana. Nació de madre humana, creció en sabiduría y en edad; padecía hambre, sed y cansancio; comía, bebía y dormía. En la parte psicológica era hombre, ya que se gozaba en espíritu, se afligía ante impresiones dolorosas y deseaba la compañía y comunión de sus discípulos en la hora de su agonía. Fue tentado por el diablo, pero sin ceder ante el empuje del enemigo, y, como Siervo de Jehová en la tierra, llevaba una vida caracterizada por la oración y la fe, pues nunca empleó su poder divino para eludir las consecuencias de su humanidad. Por fin murió y fue sepultado. Su humanidad no cesó por el hecho de la Resurrección, sino que permanece glorificada a la Diestra de Dios **(1 Ti 2:5)**.

Con todo, es importante que escuchemos el testimonio del mismo Señor, quien se refería a sí mismo empleando el título *"Hijo del Hombre"*, que, según el giro hebreo, significaba aquel que resumía en sí mismo la naturaleza humana. Corresponde a los títulos que emplea Pablo: *"el postrer Adán"* y *"el segundo Hombre del Cielo"* **(1 Co 15:46-48)**. No sólo era *"Hombre"* entre otros, sino también, siendo Creador del hombre, al encarnarse, resumió en sí la perfección de la raza. El diablo, al tentarle, dijo: *"Si eres Hijo de Dios"*, pero el Señor contestó: *"No sólo de pan vivirá el hombre"*, con obvia referencia a sí mismo **(Mt 4:3-4)**. A los judíos recalcitrantes de Jerusalén dijo: *"Procuráis matarme a mí, hombre que os he hablado la verdad"* **(Jn 8:40)**. Al reprochar a los judíos de Galilea por no haber recibido el testimonio del Bautista en su ascetismo, ni el suyo propio, tan distinto, en su trato diario con los hombres, recalca la normalidad de su vida humana: *"Vino el Hijo del Hombre que come y bebe, y dicen: He aquí un hombre comilón y bebedor de vino, amigo de publicanos y de pecadores"* **(Mt 11:18-19)**. La calumnia era maliciosa, pero se basó en la vida normal de Jesús como hombre que se desenvolvía en la sociedad de los hombres.

2. Su naturaleza divina

Al discurrir sobre el misterio de la Trinidad (Capítulo III) pusimos de relieve que esta doctrina no fue promulgada dogmáticamente por el Señor, sino que los discípulos fueron llevados a confesarle como *"Señor y Dios"* como resultado de las repetidas y constantes impresiones que recibían al contemplar sus obras, al escuchar sus palabras y al admirar su Persona. Recordamos aquí la importancia de este modo de declarar la deidad de Cristo, añadiendo unas manifestaciones del Señor mismo que son de gran importancia, siendo típicas y no exhaustivas. Se hallan principalmente en el Evangelio de Juan, pero veremos también que no falta evidencia análoga en los Evangelios sinópticos.

"Antes que Abraham fuese, YO SOY", declaró Cristo ante los judíos enemigos, quienes, en consecuencia, tomaron piedras para lapidarle **(Jn 8:58-59)**. *"Yo y el Padre una cosa (esencia) somos"*, insistió el Señor después del discurso sobre el Buen Pastor, y de nuevo los judíos entendían que reclamaba igualdad con Dios, volviendo a amenazarle con piedras por blasfemo **(Jn 10:30-33)**. Ya hemos notado las profundas enseñanzas de **(Jn 14:5-11)**; de igual forma la oración del Señor que se conserva en **(Jn 17)** es incomprensible fuera de la plena conciencia que el Señor tenía de su unión esencial y peculiar con el Padre. Todo cuanto el Hijo hace en el curso de su misión nos impulsa a honrarle como honramos a Dios, y el que no lo hace, deja de honrar al Padre **(Jn 5:22-23)**.

Si no confesamos la plena deidad de Cristo, sus palabras recogidas en **(Mt 11:27)** carecen de sentido: *"Todas las cosas me fueron entregadas por mi Padre; y nadie conoce*

al Hijo sino el Padre; ni al Padre conoce alguno sino el Hijo y aquel a quien el Hijo lo quiera revelar". Llegamos a las profundidades del Ser del Trino Dios, donde los secretos se comparten entre Padre, Hijo y Espíritu Santo **(1 Co 2:10-11)**. La intensa luz de la gloria de Dios se vuelve en tinieblas ante los ojos de los hombres sin esta obra reveladora del Hijo y del Espíritu Santo.

3. Las invitaciones del Señor y el perdón de los pecados

Ya vimos al principio de este estudio que los fundadores de las grandes religiones solían hablar de revelaciones que les capacitaban para enseñar caminos de perfección a los hombres, mientras que, en el cristianismo, todo se encierra en la Persona de Cristo. Esto se hace muy patente al escuchar las invitaciones del Señor. No faltan instrucción en justicia, ni principios espirituales de amplia aplicación, pero siempre se halla implícita en todos ellos la virtud de la Persona de Cristo y la necesidad de su obra, lo que llega a clarísima expresión en **(Mt 11:28)**: *"Venid a Mí todos los que estáis trabajados y cargados, y YO os haré descansar"*. Estamos tan acostumbrados a asociar esta invitación con el Señor que es preciso hacer un alto con el fin de pensar cómo sonaría aquello si procediera de otra boca que no fuese la suya. Sólo en Cristo se halla la solución a todos los problemas humanos, y es preciso acudir a él para el remedio de todos los males. Tal declaración sería la quintaesencia de la locura o de la blasfemia si no se tratara de Cristo, del Dios Hombre. Lo mismo pasa con la invitación de **(Jn 7:37-39)**: *"Si alguno tiene sed, venga a mi y beba. El que cree en mí..."*. El era la Roca de donde fluía agua viva, según las figuras del Antiguo Testamento, cumplidas sobre todo en el Día de Pentecostés. O se trata de las ilusiones de un visionario trastornado, o de los engaños de un embaucador, o hemos de aceptar las declaraciones como una prueba más de que Dios se había manifestado en carne. Una cuidadosa lectura de Juan capítulos 3 a 11 hará ver que no hemos citado casos excepcionales, sino típicos, ya que, repetidamente, Cristo se puso a la disposición de las almas con el fin de que recibieran la vida eterna.

Los escribas que presenciaron la curación del paralítico **(Mr 2:1-12)** tenían mucha razón al razonar: *"¿Quién puede perdonar pecados, sino uno solo, Dios?"*. Sin embargo, su ceguera espiritual impedía que reconocieran la autoridad divina de Uno que manifestaba tanto la potencia como la gracia de Dios por medio del gran cúmulo de sus obras, que no eran meros "portentos", sino, según la expresión de Juan, *"señales"*, que hacían ver que el Hijo del Hombre tenía potestad en la tierra para perdonar pecados.

La doctrina de la encarnación

Las objeciones a la doctrina. Todas las objeciones que se oponen a la realidad de la encarnación vienen a decir: "Puesto que nosotros, los hombres, nunca hemos conocido un nacimiento en que no intervinieran padre y madre, engendrando aquél y concibiendo ésta, no podemos admitir un nacimiento virginal, en el que la madre concibe por obra del Espíritu Santo". Es legítimo que sea escudriñado cuidadosamente un acontecimiento fuera del orden natural que conocemos, y no hemos de aceptarlo por mera tradición; sin embargo, la objeción pierde bastante fuerza si tomamos en cuenta los factores que se expresan a continuación:

1) Las bases de la doctrina. En la procreación de criaturas humanas entran factores que se describen por la genética con cada vez mayor precisión y detalle, pero ni el especialista más renombrado en esta ciencia puede explicar cómo y por qué los genes dirigen el desarrollo del feto desde su concepción, durante los nueve meses de gestación, hasta nacer la criatura humana, dotada de miles de órganos de una asombrosa complejidad, siendo ya una personalidad humana, con las características únicas y

peculiares que se revelarán en el niño, en el joven y en el hombre. Aceptamos el hecho por su constante repetición, y no porque lo entienda nadie.

2) La Biblia dirige nuestra atención a la intervención de Dios en la historia de los hombres, y este concepto nos libra de ser prisioneros de un proceso natural, mecánico y determinista. El que creó al hombre y mantiene la raza por medios tan maravillosos bien puede ordenar de modo especial la entrada del Hijo en el mundo con el fin de participar en la *"carne y sangre"* de la raza y a los efectos de llevar a su consumación el plan de la redención. ¿Es tan increíble, aceptando este postulado para un caso único, que el óvulo de la mujer María, entonces virgen, fuese fecundado por la potencia del Espíritu vivificador? Notemos que no aceptamos "partenogénesis" (concepción sin la intervención de los dos sexos) como método normal en la raza humana, sino que nos limitamos a lo que Dios ha revelado en cuanto a este único caso del Señor Jesucristo, manifestado posteriormente como Dios y Hombre.

3) Ya hemos visto que la Personalidad del Señor Jesucristo es única y peculiar, con manifestaciones de una humanidad cabal, además de las de la plenitud de la Deidad, y los hechos históricos que garantizan esta vida única han de ser explicados por un origen de vida humana que también es único y especial.

4) Los Evangelistas Mateo y Lucas **(Mt 1:18-25) (Lc 1:26-38) (Lc 2:6-7)** hacen constar el hecho del nacimiento virginal del Señor del mismo modo en que historian los demás incidentes de la vida de Cristo, sobre la base de información fidedigna recogida de José y María. Un acontecimiento no se verifica por ser más o menos normal o creíble, sino por el valor del testimonio que lo garantiza. No hay nada en las narraciones que dé la menor impresión de que se trata de una mera fantasía o leyenda.

5) Muchos teólogos (Brunner, por ejemplo) quieren quedar con el hecho de la encarnación sin comprometerse a aceptar la doctrina del nacimiento virginal de Jesús, pero jamás explican cómo aquella Persona, cuyas glorias hemos contemplado, pudo nacer de un padre y una madre de la raza perdida. Por procreación normal tal criatura podría ser más o menos destacada dentro de la naturaleza humana, pero jamás podría ser el Dios-Hombre que se nos presenta en los Evangelios. Si en algún momento pudo cortarse la transmisión del pecado, y es un hecho que Cristo *"no conoció pecado"*, tuvo que ser en las circunstancias descritas por Gabriel en **(Lc 1:35)**: *"El Espíritu Santo vendrá sobre ti (María) y el poder del Altísimo te cubrirá con su sombra"*.

Los dos títulos que señalan el Hecho. Estos son los siguientes: *"El Hijo de Dios"* y *"el Hijo del Hombre"*. Ya hemos considerado el segundo, como expresión de la esencia de la humanidad, y reiteramos que se trata del Creador del hombre quien recaba para sí la naturaleza que había otorgado. El título *"Hijo del Hombre"* señala la esencia de la humanidad sin pecado, pues éste afea la humanidad sin ser parte original de ella. Del mismo modo el título *"Hijo de Dios"* afirma una participación completa en la naturaleza de Dios. Sin embargo, es preciso distinguir dos usos del título, puesto que *"el Hijo"* o *"el Hijo de Dios"* puede referirse a las condiciones esenciales del Trino Dios que jamás han sufrido alteración. En tal caso el contexto revela que se trata del Hijo que siempre era, quien, habiendo aceptado la responsabilidad para el cumplimiento de la obra redentora, fue enviado por el Padre como tal *"Hijo eterno"* **(Jn 3:16) (1 Jn 4:9-10) (Ga 4:4-5)**. Tengamos en cuenta, sin embargo, que *"Hijo de Dios"* se emplea a veces como título mesiánico, y según este uso, hubo un *"principio"* que corresponde a la misión redentora **(Lc 1:35) (He 1:5)**.

La formulación de la doctrina

Reiteramos que la doctrina de la Persona de Cristo surge de la experiencia de los Apóstoles que observaron y escucharon a su Señor, llegando a comprender no sólo el hecho obvio de su humanidad, sino también la realidad de su Deidad, adorándole como Dios, pese a su estricta crianza como israelitas que reservaban su culto para un solo Dios. Con todo, frente a los embates de distintas herejías, fue necesario evitar errores por medio de la formulación de la doctrina, un proceso que llegó a su consumación en los Concilios de Nicea y de Calcedonia. No aceptamos las decisiones de estos Concilios como imposiciones eclesiásticas, pero apreciamos los esfuerzos hechos por los padres griegos al luchar con el problema de expresar el verdadero sentido del texto bíblico en cuanto a la Persona de Cristo. En Nicea se formulaba la doctrina de la deidad de Cristo frente al arrianismo, y en Calcedonia se llegó a expresar la verdad en cuanto a la Persona de Cristo, el Dios-Hombre, y su fórmula ha sido normativa para "cristianos ortodoxos" desde entonces hasta ahora.

1. Las naturalezas y la Persona

La naturaleza humana indica todo lo que es propio del hombre como tal, según Dios lo creó a su imagen y semejanza. No incluye el pecado, que es contrario al propósito de Dios en orden al hombre. La naturaleza divina es todo aquello que es propio de Dios, y recordamos el estudio de su Ser y atributos en el Capítulo III. En el Señor Jesucristo se manifiestan, a través de la evidencia histórica, tanto la naturaleza divina como la humana. Con todo, no vemos a dos Personas, sino a una sola, siempre fiel a sí misma, e igual después de la Resurrección como antes de la Cruz. Las naturalezas se manifiestan según las exigencias de la misión del Señor Jesucristo, y no debiéramos procurar analizar sus acciones y reacciones diciendo: "Aquí obra como Dios y allí como Hombre", pues esta Personalidad única es indivisible. Hemos de evitar el peligro de hacer deducciones que no sean garantizadas por la clara luz de la revelación, pero quizá es legítimo pensar que el factor dominante de la Personalidad de Jesucristo es el hecho de ser el VERBO ETERNO, expresión del Trino Dios desde siempre, y que, encarnado **(Jn 1:1,2,14)**, sigue dando a conocer la gloria de Dios, pero dentro de los términos de una vida humana. Llegamos a esta formulación básica de la doctrina de la Persona de Cristo: "En el Señor Jesucristo se hallan dos perfectas naturalezas, la divina y la humana, unidas en una sola Persona, indivisible para siempre". (Apréndase de memoria esta definición que resume la fórmula de Calcedonia).

2. Las consecuencias de la doctrina

Si Jesucristo no fuera realmente Hombre, recogiendo en sí todo el valor de la humanidad, no habría podido representar al hombre al efectuar el Sacrificio de la Cruz, ni dar un nuevo principio a la raza ya redimida por el glorioso hecho de su Resurrección **(Ro 8:29) He 2)**. Si no hubiera en él todo el valor supremo de la Deidad, no habría podido satisfacer las demandas de la justicia de Dios al presentarse en Sacrificio expiatorio provisto por el amor de Dios. Su espíritu de eterna santidad le sacó de la muerte, señalándole como *"Hijo de Dios con potencia"* **(Ro 1:3-4)**. Sólo la doctrina de las dos perfectas naturalezas en una sola Persona echa luz sobre la obra de expiación de la Cruz.

Por la misma causa sólo Cristo puede ser Mediador entre Dios y los hombres, según la enfática declaración de Pablo en **(1 Ti 2:5-6)**, y la enseñanza de una buena parte de las enseñanzas de la Epístola a los Hebreos. De estas consecuencias de la doctrina de la Persona de Cristo trataremos en los Estudios que examinarán su obra redentora y mediadora.

El problema de la subordinación del Hijo

1. El Hijo no obra en independencia del Padre

Hay declaraciones del Hijo en Juan que, a primera vista, no concuerdan con la igualdad de su sustancia y voluntad con el Padre, ya que dice: *“No puede el Hijo hacer nada por sí mismo, sino lo que ve hacer al Padre”*; *“Porque yo no he hablado por mi propia cuenta; el Padre que me envió, él me dio mandamiento de lo que he decir y de lo que he de hablar”* **(Jn 5:19) (Jn 12:49)**. Sin embargo, las obras suyas son divinas y él obra con plena autoridad **(Jn 5:19-30)**. La aparente contradicción desaparece cuando nos fijamos en el contexto de estas declaraciones, que tienen que ver con la misión que el Hijo realizó según el consejo eterno del Trino Dios. A veces en el Nuevo Testamento el título *“Padre”* representa toda la autoridad del Trino Dios, y bien que el Hijo era igual en esencia y honor al Padre y al Espíritu Santo, como *“Siervo de Jehová”*, quiso subordinarse a los términos y condiciones de su comisión, hasta entregar todas las *“provincias”* del Reino reconciliadas y sumisas al Padre **(He 10:7) (1 Co 15:24)**. El Hijo empleaba estas frases de “subordinación” aun delante de judíos enemigos, y, sin embargo, éstos comprendían bien las declaraciones sobre su deidad. Tienen por objeto subrayar que el Señor Jesucristo no era uno de tantos falsos “mesías” que se levantaban en Palestina durante aquella época, sino Uno que obraba conjuntamente con el Dios de Israel.

2. Los títulos “Unigénito” y “Primogénito”

Los profundos misterios de la Deidad y las relaciones entre las “Personas” del Trino Dios no son comprensibles para la limitada mente humana, lo que exige el uso de términos antropomórficos que los iluminan hasta cierto punto, siendo necesario recordar siempre que las metáforas implícitas han de entenderse a la luz de lo que se revela acerca de la infinitud de Dios. Si analizáramos el término “Unigénito” según su etimología (su estructura como palabra) y en la esfera humana, tendríamos que pensar en el Padre, quien engendra, y en el Ser único engendrado en cierto “momento” dado; sin embargo, el Hijo es tan eterno como el Padre. Comprendemos que Dios se digna dar este conocimiento del Hijo para que tengamos la luz posible sobre su persona, sabiendo que, al trasladar la metáfora a la esfera del Trino Dios, no es posible tal anterioridad, ya que el Trino Dios es eterno. Lo que se destaca es la singularidad del Hijo en relación con el Padre. Nueve veces en la LXX se halla esta designación “monogenés” con el sentido de “bien amado”, de modo que no hemos de analizar el vocablo en sus partes etimológicas, sino aceptarlo en su contexto como expresión de amor y de unicidad. De forma análoga *“Primogénito”* significa literalmente *“el primero engendrado”*, pero el término había llegado a señalar sobre todo preeminencia y distinción, relacionándose en el caso del Hijo, no tanto con el Padre, sino con la “familia” que se había de formar, a la cabeza de la cual el Hijo tiene en todo el primado **(Col 1:15-20)**. No es necesario adoptar la idea de Orígenes sobre “la generación eterna” del Hijo, que no pasa de ser un concepto teológico, que no se basa sobre ninguna declaración bíblica, sino sólo recordar que los términos humanos han de entenderse dentro de la revelación sobre la Deidad que se nos ofrece en la totalidad de las Sagradas Escrituras, limitándose las analogías a lo posible, tratándose de Dios.

La persona de Cristo en las epístolas

La relación existente entre los Evangelios y las Epístolas. Nos hemos limitado casi exclusivamente a sacar datos sobre la Persona de Cristo de los Evangelios, ya que éstos nos presentan el retrato del Señor a través de su ministerio terrenal. Hemos de recordar, sin embargo, que el Espíritu Santo, a través de los apóstoles, había de glorificar al Hijo,

afirmando el Maestro: *“Tomará de lo mío y os lo hará saber”* **(Jn 16:13-15)**. Los Evangelios son “apostólicos”, ya que son los apóstoles quienes dan fe de lo que era Cristo por medio de estos escritos. Pero el proceso de revelación había de seguir adelante durante la edad apostólica. En las Epístolas, que surgen de las circunstancias de las iglesias durante los años 50-100, los apóstoles desarrollan la doctrina de la Persona de Cristo, implícita ya en los Evangelios, declarándola a través de sus comunicaciones a las iglesias. El tema es tan amplio que no podemos hacer más que señalar las líneas más importantes de las enseñanzas en las cartas apostólicas, recordando que todos estos Estudios se relacionan directa o indirectamente con la Persona de Cristo.

El Señor Jesucristo es el Verbo Creador. Es natural que hallemos la doctrina de Cristo como Verbo Eterno hecho carne, Revelador del Padre y Creador de todas las cosas, en forma más desarrollada en el Evangelio de Juan, escrito ya al final del primer siglo, que no en los sinópticos que reflejan el testimonio temprano, siendo básicas las declaraciones de **(Jn 1:1-4,14,17,18)**. *“Sin él nada de lo que ha sido hecho, fue hecho”*, declara Juan, y Pablo desarrolla el mismo tema de forma magistral en **(Col 1:15-19)** y el autor de Hebreos en las elocuentes frases de **(He 1:1-3)**.

El Señor Jesucristo es el Redentor de los hombres y Consumador del plan de Dios. La revelación del Hijo en los Evangelios, la Muerte expiatoria de la Cruz, su Resurrección triunfal, con el envío del Espíritu Santo, constituyen, en su conjunto, la base de la obra salvífica de Cristo, que es el tema que más se destaca en las Epístolas. Como hemos de examinar aspectos de esta obra en estudios sucesivos, sólo hacemos notar aquí que la gloria de la Persona se revela claramente a través de la consumación de su misión. Toda la plenitud de Dios se manifiesta en él, y eso *“corporalmente”* **(Col 1:19) (Col 2:9)**. Pablo explicó *“el misterio de Dios, que es Cristo”* **(Col 2:2)**. Un *“misterio”* es un consejo de Dios que no se había dado a conocer anteriormente en el Antiguo Testamento, revelándose por excelencia en la Persona y Obra de Cristo, sea en relación con la Iglesia, con Israel, o con el Cosmos. Los apóstoles, con referencia especial al apóstol Pablo, son los comisionados por Dios para descorrer el velo que antes “escondía” estos “secretos” de Dios. El principio de la composición y misión de la Iglesia fue revelado a Pablo según sus explicaciones en **(Ef 3:2-13)**. El de *“Cristo”* resume en sí todos los demás. No nos olvidemos de que su Persona es la misma, trátese de Aquel que consoló a la viuda de Naín, trátese de Aquel en cuyas manos el Padre ha entregado todas las cosas hasta que todo lo creado sea coordinado alrededor de Cristo, el Dios-Hombre, como Centro y Cabeza de la Nueva Creación **(Ef 1:10)**.

El Apocalipsis, bajo formas simbólicas, muy transparentes a veces, presenta al Cordero que triunfa sobre el mal e introduce el Reino de Dios en su plenitud, sacando a luz por fin toda la Nueva Creación. Sin embargo, se trata de la misma Persona, el Hijo nacido según la profecía de **(Is 9:6)**, que era: *“Admirable Consejero, Dios fuerte, Padre Eterno, Príncipe de paz”*.

Tal es la Persona que se perfila a través de la evidencia bíblica, siendo el retrato consistente y consecuente en todas sus partes, siempre que nos sometamos a la Palabra, sin oponer nuestras limitadísimas ideas a lo que le ha placido a Dios proyectar y revelar.

Temas para meditar y recapacitar

1. Discurra sobre la manera en que llegamos a comprender la verdad bíblica en cuanto a la Persona de Cristo.
2. Discurra sobre los títulos que se aplican a la Persona del Señor Jesucristo. Escoja cinco que, a su parecer, son los más significativos.

3. ¿Cuál es la relación que existe entre la doctrina de la Encarnación y la de la Obra redentora de Cristo?

La obra de la cruz

El alcance del título

El problema y su solución

En este estudio quisiéramos situar en su perspectiva bíblica la gran obra de redención que el Señor Jesucristo llevó a cabo en el Calvario, viéndola como el Centro del plan de la redención. El problema fundamental, que halla su solución en la obra de la Cruz, es el pecado de la raza de los hombres frente al Dios de toda justicia, quien se revela también como Dios de amor. En otras palabras, ¿cómo podrá el amor de Dios hallar un medio para perdonar y justificar a hombres que son verdaderamente pecadores y transgresores de su santa Ley, puesto que, por necesidad y definición, él es santo y justo, Arbitro moral frente a toda criatura revestida de responsabilidad moral? Por "la Obra de la Cruz" hemos de entender la tremenda y sublime transacción que hizo posible la solución de este problema que aparentemente carecía de toda adecuada solución.

Aspectos de la Obra de la Cruz

Quizá, al pasar a regiones de perfecta luz, veremos la Obra de la Cruz en su totalidad, sin necesidad de más análisis. Ahora, sin embargo, nuestra limitada comprensión no puede abarcar de una vez tema tan sublime, que plasma el pensamiento más profundo del Dios infinito, y necesitamos la ayuda de metáforas que presenten ciertos aspectos de la obra total. Por este estudio nos limitamos a señalar la centralidad del hecho, notando la evidencia bíblica en cuanto a su necesidad, viendo cómo el proceso de la revelación divina prepara el terreno con miras a la manifestación de la consumación histórica de lo que ya fue determinado antes de los *"tiempos de los siglos"*. La revelación anterior se complementa por las enseñanzas inspiradas de los Apóstoles sobre el significado de esta Obra de la Cruz. No nos interesan teorías, ni sistemas teológicos, sino sólo el cúmulo de la evidencia bíblica, según los postulados señalados anteriormente.

En estudios posteriores nos fijaremos en algunos de los términos que Dios ha escogido y preparado con el fin de ilustrar aspectos fundamentales de lo que él llevó a cabo en la Persona de Cristo, manifestado en la Cruz como el *"Cordero de Dios que lleva y quita el pecado del mundo"*. Dichos estudios no podrán ser exhaustivos a causa de los límites de espacio, pero incluirán "La propiciación y la expiación", "La justificación por la Fe", "La Reconciliación", "La Redención" y "La Salvación". Hemos de pensar en la obra total como si fuera un diamante, una unidad en su esplendoroso conjunto, y según esta figura los temas desglosados corresponderán a las facetas que han resultado del corte de la joya. Sin el brillo de las facetas, el diamante no mostraría su luz, y aparecería como una piedra cualquiera. Cada faceta se reviste de su gloria particular, pero, a la vez, su brillo complementa el de todas las demás en el conjunto de luz que es el diamante en toda su gloria.

El plan de redención

El propósito eterno

La Obra de la Cruz tiene su origen en un propósito de Dios que surgió de su gracia, entregándose su cumplimiento al Hijo-Mesías. El concepto se destaca claramente en las siguientes palabras de Pablo: *"(Dios)... quien nos salvó y llamó con llamamiento santo, no*

conforme a nuestras obras, sino según el propósito suyo y la gracia que nos fue dada en Cristo Jesús antes de los tiempos de los siglos (pro chronón aionión), pero que ahora ha sido manifestada por la aparición de nuestro Salvador Jesucristo, el cual quitó la muerte y sacó a luz la vida y la inmortalidad por el Evangelio" **(2 Ti 1:9-10)**. La cita encierra importantes aspectos de esta gran Obra, dignos de ser estudiados, pero aquí nos interesa el origen de la obra nacida del propósito de Dios antes de los tiempos de los siglos. En este sentido la Obra de la Cruz "siempre era", ya que Dios es inmutable y su designio es algo que se reviste de sustancia real por ser expresión del beneplácito del Dios eterno. Este concepto se expresa también en **(1 P 1:18-21) (Ef 1:3-10) (He 9:26) (Ap 13:8)**, y es implícito en todo el desarrollo de la revelación del plan de la redención.

Destellos del plan en el Antiguo Testamento

Las Escrituras revelan la voluntad de Dios en relación con el hombre por medio de pactos y de dispensaciones, pero jamás hemos de olvidarnos de la unidad esencial del plan de la redención, ya que la gracia de Dios se manifiesta según ciertos principios inmutables en todos los siglos. El hecho eterno de la Cruz, que existe siempre en el propósito de Dios, hace posible la salvación del pecador, en todo tiempo, ya que, en su aspecto de propiciación, satisface las demandas de la justicia divina. Hasta la llegada del momento para la manifestación de la Obra, no se veía claramente la base del perdón **(Ro 3:25-26)**. Sin embargo, existía, y los hombres piadosos del Antiguo Testamento comprendían que, pese a ser pecadores y transgresores de la Ley, Dios había hallado un medio adecuado para cubrir su pecado **(Sal 32:1-5)**. La Ley fue introducida para poner al descubierto el pecado, convirtiéndolo en clara *"transgresión"* **(Ro 3:19-20) (Ro 5:20) (Ro 7:7-14)**. Anteriormente a la promulgación de la Ley en el Sinaí, Dios había otorgado el simbolismo de los sacrificios y había confirmado un pacto de gracia con Abraham **(Gn 15)**. El concepto de *"sacrificio"* fue conocido por Abel, (su sacrificio fue, sin duda, de sangre), por Noé **(Gn 8:20-21)**, y por los patriarcas **(Gn 12:7)**. La salvación por medio del cordero sacrificado halla dramática expresión en la Pascua, clave esencial del significado del tema en el Antiguo Testamento, confirmándose las lecciones mediante todo el sistema que Dios ordenó por medio de Moisés **(Ex 25-40) (Lv 1-10, 16-17)**. Podemos resumir estos destellos del plan de redención en el Antiguo Testamento diciendo que todo sacrificio sangriento, ordenado por Dios, enfatizaba la lección de que *"sin derramamiento de sangre no se hace remisión del pecado"*. A su vez, indica que hubo provisión para la remisión, y hemos de recordar que *"sangre"*, en estos contextos, significa la ofrenda de la vida en sacrificio, entendiéndose siempre que, en su última expresión, la vida fue la del Cordero de Dios **(Lv 17:11)**.

Una anticipación profética

El Señor resucitado halló referencias a sí mismo y a su obra en todas partes del Antiguo Testamento, siendo algunas implícitas y otras claramente expresadas. Para nuestro propósito basta citar el extraordinario oráculo de Isaías **(Is 52:13-53:12)** que parece ser una lamentación poética elevada delante de Dios por el *"Resto Fiel"* de Israel, en el tiempo de la conversión de la nación. Al desarrollarse el lamento se eleva a grandes alturas de inspiración espiritual, hasta tal punto que se halla en este pasaje la "semilla" de toda la doctrina de la Cruz tal como se desarrolla en los Evangelios y las Epístolas. Se ha hecho ver muchas veces que aquí se combina el testimonio profético y el sacerdotal, ya que un profeta señala la Víctima que *"fue herida por nuestras transgresiones"*, aplicándole el nombre de *"Cordero"* en **(Is 53:7)**. En cada uno de los versículos 10, 11 y 12 se hace referencia a la *"vida"* o *"alma"* (hebreo: "nephesh") del gran Protagonista, que fue *"puesta en expiación por el pecado"*, que fue afligida, viéndose luego el fruto de la agonía, y que fue *"derramada hasta la muerte"* cuando el Sustituto *"fue contado con los pecadores"*. Es

una profecía de maravillosa penetración y profundidad sobre la muerte vicaria del gran siervo de Jehová, y todo intento de buscar la clave del oráculo por otros medios fracasa. Para el creyente fiel, la aplicación en el Nuevo Testamento de tantas de las frases del oráculo al Señor, con referencia a su obra sustitutoria, determina que aquí hallamos la expresión quintaesenciada de la Obra de expiación del Cordero de Dios, tal como fue proclamado por Juan el Bautista y realizada en la Cruz.

La manifestación del plan en la consumación de los siglos

La consumación de la obra revelada en el Nuevo Testamento

Hemos notado el hecho eterno, que siempre existía como designio del Trino Dios, señalando algunos de los reflejos del Plan en la historia, ordenanzas y profecías del Antiguo Testamento. Es obvio, sin embargo, que no podía llegar el momento de la manifestación y de la consumación del Plan hasta que se presentara el Redentor. Recordemos las profundas expresiones de Pablo: *"Cuando vino el cumplimiento del tiempo, Dios envió a su Hijo, nacido de mujer y nacido bajo la Ley, para que redimiese a los que estaban bajo la Ley a fin de que recibiésemos la adopción de hijos"* **(Ga 4:4-5)**. Las condiciones que había de reunir el Redentor en su Persona, como Dios-Hombre, se consideran en el Capítulo V. Nuestro propósito en este lugar es apreciar, en sus líneas generales, la revelación de la Obra de la Cruz en el Nuevo Testamento, haciendo ver que no se trata de una doctrina paulina solamente, sino de una enseñanza común a todas las partes del Nuevo Testamento, bien que Pablo y el autor de Hebreos fueron llamados a declarar aspectos muy profundos de esta Obra.

Los preanuncios del Sacrificio en los Evangelios

Las referencias que hagamos a las predicciones directas, o veladas en simbolismo, que hallamos principalmente en la boca del Señor en los Evangelios, serán típicas y no exhaustivas. El lector verá que varias de estas predicciones se enlazan con las profecías del Antiguo Testamento, de modo que los eslabones de evidencia se vinculan en una cadena de ininterrumpida doctrina común a través de toda la Biblia. Las predicciones de Cristo empiezan a menudear después de la Confesión de Pedro en Cesárea de Filipo, ya que fue necesario enseñar a los discípulos que el cumplimiento de la esperanza mesiánica no podía cumplirse por medios políticos, sino por vía del misterio de la Pasión, Muerte y Resurrección del Ungido. *"Desde entonces comenzó Jesucristo a declarar a sus discípulos que le era necesario ir a Jerusalén, y padecer muchas cosas de los ancianos, de los principales sacerdotes y de los escribas; y ser muerto y resucitar al tercer día"* **(Mt 16:21)**. Llegando cerca del fin del penoso *"camino hacia Jerusalén"*, el Señor advirtió a los discípulos de forma solemne y detallada lo que había de acontecer en la ciudad capital. La angustia que le oprimía el corazón se reflejaba hasta en el rostro y el andar del Salvador. *"Estaban, pues, en el camino subiendo a Jerusalén; y Jesús iba delante de ellos; y estaban asombrados, y los que le seguían tenían miedo. Y tomando a su lado otra vez a los Doce comenzó a decirles las cosas que le iban a suceder. He aquí, dijo, subimos a Jerusalén y el Hijo del Hombre será entregado a los principales sacerdotes y a los escribas y le condenarán a muerte y le entregarán a los gentiles, los cuales le escarnecerán y le escupirán y le azotarán y le matarán; mas a los tres días se levantará"*. En circunstancias análogas Lucas recuerda esta advertencia dada a los Doce: *"He aquí subimos a Jerusalén y se cumplirán todas las cosas escritas por los profetas acerca del Hijo del Hombre, pues será entregado, escarnecido, azotado y le matarán"* **(Lc 18:31-34)**. El Señor, pues, sabía en detalle todo lo que había de suceder en Jerusalén, pero ya que *"se cumplió el tiempo en que él había de ser recibido arriba, afirmó su rostro para ir a*

Jerusalén” **(Lc 9:51)**. Evidentemente el acontecimiento profetizado constituía la consumación de su obra, siendo imposible evadirla **(Lc 13:32-33)**.

Las predicciones hechas en forma figurada encierran más de la doctrina de la Cruz, pero no hay lugar aquí para más que unas indicaciones someras de lo que podría ser un estudio extenso. *“Como Moisés levantó la serpiente en el desierto, declaró el Maestro, así es necesario que el Hijo del Hombre sea levantado, para que todo el que cree tenga en él vida eterna”* **(Jn 3:14-15)**. Una comparación con el relato del incidente de la plaga de serpientes de **(Nm 21)** revela el simbolismo: los israelitas morían a causa de la mordedura de las serpientes, y sólo podían librarse del fin fatal mirando a la serpiente de bronce alzada en medio del campamento. Nadie que conceda importancia y autoridad a la cita puede dejar de reconocer que Cristo habla de su muerte, siendo ésta el medio de salvar a los perdidos, dándoles la vida eterna, según los versos que siguen a la cita, y que incluyen **(Jn 3:16)**. En **(Lc 12:49-50)** el Señor habla de un *“bautismo”*, un descenso al abismo que había de ser cumplido, y que fue necesario cumplir a fin de que se manifestasen las energías del fuego del Espíritu Santo entre los hombres **(Mr 10:39)**. Según el relato de Lucas el tema de conversación entre el Señor, Moisés y Elías en el Monte de Transfiguración fue *“el Éxodo”* que había de cumplir en Jerusalén, con referencia evidente a la liberación de los israelitas del poder de Egipto: figura de una liberación universal por medio de la obra de Cristo. En los capítulos 12 a 17 de Juan hay referencias a la *“hora”* de consumación, y al *“grano de trigo”* que había de caer en tierra y morir con el fin de garantizar una cosecha abundante **(Jn 12:23-24,31-33)**.

La distribución del material en los Evangelios señala la importancia de la *“consumación”* de la obra en Jerusalén, ya que todos los Evangelistas dedican una parte importante de su espacio a los acontecimientos que siguieron a la entrada “triunfal”, hasta la Ascensión del Señor. Este espacio llega a la tercera parte del texto en el caso de Marcos. Las biografías de los grandes líderes de la humanidad suelen ser muy diferentes, pues detallan las épocas del mayor éxito de la actuación del protagonista, quien trabaja hasta que la enfermedad y la muerte ponen fin a sus actividades. Mueren porque no pueden vivir más, mientras que el Hijo del Hombre vino para morir y resucitar.

Los relatos de la Pasión

Una lectura superficial de los procesos preliminares a la crucifixión, y la realización de este crimen, podría dar la impresión de la consumación del martirio de un reformador que había chocado con las fuerzas religiosas dominantes, pudiendo éstas ejercer tal presión sobre el poder civil de Roma que la sentencia de muerte se hacía inevitable. Entonces la angustia de la Cruz no sería más que la de otros mártires, o la de los ladrones crucificados a su lado. Sin embargo, el lector atento, aleccionado por las predicciones del Maestro, puede discernir muchos detalles en los relatos que los distinguen de las martirologías. a) El Señor mantiene su autoridad, pese a tanto desprecio y dolor. b) La oscuridad que cubrió la tierra en pleno día no halla explicación “natural”. c) La angustia de la mujer de Pilato es algo que no ocurriría en el caso de procesos normales. d) Las “siete palabras” revelan profundidades que pertenecen al fuero interno del Salvador y señalan la consumación de la Obra, y pensamos especialmente en el grito de abandono: *“Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has abandonado?”*, con el otro triunfal que lo complementa: *“¡Consumado es!”* e) El Señor entregó su espíritu al Padre después de consumar una obra interna de dimensiones infinitas, en el momento decidido por él mismo, y no por el agotamiento del organismo físico. Ya había dicho que sería así: *“Yo pongo mi vida para volverla a tomar; nadie me la quita, sino que yo la pongo de mí mismo. Tengo potestad para ponerla y tengo potestad para volverla a tomar”* **(Jn 10:17-18)**. El sentido profundo de la obra fue expuesto por Pedro en su discurso del Día de Pentecostés: *“A éste,*

entregado por el determinado consejo y presciencia de Dios, vosotros matasteis por manos de inicuos, clavándole en una cruz; a quien Dios resucitó" **(Hch 2:23)**.

El Señor resucitado puso el sello de su autoridad sobre esta interpretación veraz del hecho de su Muerte, y citamos el resumen de **(Lc 24:46)**, en el que Jesús dijo a los suyos: *"Así está escrito que el Cristo padeciese y resucitase de entre los muertos al tercer día; y que se predicase en su Nombre el arrepentimiento para remisión de pecados a todas las naciones, comenzando desde Jerusalén. Vosotros sois testigos de estas cosas"* **(Lc 24:46-47)**.

Declaraciones de Pedro en los Hechos y sus epístolas

El énfasis de Pedro en los discursos de Hechos caps. 2 a 15

Cuando leemos los grandes discursos de Pedro que inauguraron la proclamación del Evangelio, en días aún próximos a la Cruz, hemos de recordar que la cruz constituía un acontecimiento reciente, que se interpretaba por los judíos contumaces como evidencia de que Jesús de Nazaret no podía haber sido el Mesías, ya que no pudo salvarse de la muerte por crucifixión. Por eso enfatizaba los puntos siguientes: a) Los dirigentes de la nación habían cometido un gran crimen al hacer crucificar al Siervo de Jehová **(Hch 2:23) (Hch 3:13-14) (Hch 5:30)**. b) Sin embargo, Dios había trastocado el infame veredicto del Sanedrín, levantando a su Hijo de entre los muertos y glorificándole a su Diestra, donde actúa como Señor y Cristo, administrando el valor de su obra para el bien de los arrepentidos **(Hch 2:24-36) (Hch 3:13,18-21,26) (Hch 5:31-32)**. Israel tuvo la primera oportunidad de aceptar esta proclamación. c) Por la gran obra que Dios realizó por medio de su Siervo, valiéndose del crimen de los dirigentes del pueblo, la obra de salvación se lleva a cabo en el nombre del Señor y Salvador **(Hch 3:15,16,19,26) (Hch 4:12) (Hch 5:31)**, quien es poderoso para salvar. Esta salvación abarca la remisión de los pecados. Cuando Pedro llegó a predicar a los gentiles en la casa de Cornelio, anunció lo mismo en términos comprensibles para su auditorio **(Hch 10:34-43)**. d) Las condiciones para recibir la bendición ofrecida son siempre las mismas: arrepentimiento y fe. La intervención de Pedro en el llamado "Concilio de Jerusalén" **(Hch 15:7-11)** enfatiza la gracia de la obra divina, que la fe sencilla del creyente (judío o gentil) recibe para salvación.

La doctrina de las Epístolas de Pedro

Solamente llamamos la atención del lector a la profunda doctrina de la Cruz que se desarrolla por el Apóstol en **(1 P 1:18-25) (1 P 2:21-25) (1 P 3:18)**, que subraya tanto el propósito eterno de Dios en Cristo, como su realización en el Gólgota. El enlace con el simbolismo de la Pascua, con el tema del Cordero de Dios, es muy evidente, como también el eco de la doctrina de **(Is 53)**. Después de años de meditación y de revelación, el Apóstol cala más hondamente en la doctrina de la obra de la Cruz, señalando sus vastas perspectivas y su aspecto sustitutorio. Con todo, las claras enseñanzas de los primeros días de testimonio no pierden nada de su significado inspirado, a pesar del desarrollo posterior de las mismas. Lo que enfatizamos aquí, de modo especial, es la unidad de la doctrina según se expresa por todos los siervos inspirados de Dios en el Nuevo Testamento, y que se arraiga en el Antiguo Testamento.

La doctrina en las epístolas de Juan y el Apocalipsis

La base doctrinal del Evangelio

Hicimos referencia a la doctrina del Evangelio al notar algunos de los preanuncios de la Pasión, y debiéramos añadir que el testimonio de Juan el Bautista en **(Jn 1:29)** inicia el tema del Cordero de Dios en el Nuevo Testamento, confirmado por las afirmaciones de Juan el Apóstol al pie de la Cruz, que aplican el simbolismo de la Pascua a la Persona de Cristo y a la forma de su muerte **(Jn 19:33-37)**. Existe una relación íntima entre el Evangelio y la primera Epístola de Juan, pues ésta presupone los hechos y las doctrinas del escrito histórico. Juan, al pensar en el valor permanente de la obra de la Cruz, base de una verdadera comunión entre el Padre y sus hijos, nos hace saber que *"la sangre de Jesucristo su Hijo nos limpia de todo pecado"* **(1 Jn 1:7)**. En **(1 Jn 2:2)** subraya la verdad fundamental de la propiciación: *"Él (Jesucristo) es la propiciación por nuestros pecados; y no solamente por los nuestros, sino también por los de todo el mundo"*. En **(1 Jn 3:16)** Cristo es el sublime ejemplo del amor: *"Cristo puso su vida por nosotros"*, y el tema se desarrolla más en **(1 Jn 4:9-10)**, versículos que enfatizan la propiciación ya hecha por nuestros pecados: culminación de la misión del Hijo.

El Apocalipsis presenta el clímax del tema del Cordero, que no sólo fue inmolado, sino que, gracias a este hecho, redime a los hombres y triunfa sobre todas las fuerzas del mal. Notemos que en **(Ap 1:5)** los mejores originales rezan: *"Al que nos amó y nos libertó (rescató) de nuestros pecados por su sangre..."*. En **(Ap 5:9-10)** los redimidos cantan: *"Digno eres de tomar el libro y de abrir sus sellos; porque fuiste inmolado y con tu sangre redimiste para Dios hombres de toda tribu y lengua y pueblo y nación; e hiciste de ellos un reino y un sacerdocio para nuestro Dios"*. El *"libro"* contenía los últimos juicios y designios de Dios para el fin de los tiempos y el poder romper sus sellos significa que el Cordero, que también se describe como *"el León de la tribu de Judá"*, controla los acontecimientos que determinan el triunfo final sobre el mal, gracias a la *"inmolación"*, o sea, la obra expiatoria de la Cruz.

La doctrina de la cruz en Hebreos

El autor de este libro acude repetidas veces a los grandes temas del antiguo régimen con el fin de mostrar a los grupos de vacilantes cristianos hebreos (a los cuales se dirige) que la consumación de todos los ejemplos y conceptos anteriores se halla en Cristo, en quien han de confiar por completo, abandonando las sombras preparatorias ya cumplidas: que no por ello dejan de ocupar su importante lugar en la revelación total de la Biblia. Habla mucho de Cristo como el sumo sacerdote, quien, según el tipo aarónico, se ofreció a sí mismo en sacrificio de valor eterno, antes de asumir el sacerdocio real según el orden de Melquisedec: el que ejerce ahora a la Diestra de Dios. Las referencias al Sacrificio, frecuentes y de gran valor doctrinal, ocupan grandes secciones de los capítulos 9 y 10. Debemos prestar atención especial a las profundas expresiones doctrinales de los textos siguientes: **(He 1:3) (He 2:9,14,15) (He 5:7-10) (He 7:25-28) (He 8:3-13) (He 9:26) (He 10:10,12,13)**.

La doctrina en los discursos y epístolas de Pablo

La enseñanza del maestro de los gentiles

Es tan conocida la amplia presentación de la doctrina de la Cruz en los escritos del apóstol Pablo, que algunos han llegado a acusarle de desarrollar una "mística de la Cruz",

trocando los sencillos hechos de la muerte ejemplar de un Mártir en una muerte expiatoria de la que surgió el Hombre glorificado. Por eso hemos subrayado el testimonio general de los escritos del Nuevo Testamento antes de llegar a la doctrina del Apóstol, con el fin de que el estudiante esté completamente convencido de que no hay más que una doctrina de la Cruz en las Sagradas Escrituras, y si bien la clásica expresión de distintas facetas de ella debe mucho a las palabras inspiradas de Pablo, su doctrina concuerda perfectamente con la de los demás Apóstoles y de la Palabra en su totalidad. Frente al abundante material de las Epístolas paulinas, hemos de contentarnos con citar unos textos típicos, recordando que volveremos muchas veces a sus enseñanzas al presentar varias facetas de la Obra de la Cruz en las secciones posteriores de este libro.

Pablo ve el gran tema de la redención por la sangre de Cristo como centro y base del desarrollo del plan de los siglos, escribiendo dentro de las vastas perspectivas de **(Ef 1:3-14)** *"en quien (en Cristo) tenemos redención por su sangre, el perdón de pecados según las riquezas de su gracia"* **(Ef 1:7)**. Todo su ministerio dependía de la Obra de la Cruz, pues, según las expresiones de **(2 Co 5:14-15)**, había formado este criterio: *"Que si uno murió por todos, luego todos murieron (en él); y por todos murió, para que los que viven ya no vivan para sí, sino para aquel que murió y resucitó por ellos"*. La proclamación de la reconciliación, puesta a la disposición de hombres rebeldes, surgió de este hecho: *"que Dios estaba en Cristo reconciliando consigo al mundo, no imputando a los hombres sus ofensas, y nos confió el mensaje de reconciliación"*. Para que no hubiera equivocación en cuanto a la base del mensaje, añade en el versículo 21: *"Al que no conoció pecado (Cristo), (Dios) le hizo pecado por nosotros, a fin de que nosotros fuésemos hechos justicia de Dios en él"*. Su *"entrega"* a los corintios se resume de esta forma en **(1 Co 15:2-4)**: *"Cristo murió por nuestros pecados, conforme a las Escrituras; y que fue sepultado, y que resucitó conforme a las Escrituras"*. Doctrinas que no se ajusten a esta proclamación unánime de los Apóstoles son "vanas" y anulan la fe **(1 Co 15:12-15)**.

Como medio de consulta añadimos una serie de referencias a textos que concretan la doctrina paulina de la Cruz: **(Ro 3:21-26) (Ro 4:24) (Ro 5:1,11,12-21) (Ro 6:1-14) (Ro 8:3-4,33-34) (Ro 10:4-13) (Ro 14:9) (1 Co 1:17-25) (1 Co 2:1-5-7) (1 Co 11:23-29) (1 Co 15:3-4,20-23) (2 Co 5:11-21) (2 Co 8:9) (Ga 1:4) (Ga 2:16-21) (Ga 3:1-2,7-14) (Ga 6:13-16) (Ef 1:7) (Ef 2:1-10,14-16) (Ef 5:2,25-27) (Fil 2:5-11) (Fil 3:4-11) (Col 1:14,18-20) (Col 2:11-15) (1 Ts 1:9-10) (1 Ts 4:14) (1 Ts 5:10) (1 Ti 1:15-16) (1 Ti 2:3-7) (2 Ti 1:9-12) (2 Ti 2:8) (Tit. 2:11-15) (Tit 3:4-7)**.

El valor y el alcance de la obra de la cruz

La Obra se reviste de valor infinito

Las consideraciones ya hechas sobre la Persona del Señor Jesucristo nos ayudarán a comprender que la ofrenda *"de sí mismo"* **(Ef 5:1) (Ga 1:4)**, con tantas referencias en Hebreos, encierra necesariamente un valor infinito. La sangre de las víctimas animales del sistema levítico no tenía valor intrínseco, por ser el animal inferior al hombre, creación de categoría distinta y subordinada al hombre. Con todo, el ritual subrayaba la necesidad de la sustitución de una vida por otra, y, en la medida en que la sangre anticipaba la vida ofrecida en sacrificio del Dios-Hombre, adquiría valor simbólico. Nos atrevemos a traducir y enfatizar **(Lv 17:11)**, de esta forma: *"Y es la misma sangre que hace expiación en virtud de ser la vida"*. Vamos a pasar del tipo al Antitipo en seguida, pensando en el valor sin límites de la Vida que fue ofrendada en la Cruz. Grande fue el valor de la perfecta humanidad del Señor, pero a este valor representativo hemos de añadir el intrínseco de su deidad, pues no nos es permitido separar las dos naturalezas, ni siquiera en este trance de la Cruz. Volveremos al tema en el próximo estudio, pero, de paso, subrayamos

que la sangre equivale a la vida derramada en sacrificio de expiación, señalando todo el valor de la Persona que entrega la vida. La *"sangre"* que aún fluye por las venas sostiene una sola vida y no puede *"expiar"* por que no se ha derramado. En cambio, la sangre del sacrificio corresponde al sacrificio total, que, tratándose de la Vida del Dios-Hombre, supone la entrega del valor de la totalidad de su Persona.

Recordemos que Pablo dice: *"Si Uno murió por todos, todos murieron (en él)"* **(2 Co 5:14)**, que concuerda con sus enseñanzas sobre los *"dos Adanes"* **(Ro 5:12-21)** y **(1 Co 15:21-22)**. Todos murieron en Adán cuando cayó, pero todos viven en Cristo (potencialmente), ya que ha realizado la muerte expiatoria que terminó con el pecado y la muerte. El concepto fundamental es el de la *"propiciación"*, que satisface las demandas de la justicia de Dios frente a todo el pecado, y aun frente a todo el problema del mal, pero tal concepto es tan importante que requiere tratamiento aparte. Por lo pronto vemos la base para la predicación de un Evangelio universal según la gloriosa declaración de **(Jn 3:16)**: *"Porque de tal manera amó Dios al mundo que ha dado a su Hijo Unigénito, para que todo aquel que en él cree no se pierda, mas tenga vida eterna"*. El valor de la Obra de la Cruz es tal que abarca la posibilidad de la salvación de cualquier persona que deponga su suficiencia propia y acuda a Cristo con sumisión y fe.

El propósito de la Obra de la Cruz

En el párrafo anterior se ha indicado el alcance universal de la Obra de la Cruz, pero surge otra pregunta del hecho de que no todos los hombres se aprovechan de la Obra salvífica de Cristo, pereciendo muchos en sus pecados. La doctrina reformada (calvinista) afirma que los salvos son los elegidos y que los perdidos son los preteridos que no han recibido el auxilio de la gracia de Dios para rendirse y salvarse. Luis Berkhof, conocido teólogo moderno de esta escuela, dice en su Sistematice Theology (pág. 394): "La posición reformada es que Cristo murió con el propósito de salvar verdaderamente a los elegidos y sólo a los elegidos", pues, según este razonamiento, la voluntad de Dios quedaría frustrada si Cristo hubiese muerto para salvar a todos, y luego muchos de los posibles beneficiarios perdiesen la bendición. Esta posición nos recuerda la pregunta de un hombre curioso que se dirigió al Maestro diciendo: *"Señor, ¿son pocos los que se salvan?"*, y el Maestro respondió: *"Esforzaos vosotros a entrar por la puerta angosta"* **(Lc 13:23)**. Es decir, no somos llamados a discurrir sobre los misterios de la voluntad divina, que sólo podemos conocer en la medida en que se ha revelado en las Escrituras. El Evangelio declara que la Obra de la Cruz es suficiente, que quita de en medio el pecado y que destruye las obras del diablo **(He 9:26) (1 Jn 3:5,8)**, ofreciendo la salvación a todo aquel que cree. El Señor echó la responsabilidad sobre *"vosotros"* los oyentes del Evangelio, que son hombres moralmente responsables delante de Dios. Estos han de *"esforzarse a entrar por la puerta estrecha"*. No se salvarán por sus esfuerzos, pues quien les salva es Cristo. Necesitan el auxilio de la gracia, las operaciones del Espíritu Santo, para reconocer su pecado y acudir a Cristo **(Jn 16:7-12)**, pero todas las invitaciones y amonestaciones de la Biblia suponen que las personas a las cuales se dirigen son capaces de reaccionar en sentido positivo o negativo, siendo culpables los rebeldes delante de Dios. Recordemos siempre estos hechos fundamentales al considerar las obras de Dios frente a los hombres: a) El Hecho Eterno de la Cruz, que satisface completamente todas las demandas de su justicia, hace posible que Dios ofrezca el perdón y la salvación a todos. b) Dios no hace acepción de personas y juzga a todos con absoluta rectitud, conociendo los intentos del corazón **(Ro 2:5-16)**. c) Toda la Biblia manifiesta que el hombre sumiso tiene el camino abierto para acercarse a Dios y que los contenciosos se exponen a sus justos juicios. d) En una referencia directa a la voluntad de Dios Pablo declara: *"Dios nuestro Salvador quiere que todos los hombres sean salvos y que vengan al conocimiento de la verdad"* **(1 Ti 2:3-7)**. El contexto relaciona esta

“voluntad” con la Obra de la Cruz, pero no se impone por medios arbitrarios ya que, dentro de la voluntad divina, se halla el propósito de Dios de que el hombre le ame libremente. De hecho, no hay tal cosa como *“amor”* si no se ejerce en régimen de libertad esencial, y el Espíritu de amor obra en los corazones que se abren a su presencia y a sus benditas operaciones.

Unos términos importantes: representación y sustitución

La representación del Hijo del Hombre

Ya hemos visto que el término “Hijo del Hombre” señala la naturaleza de Cristo como aquel que resume en su Persona la humanidad que creó, y que corresponde al concepto de Pablo del “Postrer Adán”. En la importante exposición de **(Ro 5:12-21)**, el gran acto de justicia y de obediencia del Postrer Adán encierra en sí el remedio total para los males que surgieron del funesto acto de pecado y de desobediencia del primer Adán, siendo evidente que la Obra de la Cruz fue realizada a favor de todos los hombres. Ahora bien, ¿es posible ampliar el concepto hasta decir que Cristo murió en lugar de todos? El lenguaje de **(Is 53:4-6)** es sustitucionario (o vicario), y tomamos por ejemplo la profunda frase: *“Jehová cargó en él el pecado de todos nosotros”*. Sin embargo es preciso tener en cuenta que se trata de quienes ya han reconocido el pecado de haber rechazado al Señor anteriormente, y ahora se someten a él con lágrimas de arrepentimiento. No es difícil comprender que el creyente, gozándose ya en su nueva vida, pueda decir, sin lugar a contradicción: “Cristo murió en mi lugar”, pero parece arriesgado afirmar ante un amigo que pregunta sobre el Evangelio: “Cristo murió en tu lugar”, si se quiere dar a entender una sustitución eficaz, es más correcto afirmar: “Cristo murió a tu favor, haciendo posible tu salvación”.

Aspectos de representación y de sustitución

No hay lugar aquí para examinar todas las frases del griego del Nuevo Testamento que expresan estas ideas de representación o de sustitución en relación con la Obra de la Cruz, pero podemos notar que las preposiciones “huper” y “peri”, seguidas por un sustantivo en el caso genitivo, subrayan una obra a favor de la persona, o personas en cuestión, y a veces se aproximan a la idea de sustitución. Si se usa “anti” con un caso genitivo, el sentido es claramente vicario (sustitucionario). Pablo declara en **(1 Ti 2:4-7)** (léase todo el pasaje): *“Hay un solo Dios y un solo Mediador entre Dios y los hombres, Jesucristo, Hombre; el cual se dio a sí mismo en rescate por todos, siendo esto testificado a su debido tiempo”*. La frase que nos interesa es “ho dous heauton antilutron huper pant” que, muy literalmente, viene a ser, *“el cual se dio a sí mismo en precio de rescate a favor de todos”*; sin embargo, “antilutron” contiene el prefijo “anti”, que refuerza la idea general de *“a favor de todos”*, insinuando la de *“sustitución”*. En la ocasión de la institución de la Santa Cena, las palabras que Cristo pronunció después de bendecir la copa son las siguientes: *“Porque esto es mi sangre del pacto, la cual es derramada por muchos* (to peri pollón) *para remisión de pecados”*. Aquí se emplea la frase más limitada, pero el contexto revela perspectivas muy amplias. En **(Mr 10:45)** el Maestro explica su propio ministerio diciendo: *“El Hijo del Hombre no vino para ser servido, sino para servir y para dar su vida en rescate por muchos”*. Quizá se halla aquí un eco de Isaías 53, pues la frase determinativa es francamente sustitucionaria: “dounai tén psuch autou ante poll” que traducimos literalmente: *“para dar su vida (alma) como precio de rescate en lugar de muchos”*. “Lutron” es la cantidad de dinero que había de entregarse con el fin de liberar a un esclavo. Notemos que el Señor no dice que da su vida en precio de rescate en lugar de todos, sino en lugar de muchos, o sea, en lugar de la familia de la fe, que, desde cierto

punto de vista, se constituye por los elegidos del Padre; concepto que no se opone al equivalente: los sumisos que han colocado su fe en el Salvador. Resumiendo, podemos decir que la obra de la Cruz, realizada en la bendita Persona del Dios-Hombre, se realizó en beneficio de toda la raza, con otras implicaciones quizá en relación con el cosmos, levantando la raza potencialmente en Cristo como sublime contrapartida de la Caída que la hundió en el pecado y la muerte en la persona de Adán. Por eso la predicación del Evangelio es universal. A veces la idea de "beneficio" a favor de todos se halla asociada con la de una sustitución: pensemos en Cristo que sufre en la cruz de Barrabás. Sin embargo, en general, el concepto total de "sustitución" ha de reservarse para "los muchos" que han aceptado las condiciones del Evangelio, habiendo acudido a Cristo con arrepentimiento y fe.

La recepción de la obra de la cruz

Se ha visto de paso que los beneficios de la Obra de la Cruz los reciben las personas que sienten su necesidad, ayudadas por el Espíritu de Dios, y se humillan para confesar sus pecados, confiando en Cristo el Salvador. Las interrelaciones entre la gracia, la fe y las obras se han de examinar en el Capítulo XVIII. Frente a la gran obra del Gólgota nos hacemos eco de la exclamación de Pablo: *"Lejos esté de mí gloriarme sino en la Cruz de nuestro Señor Jesucristo"* **(Ga 6:14)**.

Temas para meditar y recapacitar

1. Discurra sobre los orígenes del Plan de la Redención, y las anticipaciones de la obra de la Cruz que afloran en los libros del Antiguo Testamento.
2. Discurra sobre la unidad de la doctrina de la Cruz citando pasajes de los Evangelios, los Hechos, los escritos de Pedro, los escritos de Juan y los escritos de Pablo.
3. Escríbanse notas sobre los términos siguientes en relación con la Obra de la Cruz a) Representación b) Sustitución c) El alcance del valor de la Obra de la Cruz. d) El propósito de la Obra de la Cruz.

Propiciación y expiación

El significado de los términos

En la sociedad humana

Propiciación tiene que ver con actitudes personales, mientras que expiación ha de entenderse en relación con el mal cometido y sus consecuencias. Así propiciar se define en el diccionario como sigue: "Aplacar la ira de uno, haciéndole favorable o captando su voluntad". En cambio, *"expiar"*, en su uso corriente, quiere decir: "Borrar las culpas; purificarse de ellas por medio de algún sacrificio" (J. Casares). En la Biblia este sentido normal humano de propiciación se ilustra claramente en **(Gn 32:13-20)**, ya que Jacob había ofendido a su hermano Esaú al engañar a Isaac en el asunto de la *"bendición"*, y ahora quiere aplacar la ira de su hermano, evitando los graves males de la venganza oriental. Mandó varios grupos de sus siervos delante con el propósito de efectuar contacto con Esaú antes del encuentro de los dos hermanos, multiplicándose los valiosos regalos de ganado. Hablando consigo mismo dice: *"Apaciguaré su ira con el presente que va delante de mí, y después veré su rostro; quizá le seré acepto"*. En el habla normal un criminal ha *"expiado sus culpas"* si ha servido la sentencia impuesta por el juez, y aún más si ha pagado su crimen con su vida; en este caso lo interesante es la culpa, y no la persona ofendida.

En las religiones paganas

Cuando los hombres abandonaron el culto primitivo de un solo Dios Creador, desarrollando sus propios sistemas religiosos y cúlticos, aplicaban estas ideas a las supuestas divinidades que obraban en la naturaleza y en la vida de los hombres. No había en estas divinidades la pureza, santidad y justicia que las Escrituras revelan como atributo del Dios único, de modo que sus adeptos temblaban delante de imaginados seres caprichosos y vengativos, teniendo que llevarles diversos dones con el fin de aplacar su ira, reduciéndose la adoración a la *"esclavitud del miedo"* **(Ga 4:1-3)**. En estos sistemas se destaca la idea, en forma degradada, de la propiciación, pero no se trata de mantener normas de justicia, sino de paliar la ofensa imaginada en contra de la divinidad.

El uso de los términos en relación con la Obra de la Cruz

Normalmente no es posible valernos de las definiciones de términos teológicos o bíblicos tal como las hallamos en las obras derivadas del Diccionario de la Academia, pues, inevitablemente, plasman las ideas del sistema eclesiástico que predomina en el país. Nosotros tomamos como postulado fundamental que toda la Biblia es Palabra de Dios, y constatamos con gozo la manera en que Dios preparó el "vocabulario evangélico" desde los principios de la revelación escrita. Es necesario aprender este vocabulario, bien que luego, frente a quienes preguntan por la verdad, sea necesario dar las posibles explicaciones pertinentes en lenguaje común. Un ingeniero no puede prescindir de los términos técnicos de su profesión; de igual modo, el estudiante de las doctrinas bíblicas necesita saber exactamente lo que Dios ha revelado sobre un tema tan trascendental como lo es la Obra de la Cruz. A menudo hallamos un concepto en los principios de la Biblia, que, al pasar por las etapas sucesivas de la revelación, crece como una planta ideológica, hasta que adquiera su pleno significado en las expresiones robustas y completas de las doctrinas apostólicas.

Condiciones previas para los conceptos de *“propiciación”* y *“expiación”* en la Biblia

El pecado del hombre

En el Capítulo IV expusimos el tema del pecado pensando en el “pecado original”, el efecto de la Caída que determina que el hombre nazca como pecador, y también en los actos voluntarios de pecado que surgen de la raíz del pecado original. El pecado revela la actitud rebelde de los hombres frente a Dios, siendo el resultado de su voluntad caída que siempre quiere afirmar su “yo”. Si Dios fuera como las falsas divinidades de los paganos, el pecado carecería de su profundo sentido moral, y bastaría que *“el pecador”* agradara a su dios en sentido personal. No es así, sin embargo, en las relaciones entre Dios y el hombre, pues el pecado implica una desviación moral del camino de la justicia, lo que modifica todo el concepto de *“propiciación”*.

La ira de Dios

Recordemos (Capítulo III) que Dios, por ser Dios, es infinitamente santo y justo. La revelación que culmina en el Evangelio no tiene sentido sin estos postulados fundamentales. ¿Qué pasa cuando el pecado real, consumado por la voluntad de un pecador personal, se halla en la presencia de este Dios de perfecta santidad y de justicia? La tensión resultante se llama en la Biblia la ira de Dios **(Ro 1:18) (Jn 3:36) (Ef 5:6)**, que no ha de entenderse como el enfado de una persona ofendida, sino como un estado inevitable de repulsa de parte de Dios frente al pecado. No impide que ame al hombre con el deseo de salvarle **(Jn 3:16) (Jn 3:36)**, pero existe por necesidad esta tirantez que por fin estalla en los justos juicios divinos que caen sobre el pecador empedernido. La Obra de la Cruz es la respuesta del amor de Dios frente al problema que crea su justa ira, ya que los juicios caen sobre Aquel que, por las condiciones que ya hemos estudiado, resumió en su persona la realidad humana de la raza pecadora, siendo él mismo sin pecado. La propiciación, pues, es la satisfacción que Cristo ofreció a Dios, como Juez cuyas normas de justicia habían de ser inflexibles necesariamente en relación con el pecado. La expiación es el hecho de borrar el pecado que realmente existía, y la obra salvadora ha de corresponder en todo a la naturaleza del pecado y a las demandas de la justicia divina. Veremos más abajo los factores que elevan esta obra propiciatoria y expiatoria infinitamente por encima de las pobres ideas humanas, lo mismo si rigen en la sociedad tal como la conocemos, como si se trata de los sistemas paganos que hemos mencionado.

Los términos *“propiciación”* y *“expiación”*

“Expiación” en el sistema levítico

Los primeros capítulos de Levítico describen distintos tipos de sacrificios de sangre que los israelitas habían de traer al altar de holocaustos, dentro de la puerta del patio del Tabernáculo. Para ilustrar nuestro tema podemos limitar nuestra atención a los sacrificios por el pecado y la culpabilidad que se detallan en **(Lv 4-5)**. El oferente había de colocar su mano sobre la cabeza de la víctima antes de que ésta fuese degollada, que indica la identificación del israelita pecador con el sacrificio. La sangre fue presentada delante de Dios (véase más abajo para el significado de *“sangre”*) según los reglamentos que regían para cada tipo de sacrificio, y después de la descripción del rito se añade la frase típica: *“Así el sacerdote hará por él la expiación de su pecado y tendrá perdón”* **(Lv 4:26)**. *“Hará expiación”* traduce el verbo hebreo *“kaphar”*, relacionado con *“kopher”*, una cobertura. Los

traductores de R.V. (60) han hecho bien en emplear el término *"hacer expiación"*, pues el sentido obvio es que el pecador que acudía en las debidas condiciones delante de Dios, cumpliendo el ritual prescrito, podía saber que aquel pecado había sido borrado a los efectos de su posición como israelita dentro de la santa comunidad de Israel. Nosotros hemos de recordar siempre lo que enfatizamos en el estudio anterior: que detrás de todas las "sombras" del Antiguo Testamento se halla el hecho eterno de la cruz, de modo que la verdadera base de la expiación siempre se hallaba en el valor infinito del sacrificio del Cordero de Dios. Antes de la manifestación de este hecho en la historia, la posibilidad de que los pecados fuesen borrados se reflejaba en los símbolos y en diversos anticipos proféticos **(Sal 32:1-4) (Is 53)**.

El propiciatorio

En **(Ex 25:17)**, Dios mandó a Moisés que hiciera una tapa para el Arca del Pacto, donde habían de ser colocadas las Tablas de la Ley, llamándose esta tapa *"kapporeth"* (una tapa, o algo que cubre). En el gran Día de Expiaciones **(Lv 16)** el sumosacerdote llevaba la sangre de su propio sacrificio primero, y después la de la víctima ofrecida por todo el pueblo, hasta el Lugar Santísimo, detrás del velo, y la esparcía delante y sobre el propiciatorio, que es el término empleado en nuestras traducciones, derivándose del griego de la versión LXX, *"hilastérion"*. De estos términos básicos del sistema levítico surgen aquellos que hemos de notar en el Nuevo Testamento. Quizá lo más importante es que veamos la relación entre la sangre, la vida ofrecida de la víctima, con la expiación del pecado del oferente, y el hecho de que la sangre "intervenía" entre la manifestación de la gloria de Dios en el Lugar Santísimo y los requerimientos del Decálogo grabados en las Tablas de la Ley, dentro del Arca del Pacto. No sabemos hasta dónde llegaría la comprensión de los israelitas al querer descifrar el simbolismo de los sacrificios, pero David, por lo menos, discernía la bienaventuranza de *"aquel cuya transgresión ha sido perdonada y cubierto su pecado, a quien Jehová no culpa de iniquidad"* **(Sal 32:1-2)**. El propiciatorio, pues, llega a simbolizar el perdón de los pecados en la presencia de Dios, y esto se ha hecho posible gracias al sacrificio ofrecido; la sangre derramada significa la muerte consumada de modo sustitucionario.

Propiciación, propiciatorio y expiación en el Nuevo Testamento

No se emplean muchas veces los vocablos griegos que corresponden a estos términos en el Nuevo Testamento, pero el hecho que representan se halla implícito en todo cuanto se revela sobre la Obra de la Cruz. Esta Obra es riquísima en diversas facetas, en cuanto al hecho en sí, como también sus consecuencias, pero el concepto de propiciación es fundamental, porque enfatiza la satisfacción que Dios ha de recibir, como Arbitro moral del mundo, antes de que pueda extender su misericordia a los hombres. El valor infinito del Sacrificio del Calvario satisface las demandas de la justicia divina, ya que el Dios-Hombre se ofrece en lugar de la humanidad a la que puede representar por la calidad de su Persona como Hijo del Hombre. El valor propiciatorio del sacrificio depende enteramente de la excelsitud de la Víctima, quien encierra en sí toda la humanidad, siendo a la vez Dios encarnado.

"Hilaskornai" es el verbo que quiere decir *"propiciar"* y se halla en la petición del publicano en el Templo **(Lc 18:13)** y en **(He 2:17)** que nuestras versiones traducen *"para expiar los pecados del pueblo"*. Esta traducción surge de la dificultad de dar el verdadero valor al verbo *"propiciar"* en relación con *"pecados"*, pues ya hemos visto que los pecados han de ser expiados, y es la persona ofendida quien ha de ser *"propiciada"*. Una paráfrasis sería *"para propiciar a Dios en relación con los pecados del pueblo"*, que seguramente expresa la esencia del pensamiento del autor sagrado.

“Hilasmos” es el sustantivo correspondiente al verbo *“hilaskomai”*, y se traduce por propiciación en **(1 Jn 2:2) (1 Jn 4:10)**, con clara referencia a la Persona del Señor Jesucristo quien llevó a cabo la obra de propiciación, siendo él quien ha satisfecho las demandas de la justicia de Dios por el sacrificio de sí mismo. *“El es la propiciación por nuestros pecados, y no por los nuestros solamente, sino también por (los de) todo el mundo”*; *“Dios, envió a su Hijo, propiciación por nuestros pecados”* (”de” y “como” no están en el original). Juan señala la persona del Señor Jesucristo, cuya revelación y cuya obra de expiación ha satisfecho el Trono de Dios, siendo sublime prueba del amor de Dios y base para el perdón de todo aquel que quiere recibirle, ya que la satisfacción legal se ha hecho con referencia a todo el mundo. Juan destaca la misma persona de Cristo, ya que él realizó la obra en todos sus aspectos, y encarna en sí todo el sublime concepto de propiciación.

El propiciatorio

En **(Ro 3:21-32)** Pablo desarrolla la doctrina de la justificación por la fe, a la cual volveremos en el estudio siguiente. Pero no puede haber *“justificación”* para el hombre pecador si no se ha llevado a cabo anteriormente la propiciación, o sea, la satisfacción de las justas demandas de Dios en la esfera de la responsabilidad legal del transgresor. Por eso el Apóstol coloca el concepto en el centro de su argumento. Sin embargo, en lugar de emplear el término *“hilasmos”*, como Juan, saca todas las consecuencias del simbolismo del propiciatorio (*“hilastérion”*) del Lugar Santísimo del Tabernáculo. Explica Pablo que el creyente es justificado por la gracia y disfruta de la redención que es en Cristo Jesús y añade: *“a quien Dios propuso (colocó delante), propiciatorio por medio de su sangre a ser recibido por la fe”* **(Ro 3:25)**. La traducción es nuestra, pero basada sobre las mejores versiones, y queriendo enfatizar el verdadero sentido del pensamiento de Pablo. Cristo cumple el simbolismo del propiciatorio del Lugar Santísimo y al leer el texto la frase sobre la sangre ha de asociarse con *“propiciatorio”*, ya que las manchas de la sangre sobre la cubierta del arca del Pacto que cubría las Tablas de la Ley prestaban el valor a lo que, de otra forma, no habría sido más que “una tapa”. Como siempre, la sangre es la vida de la Víctima ofrecida en expiación. Todo eso ha de ser recibido por la fe, pero no depende de ella, ya que el valor se halla en la Persona y Obra del Cordero de Dios que lleva y quita el pecado del mundo.

El significado de la sangre

Lo sagrado de la sangre en el Antiguo Testamento

Es muy natural el uso de la *“sangre”* para representar la vida del hombre, pues aun antes de los descubrimientos científicos sobre la importancia de la corriente sanguínea que riega el cuerpo, llevando alimentos y oxígeno a todas sus células, los hombres comprobaban de una forma práctica que si persistía una hemorragia más allá de ciertos límites, *“la vida”* se marchaba y sobrevenía la muerte. Naturalmente, este hecho fundamental dio lugar a muchos “tabúes” y reglamentos en sistemas ajenos a la luz de la revelación de Dios. Sin embargo, Dios lo recoge para anticipar lecciones que habían de cumplirse en Cristo. Bíblicamente las primeras prohibiciones tienen que ver con la vida del hombre, según los términos del pacto noético: *“El que derramare sangre de hombre, por el hombre su sangre será derramada: porque a imagen de Dios es hecho el hombre”* **(Gn 9:6)**. Lo que vagamente se presentía anteriormente, se concreta en los reglamentos estrictos del sistema levítico, siendo muy importante la declaración de **(Lv 17:11)**: *“Porque la vida de la carne en la sangre está; la cual os he dado parar hacer expiación en el altar por vuestras almas; porque la sangre, en virtud de ser la vida, es la que hace*

expiación” (Versión Moderna). Siendo tan solemne el significado de la sangre, el israelita que la comiere había de ser cortado de en medio de su pueblo.

La sangre en las venas del hombre representa su vida normal, pero el simbolismo de las Escrituras tiene que ver con la sangre derramada de la víctima expiatoria, con la cual (la víctima) el oferente se ha identificado anteriormente por medio de la imposición de manos en su cabeza. En último término la Vida había de ser la del Cordero de Dios, cuyo valor infinito ya hemos subrayado; mientras tanto, los israelitas habían de respetar la sangre como el símbolo más íntimo y perfecto de la obra de la propiciación: futura aún en su perspectiva histórica, pero hecho eterno delante de Dios.

Términos análogos en el Nuevo Testamento

Si recordamos siempre el significado de la sangre como “la vida dada en expiación por el pecado”, comprenderemos que puede haber otras expresiones que indican lo mismo dentro de la revelación del medio provisto por Dios para la salvación del hombre pecador. En otro contexto hemos citado las palabras de Cristo según se hallan en **(Mr 10:45)**: *“El Hijo del Hombre no vino para ser servido, sino para servir y para dar su vida en rescate por (en lugar de) muchos”*. Aquí *“dar su vida”* equivale a *“derramar su sangre”*, ya que *“la vida en la sangre está”*. En **(Ro 5:8)** hallamos otra expresión análoga: *“Dios muestra su amor para con nosotros, en que, siendo aún pecadores, Cristo murió por nosotros (murió a nuestro favor)”*. No hace falta recordar las muchas citas del Nuevo Testamento que dan a conocer esta obra fundamental de la Cruz por una referencia a la muerte del Redentor, o sea, la entrega de su vida, que equivale también al derramamiento de su sangre. Otra frase es que *“murió por nosotros”*, con otras análogas, y en este caso se enfatiza el beneficio recibido por la persona misma, antes condenada a la muerte a causa de sus pecados. Cuando se dice *“Cristo murió por nuestros pecados”* **(1 Co 15:3)** se subraya el estado de enemistad que surgía del hecho del pecado que se discernía delante del Trono de la justicia de Dios. Este Trono, símbolo de la soberanía y autoridad de Dios, sólo pudo convertirse en Trono de gracia por la muerte de Aquel que agotó toda la muerte por medio de su Sacrificio.

El lenguaje evangélico, de frecuente uso en nuestros himnos, de que los pecadores sean *“lavados”* en la sangre de Cristo apenas se conoce en el Nuevo Testamento, y el único caso claro **(1 Jn 1:7)** tiene que ver con el mantenimiento de la comunión entre los creyentes y Dios, quien es luz. *“La sangre de Jesucristo, su Hijo, nos limpia de todo pecado”*, quiere decir que hay valor permanente en el Sacrificio consumado, que hace posible, si media la confesión, el perdón del mal que podría impedir que el hijo tuviera plena comunión con su Padre. **(Ap 1:5)** debe leerse, según el testimonio de los mejores textos: *“Al que nos ama y nos libertó de nuestros pecados con su sangre”* (y no *“lavó”*). Desde luego el pecado *“mancha”* y la base de la limpieza es la sangre del Señor, entendido según el simbolismo bíblico, pero siempre haremos bien en utilizar los términos bíblicos, que relacionan la sangre con la redención y la justificación del pecador, pues en primer término simboliza la entrega de la vida, y no un medio de purificación **(Ef 1:7) (Ro 3:24-25)**.

Objeciones a la doctrina de la propiciación

¿Es justa la muerte del Inocente a favor de los culpables? Muchos teólogos liberales han querido reducir el significado de la Obra de la Cruz a un gran ejemplo de amor y de sacrificio, capaz de “cambiar” la actitud del hombre que la contempla, de modo que la manifestación de bondad que se halla en ella se convierta en viva llama de amor frente a Dios y al prójimo. Desde luego, hay valor ejemplar en la Cruz para los creyentes **(He**

12:2-3) (1 P 2:21,25), pero este valor subjetivo del Sacrificio depende de su valor real, como medio para salvar a los pecadores. Por ejemplo, si alguien ve que se ahoga un niño que ha caído al río y se tira al agua para salvarle, poniendo en peligro su propia vida, el hecho heroico es “ejemplar”, despertando admiración. Pero si el mismo se tirara al agua sin que peligrara otra vida, y se ahogara en el acto, no pasaría de ser un suicidio. Es el valor objetivo de la Cruz que le presta su valor subjetivo y ejemplar.

La Obra de gracia de Dios se lleva a cabo sobre unos niveles muy por encima de las ideas humanas; es decir, no puede explicarse en términos de que *“el Justo padeció por los injustos”*, sin tomar en cuenta las muchas consideraciones que hemos expuesto ya sobre la naturaleza de Dios, la Persona del Dios-Hombre, la necesidad divina de vencer el mal, etc. En el párrafo siguiente resumimos brevemente unos factores que rigen siempre, y que elevan la obra de propiciación muy por encima de los conceptos de los hombres humanistas y de las supersticiones y la degradación del culto asociados con “divinidades” paganas.

Unos factores de importancia fundamental.

a) Dios no desea que los hombres le halaguen por medio de dones propiciatorios, pues él no necesita nada de nosotros. Al contrario, es Dios mismo quien proveyó la ofrenda expiatoria que el hombre en manera alguna podía preparar. El amor de Dios provee el medio para satisfacer lo que su justicia exige.

b) El valor del Sacrificio se halla en la Persona de la Víctima, quien por una parte incorporaba en sí el valor de la humanidad, de la raza humana, lo que presta una perfecta representatividad al Sacrificio **(Ro 5:12-21) (2 Co 5:14,15,19,21)**. Por otra parte, la deidad del Dios-Hombre prestaba valor infinito al Sacrificio y permitió que agotara la muerte y que aun pudiese levantarse al tercer día **(Ro 1:3-4) (He 2:9) (He 9:26) (1 Co 15:3-4,20-22)**.

c) El móvil detrás del Sacrificio es el amor, tanto el del Padre que envió a su Hijo **(Jn 3:16) (Ga 4:4) (1 Jn 4:9-10)** como el del Hijo que voluntariamente da su vida por las ovejas, sin que nadie le obligue al Sacrificio **(Jn 10:15-18)**. Al mismo tiempo el gran hecho de la entrega agrada infinitamente al Padre y cumple el consejo eterno del Trino Dios.

d) Los hombres no quieren comprender que Dios no puede dejar de *“cumplir toda justicia”*, de modo que, si los pecadores no han de recibir la retribución de su maldad en sus propias personas, el proceso de la justicia ha de manifestarse por un acto equivalente (o más de equivalente), evidenciando que Dios no puede pasar por alto el pecado. Se olvida que aun tratándose del “perdón” de ofensas entre los hombres, siempre entran elementos de “sustitución”, ya que el hombre que ofendió debiera hacer expiación de su propio pecado. Es decir, la ofensa existe en todo caso y trae sus consecuencias. Pero cuando el ofendido perdona, lo que hace, en verdad, es llevar la “retribución” en su propia persona, librando así al ofensor. Así Dios recibe el golpe de la retribución en la persona del Hijo, y *“Cristo nos rescató de la maldición de la Ley, hecho por nosotros maldición”* **(Ga 3:13)**.

Derivaciones de la propiciación

Ya hemos notado que la obra total de la Cruz se presenta bajo diferentes facetas que nos ayudan a ver aspectos parciales que se aúnan en la gloria total de la Obra de gracia y de amor. Veremos sucesivamente el significado de la Justificación, de la Reconciliación y de la Redención, con la Salvación (término que todo lo engloba), pero insistimos en que estas aplicaciones del valor salvífico de la Cruz al creyente dependen de las verdades que acabamos de estudiar. Si no se hubiera puesto primero el firme fundamento de la satisfacción de la justicia de Dios, no habría nada que decir sobre la justificación y la

liberación del hombre pecador. Esperamos que el lector comprenda la necesidad y la lógica espiritual del orden de la presentación de estos temas relacionados con la Obra de la Cruz.

Temas para meditar y recapacitar

1. Discurra ampliamente sobre los términos *"Propiciación"* y *"Expiación"*, detallando su significado y haciendo ver cómo las sombras del Antiguo Testamento prepararon el terreno para la exposición de la plena doctrina de la Cruz en el Nuevo Testamento.

La justificación por la fe

La raíz de la propiciación

Insistimos en la primacía de la propiciación y de la expiación en cuanto a la Obra de la Cruz, ya que si no se hubiesen satisfecho las demandas del Trono de Dios sería imposible que fluyera su gracia a los efectos de bendecir al hombre: aquel ser tan privilegiado que realmente había caído en el pecado, que había quebrantado la Ley y se mantenía en un estado de rebeldía. Repetimos que los términos que hemos de examinar en estudios sucesivos son metáforas que ilustran aspectos de la bendición que ya se ha hecho posible sin menoscabo de la justicia divina. En otras palabras, la propiciación es la raíz de la cual brotan la justificación, la reconciliación y la redención. Al pasar a estos términos estudiamos los resultados de la gran Obra de la Cruz que se producen en las vidas de quienes acuden a Dios por los medios que él ha ordenado.

Una definición de la justificación por la fe

La metáfora es obviamente jurídica, ya que subraya el hecho de la manifestación de la justicia de Dios en orden al hombre. Como veremos a continuación, el pecador es incapaz de cumplir la Ley, sea cual fuere la forma en que se presente, y una ley quebrantada, lejos de salvar al hombre que tenía la obligación de obedecerla, le condena irremisiblemente. Este aspecto de la obra de gracia presenta el sacrificio de la Cruz como el cumplimiento vicario de la sentencia de la Ley quebrantada, de modo que Dios *“revela una justicia”* que Cristo procuró y que el pecador puede recibir con tal que se arrepienta de su pecado y crea en Cristo. Al ser envuelto el creyente en el manto de justicia de Cristo, Dios declara que es justo, ya que la sentencia legal se ha cumplido perfectamente a su favor y en su lugar. Es importante comprender que la “fe de entrega” une al creyente vitalmente con Cristo, sobre quien cayó la maldición de la Ley quebrantada **(Ga 3:13)**, de tal forma que, delante de Dios, es como si él también muriera en el Calvario **(Ro 6:1-6)**. He aquí la doctrina que Lutero volvió a hallar en las epístolas de Romanos y de Gálatas y que expuso la flaqueza del sacramentalismo y del semipelagianismo del sistema religioso imperante entonces.

La justicia exigida

Detallando más los principios notados en la definición, hemos de recordar que Dios es justo por necesidad, y que no puede pasar por alto el pecado. En el estado de inocencia del hombre, Dios le reveló su voluntad de una forma apropiada al período de prueba **(Gn 2:16-17)**. Aun después de la Caída, no le dejó sin testimonio en cuanto a su obligación moral, hablándole por medio de las obras de la naturaleza y también por la operación interna de la conciencia: la voz del corazón que acusa o excusa los actos del hombre **(Ro 1:18-21) (Ro 2:14-15)**. Israel fue escogido y separado con el fin de que Dios transmitiera por su medio no sólo la revelación divina, sino también las condiciones y normas que gobiernan la vida humana en la tierra. Al acampar el pueblo de Israel al pie del Monte Sinaí, llegó el momento de plasmar la “ley”, ya conocida por los medios que hemos notado, en preceptos definidos y claros, promulgándose el Decálogo, o los Diez Mandamientos. No sólo eso, sino que, por revelaciones posteriores dadas a Israel por medio de Moisés, el israelita aprendió su obligación de amar a su Dios de todo su corazón, alma y fuerzas, y al prójimo como a sí mismo: preceptos fundamentales que el

mismo Señor reconoció como el compendio de toda la Ley **(Mr 12:28-34) (Lc 10:25-28) (Ro 13:9-10) (Ga 5:14)**. Es importante recordar que Dios no puede rebajar sus normas, de modo que el hombre ha de cumplir la totalidad de la Ley o quedar bajo la condenación, según la declaración de Santiago: *"Cualquiera que guardare toda la ley, pero ofendiere en un punto, se hace culpable de todos"* **(Stg 2:10-11)**. El que quiere salvarse por obras legales tiene que llegar a la perfección de la obediencia, en lo externo y en lo interno, puesto que, al quebrantar un solo mandamiento, se constituye en transgresor.

El pecado y la transgresión

La promulgación de la Ley separó al pueblo de Israel en tres sectores frente a Dios. a) Según la evidencia de muchos salmos y oráculos proféticos, un número crecido de israelitas de raza andaban según sus propios deseos, sin intención alguna de someterse a la voluntad revelada de Dios, fuera de las costumbres religiosas que constituían parte de su vida social. Entraban por necesidad en la estructura nacional, pero llegaban muchas veces a anular el testimonio peculiar de Israel. b) Otros tomaban buena nota de que Dios había establecido normas legales y se fijaban sobre todo en las obligaciones externas de la religión del sistema levítico. Sin embargo, no reconocían las sublimes alturas de la santidad y la justicia de Dios, ni se daban cuenta del profundo significado del principio básico de *"amar a Dios de todo corazón"*. Según el diagnóstico de Pablo en **(Ro 9:30-10:4)**, *"Israel iba tras una ley de justicia y no la alcanzó"* porque *"ignorando la justicia de Dios y procurando establecer la suya propia, no se sujetaron a la justicia de Dios"*. Al ver los atributos de Dios encarnados en Cristo, le rechazaron, sin comprender que *"la consumación de la Ley es Cristo para justicia a todo el que cree"*. Este es el sector de los legalistas, que creían que Dios tendría que conceder valor a sus esfuerzos religiosos pese a que ellos transgredían tantos preceptos fundamentales. c) El otro sector se componía de israelitas como Natanael, fieles a la vocación nacional, verdaderos y sin engaño. Se sometían a la voluntad revelada de Dios, pero, comprendiendo su propio pecado a la luz de la Ley, se humillaban delante del Señor, lo que permitía que les fuera aplicada la justicia que brota del sacrificio de la Cruz que hemos considerado como "Hecho eterno" **(Sal 32)**.

Muchas de las enseñanzas y denuncias del Señor Jesucristo, como también las de Pablo, se dirigen a la clase (b), la de los legalistas. El Maestro insiste una y otra vez en que la observancia externa de los detalles de la Ley no son aceptables delante de Dios sin una renovación interior, que podría manifestarse por obras de misericordia y de amor **(Lc 11:37-52) (Mr 7:1-23)**. Pablo hace igual en pasajes como **(Ro 2:17-29)**, enseñando que *"por la Ley es el conocimiento del pecado"* **(Ro 3:20)**. El pecado ha existido a escala universal después de la Caída, porque *"todos pecaron y están destituidos de la gloria de Dios"* pero la Ley echa la luz de sus exigencias sobre el pecado, convirtiéndolo en abierta transgresión, o sea, un movimiento de la voluntad del hombre que quebranta conscientemente un mandamiento divino. De ahí la condenación y la sentencia de la Ley que pesan sobre todos los hombres **(Ro 3:23) (Ro 5:19-20) (Ro 7:5-14)**.

La ley espiritual

Los tribunales humanos sólo pueden juzgar ofensas consumadas, pero Dios conoce los intentos del corazón y saca a luz el verdadero pecado: el del deseo que inicia todo el proceso de mal que puede llegar hasta el crimen. Aun el Decálogo contiene el mandamiento, el décimo, que reza: *"No codiciarás"*, y en este precepto se trata de algo que queda fuera de la jurisdicción humana, a la vez que constituye la misma raíz del pecado frente a Dios. El Maestro interpretó la Ley en este sentido, no anulándola, pero enseñando que el homicidio empieza con el odio, el adulterio con deseos pecaminosos,

etc. **(Mt 5:17-48)**. Saulo de Tarso había *"vivido"*, según su propia comprensión de la justicia, que era también la de sus compañeros rabínicos, cuando sólo percibía los aspectos externos de la Ley. No obstante, al comprender que *"la ley es espiritual"* dice *"yo morí"* comprendiendo por fin que nadie puede librarse de la condenación cuando se trata de una ley que escudriña todos los móviles del corazón **(Fil 3:5-7) (Ro 7:9-10)**.

La ley cumplida en Cristo

El aspecto legal de la Obra de la Cruz. En los estudios anteriores sobre la Obra de la Cruz y la Propiciación se subrayaron los puntos siguientes: a) el valor infinito del sacrificio del Gólgota en relación con el plan de los siglos; b) la sublime categoría de la víctima como el Dios-Hombre; c) su relación especial con el hombre; d) la naturaleza de la satisfacción que fue ofrecida ante el Trono de Dios. Aquí, pues, sólo nos toca ver la obra en relación con la Ley quebrantada, que es el aspecto jurídico, de donde surge el concepto de justificación. En **(Ga 3:7-14)** Pablo se esfuerza por hacer comprender a los creyentes en Galacia que no pueden mezclar la Ley y la gracia. Recalca, como ya hemos visto, que la Ley exige el cumplimiento total de sus preceptos si ha de ser medio de alcanzar la vida, maldiciendo a la vez al infractor de los mandamientos. Es decir, la condenación cae necesariamente sobre el transgresor, pues: *"Maldito todo aquel que no permanece en todas las cosas escritas en el libro de la Ley para hacerlas"* **(Ga 3:10) (Dt 27:26)**. El apóstol se acuerda de un antiguo precepto de la Ley, que ordenó que si un criminal fuese apedreado en cumplimiento de una sentencia condenatoria, el cuerpo había de ser expuesto en un árbol como lección para todos. Sin embargo, había de ser quitado y sepultado al terminar el día, porque *"maldito todo aquel que es colgado* (en tales circunstancias) *de un madero"* **(Ga 3:13) (Dt 21:23)**. Pablo ve en todo ello un ejemplo de la Obra realizada por Cristo en la Cruz, donde fue colgado en un madero, y comenta: *"Cristo nos rescató de la maldición de la Ley, hecho por nosotros maldición"*. La terrible sentencia que correspondía a todas las infracciones de la Ley divina cayó sobre Aquel que representaba, como Hijo del Hombre, a todos los transgresores de la Ley. La muerte es la paga del pecado, de modo que le fue necesario gustar la muerte por todos **(He 2:9)**. Al hablar de su muerte no hemos de pensar tanto en la entrega del espíritu del Señor a su Padre, que señaló el fin del proceso, sino en la experiencia por la cual pasó el Dios-Hombre en el fuero interno de su alma infinita durante las horas de tinieblas, haciéndole exclamar con suma angustia: *"Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has abandonado?"*. Fue un descenso espiritual al abismo del mal, del dolor y de la muerte en su sentido total **(Ef 4:9-10) (Ro 10:6-7)**. Allí y entonces, todo cuanto exigía la Ley, como sentencia y condenación cumplidas, tuvo su cumplimiento en la víctima expiatoria. En **(2 Co 5:14)** Pablo expresa esta tremenda verdad en estas palabras: *"Si uno murió por todos, luego todos murieron (en él)"* y en el versículo 21 del mismo capítulo: *"Al que no conoció pecado (Dios), le hizo pecado (u "ofrenda por el pecado") a fin de que nosotros fuésemos hechos justicia de Dios en él"*. Pedro utiliza el mismo lenguaje jurídico en **(1 P 3:18)**: *"porque también Cristo murió una sola vez por los pecados, el justo por los injustos, para llevarnos a Dios."*

Se perciben varias vertientes en la importante declaración de Pablo en **(Ro 10:4)**, pero en relación con nuestro tema subraya la consumación de la sentencia de la Ley, haciendo posible la justificación por la fe: *"Porque el fin (telos = también "consumación") de la Ley es Cristo, para justicia a todo el que cree"*.

La justicia otorgada y recibida

La justicia ofrecida por la predicación del Evangelio

Pablo anuncia el tema de la Epístola a los Romanos, escribiendo: *"No me avergüenzo del Evangelio, porque es poder de Dios para salvación a todo aquél que cree... porque en el evangelio la justicia de Dios se revela por fe y para fe"* **(Ro 1:16-17)**. El Evangelio, en sentido amplio, equivale a la totalidad de las *"buenas nuevas"* del Nuevo Pacto, pero enfoca la luz de la revelación de modo especial en la Obra de la Cruz como manifestación de la gracia de Dios, ya que esta Obra constituye la justa base del favor que manifiesta para con los hombres. El Evangelio, pues, ofrece la salvación y la justificación según los términos y condiciones ya analizados. En versículos como **(Jn 3:16)** se recalca que Dios ofrece la vida eterna y más tarde veremos que otorga también la redención, o la liberación; según el aspecto que estamos estudiando, se garantiza la justificación al creyente por el hecho del cumplimiento de la sentencia de la Ley en Cristo. Notemos que en **(Ro 1:16-17)** se habla de la revelación de *"una justicia"* que no corresponde en este contexto a la justicia intrínseca de Dios, sino se refiere al *"manto de justicia"* que puede envolver al pecador que se arrepiente y cree. El remedio ofrecido es tan universal como lo era el mal, ya que, por un lado, *"no hay distinción, pues todos pecaron y están destituidos de la gloria de Dios"*, mientras por otro hay *"la justicia de Dios por medio de la fe en Jesucristo para todos los que creen..., porque no hay diferencia entre judío y griego, pues el mismo que es Señor de todos, es rico para con todos los que le invocan"* **(Ro 3:22-23) (Ro 10:12) (Ro 10:9-10)**. (Véase el "Alcance de la Obra".)

La justicia recibida por la fe

En pasajes como **(Ro 3:21-4:25)**, que son de importancia primordial para la comprensión de la doctrina que exponemos, se enfatiza la importancia de la fe como medio para recibir la oferta de la gracia de Dios, pero siempre se entiende la fe de una persona que se ha sometido a Dios, pues jamás podemos desvincular las dos vertientes: *"arrepentimiento para con Dios y la fe en nuestro Señor Jesucristo"* **(Hch 20:21)**. Por la gran importancia de estos términos, volveremos a estudiarlos en secciones posteriores, notando que, precisamente por ser tan usados, se prestan a ser desvirtuados, como monedas, buenas en sí, que se han adulterado por mezclarse con metales comunes. Ya hemos visto que la gracia de Dios viene a ser mucho más que un favor inmerecido, pues en el Nuevo Testamento significa la manifestación de la obra de Dios a favor de los hombres, al solo impulso de su amor. La fe es la mano que recibe el don de Dios, pero este concepto tan sencillo ha de analizarse con mucho cuidado. Primeramente se relaciona con el anuncio del Evangelio, porque *"la fe viene por el oír, y el oír por la palabra de Dios"* **(Ro 10:17)**, quedando convencido el oyente de que, de hecho, se trata de una palabra divina. Dios no busca crédulos que acepten, sin más pruebas, cualquier cuento milagroso que les sea presentado. Pero, al mismo tiempo, es posible oír, comprender, y estar convencido de la verdad del Evangelio, para luego rechazarla, o descuidarla, a causa del empuje del egoísmo y del materialismo. El oír y el comprender han de ser seguidos por la entrega del alma que llega a descansar plenamente en Cristo el Salvador, aceptando todo el significado de su Obra. La fe no es meritoria en manera alguna, pues todo el mérito se halla en el Salvador que realizó la Obra y ofrece la salvación al pecador por medio de sus siervos. Sin embargo, la fe, bien comprendida, es de importancia vital, pues sólo este descanso, que rechaza todo mérito y esfuerzo humanos, encierra el secreto de nuestra unión vital con Cristo el Salvador, hasta tal punto que participamos por la fe en el hecho de su Muerte y su Resurrección. La justificación por la fe dista mucho de ser un mero pronunciamiento legal, pues Dios no puede declarar que ninguno sea *"justo"* si no está

unido de una forma real con Aquel que cumplió la sentencia de la Ley a su favor **(Ro 6:1-11) (Ro 7:4) (2 Co 5:14,15,19,21) (Ga 1:4) (Ga 2:19-20) (Ga 3:11-14)**.

Siendo la fe el medio para recibir la Palabra del Evangelio, y a la vez el descanso total en Cristo como realizador de la obra de redención, abre la puerta de la salvación y la justificación para todos. Si Dios pidiera ciertas cualidades intelectuales o morales, o la presentación de cierto número de obras destacadas, como condición para conceder la justificación, la bendición podría teóricamente ser otorgada a una élite, bien que, de hecho, *"todos pecaron"*. Cuando no nos pide más que sumisión y fe, franquea la puerta de bendición a todos sin excepción, pues precisamente a los *"niños"* les es más fácil despojarse de todo imaginado mérito que no al sabio y al poderoso, y, por lo tanto, de ellos es el reino de los cielos. Esta condición esencial para recibir la justificación sirve de piedra de toque cuando se proclama el Evangelio a los hombres, pues el mismo hecho de que éstos han de humillarse para aceptar el *"don de Dios"* sin más condición que la fe, revela quién es *"niño"* delante de Dios y quién es el que aún mantiene enhiesto el "yo", resistiendo la humillación de doblegar la rodilla delante de Dios confesando que no es nada. Lo que es sumamente fácil para el espíritu humilde, se vuelve en problema insuperable para quienes quisieran retener su amor propio y el valor de su propio "yo".

Hemos de entender bien la repetida cita de **(Gn 15:6) (Ro 4:3,9) (Ga 3:6)**: *"Y creyó Abraham a Dios y le fue contado por justicia"*, que, a primera vista, podría dar la idea de que la fe se estima como justicia. De hecho, el estudio de todos los contextos y todas las enseñanzas pone de manifiesto que la justicia es la que fue alcanzada por la obra de Cristo, siendo la fe la actitud del alma que permite que Dios nos la "abone en nuestra cuenta" (así el significado literal del verbo "logizomai").

Hay tres frases de Pablo que resumen la doctrina de la justificación por la fe. *"Justificados gratuitamente por su gracia"* **(Ro 3:24)**, que señala el origen y fuente de la justificación. *"Justificados en su sangre (por medio de su sangre)"* **(Ro 5:9)**, que nos lleva a pensar en la propiciación efectuada por la entrega de la vida del Señor, la justa base de la justificación. *"Justificados por la fe"* **(Ro 5:1)**, que nos hace ver que la justificación no se alcanza por mérito alguno humano, sino por recibir el don, descansando en el Salvador.

El perdón y la justificación

No dedicamos un estudio entero al concepto del perdón, pese a su importancia como término bíblico, porque la esencia de la obra perdonadora de la gracia de Dios se encierra en los temas de justificación, reconciliación, redención, etc. Con todo, hemos de notar los matices peculiares de tan hermoso término. Según la definición del diccionario, *"perdonar"* equivale a "remitir la deuda, ofensa u otra cosa. Eximir a alguien de una obligación general" (J. Casares). Los verbos traducidos por *"perdonar"* en el Antiguo Testamento significan *"quitar"*, *"librar"* o *"remitir"*. En el Nuevo Testamento *"apolúo"* quiere decir *"soltar"*; *"charizomai"* equivale a *"mostrar gracia para con una persona"*; *"aphiémi"* es *"remitir"*. La remisión del pecado viene a ser igual al perdón del pecado. Este último término se halla frecuentemente en los labios del Señor Jesucristo, y pensamos con agrado en la paz que sentirían las almas arrepentidas que le oían decir: *"Tus pecados te son perdonados"*.

Un hombre puede perdonar con relativa facilidad, ya que él mismo es pecador. El creyente debiera perdonar como Cristo le perdonó **(Ef 4:32)** Recuerde la lección de la deuda grande y la muy pequeña que hallamos en **(Mt 18:21-35)**. Dios no puede perdonar sino en vista de la propiciación, provista por él mismo, que ha satisfecho las exigencias de su justicia.

Con todo, el perdón, aun sobre el terreno humano, implica más de lo que generalmente se cree, ilustrando el fondo del hecho la verdad de los padecimientos vicarios de Cristo. Una ofensa supone una persona que ha ofendido y otra que recibe la ofensa, del modo en que una deuda supone necesariamente que existen el acreedor y el deudor. Toda deuda y toda ofensa trae alguna consecuencia, o de daño en la esfera moral o de pérdida en la material. Si el acreedor, movido por la compasión, perdona la deuda, es como si él mismo se la pagara a sí mismo, sufriendo las consecuencias derivadas de la falta del deudor. Si una persona ofendida perdona al ofensor, acepta las consecuencias del daño hecho, librando al culpable. El daño ha de compensarse siempre, de modo que el perdón traslada el daño a quien perdona. Con esto llegamos al fondo de la cuestión del perdón, que también surge de la propiciación de la Cruz. Desde luego, en la experiencia del creyente, el que pierde su vida, o las cosas de la vida natural, a causa de Cristo y por obedecer la ley del amor, recibe abundante recompensa espiritual de las riquezas de la gracia divina.

La manifestación de la justicia

El fruto de la justificación por la fe

La doctrina de la justificación por la fe se expone de forma magistral por el apóstol Pablo en **(Ro 3-4) (Ga 3-4)**, pero en **(Ro 5)** pasa a considerar los frutos de la justificación. Ya hemos enfatizado que la doctrina, aun basándose en una metáfora jurídica, no supone una mera declaración legal, sino que implica la unión vital del creyente con Cristo, y esta unión ha de producir fruto necesariamente **(Ro 7:4)**. *"Justificados por la fe"* pasamos a un modo nuevo de vida en Cristo que se describe en **(Ro 5:1-11)**. El análisis de este pasaje corresponde a los comentarios, pero es importante que el lector comprenda la realidad y la vitalidad de esta doctrina de la justificación por la fe, que se enlaza con la de la santificación.

La justificación y la santificación

Como veremos en el estudio del tema Santificación, el apóstol Pablo pasa casi insensiblemente de la presentación de la justificación a la de la santificación en la Epístola a los Romanos, bien que la figura que hay detrás del término santificación es diferente, ilustrando el hecho del apartamiento para Dios del creyente que se halla en Cristo. Con todo, la vinculación de las dos vertientes de una sola verdad se halla en la unión vital del creyente con Cristo en su Muerte y Resurrección, que es base no sólo de su justificación, sino también de su santificación, ya que murió al pecado en la Persona de Cristo **(Ro 6)**.

Temas para meditar y recapacitar

1. Discurra ampliamente sobre la obra de la Ley como manifestación de la justicia de Dios, señalando los resultados de su impacto en Israel y su relación con la justificación por la fe.
2. Dense claras definiciones de los términos siguientes: a) gracia; b) propiciación; c) fe; d) justificación por la fe; e) la *"ley espiritual"*.

La reconciliación

Una definición de "reconciliar"

El concepto en la sociedad humana

"Volver a la concordia a los que estaban desunidos" es la definición del verbo en su uso corriente (J. Casares). Las Escrituras nos ofrecen un caso del uso de este verbo con referencia al matrimonio, ya que Pablo escribe que la mujer separada de su marido, en las circunstancias del contexto, debiera quedar sin casar, *"o reconcíliese con su marido"* **(1 Co 7:11)**. Sin duda se supone que había una causa que produjera la separación, pero la mujer creyente había de buscar la manera de quitarla de en medio con el fin de restablecer la armonía conyugal.

Los términos bíblicos

El verbo griego que expresa este concepto es *"katalasso"*, con su sustantivo correspondiente, *"kata-llage"*, hallándose una forma compuesta y reforzada del mismo verbo en **(Ef 2:11)**. Las principales referencias a *"reconciliación"* se hallan en **(Ro 5:10) (Ef 2:4-22) (2 Co 5:17-21) (Col 1:21)**. Lo que más nos interesa es su significado cuando se trata de las relaciones entre Dios y el hombre. Desde luego, el uso del término presupone un estado de enemistad entre ambas partes, escribiendo Pablo en **(Ro 5:10)**: *"Porque si siendo enemigos fuimos reconciliados con Dios por la muerte de su Hijo, mucho más estando reconciliados, seremos salvos por su vida"*. A la luz de toda la Biblia, y desarrollando pensamientos ya expuestos en estudios anteriores, lo que crea un estado de *"ira"* entre Dios y el hombre es el pecado, y espíritu de rebeldía de éste. El Dios de amor desea salvarle, pero su naturaleza, justa por necesidad, no permite que esté *"en paz"* con pecadores que obran en contra de las eternas normas de justicia, manteniendo su sublevación frente a la autoridad del Dios y Creador. Los embajadores de Cristo han de dirigirse al hombre con el ruego: *"Reconciliaos con Dios"* **(2 Co 5:20)**, pero este ruego presupone una obra anterior de parte de Dios: la propiciación por medio de la Cruz que ya vimos en el estudio anterior.

La propiciación y la reconciliación

La obra básica de la Cruz

Como en el caso de la justificación, se halla una metáfora implícita en el término *"reconciliación"*, que, en este caso, presenta a los hombres caídos como súbditos rebeldes que, en su soberbia, se han alzado en contra de su Rey. Los *"embajadores"* encargados de comunicar la oferta de reconciliación **(2 Co 5:18-20)** no han de representar a Dios delante de potencias soberanas, como de igual a igual, sino que su "embajada" se realiza frente a personas que debieran estar en paz con Dios, y sumisos a él, no siéndolo por su propia culpa. El cúmulo de todas las buenas obras de hombres religiosos no bastaría para aplacar la ira de Dios, tal como ya hemos definido, y de nuevo hemos de tomar el concepto básico de la propiciación como punto de partida. La reconciliación es uno de los bienes que fluyen de tan abundante manantial, y se halla implícita en los términos que afloran en los principales pasajes que tratan de este aspecto de la Obra de la Cruz **(Ro 5:9-11) (2 Co 5:18-21) (Ef 2:13-18) (Col 1:20-22)**. El medio para conseguir la reconciliación, según **(Ro 5:10)**, es *"la Muerte de su Hijo"* (del Hijo de Dios), que

corresponde al derramamiento de la sangre que Pablo acaba de mencionar en relación con la justificación **(Ro 5:9)**. Los rebeldes se hallaban bajo sentencia de muerte, pero se presentó el Dios-Hombre, y en las circunstancias y según las condiciones que ya hemos estudiado, él ofrendó su vida de valor infinito por medio de su Muerte expiatoria en la Cruz. Estando satisfecha la justicia de Dios, él puede extender su mano de gracia hacia los hombres, rogándoles, por medio de sus siervos, que depongan su actitud de rebeldía para trabar relaciones de paz para con Dios.

Más adelante volveremos a **(2 Co 5:17-21)** desde el punto de vista de los embajadores y su mensaje, pero hemos de notar aquí que la oferta de paz surge de la misma obra de propiciación que hemos visto en **(Ro 5:1,10)**. Los conceptos del pasaje total arrancan de la gran declaración del versículo 14: *"(Hemos) formado este criterio: que Uno murió por todos; luego todos murieron (en él)"*. Notemos el alcance universal de este hecho de la muerte del *"Uno"*, del Postrer Adán, quien efectuó tan sublime obra de justicia y de obediencia a favor de la raza caída **(Ro 5:12-21)**. Pasemos luego a los versículos 18 y 19 que enfatizan maravillosamente la iniciativa divina en esta obra de reconciliación: *"Dios nos reconcilió consigo mismo por Cristo... Dios estaba en Cristo reconciliando consigo al mundo, no tomándoles en cuenta a los hombres sus pecados"*. La obra de Cristo era obra de Dios, la plena manifestación del propósito eterno de gracia formulado antes de los tiempos de los siglos **(2 Ti 1:9-10)**. Puesto que Cristo *"fue contado con los transgresores"*, llevando la carga de su culpabilidad, no es necesario que las ofensas de los hombres les sean imputadas, siempre que se acerquen al Sacrificio, identificándose con él, de la manera en que los oferentes hebreos colocaban sus manos sobre la cabeza de la víctima expiatoria antes de su inmolación.

Como si fuera poco el lenguaje sublime y enfático que hemos señalado, Pablo resume de nuevo la obra expiatoria de la Cruz en el versículo 21, que ya hemos citado en relación con la propiciación y la justificación. El Hijo fue *"hecho pecado"* con el fin de que hubiera anulación de sentencia para los rebeldes que se acogieran a los términos de la embajada de paz. Otras expresiones que subrayan el valor fundamental de la Obra de la Cruz se hallan en todas las secciones señaladas arriba que tratan de la reconciliación.

La proclamación de la reconciliación

Los siervos del Señor y el mensaje que proclaman

Como veremos, los siervos de Dios han recibido el encargo de proclamar su mensaje, siendo embajadores de Dios para esta finalidad, y toda mención de su misión en el Nuevo Testamento subraya su autoridad, ya que hablan, no en nombre propio, sino en el de Dios. *"Predicar el Evangelio"* puede traducir *"euangelizomai"*, que enfatiza las *"buenas nuevas"* que Dios da a conocer por medio de sus siervos, o, alternativamente, *"kerusso"*, que significa *"proclamar como un heraldo"*, siendo la proclamación misma la *"kerugma"*, el mensaje revestido de autoridad divina.

No se trata de disquisiciones filosóficas o éticas, que encierran más o menos valor circunstancial según el prestigio de quien piensa y enseña. Los sistemas que resultan de las meditaciones de los filósofos se contradicen en puntos esenciales, y aun los más acreditados se suceden con rapidez calidoscópica, debido a su carácter humano y subjetivo. El estudiante de la filosofía no puede por menos que exclamar: "¿Quién tiene razón? ¿Cuál sistema debiera seguir?". Aun dentro del campo de la teología, las escuelas de ayer, aclamadas entonces como el cénit del pensamiento bíblico, ya han pasado de moda. En cambio, la proclamación apostólica depende exclusivamente de la revelación que Dios ha dado de sí mismo en la Persona de Cristo, y ya hemos visto que esta

revelación, única y sublime, se basa sobre evidencias históricas que la razón humana puede y debe recibir, bien que su valor no consiste en la fluctuante "razón" humana, aun cuando admite el hecho de Cristo y de su obra salvífica, sino en la autoridad de Dios mismo, quien manifiesta su gloria *"en la faz de Jesucristo"*. Los hechos de la Cruz y de la Resurrección han de ser proclamados con toda autoridad, y constituyen el meollo de la verdad cristiana. No se trata de anular la razón humana, pero sí de hacer ver al hombre que todo cuanto surge de la Caída se halla en estado ruinoso, sin que pueda prosperar aparte de la intervención de Dios a favor del hombre. Sólo así podrán ser realizadas las maravillosas posibilidades del ser que Dios hizo a su imagen.

La proclamación de la reconciliación

La autoridad de *"la palabra de la Cruz"* se destaca en todas partes del Nuevo Testamento, pero adquiere lustre especial en la metáfora de la reconciliación. El mensaje se dirige a seres humanos que debieran ser súbditos gozosos y sumisos del Reino de Dios, por el hecho fundamental de ser criaturas de Dios, y sin embargo, constituyen una raza rebelde por no querer admitir la lógica sujeción a quien les dio el ser, el único que puede nutrir la verdadera vida humana. El mero deseo de paz de parte del hombre no conseguiría nada si no fuera por la propiciación efectuada por Dios mismo, mediante la cual su amor le llevó a proveer el modo de satisfacer las demandas de su propia justicia. La parte de Dios, que es fundamental, se ha realizado ya, de modo que Dios puede encomendar a los Apóstoles, y a sus siervos en general, el *"ministerio de la reconciliación"*, o sea, la oferta de perdón y paz que se extiende a los rebeldes que sólo merecen la condenación y el juicio **(2 Co 5:18-19)**. Este mensaje, de rango de embajada, subraya que la sumisión y la fe de parte del rebelde puede procurarle la paz, puesto que *"Dios estaba en Cristo reconciliando consigo al mundo, no tomándoles en cuenta a los hombres sus pecados"* **(2 Co 5:19)**. Aquellos que se rinden, al escuchar la proclamación de parte del Rey, podrán afirmar con el Apóstol: *"(Dios) nos reconcilió consigo mismo por Cristo"*, y así se vuelve a establecer aquella íntima comunión que existía originariamente entre Dios y el ser humano que había creado.

El pronombre *"os"* no debiera figurar en las traducciones del griego de **(2 Co 5:20)**, no hallándose su equivalencia en el original. Pablo no tenía por qué rogar a los corintios que se reconciliasen con Dios, puesto que, pese a todos sus desvaríos, eran creyentes ya. Lo que hace en este sublime pasaje (parte del argumento general de los capítulos 1 a 6) es explicarles la naturaleza de su misión, que algunos estaban lejos de comprender, valiéndose del conocido resumen, *"somos, pues, embajadores en nombre de Cristo, como si Dios rogara por medio de nosotros, os rogamos en nombre de Cristo: ¡Reconciliaos con Dios!"*. La proclamación se dirige a todos los hombres.

La recepción del mensaje de reconciliación

Las dos facetas de la reconciliación

No habría resonado mensaje alguno de paz si Dios no hubiera provisto la obra de propiciación. Primero han de ser satisfechas las demandas de la perfecta justicia de Dios, manifestándose después el bendito fruto de esta obra fundamental en la oferta del perdón ofrecida a los hombres. Potencialmente, pues, Dios está reconciliado con el hombre por medio de su propia obra de gracia, de modo que nadie puede decir a Dios: *"¡Reconcíliate conmigo!"*. Al contrario, es Dios quien manda a sus embajadores, y éstos ofrecen el perdón y la paz a los rebeldes por medio del ruego: *"¡Reconciliaos con Dios!"*. Desde luego, la fe no puede faltar jamás en la recepción del Evangelio, pero el enfoque de la *"reconciliación"* subraya la sumisión del rebelde, quien doblega la rodilla ante el Rey que

antes desafiaba. Recordemos que el pecado produce el egoísmo y el orgullo como frutos típicos de su desvarío, y estos rasgos se destacan sobre todo en el desafío y la rebeldía del hombre que quiere vivir sin contar con Dios. Sólo la confesión sincera del pecado traerá aquella *"absolución divina"* que se halla varias veces en los labios del Salvador: *"Ve en paz; tu fe te ha salvado"*.

He aquí un aspecto de la predicación del Evangelio que necesita enfatizarse en días cuando *"ya está obrando el misterio de la iniquidad (anomia, la ausencia de toda ley)"* **(2 Ts 2:7)**. El hecho de que *"Dios es amor"* no anula los demás atributos divinos, de modo que el pecador ha de acercarse a Dios reconociéndole como Creador, Rey y Juez, según las condiciones que éste ha establecido, que incluyen el arrepentimiento y la confesión del pecado, juntamente con la sumisión leal y sincera delante de Aquel que le manda *"reconciliarse"* mientras dure el día de la gracia **(Lc 12:57-59)**.

La reconciliación con Dios abarca la de judíos y gentiles

El argumento general de (Ef 2:11-22)

En los tiempos apostólicos los hombres se dividían religiosamente en dos grandes sectores: los judíos, los representantes del pueblo de Israel, escogido por Dios para su servicio; y los gentiles, que eran los paganos que seguían distintos sistemas de idolatría o de agnosticismo. Había entre ambos sectores tensiones que Pablo llama *"enemistad"*, ya que los judíos pretendían una categoría superior que los gentiles no estaban dispuestos a reconocer. Pablo enseña que la reconciliación, como obra de Dios *"mediante la Cruz"*, por la cual los hombres podían acercarse de nuevo a su Creador, entrañaba también la abolición de la *"pared intermedia de separación"*, que había dividido a judíos y gentiles, pasando los creyentes de ambos sectores a formar parte de la Iglesia, que es una sola familia donde unos y otros tienen igual acceso por un Espíritu al Padre **(Ef 2:17-18)**.

La necesidad de la separación anterior

Es legítimo preguntar por qué había existido jamás una *"pared de separación"* entre israelitas y gentiles. Una debida contestación entrañaría el análisis de todo el plan de redención, que se resume brevemente en el Estudio VI. Basta que recordemos aquí que la raza humana, después de la tremenda lección del Diluvio, sucumbía de nuevo con rapidez vertiginosa a las influencias del paganismo. Fue entonces cuando Dios escogió a Abraham, haciendo de él el padre de un pueblo que había de recibir, conservar y transmitir la Palabra de Dios, siendo *"siervo de Jehová"* para este fin, siendo instrumento también para que el Mesías viniera al mundo. Sólo pudo realizar su cometido en condiciones de separación de los pueblos paganos, y tanto la institución de la circuncisión como la promulgación de la ley servían como barrera necesaria **(Is 5:1-7) (Sal 80:8-19)**. Sin embargo, la promesa original que Dios dio a Abraham tuvo por finalidad la bendición de todas las familias de la tierra **(Gn 12:1-3)**, de modo que los descendientes del patriarca debieran haber enfatizado, no tanto sus privilegios, sino su cometido y sus responsabilidades frente a las naciones. Lejos de esto, los judíos legalistas del primer siglo despreciaban a los gentiles a quienes debieran haber servido, creando la *"enemistad"* en lugar de proveer medios de comunicación para la extensión de la Palabra que, efectivamente, poseían.

La reconciliación en Cristo

Por medio de gráficas expresiones **(Ef 2:11-12)**, Pablo pone de relieve las distancias que existían entre los paganos y el pueblo de Dios, pasando luego a su tema de la paz. Cristo

“es nuestra paz”, y gracias a la obra que realizó *“en su carne”*, *“por su sangre”* y *“mediante la Cruz”*, acercó tanto a judíos como a gentiles a Dios en su Persona, de modo que los enemigos anteriores llegan necesariamente a ser hermanos de la misma familia espiritual, y aun miembros de su solo cuerpo **(Ef 2:14-17)**. Cristo mismo es el Anunciador de la paz, pues *“vino y anunció buenas nuevas de paz a vosotros que estabais lejos, y de paz a los que estaban cerca”*. Desde luego, los instrumentos directos de la proclamación eran los Apóstoles y sus colegas, pero el Príncipe de Paz se identificaba enteramente con la obra de sus siervos, siendo él mismo *“nuestra Paz”*.

El alcance de la reconciliación

Las lecciones de (Col 1:20-22)

El tema primordial de Colosenses capítulo 1 es el de la preeminencia de Cristo, tanto en la primera como en la segunda creación, surgiendo el tema de la reconciliación como epílogo después de una sublime relación de las glorias del Hijo **(Col 1:13-19)**. Toda la plenitud de la Deidad tuvo complacencia de habitar en él, con el fin último de *“reconciliar todas las cosas consigo, haciendo la paz por la sangre de su Cruz; por él, sea lo que está sobre la tierra, sea lo que está en los cielos”*. Siguen afirmaciones análogas a las que hemos visto en Efesios 2, recalcando Pablo que los colosenses, gentiles en su mayoría, habían sido reconciliados con Dios en el cuerpo de la carne de Cristo, mediante su muerte **(Col 1:21)**. Estas profundas frases del Apóstol señalan la encarnación de Cristo, que preparó el Cuerpo para el Sacrificio, y también la Muerte consumada de la Cruz. La paz y la unidad de todos los creyentes en el seno de la Iglesia se destacan perfectamente en todas las porciones de las Epístolas que hemos notado y no necesitan más comentario.

La universalidad de la reconciliación (Col 1:20)

La reconciliación de *“todas las cosas... así las que están en la tierra, como las que están en los cielos...”* ha dado lugar a discusiones, y algunos han querido que estas frases sirvan de base para la enseñanza de doctrinas “universalistas” que conciben un final feliz para toda la raza humana; aun para aquellos que han demostrado su hostilidad a su Dios durante el período de su vida en la tierra. Algunos enseñadores han pensado en una “inmortalidad condicionada”, con oportunidades para cambios en las relaciones entre el hombre y su Dios después de la muerte física. Otras herejías imaginan el aniquilamiento de los rebeldes, quedando sólo los creyentes salvos y revestidos de la vida eterna. Todos quisiéramos creer que la reconciliación, en su aspecto salvífico, abarcara a todo ser humano, pero **(Col 1:20)** ha de interpretarse según las reglas normales de la exégesis, que, tratándose del texto inspirado de la Biblia, ha de tomar en consideración el testimonio general de las Sagradas Escrituras. Este testimonio recalca la acción de *“la ley de la siembra y la siega”* **(Ga 6:7-8)**, tanto en este mundo como en el venidero y es el mismo Salvador quien enfatiza la condenación eterna de los rebeldes. Aun comprendiendo que estados futuros, regidos por otras leyes, han de describirse por medio de símbolos y figuras, no es posible suprimir de la Biblia las muchas referencias al infierno, la separación de las almas perdidas de Dios, como Fuente de la vida verdadera. Los rebeldes *“sufrirán pena de eterna perdición, excluidos de la presencia del Señor y de la gloria de su poder”* **(2 Ts 1:9) (Mr 9:43,48)**.

Hemos de pensar, pues, que la reconciliación universal de cosas en el cielo y en la tierra, según los términos de **(Col 1:20)**, se refiere al hecho de eliminarse toda suerte de obstáculo al cumplimiento de la voluntad de Dios. Los salvos estarán *“en Cristo”*, siendo él su *“Paz”*. Los rebeldes, ya juzgados, se someterán a lo que Dios ha sentenciado, y en cada caso resplandecerá la justicia de Dios **(Ro 2:5,16)**. Esto corresponde al triunfo final

del Señor exaltado, pues en el nombre de Jesús se doblará *"toda rodilla de los que están en los cielos, y en la tierra, y debajo de la tierra; y toda lengua confiese que Jesucristo es el Señor, para gloria de Dios Padre"* **(Fil 2:10-11)**. Al cumplir su misión de reconciliación, Cristo *"entregará el Reino al Dios y Padre cuando haya destruido todo principado y toda potestad y poder. Porque es menester que él reine hasta que haya puesto a todos sus enemigos debajo de sus pies"* **(1 Co 15:24-27)**. Los *"principados"*, *"potestades"* y *"poderes"* son las jerarquías del mal que Pablo señala en **(Ef 6:12)**. Hemos de rechazar todo "universalismo" que postule el perdón de todos sin discriminación, pese a que la virtud de la obra de la Cruz es universal en potencia, porque tal doctrina no se halla en la revelación escrita. Por idénticos motivos hemos de rechazar la fácil idea del aniquilamiento de la personalidad del hombre incrédulo. Los problemas que surgen han de examinarse a la luz de la Palabra y no prescindiendo de ella.

La reconciliación entre hermanos

La reconciliación del creyente con Dios

La doctrina expuesta en los párrafos anteriores viene a resumir el acto supremo de la gracia de Dios, por el cual, sobre la base de la propiciación, recibe en Cristo a los hombres que antes eran incrédulos y rebeldes, estableciendo una relación personal e íntima consigo mismo, siempre que se atengan a los términos de la proclamación de la reconciliación. Existe el peligro de que el creyente se goce teóricamente en su nueva relación con Dios sin comprender las implicaciones prácticas de la obra de gracia que acepta para sí mismo. Hay pasajes bíblicos que insisten en que la verdadera reconciliación con Dios no puede existir si el "reconciliado" no halla los medios de vivir en paz con los demás miembros de la familia espiritual.

Sin reconciliación familiar no es posible la adoración

En el llamado "Sermón del Monte" (mejor, la "Constitución del Reino") el Señor insiste en que la Ley es espiritual y no sólo de aplicación externa, ya que Dios examina y pesa las intenciones del corazón del hombre, constituyendo los móviles internos las profundas raíces de los hechos que podrán manifestarse posteriormente. Todos los códigos de países civilizados condenan el homicidio, pero nuestro Legislador veía que el enojo contra el hermano constituía el móvil originario de futuras manifestaciones agresivas, que podrían convertirse en crímenes. Era inútil pretender adorar a Dios mientras que se albergaban sentimientos de odio contra el hermano. Si Dios ha provisto los medios de reconciliación, al precio de la Obra de la Cruz, los beneficiarios de su gracia han de reflejarla en su trato dentro de la familia espiritual, y aun frente al prójimo en el sentido más amplio de la palabra. *"Por tanto"*, declara el Maestro, *"si al presentar tu ofrenda sobre el altar, allí te acuerdas de que tu hermano tiene algo contra ti, deja allí tu ofrenda delante del altar, y ve, reconcíliate primero con tu hermano, y entonces ven y presenta tu ofrenda. Reconcíliate pronto con tu adversario..."* **(Mt 5:23-26)**. El hermano fiel no había de dejar la adoración, pero, si ésta había de ser sincera y agradable a Dios, era necesario que no intermediara el obstáculo que surgiera de situaciones morales incompatibles con tan sublime comunión. "Que la conciencia obre a tiempo", aconseja en efecto el Maestro, y, quitando el estorbo del malestar existente entre ti y el hermano, podrás abrir tu corazón delante de tu Dios. Un repaso, siquiera rápido, de las referencias a la *"paz"* en cualquier concordancia bíblica revelará que Dios es *"Dios de paz"*, y que él no puede prescindir de la paz como ambiente dentro del cual ha de desarrollar su obra. El tema es análogo al del amor en los escritos del apóstol Juan: que el amor entre hermanos es la señal imprescindible de nuestra relación de hijos con el Dios de amor. *"Si alguno dice: Yo amo a*

Dios, y aborrece a su hermano, es mentiroso; pues el que no ama a su hermano, a quien ha visto, ¿cómo puede amar a Dios a quien no ha visto?” **(1 Jn 4:20)**. De igual modo, el que no quiere vivir en paz con el hermano conocido, difícilmente podrá proclamar a otros que se reconcilien con Dios.

Temas para meditar y recapacitar

1. Discurra ampliamente sobre el tema de la Reconciliación, tomando en cuenta: a) su base; b) su proclamación; c) su recepción; d) su alcance, y e) su manifestación práctica en la familia de Dios.

Siguen las metáforas

Las definiciones del diccionario

No es siempre conveniente o posible acudir a los diccionarios, como el de la Academia, con el fin de buscar una definición adecuada de términos bíblicos, ya que a los compiladores les interesa el uso normal del vocablo en el medio social que conocen. Con referencia al vocabulario bíblico, en países de habla española consultan a teólogos católico romanos. En cambio, nosotros hemos de tener en cuenta que Dios obraba a través de muchos siervos suyos en distintas épocas, con el fin de forjar medios de expresión adecuados para la enseñanza de las doctrinas del Nuevo Pacto. Es preciso conocer el uso normal de la voz en cuestión, pasando luego a considerar su empleo, por inspiración divina, en el contexto de la revelación que hemos recibido por medio de Cristo y sus apóstoles. En el caso de la redención, con su verbo redimir, ampliado en castellano por rescate y rescatar, las definiciones normales son adecuadas, bien que, como es natural, han de ser elevadas al sublime nivel de la Obra de Cristo. Así J. Casares define redimir de esta forma: “Libertar, o sacar de esclavitud, al cautivo, mediante precio”, siendo redención el acto correspondiente. Rescatar es “recobrar por precio, o por fuerza, una persona o una cosa”. “Rescate” no es sólo “acción o efecto de rescatar”, sino también “dinero con que se rescata”. Veremos que no hemos de añadir mucho a estas definiciones al trasladar las metáforas implícitas en ellas a la esfera de la obra de Dios a favor del hombre.

Las metáforas

León Morris, en su artículo sobre Redención en el NBD, recalca con razón que “redimir” (rescatar) es más que una simple liberación, puesto que entraña necesariamente el concepto del “precio de rescate” (“lutron” en el griego). En el Antiguo Testamento la redención de Israel de la esclavitud de Egipto se presenta a veces como un acto de poder de parte de Dios, pero todo estudiante de las Escrituras se acordará de la Pascua que precedió el éxodo, notando que no faltaba aun entonces la víctima cuya sangre fue derramada y aplicada a las puertas de las casas de los israelitas. Detrás de este simbolismo se halla el hecho eterno de la Cruz, de modo que Pedro escribe: *“Fuisteis rescatados... con la sangre preciosa de Cristo, ya destinado desde antes de la fundación del mundo, pero manifestado en los postreros tiempos...”* **(1 P 1:18-20)**.

Costumbres de la civilización grecorromana

Para comprender todos estos términos que se emplean para dar a conocer la Obra de la Cruz por medio de metáforas implícitas, es necesario fijarnos en la estructura y costumbres de la sociedad en la época de la redacción de los escritos del Nuevo Testamento, ya que las figuras se basan, como es natural, en un modo de vivir conocido por los lectores de entonces. Aún hoy en día existe la lacra de la esclavitud de seres humanos en algunos rincones del mundo, pero en el primer siglo el sistema formaba la base de la economía de Roma; todo el mundo estaba familiarizado con esta infame institución, y todos conocían a muchos hombres y mujeres que gemían bajo tan triste yugo. En el curso de las grandes campañas militares de Roma, millones de seres humanos eran apresados y luego vendidos en mercado público al mejor postor. Tanto estos desgraciados, como los nacidos de ellos, eran esclavos, obligados por la fuerza a

servir a su dueño en ley. Algunos esclavos podían ser más cultos que sus amos, y muchos desempeñaban cargos importantes como mayordomos o amanuenses. Pero ninguno podía disponer de su persona, y la suerte de la mayoría era trágica en extremo. El ardiente anhelo de todos ellos era el de ser redimidos. A veces les era posible acumular el precio de rescate por sus propios esfuerzos, pero, con mayor frecuencia, algún benefactor intervenía a su favor, proveyendo el lutron. Normalmente el acto de liberación se efectuaba en algún templo pagano, y teóricamente era el dios quien compraba y libertaba el esclavo. Sin embargo, a todos los efectos, el esclavo se convertía en liberto desde el momento de su redención. Por ser tan conocida la condición de los esclavos, y la posibilidad de la redención (o del rescate), los escritores del Nuevo Testamento podían aprovechar la metáfora con toda libertad, ya que nadie ignoraba su sentido. Nosotros tenemos que familiarizarnos con las costumbres de entonces con el fin de sacar todo el rico significado de las expresiones.

El "goel" del Antiguo Testamento

El concepto del rescate de una persona, o de una propiedad, era bien conocido entre los hebreos, recayendo la responsabilidad de actuar sobre el *"goel"*, o sea, el pariente más próximo. Lo del rescate de las fincas se revestía de mayor importancia en la historia de Israel, después del reparto de las tierras de Canaán **(Jos 13:14-21:45)**, por cuanto los israelitas se esforzaban por conservar la herencia original de su familia. El Libro de Rut presenta un cuadro agradable de la manera en que Booz actuaba como *"goel"* a favor de Noemí y de Rut. El concepto subraya la importancia del redentor que llevaba a feliz término el rescate de un hebreo que había tenido que venderse a causa de su pobreza, o que se había visto obligado a deshacerse de la herencia de sus padres. La figura pasa al Nuevo Testamento, ya que se enfoca la luz de la revelación en la Persona del Redentor, único que pudo pagar el precio de rescate. Fue *"el gran Dios y Salvador Jesucristo"* quien se dio a sí mismo por nosotros para redimirnos, según **(Tit 2:13-14)**, texto que volveremos a citar.

Comprendemos, pues, que se trata de iluminar la Obra de la Cruz por medio de una metáfora que considera la condición del hombre caído como si fuera una esclavitud espiritual. En este caso, el *"esclavo"* no puede librarse por acumular su propio *"lutron"* sino que depende enteramente del Redentor, el que llegó a ser nuestro *"pariente próximo"* por la Encarnación, siendo el Hijo del Hombre en cuanto a su relación con nosotros e Hijo de Dios desde el punto de vista de su poder para librarnos. Ya veremos que el *"lutron"* no podía ser menos que la entrega de su propia vida de valor infinito.

Diferentes estados de esclavitud espiritual

La esclavitud espiritual halla su origen en la Caída del hombre, ya que el pecado llegó a dominar todo su ser. La verdadera libertad se halla dentro de la esfera de la voluntad de Dios y, paradójicamente, la sumisión a Dios permite que el hombre sea verdaderamente libre. Nada ni nadie puede oponerse a la voluntad de Dios, de modo que los sumisos a él pueden desarrollar todas las posibilidades del ser humano dentro de una esfera que no conoce límites ni obstáculos. Al pretender una libertad personal, que se enfrentaba con la de Dios, el hombre se hallaba envuelto inevitablemente en conflicto con otros seres que querían lo mismo. Del mismo modo es incapaz de sujetar a sí las circunstancias adversas que surgen del desbarajuste del mundo rebelde, y también por esta parte se halla cercado y preso.

Esclavos del pecado

Frente a las pretensiones de los judíos legalistas y enemigos de la verdad revelada en Cristo, el Maestro llegó a decirles claramente: *"De cierto, de cierto os digo, que todo el que comete pecado, esclavo es del pecado"* **(Jn 8:34)**. La Vers. H.A. procura sacar el sentido del uso del participio presente del verbo, ya que el hombre sigue pecando y no puede hacer otra cosa, siendo, pues, esclavo del mal. Algunos, por esfuerzos y autodisciplina, evitarán los vicios más degradantes, pero nadie se libra del pecado, y de ahí la idoneidad de la figura de la esclavitud. Con todo, el versículo 36 del mismo pasaje destaca hermosamente la figura del goel, del Redentor: *"Si el Hijo os libertare, seréis verdaderamente libres"*.

Esclavos de la iniquidad (anomia)

"El cual (Cristo Jesús) se dio a sí mismo por nosotros, para redimirnos de toda iniquidad y purificar para sí un pueblo propio, celoso de buenas obras" **(Tit 2:14)**. Pablo ve al hombre como sujeto a lo que se llama en la traducción *"iniquidad"*, siendo el vocablo original *"anomia"*, *"ausencia de ley"*, que corresponde al espíritu de rebeldía que domina al ser humano. Se trata de un aspecto particular del pecado que enfatiza el deseo del hombre de ser ley para sí mismo, sin tomar en cuenta la voluntad de su Creador. El Apóstol recuerda a los tesalonicenses que *"el espíritu de anomia"* ya obra en el mundo, algo muy evidente en nuestros tiempos, y que el Anticristo será por antonomasia el *"hijo de anomia"*, o sea, la encarnación del espíritu de rebeldía que hace que el hombre caído persista en su oposición a Dios en aras de su propia *"libertad"*, tan mal entendida **(2 Ts 2:3,8)**.

Para libertar al hombre de sí mismo, fue necesario que Cristo, *"el gran Dios y Salvador"*, se diera a sí mismo por nosotros para redimirnos de toda anomia, convirtiendo a los *"rebeldes-esclavos"* en un pueblo propio, celoso de buenas obras **(Tit 2:13-14)**. Este nuevo pueblo se compone de personas que han vuelto a colocarse bajo el gobierno de Dios, reconociendo a Cristo como su Señor.

La esclavitud del sistema legal

La Ley fue promulgada a su debido tiempo en el Monte de Sinaí con el fin de dar a conocer la voluntad de Dios al hombre que vivía en sociedades creadas por distintas formas de civilización. Antes de la Ley el pecado existía, dando lugar a la muerte, pero las normas del Decálogo, con sus preceptos accesorios, convirtió al pecado en transgresión, o sea, el acto personal que obraba a sabiendas en contra de la voluntad revelada de Dios. La función de la Ley es compleja, y no puede resumirse aquí: sólo notamos que Pablo subraya su obra como medio para revelar el pecado **(Ro 3:20) (Ro 5:12,20) (Ro 7:5-13)**. El alma sumisa aprende la imposibilidad de salvarse por las obras humanas, y la Ley le sirve de ayo para llevarle a Cristo **(Ga 3:23-25)**. En cambio, el hombre que se tiene por religioso, sin que se haya rendido sinceramente a Dios, cree que podrá justificarse dentro de su propio concepto de *"cumplir la Ley"*, y se reduce a la esclavitud al ponerse bajo un sistema de obras. Eso no es tomar en cuenta la Ley como instrucción en justicia, sino crear un legalismo, siendo el de los judíos del primer siglo el ejemplo más destacado de este desvarío religioso que Pablo analiza en **(Ro 9:30-10:4)**. Según la alegoría que Pablo emplea en **(Ga 4:21-5:1)**, el pacto legal, tal como los judíos lo comprendían, *"da a luz hijos para esclavitud"* y "*la Jerusalén actual* (o sea, el sistema judaico legalista de entonces) *se halla en esclavitud juntamente con sus hijos*". Sin embargo, *"Dios envió a su Hijo, nacido de mujer, nacido bajo la Ley, para que rescatase a los que estaban bajo la Ley, a fin de que recibiésemos la adopción de hijos"* **(Ga 4:4-5)**. El análisis del sistema que Pablo nos ofrece en **(Ro 9:30-10:3)** es seguido por una declaración que señala al

Libertador: *“El fin (la consumación) de la Ley es Cristo, para justicia a todo aquel que cree”*. En vista de las actividades de los judaizantes (personas que aceptaban a Jesús como el Mesías de Israel, insistiendo a la vez en que los gentiles habían de llegar a él por medio de la circuncisión, colocándose bajo la Ley), hallamos muchos pasajes de las Epístolas a los Romanos y a los Gálatas que tratan de la triste esclavitud de los legalistas, señalando la liberación por medio de la Obra de la Cruz y la Persona de Cristo. La tendencia al legalismo abunda en todas las comunidades religiosas, ya que creyentes de poca madurez comprenden más fácilmente ciertas normas externas que determinan la conducta de los miembros que no el proceso interno de abrir el corazón al Señor de tal forma que el Espíritu Santo, Espíritu de libertad, produzca su fruto maduro de *“amor, gozo, paz, longanimidad, etc.”*. Escribe Pablo que *“no hay ley”* frente a este reflejo de la misma vida del Señor **(Ga 5:22-24)** con **(2 Co 3:6-18)**.

La esclavitud al diablo

Al dirigir su conocida apología al rey Agripa, Pablo hizo referencia a la comisión que había recibido de parte de Dios, notando que, frente a judíos y gentiles, abarcaba esta faceta: *“para que abras sus ojos, a fin de que vuelvan de las tinieblas a la luz y de la potestad de Satanás a Dios”* **(Hch 26:18)**. Al rendirse ante las sugerencias del diablo, nuestros primeros padres se pusieron bajo su poder, de modo que sus descendientes siguen *“la corriente de este mundo, conforme al príncipe de la potestad del aire, el espíritu que ahora opera en los hijos de desobediencia”* **(Ef 2:2)**. Aquí se señala al dueño que mantiene a todos sus secuaces en un estado de esclavitud, utilizando para ello el pecado en todas sus manifestaciones. En el párrafo siguiente veremos que adquirió *“el imperio de la muerte”*. Sin embargo, se presentó el Hijo del Hombre, como Campeón de la raza, y logró vencer al enemigo con sus mismas armas, llevando nuestro pecado en su Persona y agotando la muerte en la Cruz **(He 2:14-15)**.

La esclavitud del temor de la muerte

Los hombres, pese a su orgullo y su deseo de independizarse de Dios, saben que la muerte física pondrá fin a sus ambiciones, proyectos y devaneos, y este temor de la muerte les sujeta por toda la vida a servidumbre **(He 2:15)**. El diablo procura que no piensen en este tema, que su vida se llene de agitación, de placeres y de trabajos. Los sentidos les relacionan fácilmente con lo externo de las cosas, y el diablo procura distraer la mente, con el fin de que sus engañados secuaces no mediten en la brevedad de la vida. Con todo, el hecho vuelve a destacarse cada vez que repican las campanas anunciando la muerte de amigos y deudos, y sólo la fe en Aquel que se presenta como Resurrección y Vida puede vencer *“el temor a la muerte”*. El creyente puede decir con Pablo: *“Para mí el vivir es Cristo y el morir ganancia”* **(Fil 1:21)**.

La esclavitud de una vida vacía y frustrada

Como ya hemos notado, Pedro escribe uno de los pasajes más profundos y elocuentes sobre el tema de la redención, al que tendremos ocasión de volver. Es notable la forma en que define la esclavitud anterior: *“sabiendo que fuisteis rescatados de vuestra vana manera de vivir, la cual recibisteis de vuestros padres, no con cosas corruptibles... sino con la sangre preciosa de Cristo...”* **(1 P 1:18)**. El hombre, al tomar del fruto del árbol *“del conocimiento del bien y del mal”*, pensaba salir a una esfera de autonomía y de consumación; sin embargo, separándose de la plenitud divina, vació de sentido su vida en la tierra. Dios ha ordenado que el hombre no prospere en su independencia y orgullo **(Ro 8:19-23)**. Puede controlar, hasta cierto punto, su medio, ya que es el *“hombre hecho a la imagen de Dios”* colocado a la cabeza de la naturaleza para dominarla. Sin embargo, cada conquista trae nuevos problemas. No se nos enseña que no haya nada bueno en la

vida, sino que el bien humano no llega nunca a su consumación, y a veces se convierte en sufrimientos, daños y desastres. Pensemos, a guisa de ejemplo, en la gran utilidad y placer del coche particular, que ha cambiado el tipo de vida de un gran sector de los habitantes de países desarrollados; con todo, al llegar su empleo a su auge surgen problemas aparentemente insolubles, con la pérdida de más vidas humanas que las que se producen en las guerras. La ilustración se relaciona con los aspectos externos de nuestras actividades, pero el mismo principio de frustración opera en todos los estratos de la vida del hombre que no conoce a Dios. Pedro anticipó los hallazgos de la psicología moderna al hablar de la esclavitud de la *“vana manera de vivir”* que hemos heredado de nuestros padres. El adjetivo *“mataios”*, traducido por *“vano”*, significa algo vacío, sin poder y sin fruto. ¿Qué peor servidumbre que la de una vida sin sentido, dirigida hacia una meta desconocida, y que, en efecto, para el incrédulo será la perdición?

La esclavitud del temor de los hombres

Sólo el que teme a Dios, amándole y sirviéndole, se halla libre, ya que los hombres que no quieren tomar a Dios en cuenta se encuentran limitados tanto por las circunstancias adversas de la vida como por el temor a sus semejantes. A veces éstos se portan correctamente, con una buena medida de tolerancia y consideración, y podemos agradecer actitudes humanas que endulzan la vida en común, aun sabiendo que, ante Dios, ningún hombre llega a la meta. En cambio, puede tocarnos la desgracia de tener que tratar con hombres que no controlan adecuadamente las diversas pasiones que surgen de la Caída. Si éstos se hallan en posiciones de autoridad, pueden hacer sufrir terriblemente a sus subordinados. Al fin extremo del espectro de estas actitudes humanas se destacan el proceder de hombres sin escrúpulos y sin entrañas que se deleitan en la crueldad. Este temor de los hombres determina muchas de las reacciones de los seres humanos que desearían no hallarse en la presencia del Señor, ignorando voluntariamente que el temor de Jehová es el principio no sólo de la sabiduría, sino también de la verdadera libertad. El Señor aconsejó a los siervos suyos que enviaba al mundo que se guardasen de los hombres, ya que los suyos habían de hallarse muchas veces como ovejas en medio de lobos. Al mismo tiempo, no habían de temerles, ya que sus discípulos desarrollaban su vida y su servicio dentro de las perspectivas de la eternidad, siendo mucho más importante el alma que el cuerpo: *“No temáis a los que matan el cuerpo, pero al alma no pueden matar: temed más bien a Aquel que puede destruir alma y cuerpo en el infierno”* **(Mt 10:28) (Hch 4:13,20) (Hch 5:29)**.

Los términos empleados en el Nuevo Testamento

El concepto general de “compra”

Los esclavos eran subastados en el mercado, que normalmente se emplazaba en la *“agora”*, o plaza, de modo que si los verbos *“agorazo”*, o *“exagorazo”* (comprar, o comprar para sacar fuera del mercado) se relacionan con personas humanas, pasan a significar el rescate y liberación del esclavo. Estos son los términos que se usan en las conocidas frases: *“Comprados sois por precio”*, *“por precio sois comprados”* **(1 Co 6:20) (1 Co 7:23)**; *“Digno eres... fuiste inmolado y con tu sangre nos has redimido para Dios, de todo linaje y lengua y pueblo y nación”* **(Ap 5:9)**; *“Cristo nos redimió de la maldición”*, *“para que redimiese a los que estaban bajo la Ley...”* **(Ga 3:13) (Ga 4:5)**. En este caso los traductores han empleado las equivalencias de *“comprar”*, *“redimir”* o *“rescatar”* según las exigencias del contexto. Lo que se enfatiza en estos términos es la liberación del esclavo del “mercado” (véanse los “estados” de esclavitud que hemos reseñado) sin que se destaque el precio de rescate, bien que éste puede señalarse en el contexto.

El énfasis sobre el precio que se pagó

No hemos de dar lecciones de griego aquí, pero no se nos excusa señalar que el verbo "lutroó", con los sustantivos relacionados, "lutrósis" y "apolutrósis", se derivan de "lutron", el precio pagado con el fin de libertar al esclavo, y subrayan la importancia de lo que se pagó. Ya hemos visto que los esclavos de Satanás no pueden reunir el precio del rescate por sus propios esfuerzos, dependiendo totalmente de la gracia del Libertador. Tendremos más que decir sobre el significado del "lutron" en otro apartado, pero conviene hacer constar que la metáfora implícita en el vocablo ha de aplicarse a lo esencial de la situación, sin apurarla en todas sus posibles facetas. Podemos saber en lo que consiste el precio, quién lo pagó, quiénes son los libertados y cuál es la naturaleza de su liberación. Sin embargo, sobre el nivel doctrinal y bíblico de la redención no es necesario preguntar: "¿A quién fue pagado el precio de rescate?". Algunos de los llamados Padres de la Iglesia dieron peregrinas contestaciones a esta pregunta innecesaria, pensando algunos que si Satanás era el antiguo dueño del esclavo, él había de recibir el precio de rescate. La buena exégesis pide que respetemos las limitaciones de las figuras según el contexto y a la luz de la doctrina total de las Escrituras. "Lutroó" se emplea en **(1 P 1:18)**: *"Sabiendo que fuisteis rescatados de vuestra vana manera de vivir... con la sangre preciosa"*, y también en **(Tit 2:14)**: *"El cual (Cristo) sé dio a sí mismo por nosotros para redimirnos de toda iniquidad (anomia)"*. Expresa la redención nacional de Israel en **(Lc 24:21)**. La forma sustantivada (lutrósis) se halla en **(He 9:12)**: *"(Cristo) por su propia sangre, entró una vez para siempre en el Lugar Santísimo, habiendo obtenido eterna redención"*, además de **(Lc 1:68) (Lc 2:38)** con referencia a Israel. "Apolutrósis" se emplea frecuentemente, destacándose **(Ef 1:7)**: *"En quien (Jesucristo) tenemos redención por su sangre, el perdón de pecados"*, verso que coincide con **(Col 1:14)**. Comparar con **(Ro 3:24) (1 Co 1:30) (Ef 1:14) (He 9:15)**, entre otras referencias. El verbo "luó" significa "soltar" o "libertar", y se halla en los mejores textos griegos en **(Ap 1:5)**: *"Al que nos amó y nos lavó de nuestros pecados con su sangre"*, recayendo el énfasis sobre la libertad que fue conseguida por el derramamiento de la sangre de Cristo y no en el coste del sacrificio. En **(Ga 1:4)** leemos: *"El cual se dio a sí mismo por nuestros pecados para librarnos del presente siglo malo"*; aquí el verbo es "exaireó", que señala la liberación de una persona de un estado de peligro.

El Redentor

Hemos visto que el redentor en el Antiguo Testamento es el "goel", el pariente cercano responsable de tomar las medidas necesarias con el fin de librar tanto personas como propiedades. Job exclamó: *"Yo sé que mi Redentor (goel) vive"* **(Job 19:25)**, elevando el término al nivel de la obra divina a su favor. Escasean designaciones del Redentor en el Nuevo Testamento, pero los escritores sagrados relacionan "redentores" con los títulos más sublimes del Señor Jesucristo. En **(1 Ti 2:5-6)** se presenta como el único *"Mediador, Jesucristo, Hombre"*, y en **(Tit 2:13-14)** es *"nuestro gran Dios y Salvador, Jesucristo"*. En **(Ef 1:6-10)** es el *"Amado"* en quien tenemos redención, y en él se han de reunir todas las cosas en la dispensación del cumplimiento de los siglos. El precioso título *"Salvador"* se refiere a su Obra de salvación, y de esta obra total la redención viene a ser una faceta principal. Sobre este sublime plano de la obra de la gracia de Dios, el Libertador se identifica con el "lutron", el precio de rescate, ya que se reitera constantemente que se dio (se entregó) a sí mismo a los efectos de nuestra liberación. No entregó algo suyo de gran valor para librarnos, sino su misma Persona, como Hijo de Dios e Hijo del Hombre: *"Cristo nos amó y se dio a sí mismo por nosotros ofrenda y sacrificio a Dios"* **(Ef 5:2)**; *"El cual se dio a sí mismo por nuestros pecados"* **(Ga 1:4)**; *"El cual se dio a sí mismo por nosotros para redimirnos de toda iniquidad"* **(Tit 2:14)**; *"Se ofreció a sí mismo"* **(He 7:27) (He 9:14)**. La frase se halla repetidas veces en las epístolas, y corresponde a la declaración del

mismo Señor: *“El Hijo del Hombre no vino para ser servido, sino para servir y para dar su vida en rescate por muchos”* **(Mr 10:45)**.

El precio de rescate

Hemos insistido en el hecho de que la redención, igual que las demás facetas específicas de la salvación, surge de la raíz de la propiciación. Para que el esclavo del pecado pudiese ser libertado fue necesario que quedasen satisfechas las demandas de la justicia de Dios, y la base de esta satisfacción se ha descrito en el Estudio 8. No bastaba que se presentara el Libertador como perfecto Hijo del Hombre, como Mesías y como Rey, pues su perfecto ejemplo no haría sino aumentar nuestra condenación, puesto que somos incapaces de seguirlo. Acabamos de ver que el Dios-Hombre había de entregarse a sí mismo en sacrificio, agotando el pecado y la muerte por medio de la tremenda crisis de la Cruz. Por eso, la base de la propiciación viene a coincidir con el “lutron”, el único precio que puede libertar al esclavo. Como en el caso de la justificación y de la reconciliación, se trata de extender los beneficios de la propiciación a las almas humanas que reclamen su libertad, confiadas en la gracia de Dios y la Obra de Cristo. La entrega de la Persona del Dios-Hombre como Cordero de Dios que lleva y quita el pecado del mundo puede expresarse por distintas frases, de las cuales una es *“el derramamiento de su sangre”*, que equivale a la entrega de su vida total en sacrificio expiatorio. De igual forma, la muerte del Redentor, igual en su sentido esencial al derramamiento de la sangre, puede ser el medio de liberación. Se trata de la entrega de su vida en lugar de nuestra vida, y nada menos que esto puede constituir el “lutron”. Cristo no pudo salvarnos y librarnos por medio de un hermoso ejemplo de sacrificio personal, porque nosotros, pecadores, somos incapaces de seguir buenos ejemplos, y, además, fue necesario satisfacer la justicia de Dios.

Todo el concepto se resume hermosamente en **(1 Ti 2:5-6)**: *“Porque hay un solo Dios y un solo Mediador entre Dios y los hombres, Jesucristo Hombre; el cual se dio a sí mismo en rescate por todos”*. La base de todo es la existencia del Dios Creador, y frente a él se hallan hombres que han pecado. En medio se coloca el único Mediador, que ha de ser a la vez Dios y Hombre. Nada se cambia en las relaciones divino-humanas por meras influencias y ejemplos, sino que el Mediador ha de entregarse a sí mismo según el simbolismo de los sacrificios de sangre del Antiguo Testamento. Al realizar el plan en la gran obra cimera de la Cruz, viene a ser el “antilutron huper pantón”: interesante expresión, ya que “antilutron” refuerza el término “lutron”, enfatizando su valor sustitucionario, puesto que la preposición anti (seguido por el caso genitivo) quiere decir “en lugar de”. El Mediador-Redentor, al entregar su vida en precio de rescate, hace posible la libertad de todos, y de ahí viene la posibilidad de predicar el Evangelio a toda criatura **(1 Jn 2:2)**.

El propósito de la redención

Para el individuo

Parece haber una redundancia en la declaración de Pablo en **(Ga 5:1)**: *“Para libertad Cristo nos libertó”*, pero la exhortación siguiente explica la repetición: *“Estad pues firmes, y no os sujetéis otra vez a un yugo de servidumbre”*. Hemos sido libertados de todas las formas de esclavitud que se han examinado arriba, pero le interesa al enemigo de nuestras almas estropear la hermosa obra de gracia en nosotros, y eso de dos maneras principales: a) por volver a sometернos a legalismos humanos, como el de los judaizantes que reprende Pablo en su carta a los Gálatas. Muchas veces consisten en códigos de preceptos externos sobre asuntos secundarios, formulados por hermanos que no han

entendido bien la potencia y la eficacia de la libertad del Espíritu de Dios; b) por volver la libertad en libertinaje, que suele ser obra de hermanos, o pretendidos hermanos, que quisieran aprovechar la libertad con el fin de soltar las riendas de sus deseos carnales. Somos libres, y es necesario mantener la libertad frente a toda sujeción pecaminosa, humana y legal, pero a la vez Pablo se describe como *"esclavo de Jesucristo"* **(Ro 1:1)**, poniéndose al servicio de quien le compró por precio, y, como colofón, somos exhortados a ser *"siervos los unos de los otros"* **(Ga 5:13)**. Es decir, somos libres de toda sujeción carnal con el fin de servir a Dios. Cuando Pedro escribe: *"Portaos, digo, como libres, pero no como los que tienen la libertad como pretexto para hacer lo malo, sino como siervos de Dios"* **(1 P 2:16)**, está pensando en la posibilidad de que algún hermano, afirmando su libertad personal, deje de cumplir sus obligaciones en la sociedad. Vemos hasta dónde puede llegar el abuso de la libertad por falsos hermanos en **(2 P 2:1-22)**, mientras que Pablo enfatiza la solución por la pregunta y respuesta de **(Ro 6:1-2)**: *"¿Hemos de continuar en el pecado para que la gracia crezca? ¡En ninguna manera! Nosotros que morimos ya al pecado, ¿cómo viviremos aún en él?"*. Ya hemos enfatizado que la verdadera libertad consiste en movernos dentro de la voluntad de Dios, y cantamos en las palabras de Charles Wesley, felizmente traducidas por Mariano San León: "Cayeron mis cadenas; vi mi libertad y le seguí".

El alcance de la redención

La redención del cuerpo

Somos muy conscientes de que el pecado ha limitado las posibilidades físicas de nuestra vida en esta tierra, que sólo se expresa por medio del cuerpo, sus sentidos y facultades, como instrumentos. Nuestra herencia genética puede ser defectuosa, sin que nosotros tengamos la culpa. Quizá las condiciones de nuestra crianza y las posibilidades educativas de nuestra juventud no nos han sido muy ventajosas. Las enfermedades pueden hacer presa hasta en el cuerpo de los niños, y por fin la muerte física pone término a la peregrinación en esta tierra. Al creyente, la muerte física le libra de las penosas luchas de la vida, pero este descanso con Cristo no es la meta de la carrera, tal como Dios la ha ordenado, pues él quiere que el conjunto de nuestro espíritu, alma y cuerpo sea guardado irreprensible para la venida del Señor nuestro Jesucristo **(1 Ts 5:23) (Fil 3:21) (1 Co 15:42-59)**. Esto se llama *"la redención de nuestro cuerpo"*, en **(Ro 8:23)**, y el contexto enseña que esta *"liberación de la servidumbre"*, de una creación maldita por el pecado se efectuará cuando Cristo venga en gloria.

La redención de la herencia

El "goel" del Antiguo Testamento había de interesarse no sólo en la libertad de las personas de sus parientes cercanos, sino también en que se hallasen en posesión pacífica de su herencia: concepto que pasa a la esfera celestial en **(Ef 1:13-14)**. El Espíritu Santo nos ha sido dado ya, constituyendo las arras de la herencia, siendo el meollo de ella, pero vamos hacia *"el completo rescate de la posesión adquirida"*. La *"herencia"* en Efesios 1 es término ambivalente, ya que por una parte se trata de que los redimidos disfrutarán en plenitud de lo que Dios les ha preparado en las esferas y edades de los siglos de los siglos; y por otra parte señala el gozo que Dios tendrá en *"las riquezas de la gloria de su herencia en los santos"* **(Ef 1:18)**. Las jerarquías del mal serán desposeídas de todas las esferas de poder y de gobierno que han usurpado, pasando toda la nueva creación a los santos, y centrándolo todo en la Persona del Mediador **(Ef 1:10)**. Como al final del Libro de Rut, pero en esferas infinitamente más sublimes, el "goel"

se hallará, con su Esposa a su lado, en medio de sus posesiones, que serán todas las esferas de la creación, ya redimida y bendita.

Temas para meditar y recapacitar

1. Discurra ordenadamente sobre el tema de la REDENCION, destacando los aspectos que le parecen de mayor importancia, y apoyando sus afirmaciones con citas bíblicas.

La salvación

El alcance del término

Al hablar de la obra salvífica de Cristo hacemos referencia a todo lo que él ha realizado y realizará con el fin de deshacer las obras del diablo y presentar a Dios una raza libre de los trágicos efectos de la Caída. El hombre justificado ha sido salvado de la sentencia condenatoria de la Ley; el que se ha reconciliado se ha salvado de los funestos resultados de su enajenación de Dios; el redimido se ha salvado de la esclavitud que Satanás supo imponerle al inducirle a pecar. El hijo de Dios que desea cumplir la voluntad de Dios en esta tierra disfruta de la salvación, y el conjunto de su vida de oración *"es bueno y agradable delante de Dios nuestro Salvador, el cual quiere que todos los hombres sean salvos y que vengan al conocimiento de la verdad"* **(1 Ti 2:3-4)**.

Salvación de peligros

Una clara ilustración de la salvación se halla en **(Mt 14:30)**. Pedro quería andar sobre las aguas, como su Maestro, y fue animado a ello. Al apartar su mirada del Señor para fijarla en el oleaje producido por el viento, empezó a hundirse y su oración es breve y exclamatoria: *"Señor, ¡sálvame!"*. El Señor extendió su mano y le puso a salvo, ilustrando el conocido incidente el hecho de que graves peligros nos acechan, siendo el hombre incapaz de salvarse fuera de la presencia y pronto auxilio del Salvador.

La salud física

La pérdida de la salud corporal constituye un peligro tan constante y conocido que "sótéria" en el griego alude con frecuencia al hecho de recobrar esta salud física, viéndose el paciente libre de su enfermedad. Por eso dijo el Señor a la mujer curada de su hemorragia: *"Hija, tu fe te ha salvado"* **(Mr 5:34)**. La analogía con la salud del alma es tan manifiesta que las antiguas traducciones de **(Hch 4:12)** rezaban: *"En ningún otro hay salud..."*, pero es mejor guardar *"salud"* para lo físico y *"salvación"* para lo espiritual.

El concepto de salvación en el Antiguo Testamento

La salvación nacional

El concepto de salvación se halla muy desarrollado en el Antiguo Testamento, y, siendo Israel el pueblo escogido para servir a Dios, es natural que los autores sagrados hagan muchas referencias a la liberación de la nación tanto de sus enemigos como de los peligros inherentes a su cometido de mantener la verdad divina en un mundo de hombres caídos. Los vocablos empleados presuponen situaciones de estrechez, de peligro; o se vislumbran situaciones en que las fuerzas de los creyentes flaquean bajo las pesadas cargas que han de llevar. Dios interviene con su salvación, dando desahogo, victoria o descanso a los suyos. Como es natural, el Éxodo ofrece el ejemplo más dramático de esta salvación nacional, diciendo Moisés al pueblo atemorizado que se halla entre el ejército de Faraón y las aguas del Mar Rojo: *"Estad firmes y ved la salvación que Jehová hará hoy con vosotros"* **(Ex 14:13)**. Siendo tan evidente que la liberación brota de la gracia y de la potencia del Omnipotente, Moisés identifica el hecho con su Realizador en su hermoso salmo de triunfo: *"Jehová es mi fortaleza y mi cántico, y ha sido mi salvación"* **(Ex 15:2)**. Los salmistas y profetas recogen esta idea fundamental, gozándose no sólo en la seguridad de la salvación final, sino en Dios como *"Roca de salvación"*,

“Cuerno de salvación”, etc., sea dentro del contexto de la historia de Israel, sea al pasar los israelitas piadosos individualmente a través de situaciones de aflicción y de peligro. Para ejemplos véanse: **(Sal 3:8) (Sal 13:5) (Sal 20:5) (Sal 88:1) (Sal 89:26)**. De los profetas, Isaías en particular se gozaba en la salvación, con miras especiales a la obra final de Dios en relación con su pueblo y con el mundo entero **(Is 12:2) (Is 51:6-8) (Is 52:10) (Is 62:11)**. En los oráculos de Isaías, Jehová se presenta a menudo como Salvador: *“Porque yo Jehová, Dios tuyo, el Santo de Israel, soy tu Salvador...”* **(Is 45:15,21) (Is 49:26)**.

La salvación personal

Ya hemos notado que hombres piadosos del Antiguo Pacto comprendían que el Salvador de la nación era también su Salvador personal. En otros estudios hemos notado que la base del perdón de los pecados no se había revelado del todo en el Antiguo Testamento, pero el conjunto de repetidos oráculos proféticos, del desarrollo de la historia de Israel, de los símbolos del sistema levítico, llegaron a constituir una “escuela” en la que los fieles, aleccionados por el Espíritu Santo, aprendieron que Dios se preocupaba de ellos y que estaba cerca de quienes le buscaban, pese al hecho de que no podían justificarse por su obediencia a la Ley. Los Salmos abundan en preciosas expresiones de fe, confianza y esperanza, porque Dios era ya conocido como Escudo y Sol para los hombres sumisos que confiaban en él. Por ello, al pasar al Nuevo Testamento, es natural que María cantara, al saber que ella había de ser el medio para traer el Mesías al mundo: *“Mi espíritu se regocija en Dios mi Salvador”*. Lo nuevo había de ser la revelación del instrumento de la salvación, el Hombre-Dios, quien había de salvar a su pueblo de sus pecados.

La base de la salvación

En repetidos contextos hemos enfatizado que el hombre pecador no podía ser bendecido por el Dios de toda santidad y de justicia fuera de la obra de la propiciación y de expiación, ya que la necesidad primordial era la de satisfacer las justas demandas de la justicia divina. He aquí, pues, la base de toda la obra salvífica en todas sus partes, y rogamos al lector que vuelva sobre aquellas páginas, con el fin de recordar que la gracia de Dios le impele a satisfacer las exigencias de su propia justicia por medio del sacrificio de la Cruz, siendo Dios el dador de lo que él mismo requiere. Después puede enviar sus embajadores a los hombres extraviados, con el ruego: *“¡Reconciliaos con Dios!”*. La salvación, en todas sus múltiples facetas, brota del hecho consumado de la propiciación, que satisface el Trono de Dios, teniendo como contrapartida la expiación, que borra el pecado del hombre.

La Persona del Salvador

Los “salvadores” de Israel

Cuando Esdras y sus compañeros repasaron la historia de Israel, con el fin de aleccionar al remanente que había vuelto a Judá, resumieron varias épocas de la experiencia del pueblo, especialmente la de los jueces, diciendo en oración: *“Entonces les entregaste en mano de sus enemigos, los cuales les afligieron. Pero en el tiempo de su tribulación clamaron a ti, y tú desde los cielos, los oíste; y según tu gran misericordia les enviaste libertadores (salvadores) para que los salvasen de mano de sus enemigos”* **(Neh 9:27)**. He aquí una perfecta presentación de una serie de peligros, de la incapacidad de los hombres de librarse de ellos, y de la intervención de Dios en gracia al levantar “salvadores” a quienes Dios investía del poder y del valor necesarios para “salvar” al

pueblo. De igual forma José había sido "salvador" de la pequeña familia de Jacob, núcleo de la nación futura, y Moisés el instrumento de Dios para librar al pueblo de la esclavitud de Egipto.

Dios el Salvador

Ya hemos notado que el concepto de salvación en el Antiguo Testamento llega a encarnarse en la Persona del Dios y Salvador: título divino muy frecuente en Isaías capítulos 40 a 66.

"Un Salvador, que es Cristo el Señor", (Lc 2:11)

Los israelitas piadosos, que gemían no sólo bajo el yugo de Roma, sino también a causa de la opresión interna de las castas sacerdotales y las exigencias de los rabinos farisaicos, suspiraban por un Salvador, identificándole, naturalmente, con el Mesías (el Ungido), tantas veces profetizado en los escritos del Antiguo Pacto. Dios escogió a unos pastores del campo con el fin de que, por boca de un ángel, aprendiesen que el Salvador ya había venido: *"Os ha nacido hoy... un Salvador, que es Cristo el Señor"* **(Lc 2:11)**. Los fieles que esperaban la redención de Israel (Zacarías, Elisabet, María, Simeón, Ana, etc.) se hacían eco de las promesas de liberación nacional que constituían el tema principal de las profecías del Antiguo Testamento, como vemos por los inspirados cánticos de Lucas capítulo 1. Con todo, el proceso de la revelación establecía poco a poco el hecho de que la salvación había de ser moral y espiritual antes de manifestarse en función de un Reino terrenal de justicia, amor y paz. No se anularon las predicciones anteriores, sino que se profundizaron, siendo preciso que los fieles aprendiesen que no servía para nada establecer un Reino sobre corazones sin regenerar. Pablo se preocupaba sobre todo por presentar a Dios, o al Hijo, como Salvador cuando escribió a Tito, como se deduce por las citas siguientes de su epístola: **(Tit 1:3-4) (Tit 2:10,13) (Tit 3:4,6)**.

El Nombre de Jesús

Tanto María como José de Nazaret recibieron el mandato, por medio de un ángel, de poner el nombre de Jesús a aquel que había de nacer. Era nombre común que correspondía a Josué, y, traducido, quiere decir *"Jehová salva"*. El Nombre se ha consagrado como peculiar al Salvador por excelencia, el único que puede *"salvar a su pueblo de sus pecados"* **(Lc 1:31) (Mt 1:21)**.

Las ilustraciones del Evangelio

El hecho de que la enfermedad física arruina la salud y puede anular la eficacia de toda actividad en la tierra, presta un valor especial a las curaciones del Señor que se detallan en los Evangelios. Aparte de contadas excepciones, los milagros son obras de restauración. El Creador hizo al hombre para que tuviera una mente sana en un cuerpo sano, y no para que fuese ciego, sordo, cojo, encorvado o poseído por demonios de modo que, al presentarse delante de los hombres el Dios-Hombre Creador, por una lógica evidente, había de devolver al hombre a su salud física, siempre que la incredulidad no estorbara las operaciones de la gracia divina por medio del Salvador. Algunos teólogos tienden a subestimar el valor del ministerio milagroso del Señor, pero un estudio cuidadoso de los casos mismos, de por qué se presta la debida atención a los comentarios del Maestro y a los de los Evangelistas, muestra que las obras de poder constituyen la trama de la revelación de la Persona del Salvador, no siendo meros prodigios, sino *"señales"*, según el término usado por Juan, que revelaban la Persona y la misión del Señor Jesucristo **(Mt 4:23-25) (Mt 8:27) (Mt 11:2-6) (Mr 6:5-6,53-56) (Jn 3:2) (Jn 5:36) (Jn 10:25,38) (Jn 15:22-25) (Jn 20:30-31)**. Los muchísimos hombres y mujeres

sanados por el Señor durante los tres años de su ministerio terrenal exclamarían gozosos: *“Jesús de Nazaret me ha salvado”*.

El enlace de la salud física con la salvación espiritual

Toda enfermedad física es el resultado del desbarajuste producido en las vidas humanas por medio del pecado, bien que sólo en casos excepcionales hemos de señalar una relación concreta entre cierta aflicción física y un pecado determinado. Tales asuntos pertenecen al justo gobierno de Dios y no caen dentro del ámbito de nuestros juicios y comentarios. Con todo, el mismo Señor, en algunas ocasiones, establecía por lo menos una analogía entre estados de ruina física y fallos en la esfera moral. Así, pese a las protestas indignadas de los escribas, dijo en primer término al paralítico de **(Mr 2:1-12)**: *“Hijo, tus pecados te son perdonados”*. Después manifestó la plenitud de su poder como Dios-Hombre en la tierra (con autoridad para perdonar pecados) dirigiéndose a un hombre completamente incapacitado y ordenándole: *“Levántate, toma tu lecho y vete a tu casa”*. Al paralítico sanado según las circunstancias que se describen en **(Jn 5:1-18)** le dice: *“Mira, has sido sanado; no peques más”*. Tratándose de Zaqueo **(Lc 19:1-10)** no hay mención de tara física, pero sí un estado de alejamiento de Dios por los efectos del materialismo, y el jefe de los publicanos de Jericó también *“es sanado”* ilustrando el gran principio: *“El Hijo del Hombre vino a buscar y salvar lo que se había perdido”*.

El Salvador exaltado y proclamado

Las primeras predicaciones de Pedro

Discernimos un enfoque peculiar en las predicaciones de Pedro que corresponden al Día de Pentecostés y a la ocasión de sanar al cojo en el patio del Templo, que se debe a las circunstancias de la época. Los líderes de los judíos habían rechazado al Mesías, pese a las abundantes pruebas de sus obras divinas, y el Señor había aleccionado a sus discípulos en secreto durante los cuarenta días que mediaban entre la Resurrección y la Ascensión. Pedro, fundamentalmente, ha de proclamar dos hechos: el crimen del pueblo al rechazar a su Mesías, y la manera en que Dios había trastrocado el veredicto del Sanedrín ensalzando a Jesucristo a su Diestra. No hallamos el título *“Salvador”* en estos discursos, pero sí varios equivalentes que resumen la obra salvadora de Jesús, cuyo mismo Nombre recalca que *“Jehová salva”*. Así, Pedro concluye el sermón pentecostal con esta peroración: *“Sepa, pues, ciertísimamente toda la casa de Israel que a este Jesús, a quien vosotros crucificasteis, Dios le ha hecho Señor y Cristo”* **(Hch 2:36)**. Cristo equivale al *“Mesías”* el *“Ungido”* para llevar a cabo la obra de la salvación. El enfoque del segundo sermón es idéntico, pero no sólo recalca el gran pecado del pueblo, sino que enfatiza que el Mesías, levantado por Dios, llega a ser fuente de bendición, y que por fin ha de restaurar todas las cosas. Se trata del Siervo de Dios, que lleva a feliz término el propósito de gracia antes anunciado a Abraham y a los patriarcas. Los títulos empleados son los siguientes: *“su Siervo Jesús”* (es decir, el Siervo de Dios, que corresponde al Siervo de Jehová, cuya Persona y misión se destacan tanto en **(Is 40-53)**; el Santo, el Justo, el Príncipe de Vida, el Ungido, el Profeta. Pedro termina su segundo discurso con estas palabras: *“A vosotros primeramente, Dios, habiendo levantado a su Hijo, lo envió para que os bendijese, a fin de que cada uno se convierta de su maldad”* **(Hch 3:26)**. En su último escrito conservado, Pedro reitera el hermoso título *“nuestro Señor y Salvador”* **(2 P 1:1,11) (1 P 2:20) (1 P 3:2,18)**.

La Epístola a los Hebreos también pone de relieve la *“potencia para salvar”* del Rey-Sacerdote, que permanece para siempre: *“por lo cual puede también salvar*

perpetuamente (o "hasta lo sumo") a los que por él se acercan a Dios, viviendo siempre para interceder por ellos".

El mensaje fundamental de los apóstoles Pablo y Juan

La *"palabra fiel"* que Pablo proclamaba con insistencia era ésta: *"Que Cristo Jesús vino al mundo para salvar a los pecadores, de los cuales yo soy el primero"* **(1 Ti 1:15)**, y el mensaje para el veterano oficial romano que ya temblaba en la presencia de Dios llegó a ser igual: *"Cree en el Señor Jesucristo y serás salvo"* **(Hch 16:30-31)**. El director de la cárcel en Filipos fue salvado de peligros materiales y espirituales. Es conocidísimo el modo en que Pablo recalca la salvación por la gracia y por la fe en **(Ef 2:8-10)** y en **(Ro 10:9-13)**. Los siervos de Dios, al proclamar el Evangelio, se encuentran en la encrucijada entre el *"camino de salvación"* y el camino de perdición, siendo olor de vida para quienes entran por el de salvación, y de muerte para los demás que se obcecan en seguir la senda de perdición **(2 Co 2:15-16)**.

El apóstol Juan resume su testimonio declarando: *"Nosotros hemos visto y testificamos que el Padre ha enviado al Hijo, el Salvador del mundo"* **(1 Jn 4:14)**.

Quien vendrá es el Salvador

Volveremos al tema de la salvación futura, pero, al contemplar a Jesús como nuestro Señor y Salvador, encajan bien las palabras de Pablo en **(Fil 3:20-21)**, que nos recuerdan que esperamos al mismo Salvador, quien vino para buscar y salvar a lo que se había perdido, y quien nos salvó a nosotros colectiva e individualmente: *"Nuestra ciudadanía está en los cielos, de donde también esperamos al Salvador, al Señor Jesucristo, el cual transformará el cuerpo de la humillación nuestra, para que sea semejante al cuerpo de la gloria suya"*.

La salvación como principio que opera en la vida de los hijos de Dios

Cultivando el terreno de la salvación

La Versión Reina Valera traduce **(Fil 2:12)** por *"Ocupaos en vuestra salvación con temor y temblor"*; mientras que la Versión H.A. emplea una expresión más fuerte: *"llevad a cabo vuestra propia salvación con temor y temblor"*. El verbo griego es *"katergazomai"*, en voz media, que es una forma intensiva de *"trabajar"*, indicando que se trabaja para recoger el producto máximo del esfuerzo realizado. La Versión H.A. podría dar la idea de algo tan propio que implique méritos humanos, mientras que la Versión R.V. no enfatiza bastante el esfuerzo con el fin indicado. Pensemos en una finca comprada por el dinero de un benefactor, quien también la equipa a los efectos de la labor que se ha de realizar. Todo está provisto, pero el que ocupa la finca ha de esforzarse con el fin de que se realicen todas las posibilidades del terreno, utilizando los medios provistos. Trasladando la metáfora a la esfera espiritual, el creyente, ya salvo por la gracia y por la fe, no ha de complacerse egoístamente en su estado de *"salvo"*, considerando a otros como *"perdidos"*, pues le corresponde comprender que Dios le ha proporcionado tan preciosa herencia con el fin de que la cultive al punto máximo, temblando al pensar que, o por pereza o por esfuerzos meramente humanos, podría perder el fruto de una vida que fue salva por el sacrificio del Dios-Hombre. He aquí el principio básico de la salvación presente y continua. El creyente desea ardientemente echar mano al propósito que tuvo el Señor al echar mano de él, con el fin de cumplir el plan divino en orden a su vida en la

tierra **(Fil 3:12)**. En este sentido Pablo escribe a Timoteo señalando normas de vida y de servicio en el ministerio que le había sido encomendado, añadiendo: *"Ten cuidado de ti mismo y de la doctrina; persiste en ello, pues haciendo esto, te salvarás a ti mismo y a los que te oyeren"* **(1 Ti 4:16)**. Se trataba de hermanos en Cristo, ya salvos a los efectos de la vida eterna. Sin embargo, la salvación abarcaba la vida total de testimonio y de servicio, y ésta sólo podía rendir su fruto, salvándose de esterilidad espiritual, si el siervo de Dios y sus oyentes obraban conforme a las normas del Reino. De modo semejante la mujer casada *"se salvaba"* en cuanto a la posibilidad de mantener un testimonio eficaz delante de Dios y de la Iglesia si cumplía bien los deberes maternos, permaneciendo *"en fe, amor y santificación, con modestia"* **(1 Ti 2:15)**.

La Palabra de Dios y la salvación progresiva

Como remedio contra toda suerte de maldad y de engaño, Pedro hace la recomendación siguiente: *"Desead, como niños recién nacidos, la leche espiritual no adulterada, para que por ella crezcáis para salvación"* **(1 P 2:2)**. Sin duda la leche pura que menciona Pedro es la Palabra en su sencillez, que el *"niño"* espiritual necesita para su debido desarrollo, y que abarca la salvación en el sentido que ya hemos expuesto, ya que una vida sana depende de una alimentación adecuada. Santiago **(Stg 1:21)** emplea otra figura para expresar el mismo concepto: *"Por lo cual, despojándoos de toda inmundicia y abundancia de malicia, recibid con mansedumbre la Palabra implantada, la cual puede salvar vuestras almas"*. Se trata de un árbol *"injertado"* por la Palabra, que ha de ser medio de que lleve el fruto apropiado. Otra vez el concepto equivale a *"salvación"* en su sentido presente y progresivo. Pablo también asocia el Evangelio y las palabras apostólicas con este proceso de salvación: *"Por el cual (el Evangelio) también estáis obteniendo salvación si retenéis las palabras con que os lo anuncié"* **(1 Co 15:2)**. Es correcta la traducción de la Versión H.A. *"estáis obteniendo salvación"*, ya que el concepto no es la salvación del alma en contraste con la perdición, sino la vida que ha de librarse de la esterilidad. No puede haber un sano desarrollo espiritual sin una buena dieta de la Palabra Santa, y después de la *"leche espiritual"* es necesario acudir a las viandas con el fin de adquirir una debida madurez que sabrá resistir tanto tendencias carnales como errores doctrinales **(1 Co 3:1-5) (He 5:12-14)**.

La salvación será consumada en el futuro

La redención y la salvación

En el próximo estudio sacaremos citas bíblicas que enfatizan la redención futura, y el concepto coincide en gran parte con el de la salvación que se ha de manifestar aún. Si hay diferencia, diríamos que la redención futura enfoca luz sobre la persona rescatada y su herencia, mientras que el término *"salvación"* viene a aplicarse más ampliamente con referencia a los salvos y la totalidad de su medio por los siglos de los siglos.

"La salvación dispuesta a ser revelada"

Es el apóstol Pedro quien lleva nuestro pensamiento a las glorias de la salvación futura, recordándonos que Dios nos engendró de nuevo *"para una herencia incorruptible, incontaminada e inmarcesible, reservada en los cielos para vosotros, que sois guardados por el poder de Dios mediante la fe, para alcanzar la salvación que está preparada para ser manifestada en el tiempo postrero"* **(1 P 1:3-5)**. Deberíamos meditar más sobre el destino eterno de los salvos, pues a veces limitamos los horizontes futuros por no saber interpretar bien los símbolos que siempre son necesarios cuando Dios revela verdades sobre condiciones que aún no hemos experimentado. No nos olvidemos de que Dios

“salvará” al creyente conforme a su designio para el hombre, trasladando los conceptos de **(Gn 1:26)** al Nuevo Cielo y Nueva Tierra, libre esta nueva creación de todas las limitaciones impuestas por la Caída del hombre, y realizándose los planes de Dios dentro de *“todas las edades, por los siglos de los siglos”* **(Ef 3:21)**. La salvación futura y final se relaciona con la Segunda Venida de Cristo, declarando el apóstol Pablo: *“Y esto, conociendo el tiempo, que ya es hora de levantarnos del sueño; porque ahora está más cerca de nosotros nuestra salvación que cuando creímos”* **(Ro 13:11) (1 Ts 1:9-10) (1 Ts 5:8,9,23)**.

La seguridad eterna del creyente

¿Seguridad o incertidumbre?

Ha habido pensadores cristianos en todas las épocas que han creído que es posible entrar y salir de la esfera de la salvación como entramos y salimos de nuestras casas, según el estado espiritual del hermano en cuestión. A primera vista **(He 6:1-8)** parece enseñar que personas que han dado evidencias de iluminación, de participación en la Palabra y en el Espíritu, pueden recaer, sin posibilidad de renovarse, pero un estudio cuidadoso de la Epístola a los Hebreos, a la luz de otros pasajes, nos hace ver que se trata de apóstatas, o sea, de personas que han participado plenamente en toda la vida de una iglesia local, sin haber rendido el último resorte de su voluntad al Señor para experimentar la regeneración. A los tales dirá el Señor después de la dispensación de gracia: *“Nunca os conocí, apartaos de mí, hacedores de maldad”* **(Mt 7:22-23)**. Decían que habían hecho milagros en el Nombre del Señor (suponemos que Judas los hacía), pero nunca habían sido *“conocidos”* como miembros de la familia espiritual.

Descartando estos casos especiales, vemos que las Sagradas Escrituras enseñan lo que se ha llamado “la perseverancia de los santos”, o sea, el hecho de que los elegidos, hallándose en Cristo, no pueden perderse. El concepto detrás del término “regeneración” confirma lo mismo, pues un hecho como el nuevo nacimiento no puede ponerse al revés. Una vida que se recibe de Dios, manando de la Resurrección y realizado subjetivamente por el Espíritu Santo, es parte de la Nueva Creación, y se llama vida eterna, o sea, participación en la vida de Dios **(1 P 1:3) (Jn 3:3-16)**.

La potestad del Buen Pastor

De sus ovejas declara el Buen Pastor: *“Yo les doy vida eterna; y no perecerán jamás, ni nadie les arrebatará de mi mano. Lo que mi Padre me ha dado es mayor que todas las cosas y nadie puede arrebatar nada de la mano de mi Padre”* **(Jn 10:28-29)**. La traducción de otro buen texto: *“Mi Padre que me las dio es mayor que todos, y nadie las puede arrebatar de la mano de mi Padre”*, enfatiza la misma seguridad de las ovejas, pero es probable que la autoridad sea la del mismo Señor, en cuyas manos Dios ha entregado todas las cosas **(Mt 11:17) (Mt 28:18)**. El no puede perder ninguna oveja que verdaderamente sea del redil.

“Seremos salvos por su vida”

En la parte expositiva de la Epístola a los Romanos, Pablo presenta los hechos fundamentales de la justificación por la fe, según los términos que hemos estudiado en su lugar. Tanto la justificación como la reconciliación surgen de la propiciación efectuada en la Cruz. El capítulo cinco de la epístola añade un epílogo a los argumentos ya expuestos, escribiendo Pablo: *“Porque si siendo enemigos, fuimos reconciliados con Dios por la Muerte de su Hijo, mucho más, estando reconciliados, seremos salvos por su vida”* **(Ro**

5:10). Cristo ha sido exaltado a la Diestra de Dios con el fin de administrar los frutos de la redención que consiguió por su Muerte de Cruz. Nuestra muerte y resurrección garantiza que nuestra vida *"está escondida con Cristo en Dios"* y no cabe mayor seguridad **(Col 3:1-3)**. Nuestra nueva vida está sostenida por la suya de resurrección y de poder, y por eso Pablo escribe: *"Salvos por su vida"*. En primer término somos salvos de la ira que se descargará sobre los rebeldes **(Ro 5:9)**, pero sin duda este concepto de la salvación de la vida del creyente por medio de la vida triunfante de Cristo a la Diestra abarca la seguridad eterna y el justo desarrollo de todo lo que Cristo ha consumado a su favor. Pablo termina el gran capítulo 8 de Romanos con una serie de preguntas retóricas que enfatizan dramáticamente la seguridad del creyente frente a toda posible combinación de criaturas o de circunstancias. Nadie puede acusar a los escogidos de Dios y menos aún condenarles. Cristo está a la Diestra intercediendo por los suyos de modo que ninguna persona ni fuerza podrá separarles del amor de Dios **(He 7:24-25) (Jn 5:24) (Ro 8:1) (1 Jn 5:13)**.

¿Garantiza esta seguridad que el creyente nunca caiga en el pecado?

La constitución moral y espiritual del hijo de Dios se ha de examinar en el Estudio 16 (La Santificación); pero, con el fin de completar este tema, podemos anticipar que la *"carne"*, en el sentido de la raíz adámica en el creyente, siempre puede manifestarse en alguna de sus típicas obras si falta vigilancia de parte del creyente. La nueva naturaleza no peca **(1 Jn 3:6-9)**. La persistencia obstinada en las obras de la carne manifestaría una incompatibilidad fundamental del pretendido creyente con el Reino de Dios, pero no así una caída que admite la restauración **(Ga 5:21) (Ga 6:1)**. Si permitimos pecados en nuestra vida, la plena comunión con Dios, que es Luz, queda estorbada e interrumpida, pero **(1 Jn 1:5-2:2)**, pasaje clásico sobre este tema, enseña que la pronta confesión del pecado, la eficacia permanente de la sangre del Hijo, con la intercesión del Abogado divino, pueden borrar el pecado inmediatamente, restaurando las líneas de comunicación con Dios. Siempre es posible la victoria del nuevo hombre, auxiliado por el Espíritu Santo, pero el creyente que se descuida y tropieza encuentra que se ha hecho provisión para su pronta restauración. El creyente enfriado no se pierde eternamente, pero sí arruina la *"salvación"* de su vida de testimonio y de servicio, llegando a ser rémora para la obra del Señor.

Temas para meditar y recapacitar

1. Discurra ampliamente sobre el concepto de salvación contrastándolo y comparándolo con los de la justificación, reconciliación y redención. Aproveche bien el material de la lección e incluya la presentación de las fases pasada, presente y futura de la salvación.

La resurrección de Cristo

El hecho histórico de la Resurrección

Los Doce como testigos

Cuando llegó el momento de llenar el hueco que la traición y muerte de Judas dejó en el cuerpo apostólico, y como preparación para el testimonio del Día de Pentecostés, Pedro se dirigió a la compañía de discípulos en el aposento alto con estas palabras: *"Es necesario, pues, que de estos hombres que han estado juntos con nosotros todo el tiempo que el Señor Jesús entraba y salía entre nosotros, comenzando desde el bautismo de Juan, hasta el día en que de entre nosotros fue recibido arriba, uno sea hecho testigo con nosotros, de su resurrección"* **(Hch 1:21-22)**. La crucifixión de Jesús había sido un acto público, conocido por todos, y que nadie contradice hasta el día de hoy. Es diferente en el caso de la Resurrección corporal del Señor, ya que su veracidad depende del testimonio de quienes le vieron durante los cuarenta días que mediaban entre la Resurrección y la Ascensión, siendo los principales testigos los doce apóstoles, que no sólo eran excelentes y honrados observadores de los acontecimientos, sino también siervos de Dios señalados e inspirados para colocar las primeras piedras de la Iglesia sobre su fundamento, el Señor Jesucristo. No eran los únicos, pues las primeras noticias del gran hecho fueron dadas a las piadosas mujeres que se mencionan en los relatos finales de todos los Evangelios. Los *"dos"* que caminaban a Emaús no eran de los Doce, y en algún caso el Señor resucitado fue visto por más de quinientos hermanos juntos a la vez **(1 Co 15:6)**. Con todo, el peso de la evidencia depende de aquellos hombres que habían sido escogidos precisamente para ser *"testigos de su Resurrección"*. Pedro, pues, guiado por el Señor, vio la necesidad de un testimonio completo de parte de los Doce cuando viniera sobre ellos el Espíritu Santo.

La Persona de Cristo antes y después de la Muerte y Resurrección

Pedro insiste en la necesidad de que el nuevo testigo de la Resurrección hubiese acompañado al Maestro durante el curso total de su ministerio, o sea, desde el bautismo de Juan hasta la Ascensión. La razón es evidente, puesto que la prueba consistía en que los testigos tuviesen la completa seguridad de que durante los cuarenta días veían a la misma Persona que habían conocido tan íntimamente durante un período de como tres años y medio. Una persona es conocida por su manera de ser y sus actitudes, apreciadas a través de sus palabras y hechos. No bastaba haber visto un Ser maravilloso con un cuerpo especial, aparentemente libre de la sujeción a lo material y al tiempo y espacio; se precisaba la absoluta convicción de que aquel Ser era Jesús de Nazaret, el mismo que consumó tan maravilloso ministerio en la tierra, y el mismo que tantos testigos habían visto en la Cruz, comprobando el hecho de su muerte física. Aun nosotros, guiados por las narraciones al final de los cuatro Evangelios, podemos comprobar que el Resucitado obraba y hablaba delante de los Once, de María Magdalena, de los dos que caminaban a Emaús, etc., exactamente como lo había hecho frente a sus amigos anteriormente a la Pasión. Su modo de vivir es distinto, como ser resucitado, pero su Persona es exactamente igual. Fue esta convicción lo que transformó a once hombres temerosos, que se escondían en un aposento alto por miedo de los judíos, en valientes testigos de lo que habían oído y visto, dispuestos a enfrentarse con el Sanedrín, llegando hasta acusar al tribunal de haber entregado a su Mesías, y anunciando la Resurrección y glorificación de Jesús como Señor y Cristo. Pedro y Juan hicieron este resumen de su actitud y

comisión ante el Sanedrín después de escuchar las amenazas que siguieron a la curación del cojo: *"Juzgad si es justo delante de Dios obedecer a vosotros antes que a Dios; porque no podemos dejar de decir lo que hemos visto y oído"* **(Hch 4:19) (Hch 5:29-32)**. Sin el hecho de la Resurrección, los Doce no se habrían convertido en valientes campeones de la verdad, y la Iglesia no habría nacido en el Día de Pentecostés; tales resultados, con visibles consecuencias hasta nuestro tiempo, exigen una causa, que no puede ser otra que la resurrección corporal del Señor **(Hch 10:40-41) (Hch 13:30-31) (1 Co 15:3-8)**.

¿Qué queremos decir por "la resurrección corporal" de Cristo?

La primera vez que el Señor resucitado se puso en medio de los Once, éstos se turbaron, creyendo que veían un espíritu. El Señor se empeñó en quitarles esta idea, insistiendo en la realidad de su cuerpo. Acordémonos de que Cristo era el Dios-Hombre, y no había de ser menos Hombre después de la Pasión y la Resurrección que antes, diciendo el apóstol Pablo que nuestro Mediador es *"Jesucristo HOMBRE"* **(1 Ti 2:5)**. Aun en el caso de los creyentes, la resurrección no disminuirá su plena humanidad, sino que la completará, escribiendo Pablo: *"Y el mismo Dios de paz os santifique por completo; y todo vuestro ser, espíritu, alma y cuerpo, sea guardado irreprensible para la venida de nuestro Señor Jesucristo"* **(1 Ts 5:23) (1 Co 15:42-54)**. Y Cristo constituye las *"primicias"* en este proceso de resurrección, del cual nosotros seremos la cosecha **(1 Co 15:20-22)**. La perfecta humanidad de Cristo, pues, exige que tenga Cuerpo, si bien, después de la gran Obra ya realizada, un cuerpo de resurrección.

En el cenáculo el Señor declara: *"Yo mismo soy"*, que enfatiza lo que ya dijimos sobre la identidad de su personalidad tanto antes como después de la Muerte y la Resurrección; pero no se contenta con señalar la continuidad de su personalidad, sino que dice a los discípulos: *"Mirad mis manos y mis pies, que yo mismo soy; palpad y ved, porque un espíritu no tiene carne ni huesos como veis que yo tengo... Les mostró las manos y los pies... Les dijo: ¿Tenéis aquí algo de comer? Entonces le dieron parte de un pez asado, y un panal de miel. Y él lo tomó y comió delante de ellos"* **(Lc 24:36-43)**. No pretendemos resolver todos los problemas que surgen de estos versículos, pero es evidente que el Señor se presentaba a los discípulos como Hombre, y siendo la misma Persona que habían conocido antes, los suyos pudieron comprobar el hecho, no sólo por los rasgos tan conocidos de aquella personalidad, sino por palpar un cuerpo de carne y huesos, ya que el hombre es un ser constituido por espíritu, alma y cuerpo. Ahora bien, este cuerpo real había experimentado un cambio, ya que podía presentarse en medio de ellos estando cerradas las puertas. Por lo que podemos deducir, podía comer, pero no necesitaba alimento material. Recordemos que, al dar una acertada contestación a los saduceos sobre la resurrección, el Maestro había dicho antes de la Pasión: *"Los hijos de este siglo se casan y se dan en casamiento; mas los que fueren tenidos por dignos de alcanzar aquel siglo, y la resurrección de entre los muertos, ni se casan, ni se dan en casamiento. Porque no pueden ya más morir, pues son iguales a los ángeles, y son hijos de Dios, al ser hijos de la resurrección"* **(Lc 20:34-36)**. No dice el Señor que los creyentes llegarán a ser ángeles en la resurrección, pertenecen a un género totalmente distinto, sino que serán iguales a los ángeles en su modo de subsistencia, y deducimos que sus cuerpos serán reales, pero independientes de la presente sujeción a un mundo material. El Señor es *"el Primogénito de entre los muertos"* **(Col 1:18)**, y como él es, así seremos nosotros en cuanto a la humanidad. El término *"hijos de la resurrección"* quiere decir que nuestro modo de subsistir depende del hecho de la resurrección, y que reflejaremos sus características. La personalidad es permanente en todos los casos, pero Dios determina lo que ha de ser el cuerpo y cómo ha de actuar después del hecho determinante de la resurrección.

La importancia primordial de la Resurrección del Señor

El testimonio público de los Apóstoles

Ya hemos notado que los Doce, los *“Apóstoles testigos”*, habían de dar testimonio de la Resurrección de Cristo. El caso de Pablo es distinto, ya que, en las fechas del ministerio y Resurrección del Señor, era enemigo de la verdad, de modo que no podía compartir con los Doce sus experiencias peculiares: aquellas pruebas indubitables, de los cuarenta días. Sin embargo, Pablo vio al Señor resucitado cerca de Damasco **(1 Co 9:1) (1 Co 15:8)**. Los dos primeros sermones públicos de Pedro después del Día de Pentecostés **(Hch 2-3)** constituyen la proclamación de un testigo de la Resurrección, pues en los dos acusa a los judíos de haber dado muerte a su Mesías, insistiendo en que Dios le resucitó y le glorificó **(Hch 2:24-33) (Hch 3:13-18)**. No pudo haber bendición para los judíos aparte de este gran hecho, que era la prueba de que el Señor había derrotado a Satanás, quitando de en medio el pecado y la muerte. Los demás discursos e intervenciones de los apóstoles en los Hechos enfatizan la importancia fundamental de la Resurrección como prueba de la Deidad y la obra mesiánica de Jesucristo, y también fuente de la vida nueva en el caso de los creyentes **(Hch 13:30-37) (Ro 1:3)**.

Los argumentos de Pablo

Cuando se trataba de probar el hecho de la resurrección del Señor, Pablo hacía referencia a los testigos de los *“cuarenta días”* **(Hch 13:30-31)**. A la vez, revestido de autoridad apostólica, afirmaba la verdad de la Resurrección como pilar indispensable de la predicación del Evangelio, resumiendo la esencia del mensaje de esta manera en **(1 Co 15:3-4)**: *“Cristo murió por nuestros pecados, conforme a las Escrituras; y que fue sepultado y que resucitó el tercer día, conforme a las Escrituras”*. Se había infiltrado en la iglesia de Corinto una herejía que negaba la resurrección en general: error que Pablo refutó haciendo ver que si los creyentes no habían de resucitar, Cristo tampoco resucitó. En cuanto al hecho de la Resurrección del Señor, existía evidencia abundante que detalla en **(1 Co 15:6-8)**. Ya notamos su afirmación de que si no existe resurrección en términos generales, Cristo tampoco resucitó, y si falta este hecho fundamental del Evangelio, la fe de los creyentes es vana, la predicación de todos los apóstoles es falsa, y aquellos que se consideraban como creyentes aún se hallaban en sus pecados **(1 Co 15:3-19)**. Sin esta esperanza, la familia de Dios no sería más que una compañía de tristes desesperados, sabiendo que no hay satisfacción en esta vida y sin esperanza para la venidera. Naturalmente, Pablo rechaza el error y adelanta la verdad histórica, que coincide con la verdad revelada: *“Mas ahora Cristo ha resucitado de entre los muertos; primicias de los que durmieron... Porque así como en Adán todos mueren, también en Cristo todos serán vivificados”* **(1 Co 15:20-22)**.

El testimonio del Maestro

Normalmente, cuando el Maestro anunciaba de antemano los sufrimientos y muerte del Hijo del Hombre, añadía la profecía: *“y resucitará al tercer día”*; misterio que los discípulos no eran capaces de comprender entonces **(Mt 16:21)**. El era *“la Resurrección y la Vida”*, según demostró delante de la tumba de Lázaro, y notemos que *“resurrección”* precede a *“vida”*, pues estando los hombres en estado de muerte no habría sido posible ofrecerles la vida aparte del hecho de la muerte y de la resurrección del Hijo del Hombre. En cuanto a los suyos, enfatizaba la esperanza de la resurrección, viendo en ella la consumación de su obra a favor de ellos, repitiendo varias veces en el discurso sobre el *“Pan de vida”*: *“Y yo le resucitaré en el día postrero”* **(Jn 6:39,40,44,54)**.

Las profecías del Antiguo Testamento

Pablo, al afirmar el hecho de la resurrección de Cristo, añadió: *"según las Escrituras"*. Anteriormente, el Maestro mismo había declarado ante sus discípulos en el cenáculo: *"Así está escrito y así fue necesario que el Cristo (el Mesías) padeciese y resucitase de los muertos al tercer día"* **(Lc 24:46)**. No es muy fácil para nosotros hallar profecías concretas de la Resurrección del Mesías en el Antiguo Testamento, bien que, iluminada nuestra mente por la revelación del Nuevo Testamento, es posible discernir la presencia de la doctrina en todo el desarrollo del Plan de la Redención. Tanto Pedro como Pablo citan el Salmo 16 como predicción de la Resurrección del Mesías, y tenemos que tomar en cuenta que el elemento profético de los Salmos surge de las experiencias de David y de otros salmistas, pasando a veces la descripción de lo humano a un plano más elevado y sublime que no pudo cumplirse en la vida de los autores. Así las expresiones: *"No dejarás mi alma en el Seol ni permitirás que tu Santo vea corrupción"* pasan más allá de la liberación de David de alguna enfermedad, y enfoca la luz de la revelación en el Hijo de David **(Hch 2:23-31) (Hch 13:35-37)**. En el profundo Salmo 22 se nos revela la lucha interna del Mesías en la Cruz, y después de estar *"en la boca del león"* y *"en los cuernos de los búfalos"*, de repente se halla anunciando el nombre de Dios a sus hermanos **(Sal 22:1-24)**. El mismo Señor vio en Jonás, arrojado del vientre del gran pez con el fin de predicar en Nínive, una figura de su muerte y su resurrección **(Jon 2) (Mt 12:39-40)**. ¿Y qué diremos de la abrupta transición de **(Is 53:10-11)**: *"Cuando haya puesto su vida en expiación por el pecado, verá linaje, vivirá por largos días... verá el fruto de la aflicción de su alma y quedará satisfecho"*? No se emplea el vocablo *"resucitar"*, pero se pasa de la muerte expiatoria a la plenitud de la vida.

El testimonio de Job

En medio de su amarga aflicción, Job deseaba a veces la muerte física, y, más a menudo, anhelaba la posibilidad de exponer su caso delante del Trono de Dios con el fin de aclarar el misterio de su crisis de dolor. En un momento de iluminación **(Job 19:23-27)** aprendió que sus inquietudes hallarían su solución en la resurrección del cuerpo, exclamando: *"Yo sé que mi Redentor (Vindicador) vive, y al fin se levantará sobre el polvo. Y después de deshecha esta mi piel, en mi carne he de ver a Dios, al cual veré por mí mismo, y mis ojos le verán y no otro"*. Parece ser que la luz fue como la de un relámpago, pasando rápidamente, pero con **(Dn 12:2-3)** constituye la declaración más clara de la resurrección corporal del creyente individual en el Antiguo Testamento, asociándose con la vida de su Vindicador. Tengamos en cuenta que la revelación de la verdad en el Antiguo Testamento es progresiva, lo que no anula la veracidad de ninguna de sus partes; sin embargo, este principio nos hace esperar que cada verdad tenga su debido desarrollo según el plan que Dios determina, llegando a su más clara expresión bajo el Nuevo Pacto.

La resurrección, simbolizada en el Antiguo Testamento

En cuanto a símbolos, en **(Gn 22)** vemos a Isaac cargado con la leña, y luego extendido sobre el altar con el cuchillo cerca de su garganta. Momentos después es el carnero el que sangra sobre el altar, mientras que Isaac está de pie, rebosando salud, y señalado como el heredero de la promesa. Se trata de una figura doble en que el carnero prefigura al *"Cordero de Dios"* inmolado, e Isaac al Señor triunfante sobre la muerte. Más ejemplos hay, y la gran lección que Abraham tuvo que aprender se resume en **(Ro 4:17-22)**: *"Dios, a quien creyó, el cual da vida a los muertos"*.

La debilidad de las objeciones de los incrédulos

Cómo se establecen hechos históricos

El concepto de lo que es posible o imposible en este mundo ha variado bastante a través de los siglos, siendo un hecho innegable el que nuestros antepasados habrían negado enfáticamente la posibilidad de la televisión, los vuelos de reactores, viajes a la Luna, etc., que han surgido de la aplicación del método científico a los sistemas de comunicaciones. Nuestro conocimiento del ser humano es muy limitado aún, y es tan antifilosófico como antibíblico afirmar que no es posible el hecho de la resurrección corporal del Señor Jesucristo. La verdad es que un hecho histórico se establece por el testimonio concordante de buenos testigos; en el caso de la Resurrección la evidencia es abundante, siendo de toda confianza los testigos. Mencionamos algunas de las objeciones, con refutaciones basadas en la evidencia a mano.

"Hay discrepancias en los relatos de los cuatro Evangelios"

Los Evangelistas pusieron por escrito sus recuerdos de sus propias experiencias, o el testimonio que habían recibido de otros testigos, escogiendo entre múltiples hechos lo que convenía a su propósito al redactar su libro. La distancia entre la tumba y las casas de las mujeres y de los discípulos era corta y ocurren muchos incidentes que afectan a diversas personas en un tiempo muy limitado. Si Mateo y Lucas hubiesen escrito exactamente en los mismos términos, cualquier juez acostumbrado a cribar evidencia acerca de un acontecimiento complejo, hubiera sospechado una confabulación anterior. Los detalles en todos los Evangelios son gráficos, libres de dramatismo, y corresponden a lo que ciertos testigos vieron en los momentos de su observación. Unos testifican de ciertos detalles y otros de otros complementarios, sin que quede en duda ni por un momento la realidad del gran hecho central. Estas llamadas "discrepancias", pues, tienden más bien a confirmar la verdad, ya que sólo reflejan distintos aspectos y momentos de la dramática verdad que los ángeles anunciaron: *"No está aquí; ha resucitado"*.

"Los discípulos robaron el cuerpo del Señor e inventaron la especie de que había resucitado"

He aquí el primer intento de formular una teoría alternativa que anulara la verdad proclamada por los apóstoles **(Mt 28:11-15)**. Es evidente que hace caso omiso de toda la evidencia de los Evangelios, que es la única que tenemos. O admitimos el testimonio de los Doce y sus compañeros, o dejamos obrar la imaginación del crítico que desea creer cualquier teoría antes de admitir el gran hecho histórico. Precisamente los temores anteriores de los jefes de los judíos **(Mt 27:62-66)** constituyen evidencia que desacredita la teoría, antes de formularse. ¿Qué hacían allí los hombres de la guardia? ¿No bastaba la fuerza de estos hombres armados para resistir a un grupo de hombres pacíficos y medrosos? Y si se hubiesen dormido, ¿cómo pudieron saber que eran los discípulos precisamente los que habían robado el cuerpo? ¿Cómo podía quedar en la tumba el ropaje que retenía las especias usadas por José de Arimatea y Nicodemo? **(Jn 20:3-10)**. En fin, la teoría falsea toda la evidencia que tenemos en cuanto al gran hecho.

"Jesús no murió en la Cruz, sino que sufrió un desmayo. Recobrando las fuerzas por la mañana, salió de la tumba"

Si el Señor no hubiese entregado su espíritu al Padre antes, la lanzada del soldado le habría rematado, lo cual era la intención del golpe **(Jn 19:34-37)**. Aparte de un milagro tan grande como el mismo de la Resurrección, un hombre debilitado por el látigo romano y los

horrores de la Cruz sería completamente incapaz de quitar la piedra desde dentro, y los soldados estaban allí para impedirlo de todas formas.

"Los discípulos, sugestionados por los grandes deseos que tenían de volver a ver a Jesús, sufrieron una serie de alucinaciones, imaginando que le veían, de modo que las manifestaciones sólo se revisten de un valor subjetivo, sin llegar a ser hechos reales"

Quizás esto podría haber sucedido en algún caso individual si los discípulos hubiesen tenido una fe ciega en la resurrección de su Maestro. Lejos de ello, sin embargo, estaban sumamente desanimados, desilusionados y temerosos **(Jn 20:19)**. Las mujeres no acudieron a la tumba de madrugada con la idea de ver a su Señor resucitado, sino para embalsamar su cuerpo para el sueño de la muerte, preocupadas por el problema de cómo habían de remover la pesada piedra que cerraba la entrada **(Mr 16:3)**. No existían, pues, las condiciones necesarias para alucinaciones de tipo optimista, sino todo lo contrario.

"La narración tradicional de la Resurrección es un mito que encierra hondas verdades espirituales, sin que tenga categoría histórica"

Quizás ésta es la teoría más popular entre teólogos liberales de nuestro tiempo. La escuela de "la crítica de forma" preparó el camino para las teorías más radicales de R. Bultmann, quien no ve más que una relación muy tenue entre la plena proclamación de Pablo del *"Señor de la gloria"* que venció la muerte y resucitó, y los vestigios históricos y tradicionales que se recogen en los cuatro Evangelios. Los relatos, según estas extrañas lucubraciones, surgen de las predicaciones de los evangelistas de los años 50 d. C. en adelante, que querían ilustrar dramáticamente lo que consideraban ser la verdad en cuanto a Cristo. Según esta teoría, los relatos han de ser desmitificados, ya que el hombre moderno no puede creer en la Encarnación, ni en los elementos milagrosos del ministerio del Señor, ni en su resurrección corporal. La Muerte de Jesús, según estos teorizantes, es un hecho que encierra hondas lecciones de orden moral, y pudo haber luego fenómenos subjetivos que infundieron en los discípulos la idea de un nuevo principio de vida, relacionada con Cristo. R. Bultmann y su escuela no conceden valor evidencial a los relatos de los evangelistas, aparte de unos fragmentos que su "discernimiento" de críticos descubre. En fin, la Resurrección corporal es un mito que tiene cierto valor en su género, pero que no ocurrió según los relatos de los evangelistas.

Nuestro primer comentario es que, si aceptáramos la teoría que acabamos de exponer, los evangelistas de los años 50 en adelante tendrían que ser hombres extraordinarios, ya que podían inventar relatos y crear una personalidad que han hecho hondísima impresión en multitudes de hombres sabios a través de casi dos mil años, incluyendo entre ellos eruditos de primer rango, conocedores no sólo del idioma original, sino de todas las normas de la exégesis literaria. Como ejemplo reciente citamos el caso de C. S. Lewis, de Cambridge, polígrafo destacadísimo, además de filósofo; después de explorar a fondo, como incrédulo, las esferas de sus especialidades, por fin halló la verdad en Cristo, tal como se presenta en los Evangelios: que luego aceptó sin dificultad, como documentos históricos.

En segundo término, no hubo tiempo para tales cambios y desarrollos. Ya vimos, al hablar de la historicidad de los Evangelios, que apenas mediaban veinte años entre la Cruz y las epístolas de Pablo a los tesalonicenses, escritos que reflejan doctrinas cristianas en pleno desarrollo y consonantes con los Evangelios: dato que en sí anula las suposiciones de los "críticos de forma" y de la escuela de Bultmann, ya que vivían aún muchos testigos que no admitirían una tergiversación de los hechos evangélicos.

"Los discípulos vieron un espíritu que se hacía visible a la manera de las evocaciones espiritistas"

En su lugar recalcamos el empeño del Señor de convencer a los discípulos que se presentaba ante ellos en cuerpo humano y no como espíritu, pero quizá vale la pena añadir algunas palabras de refutación, ya que es una de las hipótesis más corrientes. Es legítimo proponer la pregunta siguiente: ¿Qué se había hecho con el cuerpo durante las manifestaciones del Señor? Sin duda la tumba estaba vacía, y si el Sanedrín hubiese podido exhibir el cuerpo, habría cortado de raíz todo rumor sobre una resurrección. El hecho es que no lo hicieron porque el cuerpo había resucitado, no tratándose sólo de un espíritu que permanecía. Los Evangelistas refieren por lo menos diez manifestaciones, quizás había muchas más, que se produjeron bajo las más variadas condiciones y circunstancias. Lucas, al introducir el libro ahora llamado Los Hechos de los Apóstoles, escribió: *"(Jesús), después de haber padecido, se presentó vivo (a los discípulos) con muchas pruebas indubitables, apareciéndoseles durante cuarenta días y hablándoles acerca del Reino de Dios"* **(Hch 1:3)**. Pedro insiste en la realidad de esta manifestación al predicar el Evangelio en la casa de Cornelio diciendo: *"A éste (a Jesús) levantó Dios al tercer día e hizo que se manifestase; no a todo el pueblo, sino a los testigos que Dios había ordenado de antemano, a nosotros que comimos y bebimos con él después que resucitó de los muertos"* **(Hch 10:40-41) (Lc 24:41-43) (Jn 21:1-15)**.

Resumen de las pruebas

Dios hizo amplia provisión para dar fe del hecho de la resurrección corporal del Señor Jesucristo después de su victoria sobre la muerte para espiar el pecado en la Cruz **(He 2:14-15)**. Se trata sencillamente de aceptar el testimonio de las Sagradas Escrituras o de inventar algo diferente. El hombre *"Jesús"*, que muchas veces embellece las obras de los teólogos de escuelas contemporáneas, no es aquel que se presenta en los únicos escritos que testifican de él. En definitiva, se trata o de recibir la fe que fue una vez para siempre dada a los santos, o de predicar *"otro evangelio"* que lleva ciertas referencias, escogidas arbitrariamente, a *"Jesús"*, sin que tengan relación con la evidencia de las Sagradas Escrituras **(Jud 1:3)**. Ya hemos notado los argumentos de Pablo en **(1 Co 15)**, quien probaba que si el Evangelio no abarca la Resurrección del Señor no pasa de ser una triste ilusión. La salvación depende de nuestra fe en Cristo muerto y resucitado: *"Que si confesares con tu boca que Jesús es el Señor, y creyeres en tu corazón que Dios le levantó de entre los muertos, serás salvo"* **(Ro 10:9-10)**.

Temas para meditar y recapitular

1. Discurra sobre los Doce como testigos de la Resurrección del Señor Jesucristo. Apoye la contestación con todas las citas posibles de Hechos capítulos 1 a 5, el capítulo 10 y el discurso de Pablo que se halla en capítulo 13.
2. Cite cinco objeciones que han presentado los incrédulos frente al hecho de la resurrección corporal de Cristo. ¿Cuáles son las contestaciones que usted ofrecería en refutación de estas teorías y en apoyo del carácter histórico de la Resurrección?

La ascensión de Cristo y la resurrección de los hombres

La ascensión y su significado

Se suele dar muy poca importancia a la Ascensión de Cristo en comparación con la Obra expiatoria y la Resurrección. Sin embargo, el hecho es altamente significativo y merece meditación y estudio.

Puso fin oficial al ministerio de Cristo en la tierra

El Hijo se había ofrecido según el consejo eterno del Trino Dios para realizar una misión especialísima en la tierra, como Verbo eterno que revelaba a Dios y como Cordero de Dios que llevó y quitó el pecado del mundo. Siempre había sido y sería el único Mediador entre Dios y los hombres, pero su estancia en la tierra se revestía de un carácter específico, dentro de límites claramente definidos: *"Salí del Padre y he venido al mundo; otra vez dejo el mundo y voy al Padre"* **(Jn 16:28) (Jn 13:1-3)**.

El acontecimiento se asocia con la exaltación de Cristo como Príncipe y Salvador

De este modo anula el veredicto adverso del Sanedrín, tribunal que condenó al Príncipe de vida, haciéndole clavar en la cruz de Barrabás. La Ascensión señala el triunfo del Hijo del Hombre a quien Dios dio un Nombre que es sobre todo otro nombre. La gloria del Hijo de Dios es intrínseca, y pertenece a su deidad inalterable, pero Dios le reviste de una nueva gloria como Cabeza triunfante de la raza humana **(Hch 2:24-36) (Hch 3:13) (Fil 2:8-11) (He 1:3) (He 2:9)**. La Ascensión inaugura esta doble gloria del Dios-Hombre.

La Ascensión inaugura el ministerio del Mediador y Sumosacerdote, quien se presenta a favor de su pueblo, intercediendo por ellos

La presencia del Resucitado a la Diestra del Trono es la garantía de la justificación del creyente, ya que exhibe las pruebas de haber muerto por ellos: *"el cual fue entregado a causa de nuestras transgresiones y resucitado a causa de nuestra justificación"* **(Ro 4:25) (Jn 16:10) (Ro 8:34)**. De igual forma es Intercesor y Auxiliador de los santificados, simpatizando con la condición de éstos y obrando con plena autoridad a su favor al enviarles el *"oportuno socorro"* **(He 2:17-18) (He 4:14-16) (He 5:1-10) (He 6:20) (He 7:24-28) (1 Jn 2:1-2)**.

La Ascensión señala el principio del período del reino espiritual del Rey-Sacerdote que culminará en su triunfo final sobre todos sus enemigos

(Sal 110:4) (He 10:12-13) (1 Co 15:24-28).

Inaugura la dispensación del Espíritu en la tierra

En los capítulos 14 a 17 de Juan, que describen cómo el Maestro preparó la mente de los discípulos en vista de su próxima ausencia y la inauguración de una nueva dispensación, se destaca frecuentemente el tema de la venida del Espíritu Santo, quien ha de sustituir la presencia personal de Cristo en la tierra, llegando a declarar el Maestro: *"Os conviene que yo me vaya, porque si no me fuese, el Consolador (Paracleto) no vendría a vosotros; mas si me fuere, os lo enviaré"* **(Jn 16:7)**. Cristo había de consumar su obra redentora y ser exaltado antes de que pudiese enviar el Espíritu Santo, quien habitaría la Iglesia y los corazones de los creyentes. Por medio del ministerio de Pablo se sabe que este período había de coincidir con la presencia y el testimonio de la Iglesia en el mundo **(Jn 7:38) (Jn**

14:16-18) (Jn 15:26) (Jn 16:7) (Hch 1:4,8) (Hch 2:1-13,33,38) (Hch 10:44-48) (Ef 2:21) (1 Co 3:16-17) (1 Co 6:19). Señala, por lo tanto, la época de las *"mayores obras"* de los siervos de Dios en la tierra, que surgen de la obra consumada de Cristo cuya virtud se hace eficaz por la presencia con ellos del Espíritu Santo **(Jn 14:12) (Mr 16:19) (Hch 2:41) (Hch 5:12-16) (Hch 19:8-12) (Ef 4:4-13)**.

La Ascensión se relaciona con la Segunda Venida de Cristo en Persona

Los discípulos que fijaron su vista en Cristo mientras ascendía fueron advertidos por dos ángeles de que no era ya hora de nostalgias, sino de la esperanza del retorno de Jesús, *"de igual modo que le habéis visto ir al cielo"* **(Hch 1:10-11)**. Mientras tanto, una vez bautizados por el Espíritu Santo, habían de emprender la misión de testificar a Jesús en Jerusalén, en toda Judea, en Samaria y hasta lo último de la tierra **(Hch 1:8)**. El hecho, pues, destaca la consumación del ministerio terrenal del Señor Jesucristo, insiste en la proclamación del Evangelio que ha de llenar el período inaugurado por el descenso del Espíritu, y anticipa el momento del regreso de Cristo, al acabarse las finalidades de esta dispensación. Los cielos han de recibir al Señor mientras que se cumple el plan, pero siempre podemos afirmar: *"porque aún un poquito, y el que ha de venir vendrá, y no tardará"* **(Hch 3:19-21) (He 10:37)**.

Nota final sobre la Ascensión

No era del todo necesario que el Señor volviese al cielo en forma visible, pues los pilares de su obra salvífica vienen a ser su Encarnación, la revelación de su Persona, y la gloria del Padre, durante su ministerio en la tierra, la obra de expiación por medio del sacrificio de la Cruz, la Resurrección corporal y el descenso del Espíritu Santo. Subía al Padre después de la Resurrección según las condiciones de la vida de resurrección, diciendo a María Magdalena: *"Subo a mi Padre y a vuestro Padre; a mi Dios y a vuestro Dios"* **(Jn 20:17)** y a ella no le correspondía *"agarrarle"* con el anhelo de hacer durar lo que ya había pasado. Sin embargo, desde el punto de vista de la comprensión de los mensajeros, que esperaban ya la promesa del Padre, el efecto de la ascensión visible fue importantísimo, prestando fuerza especial a su proclamación posterior. El Señor se dignó dar fin visible a su misión por amor a los suyos, destacando el variado significado que hemos notado en los apartados anteriores. Subió a la Diestra, y, sin demasiada rigidez exegética, es posible hacer uso del Salmo 24 en relación con su *"entrada"* con el fin de situarse *"en medio del trono"* **(Ap 5:6)**: "Alzad, oh puertas vuestras cabezas, y alzaos vosotras, puertas eternas, y entrará el Rey de gloria. ¿Quién es este Rey de gloria? Jehová de los ejércitos, él es el Rey de gloria" **(Sal 24:7-10) (Sal 110:1-5)**.

La resurrección de los justos y de los injustos

El concepto de la resurrección en el Antiguo Testamento

En su lugar señalamos la escasez de referencias claras a la Resurrección del Mesías en el Antiguo Testamento, bien que, auxiliados por las palabras del Maestro, discernimos preanuncios muy importantes. Pasa igual con el tema general de la resurrección. Un rey piadoso y bueno como lo era Ezequiel no aparentaba tener esperanza de bendición alguna más allá de la muerte, sino que sólo aguardaba las sombras del Seol, la tenebrosa ultratumba. Curado milagrosamente de una enfermedad que amenazaba con terminar su vida en la tierra, escribió luego sus experiencias y meditaciones **(Is 38:9-20)** y hemos de considerar sus expresiones como típicas de los hombres píos de la dispensación antigua, pese a la mucha luz que recibieron sobre otros temas.

Los salmistas y la resurrección

David, rey y profeta, se expresa en términos parecidos a los de Ezequiel, exclamando en el **(Sal 6:4-5)**: *"Vuélvete, oh Jehová, libra mi alma; sálvame por tu misericordia. Porque en la muerte no hay memoria de ti; en el Seol, ¿quién te alabará?"*. La mayoría de las promesas dadas a Israel se relacionaban con la vida aquí y con la tierra de Palestina. Sin embargo, la luz de la revelación progresiva iba en aumento a través del Antiguo Testamento, bien que seguía una línea ondulante. Vimos anteriormente el rayo de luz que iluminaba la oscuridad de los padecimientos de Job **(Job 19:23-27)**, y después de los lamentos del Salmo 6, David recibió la seguridad de que su alma no sería dejada en el Seol y que había senda de vida con plenitud de gozo a la Diestra de Dios para siempre **(Sal 16:10-11)**. El hecho de aplicarse estas declaraciones al Hijo de David por Pedro en **(Hch 2:25-27)** no anula la esperanza del mismo profeta, quien halló consuelo análogo en la experiencia que describe el **(Sal 17:15)**: *"En cuanto a mí, veré tu rostro en justicia: estaré satisfecho cuando despierte a tu semejanza"*. En el Salmo 73, llamado "de Asaf", el autor describe una esperanza eterna en las palabras: *"Me has guiado según tu consejo y después me recibirás en gloria... la Roca de mi corazón y mi porción es Dios para siempre"* **(Sal 73:23-26)**.

Los profetas y la resurrección

Los profetas hablaban de la resurrección futura de Israel como nación **(Ez 37)**, y bien que hemos de interpretar tales pasajes según su contexto, sin duda la promesa de una renovada vida nacional encauzaba los pensamientos de los israelitas piadosos a la posibilidad de una resurrección de personas, y esta esperanza halla adecuada expresión en **(Dn 12:2-3)**: *"Y muchos de los que duermen en el polvo de la tierra serán despertados, unos para vida eterna y otros para vergüenza y confusión perpetua"*. Es significativo que Daniel se halla a puertas del período ínter testamentario, durante el cual la opresión de los reyes de Siria llevaba a muchos judíos, los Macabeos y sus asociados, a alzarse en contra de quienes querían destrozar su religión, dando lugar su valiente lucha a persecuciones y muertes. Las promesas materiales parecían muy lejanas entonces, y los tiempos eran propicios para realzar la importancia de la revelación de la profecía de Daniel ya citada, que, a su vez, echó luz sobre otros pasajes, algunos de los cuales hemos considerado. Estos períodos de persecución animaban a quienes sufrían a agarrarse a una esperanza más allá de la tumba. El libro apócrifo, I Macabeos, narra el período del alzamiento con bastante exactitud histórica, y da lugar al comentario inspirado de **(He 11:35-40)**.

Gracias a estas experiencias crecía la convicción de que la vida del creyente no se terminaba por la muerte, de modo que la doctrina de la resurrección del cuerpo se había arraigado firmemente entre los judíos de la secta de los fariseos en primer siglo a. C., bien que fue rechazada por los saduceos, una minoría más bien aristocrática y materialista, que aplicaban el Pentateuco sólo a las perspectivas nacionales y terrenales de los judíos, no creyendo ni en la resurrección, ni en ángeles ni espíritus **(Lc 20:27-38)**. En cambio, el pecado de los fariseos era la hipocresía y el legalismo, pero no debiéramos olvidar que los fieles entre ellos profesaban doctrinas de bastante pureza aparte del error fundamental de la salvación por las obras. Marta expresaba sus creencias en cuanto a la resurrección en su entrevista con el Maestro antes del levantamiento de Lázaro: *"Yo sé que resucitará en la resurrección, en el día postrero"*. Sin embargo, esta fiel hermana tuvo que aprender mucho más que eso, declarando el Señor: *"Yo soy la Resurrección y la Vida; el que cree en mí, aunque esté muerto, vivirá. Y todo aquel que vive y cree en mí, no morirá eternamente"* **(Jn 11:21-27)**.

Las enseñanzas del Maestro

Acabamos de citar textos que no sólo revelan hasta dónde habían llegado los piadosos de Israel en su comprensión de la resurrección durante el período del ministerio terrenal del Señor, sino que nos introducen a las enseñanzas del Maestro, quien acepta lo aprendido anteriormente y pasa a exponer la esperanza en relación con su propia Persona y Obra. Al declarar *"Yo soy la Resurrección y la Vida"* anticipa la Cruz y su propia Resurrección, hecho conjunto que *"abolió la muerte y sacó a luz la vida y la inmortalidad por el Evangelio"* **(2 Ti 1:10)**. Al repasar los Evangelios debiéramos tomar cuidadosa nota de los hechos y de las palabras siguientes: 1) Los milagros de resurrección devolvieron sólo la vida natural a quienes habían muerto, ya que les tocaba pasar otra vez por el trance de la muerte física. Con todo, especialmente en el caso de Lázaro, demostraban que el Señor era Príncipe de vida, poderoso para vencer al enemigo que resiste los mayores esfuerzos de los hombres. 2) La doctrina general de la resurrección, que se relaciona íntimamente con **(Dn 12:2-3)**, se halla en **(Jn 5:24-29)**. Entre los poderes especiales concedidos por el Padre al Hijo se halla el de tener vida en sí mismo, siendo fuente de vida para los demás. En primer término, el Hijo da vida eterna al creyente **(Jn 5:24)**, pero esta vida, por su misma naturaleza, encierra la seguridad de la resurrección del cuerpo: *"Vendrá hora cuando todos los que están en los sepulcros oirán su voz (la del Hijo); y los que hicieron lo bueno, saldrán a resurrección de vida; mas los que hicieron lo malo, a resurrección de condenación"* **(Jn 5:28-29)**. Notemos que habrá vida (o la continuación de la existencia) para los malos, además de para los *"buenos"*. A la luz de otras Escrituras, hemos de entender por *"los buenos"* aquellos que se someten a Dios, recibiendo vida nueva por medio del arrepentimiento y de la fe, mientras que los *"malos"* son aquellos que no quieren renunciar a las pretensiones del *"yo"*, manteniendo su actitud rebelde frente a Dios, sean religiosos o mundanos. Añádase a **(Jn 5:24-29)** el refrán del discurso de Juan 6, que ya hemos señalado como consumación de la entrega por Cristo de la vida a quienes comen el Pan de Vida: *"Y yo le resucitaré en el día postrero"*. La doctrina general se destaca también en la refutación de los saduceos, ya citada. Los saduceos, al rechazar la doctrina, ignoraban las Escrituras y el poder de Dios **(Mt 22:29)**, y Lucas recoge frases del Maestro que nos hacen ver la inmortalidad de los fieles resucitados, quienes son *"los hijos de la resurrección"* y *"los hijos de Dios"* cuyo modo de vivir será como el de los ángeles **(Lc 20:35-36)**. *"Hijos de la resurrección"*, según la terminología de los hebreos, quiere decir *"participantes en todo cuanto significa la resurrección"*.

La doctrina se individualiza

La contestación del Señor a Marta individualiza la cuestión **(Jn 11:25-26)**. Todo depende de la Persona y Obra de Cristo como Resurrección y Vida. Por eso el creyente, aunque le toque morir físicamente, volverá a vivir. El creyente que vive está en posesión de una vida que nunca se acaba, encerrando la certidumbre de la resurrección. *"¿Crees esto?"*, pregunta el Maestro, y ella comprende que la solución se halla en Cristo, el Hijo de Dios, Resurrección y Vida para cada alma creyente.

Las enseñanzas de los Apóstoles

Empezamos este estudio enfatizando la importancia del cometido de los Doce como testigos de la Resurrección del mismo Señor. Hay una relación tan íntima entre su Resurrección y la de los fieles que remitimos al lector a las características ya señaladas, sobre la base de 1 Corintios 15. La Resurrección del Señor involucra el principio de vida después de la muerte, siendo él las primicias y los creyentes la cosecha: verdad que el Señor había insinuado ya en su contestación a los griegos **(Jn 12:24)**. Exceptuando 1 Corintios 15 y el testimonio a la Resurrección del Señor Jesucristo, los autores de los libros del Nuevo Testamento no adelantan argumentos para probar la verdad de la

resurrección, sino que la aceptan como doctrina fundamental para todos los aspectos de la vida de la nueva familia de Dios. Mencionaremos algunos casos típicos en la sección siguiente, pero es preciso notar lo que Pablo enseña no sólo sobre el hecho de la Resurrección, sino sobre la naturaleza del cuerpo de resurrección. Pablo subraya lo que hemos visto en Lucas 24 en cuanto al Señor resucitado, es decir: la identidad de la personalidad del resucitado que es compatible con una diferencia en el modo de vivir. *"Carne y sangre"*, vida física y biológica, no pueden heredar el Reino en su plena manifestación, de modo que *"seremos cambiados"*. Hay diferencias en la *"sustancia"* de los seres que Dios ha creado **(1 Co 15:35-42)**, y el *"grano"* que se siembra es muy diferente de la planta y flores que brotarán de él, *"así también en la resurrección de los muertos"*. El cuerpo gobernado por el alma (”psychicos”, traducido en algunas versiones por “animal”) dará lugar al cuerpo gobernado por el espíritu (”pneumaticos”). El cuerpo será real y glorioso en extremo, libre de las limitaciones heredadas de Adán caído, y participando en el poder glorioso de Cristo como *"Espíritu vivificante"*; *"El Señor Jesucristo... transformará el cuerpo de la humillación nuestra para que sea semejante al cuerpo de la gloria suya"* **(Fil 3:20-21)**; *"Seremos semejantes a él, porque le veremos tal como él es"* **(1 Jn 3:2)**. Naturalmente, esta semejanza es la del Hombre triunfante, ya que la deidad, por definición, sólo puede ser de Dios.

El glorioso cambio coincide con la Venida del Señor para recoger a su Iglesia. En aquel momento habrá creyentes vivos y otros que habrán pasado por el trance de la muerte física, pero *"todos seremos cambiados"*, en un abrir de ojo, triunfando la inmortalidad sobre lo mortal en ambos casos. Las enseñanzas de **(1 Co 15:42-54)** coinciden con aquellas de **(1 Ts 4:13-18)**, con otras muy gráficas en **(2 Co 5:1-5)**, y con la promesa fundamental de Cristo a los suyos en **(Jn 14:2-3)**.

La resurrección de los injustos

Esta resurrección es una doctrina bíblica

Es natural que los adventistas y otros hayan enseñado el aniquilamiento de los perversos, como medio para eliminar todo mal de la Nueva Creación, pues esto concuerda con los sentimientos humanos. Sin embargo, las Sagradas Escrituras no enseñan eso. Ya hemos visto que hay *"resurrección de juicio"* para quienes obran lo malo **(Jn 5:29)** y las palabras del Maestro hallan otras análogas en **(Dn 12:2) (Hch 24:15)** y en **(Ap 20:12-15) (Ap 21:8)**.

El énfasis recae sobre la resurrección para vida

No es posible negar que, según la revelación bíblica, los cuerpos y almas de los rebeldes se han de unir, pero es evidente también que este hecho, implícito en la naturaleza humana, no es elemento básico del Plan de la Redención, que halla su consumación en la resurrección de los justos. Se trata de la aplicación de normas invariables de justicia, y del cumplimiento de la ley universal: *"Todo lo que el hombre sembrare, eso también segará"*. Los muertos son juzgados según sus obras: algo imposible si se trata del fin absoluto de la personalidad humana. Los términos que implican *"eternidad"* son iguales en el caso del juicio de los injustos como en el de la bendición de los justos **(Mt 25:46)**. Si en el estado intermedio entre la muerte física y la resurrección del cuerpo, el alma siega exactamente lo que sembró en la vida terrenal **(Lc 16:19-31)**, ¿cuánto más en la realidad de los siglos de los siglos? No hemos de confundir simbolismos con lo que significan (llamas y azufre, por ejemplo), pues el modo de la existencia futura de los rebeldes no se ha revelado. Sólo sabemos que habrá una correspondencia exacta entre lo que escogieron y practicaron en la tierra y lo que han de experimentar para siempre. Los condenados han formado su

carácter en oposición a las operaciones de la gracia de Dios, y según los resultados de su elección, así serán y existirán. Podemos estar seguros de que no habrá la menor sombra de injusticia en la sentencia que pronuncie el Dios de toda justicia. La resurrección corporal de los injustos, pues, no es medio para una segunda oportunidad, sino el requisito necesario para el juicio que sea apropiado en cada caso a la obra de los pecadores.

La resurrección y la doctrina cristiana

El hecho fundamental reflejado en la vida y el destino del creyente.

La vida de resurrección del creyente depende de la de Cristo

Todo lo que el creyente ha llegado a ser delante de Dios depende de su unión espiritual con Cristo, muerto por nuestros pecados y resucitado en triunfo. En esencia, hemos notado este hecho ya en varias partes del estudio, pero conviene señalar los conceptos que los apóstoles asocian con la Resurrección, sobre todo con la del Príncipe de vida.

El símbolo del bautismo

Aquellos que se rendían al Señor al recibir el mensaje del Evangelio fueron bautizados por inmersión, testificando delante de todos que habían muerto con Cristo, pasando a una nueva vida de resurrección en unión con el Salvador que murió y resucitó. El tiempo gramatical de los verbos *"morir"* y *"ser bautizados"* en el notable pasaje de **(Ro 6:1-11)** es el aoristo, que señala algo que fue completado en tiempo pasado: *"Los que hemos muerto al pecado, ¿cómo viviremos aún en él? ¿O no sabéis que todos los que hemos sido bautizados en Cristo Jesús, hemos sido bautizados en su muerte? Porque somos sepultados juntamente con él para muerte por el bautismo..."* **(Ro 6:1-4)**. Los versículos siguientes aclaran que existe la misma identificación en cuanto a la Resurrección del Señor, de modo que la vida nueva del creyente se deriva de la potencia de la Resurrección del Señor. Así el creyente inauguraba su testimonio público proclamando por medio de su bautismo que el *"viejo hombre"* habría sido crucificado con Cristo, y que la nueva y fructífera vida se derivaba de su unión con Cristo resucitado. No se trata de esforzarnos como hombres con el fin de conseguir esta unión vital, que es un hecho para todo verdadero creyente, sino nos toca manifestar la realidad del hecho por la potencia del Santo Espíritu que ahora mora en nosotros **(Ro 6:1-11) (Ro 7:4-6) (Ro 8:9-11) (Ga 5: 16-26) (Col 2:12-13) (Col 3:1-3)**.

La Resurrección, relacionada con la regeneración, la salvación, la justificación y la santificación

La Resurrección vitaliza todos los aspectos de la obra redentora que hemos estudiado en secciones anteriores. La regeneración equivale al nuevo nacimiento. ¿De dónde procede la vida nueva? Para Pedro brota de la maravillosa fuente de la Resurrección, ya que escribe: *"Bendito sea el Dios y Padre de nuestro Señor Jesucristo, que según su gran misericordia nos hizo renacer para una esperanza viva, por la Resurrección de Jesucristo de los muertos"* **(1 P 1:3)**. Vida de resurrección es la que se manifiesta después de la muerte, y se hace real en nosotros por *"el Espíritu de Aquel que levantó de los muertos a Jesús"* **(Ro 8:11)**. La salvación es la preciosa posesión de quienes creen que Dios levantó de entre los muertos al Señor **(Ro 10:9)**. Aun la justificación halla su manifestación y poder en la Resurrección. Pablo, en Romanos 4, al ponernos delante el ejemplo de Abraham, insiste en que es aplicable al pueblo de los *"resucitados"* que habían sido muertos, escribiendo: *"Y no solamente con respecto a él se escribió que le fue contada,*

sino también con respecto a nosotros a quienes ha de ser contada, esto es, a los que creemos en el que levantó de los muertos a Jesús, Señor nuestro, el cual fue entregado por nuestras transgresiones y resucitado para nuestra justificación". Esta traducción literal nos hace ver que el sacrificio de Cristo anuló la funesta cuenta de nuestras transgresiones, permitiendo, ya que la obra se había consumado, que Cristo fuese resucitado a causa de la justificación ya realizada. La resurrección no es el medio de la justificación, pero sí su plena manifestación. La santificación posicional significa nuestro apartamiento para Dios y nuestra victoria sobre el pecado como resultado de nuestra identificación con la Muerte y la Resurrección de Cristo. No es preciso repetir lo que ya adujimos al exponer el significado del bautismo, pues las mismas referencias sirven para apoyar esta relación doctrinal entre la Resurrección y la santificación, que es el tema dominante de Romnos 6-8. Únicamente cabe notar las dos vertientes de la santificación, ya que el creyente ha de sentir la obligación de evidenciar la realidad de su santificación posicional, manifestando que es santo por *"perfeccionar la santidad en el temor de Dios"* **(2 Co 7:1)**, o sea, en el lenguaje de **(Ga 5:16-26)**, que manifieste el fruto del Espíritu, abandonando los viles andrajos de las obras de la carne. El *"nuevo hombre"* viene a ser la personalidad redimida que manifiesta la vida del Resucitado por las energías del Espíritu de resurrección, del modo en que el *"viejo hombre"* es el conjunto de las tendencias que surgen de la Caída, manifestándose sus obras también a través de la personalidad del hombre. La *"resurrección de entre los muertos"*, que Pablo anhela según sus expresiones en **(Fil 3:10-14)**, no puede ser la escatológica, que ességurísima según los versículos 20 y 21 del mismo capítulo, sino la experiencia de la potencia de la resurrección en todos los aspectos de su vida y servicio, correspondiendo a la obra del Espíritu de resurrección: *"Y si el Espíritu de aquel que levantó a Jesús de entre los muertos mora en vosotros, el que levantó a Cristo Jesús de entre los muertos vivificará también vuestros cuerpos mortales por medio de su Espíritu que mora en vosotros"* **(Ro 8:11)**.

Escatológicamente la vida de resurrección se relaciona íntimamente con la vida del Señor resucitado, como hemos notado por medio de las frecuentes referencias a 1 Corintios 15. La expresión que hallamos en **(1 Ts 4:14)** expresa elocuentemente la estrecha relación entre la Muerte y la Resurrección de Cristo y el triunfo de los suyos sobre la fatídica sombra de la muerte: *"Si creemos que Jesús murió y resucitó, así también creemos que Dios traerá con Jesús a los que durmieron en él"* **(1 Ts 4:13-18)**.

La esfera de la vida actual del resucitado con Cristo

Mientras tanto, *"nuestra patria está en el Cielo"*, o, en otras palabras, también bíblicas, nos hallamos en *"los lugares celestiales en Cristo"*, ya que Dios *"nos dio vida juntamente con Cristo... y con él nos resucitó y con él nos sentó en los lugares celestiales en Cristo Jesús"* **(Ef 2:4-6)**. Espiritualmente nos hallamos ya en esferas celestiales por estar en Cristo, pero nuestro enlace con la naturaleza (por medio del cuerpo) nos obliga a una vida de peregrinaje en el mundo. No despreciamos lo que nos corresponde como criaturas de Dios aquí y ahora, pero anhelamos la patria (*"ciudadanía"* equivale a *"patria"* en **(Fil 3:20)** *"de donde también esperamos al Salvador, al Señor Jesucristo; el cual transformará el cuerpo de la humillación nuestra para que sea semejante al cuerpo de la gloria suya, por el poder con el cual puede también sujetar a sí mismo todas las cosas"* **(Fil 3:20-21)**. Debiéramos ser consecuentes, buscando en la práctica lo que corresponde a nuestra posición celestial: *"Si, pues, habéis resucitado con Cristo, buscad las cosas de arriba, donde está Cristo sentado a la Diestra de Dios. Poned la mira en las cosas de arriba, no en las de la tierra. Porque habéis muerto y vuestra vida está escondida con Cristo en Dios"* **(Col 3:1-3)**.

Palabra final

Otros temas rozan con éste tan fundamental de la Resurrección y habrá más que decir sobre sus gloriosos resultados. Notemos, para finalizar este estudio, que la Resurrección del Señor Jesús es la manifestación máxima de la potencia de Dios, ya que se evidencia la victoria sobre el mal, cuya gloria Pablo describe en **(Ef 1:19-23)** con tanto énfasis que casi agota el caudal de vocablos griegos que significan *"poder"*: *"Para que sepáis... cuál la supereminente grandeza de su poder para con nosotros los que creemos, según la operación del poder de su fuerza, la cual operó en Cristo, resucitándole de los muertos y sentándole a su Diestra en los lugares celestiales, sobre todo principado y autoridad y poder y señorío, y sobre todo nombre que se nombra, no sólo en este siglo, sino también en el venidero, y sometió todas las cosas bajo de sus pies..."*.

Temas para meditar y recapitular

1. Se ha escrito en el estudio que varias de las doctrinas más importantes que hallamos en las epístolas se relacionan con el hecho de la Resurrección de Cristo. Cite cuatro, con textos en apoyo, además de sus propias observaciones.

La obra mediadora de Cristo

Consideraciones generales

La idea de mediación entre Dios y los hombres (o entre los falsos dioses y sus engañados adoradores) es un factor esencial en casi todas las religiones, y, divorciada de la revelación divina, ha dado lugar a muchas y funestas manifestaciones de sacerdotalismo. Limitándonos al teísmo, que afirma la existencia de un Dios personal, Creador y Sustentador de todas las cosas (y que no ha de confundirse con el deísmo), es evidente el abismo que separa al hombre, pequeño en sí y degradado de su primitiva nobleza por la Caída, del Dios omnipotente, sublime y santísimo; y la mente pensadora y la conciencia sensible no pueden por menos que gemir con Job: *"(Dios) no es hombre como yo para que yo le responda y vengamos juntamente a juicio. No hay entre nosotros árbitro que ponga su mano sobre nosotros dos"* **(Job 9:32-33)**. La distancia es real y el abismo que media entre el Dios creador, único Arbitro moral, y el hombre en su pecado, es tan inmenso e insondable que produce vértigo en quien lo contempla; pero la dificultad se ha aumentado aún más en el pensamiento de algunos a causa de ciertos conceptos filosóficos y religiosos, que se han infiltrado en el cristianismo a través del platonismo, que estiman toda obra material como muy inferior al "espíritu", llegando hasta pensar que la materia es origen y sede del mal. No es ésta la doctrina bíblica, pero explica el afán religioso de proveer mediadores entre la sublimidad espiritual de Dios y el mundo material habitado por los hombres, cuyos espíritus, según tales conceptos, se hallan "encarcelados" en el cuerpo. Frente a tales nociones, Pablo redactó la Epístola a los Colosenses en la que recalca que sólo Cristo "llena" el abismo y anula la distancia, uniendo al creyente con Dios por su "plenitud", siendo peligrosísima toda idea de jerarquías de mediadores angelicales.

Al considerar el concepto de mediación en las Escrituras tenemos que librar nuestra mente de tales ideas filosófico religiosas, ateniéndonos únicamente a lo revelado por Dios. Según la revelación bíblica, Dios mismo creó el mundo material, declarando después que era *"bueno en gran manera"*; por lo tanto, el hecho de asociarse el alma y el espíritu con un cuerpo material, no constituye en sí barrera entre el hombre y Dios **(Gn 1:31)**. El mal hizo su entrada en el mundo material desde afuera, donde ya se había manifestado en esferas espirituales, pero rebeldes, y su injerencia en la vida humana levantó en el acto una barrera que cortó la comunión entre el Creador y su criatura. Con todo, fue Dios, según el principio de la gracia que ya hemos estudiado, quien tomó la iniciativa con el fin de buscar al ser caído y señalarle el camino de retorno **(Gn 3:8-21)**. Ya hacía falta mediación, pero el sagrado misterio de la Trinidad permitió una obra mediadora entre Dios y el hombre sin que tuviesen que intervenir otros seres (excepto en el caso especial y limitado de Moisés y los ángeles cuando fue dada la Ley), toda vez que el Hijo eterno, Mediador ya desde el principio de todo lo creado, pudo ser designado como Revelador del Padre y Redentor frente al nuevo y trágico hecho del pecado en el hombre. La obra típica de mediación es la que el Dios Hombre, declarado Sacerdote eternamente según el orden de Melquisedec, lleva a cabo desde la Diestra de Dios en esta dispensación, pero hay indicios bíblicos que señalan al Hijo como Mediador con anterioridad a la Encarnación, y que merecen nuestro estudio reverente, ya que ensanchan los horizontes de este sublime tema.

El Mediador y la creación

1. El Hijo, Creador, Sustentador y Revelador

Las relaciones entre el Hijo eterno (o el Verbo, que es el título complementario) y todo lo creado, se describen principalmente en **(Jn 1:1-4) (Col 1:13-16)** con **(He 1:2-3)**. En todos estos pasajes hallamos claras declaraciones de que todas las cosas y todos los seres sin excepción alguna fueron creados por el Hijo como Agente ejecutivo del Trino Dios, siendo él también quien sustenta todas las cosas, porque sólo en él subsisten **(He 1:3) (Col 1:17)**. Juan le presenta como la Vida, que no sólo vivifica, sino que llega a ser la luz de los hombres, quienes no pueden recibir iluminación o revelación aparte de él. En este Mediador toda la plenitud de la Deidad tuvo complacencia en habitar, para llenar toda necesidad en la criatura **(Jn 1:16) (Col 1:19) (Col 2:9-10)**.

Al emplear Juan la voz *"Logos"* (*"Palabra"* o *"Verbo"*) en el prólogo de su Evangelio para señalar aquel que revela al Padre y crea todas las cosas, echó mano a un término muy conocido en la filosofía griega como equivalente a la "razón divina" que ordenaba el universo. Más importante, sin embargo, es el enlace del vocablo con la revelación anterior del Antiguo Testamento, ya que recoge y amplía el sentido de las referencias a la Palabra ejecutora de Dios que hallamos en pasajes como el **(Sal 33:6)** e **(Is 55:11)**, y que tendía a personificarse en el uso hebreo. Muy relacionado con la Palabra es el concepto de la Sabiduría, que pensaba, llamaba y obraba, y que se plasma en una evidente personificación en **(Pr 8:22-31)**: *"Cuando (Dios) establecía los fundamentos de la tierra, con él estaba yo, ordenándolo todo y era su delicia de día en día... me regocijo en la parte habitable de su tierra; y mis delicias son con los hijos de los hombres"*. El concepto nebuloso y algo descarnado de la revelación anterior halla maravilloso cuerpo y sustancia en el Hijo, y Juan, en el prólogo de referencia, establece la identidad entre el Verbo eterno y creador y Aquel que *"fue hecho carne y habitó entre nosotros"*, como etapa culminante de su obra de revelación, de redención y de recreación.

2. El Hijo Mediador

Tendremos ocasión de volver a considerar la obra sacerdotal de Cristo *"según el orden de Melquisedec"* más abajo, pero aquí podemos notar que un aspecto del parangón que se establece entre Cristo y Melquisedec en **(He 7:1-10)**, basado sobre **(Gn 14:18-20)** y el **(Sal 110:4)** debe entenderse a la luz de la obra mediadora del Hijo desde el principio de toda creación. Melquisedec, sin duda una figura histórica y real, era un rey-sacerdote, que adoraba y servía al *"Dios Altísimo, poseedor de los cielos y de la tierra"*, según el modelo primitivo de los reyes, jefes de tribu y patriarcas entre los cuales se guardaba aún la luz de la revelación original de Dios. Ejemplos tenemos de estos reyes-sacerdotes en Noé **(Gn 8:20-21)**, en Abraham **(Gn 12:8)**, en Isaac **(Gn 26:25)**, en Jacob **(Gn 35:7)**, además del caso notable e iluminador de Job, quien no era hebreo, pero que tenía profundos conocimientos de Dios y le servía, ofreciendo sacrificios, en medio de su familia y tribu **(Job 1:5) (Job 42:8)**. Hay razones para creer que esta antigua institución, que arranca de la creación del hombre, era en sí trasunto de una verdad mucho más fundamental: la obra mediadora desde el principio de todo lo creado del Hijo de Dios, quien siempre ordenaba los asuntos humanos como Sustentador, y cuya obra futura de expiación y de redención era algo conocido y necesario desde antes de la fundación del mundo **(Ap 13:8) (1 P 1:18-20) (2 Ti 1:9)**. Es verdad que Melquisedec era tipo del Rey-Sacerdote que había de ser manifestado, pero también es verdad que Melquisedec fue él mismo hecho semejante al Hijo de Dios en función de eterno Mediador, y así enlaza típicamente el pasado con el porvenir **(He 7:3)**. Todo el énfasis en **(He 7:1-10)** recae sobre el orden de Melquisedec, y no tanto sobre la persona del rey de Salem. Siendo su sacerdocio reflejo de la obra del

Mediador divino desde el principio, y un anticipo de la renovada mediación después de la Obra de la Cruz, que era superior a todas luces a Aarón en su obra parentética y temporal, que sólo podía revestirse de importancia hasta la consumación del sacrificio, cuando la *"sombra"* desapareció al manifestarse la *"sustancia"*.

Los mediadores del Antiguo Testamento

1. Los intercesores

Toda obra mediadora en relación con Dios tiene por objeto mantener la comunión entre él y la criatura, y por ende es natural que los guías del pueblo de Israel se vieran frecuentemente en la necesidad de interceder por sus compatriotas, ya que éstos caían con tanta frecuencia en pecados que entorpecían tal comunión. Desde luego no había en el antiguo régimen ningún ser puro y sin culpa que pudiera interceder por otros sobre la base de su propia perfección, pero sí se hallaban guías que comprendían la voluntad de Dios para el pueblo en su día, pudiendo interceder sobre la base de las promesas que Dios había otorgado. Igual podemos decir de los jefes de familias y de tribus.

a) Job. Ya hemos notado que este santo varón se preocupaba por el estado espiritual de sus hijos, intercediendo por ellos y ofreciendo holocaustos. De igual forma tuvo el privilegio de interceder por los amigos que tanto le habían afligido el alma **(Job 1:5) (Job 42:8-10)**. He aquí una típica función mediadora en el plano humano, bien que la eficacia de toda intercesión de los hombres por los hombres dependía de la expiación de los pecados que por fin había de realizar aquel que *"oró por los transgresores"* **(Is 53:12)**.

b) Abraham. La intercesión de Abraham a favor de Lot es modelo clásico del *"amigo de Dios"*, quien, con conciencia limpia, y preocupado por otros que no habían sabido vivir a la altura de su profesión, rogaba con santa insistencia por ellos. Sin duda, lo poco que pudo salvarse de Sodoma, apenas más que la mera vida de Lot, se debió al *"mediador"* **(Gn 18:23-32)**.

c) Moisés. Después del Éxodo Moisés llevaba de forma especial la carga espiritual del pueblo de Israel, y llega a ser por excelencia el intercesor que sabía colocarse *"en el portillo"* (*"brecha"*), alegando las promesas de Dios a favor del pueblo que tan pronto se había olvidado de sus compromisos frente a Dios. Caso notable fue su ruego: *"Que perdones ahora su pecado, y si no, ráeme ahora de tu libro que has escrito"* **(Ex 32:30-32) (Sal 106:23)**.

d) Samuel fue rechazado por el pueblo como el caudillo que representaba la teocracia, y comprendía muy bien los motivos carnales que habían inducido al pueblo a pedir un rey. Con todo, sólo la muerte pudo terminar su obra de intercesión a su favor: *"Lejos sea de mí que peque yo contra Jehová cesando de rogar por vosotros"* **(1 S 12:23)**. Representaba la larga línea de profetas que, habiendo recibido frecuentes oráculos de juicio frente al pueblo rebelde, con todo no dejaban de elevar sus peticiones a su favor **(Dn 9:3-19)**.

Todos estos piadosos varones, que se identificaban con el pueblo al par que procuraban salvarles de sus fracasos, son tipos del gran Intercesor que vino para identificarse con el pueblo perdido, y, habiendo efectuado la obra de salvación, *"vive eternamente para interceder por ellos"* **(He 7:25)**.

2. El sacerdocio aarónico

En el estudio sobre los pactos bíblicos, hacemos constar la enorme importancia del régimen levítico en la historia de Israel, ya que las segundas tablas del Decálogo se hallaban en el Arca del Pacto sobre la cual era esparcida la sangre del sacrificio del Día

de Expiaciones, haciendo posible que continuase siendo el Trono del Dios justo, donde manifestara su presencia, a pesar de haber quebrantado el pueblo todas las provisiones del pacto. Al constante derramamiento de sangre correspondía la obra, en el plano humano, del sumosacerdote, en quien se concentraban las funciones mediadoras del régimen de sombras, y que se describen con admirable nitidez en **(He 5:1-4)**: *“Porque todo sumo sacerdote tomado de entre los hombres es constituido a favor de los hombres en lo que a Dios se refiere, para que presente ofrendas y sacrificios por los pecados”*. Por una parte estaba completamente identificado con el pueblo de donde fue *“tomado”*. Por otra parte tenía que ministrar en lo que atañía a Dios en los cultos ordenados. El contacto humano fue perfecto y fácil, siendo Aarón hombre de iguales pasiones que los demás, y necesitando ofrecer sacrificios por sí mismo antes de poder actuar simbólicamente a favor de otros. El contacto con Dios fue dificilísimo, y la entrada al Lugar Santísimo se limitó por fin a un solo día en el año, el de Expiaciones, y fue rodeado de grandes precauciones **(Lv 16:1-14) (He 9:6-10)**. Veremos que en el caso del Sumo Sacerdote de esta dispensación pasó todo lo contrario. Con todo, y dentro del régimen preparatorio de sombras, se destacan en Aarón y sus sucesores las típicas funciones de un mediador. Notemos el hermoso detalle de llevar engastados en el pectoral, sobre su corazón, los nombres de las doce tribus de Israel, *“por piedras memoriales para los hijos de Israel, como Jehová había mandado a Moisés”* **(Ex 39:6-7)**.

El sacerdocio aarónico se relaciona siempre con los repetidos sacrificios que hablaban, por el hecho mismo de su repetición, de un sacrificio final que aún no se había efectuado. El rito llega a su punto culminante en el Día de Expiaciones, y la Epístola a los Hebreos reitera una y otra vez, que, al consumarse la gran Ofrenda una vez para siempre en la *“consumación de los siglos”*, todo sacrificio de sangre pierde su valor y significado, y, por consiguiente, el sacerdocio aarónico se retira, habiendo cumplido su función parentético y temporal **(He 9:26) (He 10:10,14) (He 7:11-28)**.

El solo Mediador

El aspecto general de la obra. La obra mediadora de Cristo se relaciona siempre con el Sacrificio por el pecado, ya que es la ofensa contra la justicia de Dios que impide la comunión y que necesita quitarse de en medio.

Antes de pasar a las detalladas enseñanzas de la Epístola a los Hebreos, debemos notar la gran declaración de Pablo en **(1 Ti 2:5)** *“Porque hay un solo Dios, y un solo mediador entre Dios y los hombres, Jesucristo hombre”*. Si examinamos el contexto de este conocido versículo veremos que no es sólo que *“Cristo padeció una sola vez por los pecados, el justo por los injustos, para llevarnos a Dios”* **(1 P 3:18)**, sino que la misma continuidad de la raza y las relativas bendiciones que reciben los hombres dentro del actual orden social, dependen de la “satisfacción” que se ofrendó frente a las justas exigencias de Dios en el Gólgota. Al principio del capítulo Pablo recalca la necesidad de la oración a favor de todos los hombres, con mención especial de cuantos se hallan en eminencia, a fin de que sea posible una vida tranquila y normal para todos. Luego nota que este buen orden es agradable al Dios que *“quiere que todos los hombres sean salvos y que vengan al conocimiento de la verdad”*, y a renglón seguido adelanta la gran declaración que nos ocupa. Cualquier bien, pues, que llega a los hombres, aun a aquellos que rechazan la gracia divina, depende de la obra del único Mediador, en cuyas manos Dios ha encomendado todas las cosas **(Jn 13:3)**. Pero esta obra mediadora, completa en el caso de los salvos, y necesaria para el desarrollo de la vida humana de todos, halla su base en el sacrificio de expiación, por cuya causa el apóstol añade en seguida: *“El cual*

(Cristo) se dio a sí mismo en rescate por todos, de lo cual se dio testimonio a su debido tiempo" **(1 Ti 2:6)**.

El Mediador del Nuevo Pacto

Cristo se llama el *"Mediador del nuevo pacto"* (o *"de un pacto mejor"*) en **(He 8:6) (He 9:15) (He 12:24)**. En la versión Reina Valera de **(He 9:15)** la palabra que hallamos es *"testamento"*, pero es mejor traducir la voz griega, *"diathéké"* siempre por *"pacto"*. Un pacto es un acuerdo o concierto convenido entre dos personas o entidades que garantiza ciertos beneficios, obligándose las dos partes a cumplir las obligaciones estipuladas. La voz hebrea *"berith"* se relaciona etimológicamente con el verbo *"cortar"*, y probablemente significa todo acuerdo que se solemnizaba por ofrecer una víctima inmolada **(Gn 15:9-10) (Jer 34:18-19)**. Es natural la idea de mediación en relación con un pacto, operando la tercera persona para poner de acuerdo las partes contratantes, y para vigilar por el cumplimiento de las condiciones.

El título de Cristo como *"Mediador del nuevo pacto"* ha de destacarse sobre el fondo de los dos pactos que determinaron la relación de Jehová con su pueblo Israel, el abrahámico y el mosaico. El pacto del Reino concertado con David es también muy importante, pero no entra tan directamente en el tema del Nuevo Pacto **(2 S 7:8-16)**.

1. El pacto de Dios con Abraham

Pablo recalca mucho que este pacto, detallado en **(Gn 15)** como confirmación de la promesa de **(Gn 12:1-3)**, fue obra exclusiva de la gracia de Dios, siendo unilateral e incondicional, ya que Dios garantizó las bendiciones sin pedir a Abraham más que la necesaria fe para recibir lo que Dios proveía **(Ga 3:14-18)**. Más tarde este aspecto se subrayó aún más, ya que Dios *"interpuso juramento"*, o sea, la garantía absoluta de su Persona y Palabra **(Gn 22:16-18) (He 6:13-20)**. Pablo insiste también que la Ley dada en el Monte Sinaí no pudo anular lo que Dios había pactado con Abraham 430 años antes, de modo que quedó en operación para la bendición de los fieles a través de los siglos y no perdió su validez por la disciplina parentética del sistema legal. Por fin se recoge y se cumple en el Nuevo Pacto garantizado por Cristo y sellado con su sangre. Notemos, sin embargo, que fue solemnizado por el sacrificio como todo verdadero *"berith"*, lo que habla de la obra de la expiación, única base para la manifestación de la gracia de Dios **(Gn 15:9-10) (He 9:13-17)**.

2. El pacto de Sinaí

El Nuevo Pacto se enlaza con el abrahámico y se contrasta con el sinaítico, cumpliendo el primero y sustituyendo al segundo. El pueblo de Israel aceptó las condiciones que Dios les impuso por medio de Moisés al pie del monte reiterando: *"Haremos todas las palabras que Jehová ha dicho"* **(Ex 24:3)**. El pacto sinaítico, pues, dependía no sólo de Dios, sino de la actitud y la obra del pueblo que se comprometió a cumplir condiciones imposibles a hombres pecadores. Hay un sentido más amplio en que este pacto estipula que Israel ha de ser el *"pueblo de Dios"*, y que Jehová ha de ser *"el Dios de ellos"*, y tal relación puede ser renovada en varias ocasiones durante los siglos venideros, pero en cuanto al cumplimiento de la Ley como *"condición"*, el pacto *"se envejecía"* y desde el primer momento por falta del cumplimiento de las condiciones de parte del pueblo. Ya hemos visto que se "subsanaba" el fracaso del pueblo contratante por el derramamiento de la sangre y por la inauguración del sistema levítico que hablaba anticipadamente de la obra de la Cruz **(He 8:6-13) (He 9:18-22)**.

Es evidente que Moisés actuaba como mediador de parte del pueblo en este pacto **(Ex 19:10-25) (Ex 20:18-21)** y se habla también de una mediación misteriosa de parte de ángeles, sin que podamos saber en qué consistía **(He 2:2) (Ga 3:19)**. El hecho es que el pacto de las obras, por su misma naturaleza, suponía una separación entre Dios y el pueblo contratante, por lo cual Pablo subraya la superioridad del pacto con Abraham precisamente por depender únicamente de la operación directa de Dios sin necesidad de intermediarios **(Ga 3:17-20)**.

Por el hecho de volver el pecado en transgresión, y por obligar al hombre a desesperarse de sí mismo y de sus obras, el pacto de Sinaí preparó el terreno para el Nuevo; pero por su naturaleza, siendo legal y *"de obras"*, es totalmente opuesto a la obra de gracia que fue sellada con la sangre del Cordero.

3. El Nuevo Pacto

Su naturaleza

Se enlaza con el pacto abrahámico por ser una obra de pura gracia, pero el Nuevo Pacto señala la consumación de la obra, o sea, la manifestación del designio eterno de Dios en Cristo para la redención del hombre, mientras que lo pactado con Abraham no pasaba de ser un preludio que necesitaba el Nuevo Pacto para darle validez. Dios mismo garantizaba todo en el pacto con Abraham, y actuaba, por decirlo así, como su propio "Mediador". De igual forma es el Hijo, el Dios-Hombre, quien es llamado el Mediador del "Nuevo pacto", y no tenemos que pensar en nadie fuera del Trino Dios que tuviera que "ablandar" su corazón para hacer posible la redención. Al mismo tiempo, siendo el Mediador "Jesucristo Hombre", pudo representar perfectamente la raza redimida. Repetimos que el *"Nuevo Pacto"* es la manifestación del designio eterno de Dios para la bendición del hombre, de acuerdo con lo que exigía su propia naturaleza, justa y misericordiosa a la vez, y en tal concierto no hay nada que el hombre puede aportar, ni mérito alguno que añadir. Sólo el sublime misterio de la Cruz puede ser su base intangible **(2 Ti 1:9-10)**.

La profecía de Jeremías

Basándose en el fracaso del viejo pacto de obras, Jeremías, en oráculo divino, anunció el hecho futuro del Nuevo Pacto, que si bien interesaba en primer término a Israel, señalaba también una nueva etapa en la historia de la humanidad **(Jer 31:31-34) (He 8:6-13)**. El Antiguo Testamento, pues, nos deja con la esperanza de un "acuerdo" divino que había de hacer posible una obra duradera de gracia en el corazón del hombre.

La declaración del Señor en la Santa Cena

Es el mismo Señor quien recoge la profecía de Jeremías y el sentido íntimo del pacto abrahámico, señalando su inminente cumplimiento en su persona y obra en la víspera de la crucifixión: *"Y tomando la copa, y habiendo dado gracias, les dio, diciendo: Bebed de ella todos; porque esto es mi sangre del nuevo pacto, que por muchos es derramada para remisión de los pecados"* **(Mt 26:27-28)**. Llegamos aquí a la consumación del concepto de un pacto divino, un pacto de gracia, viendo que nada se exige del hombre, sino que se pone de manifiesto un designio de bendición, realizado totalmente en Cristo, y que depende del derramamiento de la sangre (la obra de propiciación) como medio para la remisión o "alejamiento" del pecado **(Tit 2:14)**. Es para *"muchos"*, porque aquí el Señor recalca la bendición de cuantos recibieran el testimonio divino para atestiguar que *"Dios es veraz"* **(Jn 3:33)**.

El Nuevo Pacto en la Epístola a los Hebreos

Ya hemos notado el título de “Mediador del Nuevo Pacto” que hallamos en **(He 8:6) (He 9:15) (He 12:24)**. De hecho el Nuevo Pacto, administrado por el Sumo Sacerdote eterno sobre la base de la ofrenda del Gólgota, es el tema de una amplia sección de la epístola desde **(He 8:1)** hasta **(He 10:18)**. Lo que es implícito en la declaración del Señor en la Cena llega a ser explícito en estas profundas enseñanzas, puesto que el pacto ya *“viejo”* de Sinaí había caducado en vista del incumplimiento de sus condiciones, mientras que la profecía de Jeremías se cumple en Cristo por el hecho de quitarse el pecado mediante la expiación, representada por el derramamiento de la sangre. De la manera en que la validez de los pactos dependía de la consumación de una muerte, la de la víctima inmolada que lo solemnizaba, así el Nuevo Pacto es válido porque la muerte del Dios-Hombre ha intervenido al efecto de garantizar todas sus condiciones. Por eso no podrá ser anulado jamás, y todas las bendiciones que promete prosperarán en las manos del Mediador.

En **(He 12:22-24)** hallamos una hermosa descripción del Monte de Sión que es figura aquí de la esfera de la gracia en contraste con las amenazas del Monte de Sinaí, y quienes acuden allí para disfrutar de la comunión de los redimidos hallan *“a Jesús, el Mediador del nuevo (reciente) pacto, y la sangre rociada que habla mejor que la de Abel”* **(He 12:24)**. De nuevo la función del Mediador depende del valor perdonador de su propia sangre.

4. El pacto eterno

Al final de la epístola el autor prorrumpe en una hermosa bendición: *“El Dios de paz, que resucitó de los muertos a nuestro Señor Jesucristo, el Gran Pastor de las ovejas, por la sangre del pacto eterno, os haga aptos en toda obra buena”* **(He 13:20-21)**. Es evidente que en el pensamiento del autor inspirado tanto el triunfo de la resurrección de Cristo, como la obra del Gran Pastor frente a su rebaño, se efectúan por medio de la potencia de la sangre de un pacto eterno, o sea, por el designio eterno de gracia hecho efectivo por la obra de la expiación de la Cruz. El pacto eterno es el propósito del Trino Dios de bendecir a los hombres en Cristo y el concepto concuerda con las enseñanzas de **(Ef 1:3-7) (1 P 1:18-21) (Ap 13:8)**. Desde luego, lo que arranca de la eternidad, antes de los tiempos de los siglos, ha de tener duración eterna, siendo independiente de la fluctuación de los *“siglos”* que se desarrollan bajo el signo del pecado **(Tit 1:2-3) (2 Ti 1:9-10)**.

La obra mediadora del Sumo Sacerdote

1. El sacerdocio aarónico cede ante el sacerdocio real

Reiteramos la importante distinción entre la obra sacerdotal que Cristo realizó sobre la tierra, en cumplimiento del tipo de Aarón, y la que inauguró al ser exaltado a la Diestra de Dios. En la Cruz actuó como sacerdote y víctima a la vez, ya que se repite muchas veces que *“se ofreció a sí mismo”* en ofrenda de expiación, ante el Trono de Dios, sin la intervención de otro agente. La consumación del sacrificio de infinito valor, esperado y tipificado a través de los siglos, puso fin al régimen levítico cuyas sombras desaparecieron con la manifestación de la sustancia del designio eterno **(He 7:11-19) (He 9:9-13) (He 10:1-14)**.

Pero si bien un *“sacerdocio”* fue cumplido, llegando a su fin por la Obra de la Cruz, otro de no menos importancia, y de excelsa gloria, fue iniciado al pasar el Redentor triunfante a través de los cielos para presentarse delante del Trono de Dios. Según la figura que examinaremos *“se sentó a la Diestra de Dios”* con el fin de administrar los bienes conseguidos por su obra en la tierra, disponiendo ya de *“toda autoridad en el cielo y en la*

tierra” para el adelanto de su Reino después de haber derrotado a Satanás, y compartiendo el Trono con su Padre hasta que vea a todos sus enemigos puestos por estrado de sus pies **(Mr 16:19-20) (Hch 2:32-36) (He 1:3) (He 2:9) (He 4:14) (He 6:20) (He 8:1-2) (He 10:12-14)**. El sacerdocio aarónico no es adecuado para representar esta etapa de consumación y triunfo, bien que algunas características permanecen, de modo que el Espíritu Santo nos ha provisto en los capítulos 5 a 7 de Hebreos del simbolismo del Sumo Sacerdote según el orden de Melquisedec.

La “clave” para entender el argumento se halla en el Salmo 110, donde la declaración de Dios, frente al Mesías: *“Tú eres sacerdote para siempre según el orden de Melquisedec”*, indicó un sacerdocio mesiánico de una naturaleza distinta del de Aarón, y posterior a su consumación. Será también, según el primer versículo del mismo salmo, un sacerdocio real y vencedor, en cumplimiento también de la profecía de **(Zac 6:12-13)**: *“Dominará en su trono y habrá sacerdote a su lado”*.

2. La Diestra de Dios

La designación del lugar del ministerio triunfal del Hijo Sacerdote se llama también, con mayor solemnidad, la Diestra de la Majestad en las alturas, discerniéndose la figura de un potentado oriental a cuya diestra se sentaba el gran visir para ejecutar con máxima autoridad todos los decretos de su soberano. El Trono es el misterioso lugar de una manifestación especial de la gloria del Dios que es Espíritu y omnipresente, y allí el Hijo de Dios y Hombre triunfador administra con absoluta autoridad, y con todos los recursos de la potencia divina, los resultados de su propia obra de expiación, dirigiendo el curso de los acontecimientos hasta la manifestación de la victoria sobre el mal en todos sus aspectos.

Pero esta suprema realeza y excelsa dignidad no le alejan de los suyos, toda vez que es *“Jesús”*, el Hombre nacido de mujer, quien está allí, y quien quiso ser en todo como sus hermanos por el misterio de la encarnación, dignándose pasar por una escuela de dolor, de tentación, de prueba y de muerte *“para venir a ser misericordioso y fiel Sumo Sacerdote en lo que a Dios se refiere”* preparado para compadecerse de nosotros en nuestras debilidades **(He 2:10-18) (He 4:14-5:10)**.

La expresión *“se sentó a la Diestra”* no significa en manera alguna un período de inactividad, ya que el Hijo ministra de diversas maneras, sino señala la consumación de la obra redentora en contraste con la actuación siempre incompleta de Aarón.

3. La vida indisoluble del Mediador

Al hablar de la obra sacerdotal en la tierra el énfasis recae necesariamente en la muerte de la víctima que se ofreció a sí mismo, pero al contemplar el sacerdocio de la Diestra de Dios las Escrituras enfatizan la vida indisoluble del Sacerdote que ha vencido el pecado y la muerte para siempre. En Hebreos se recalca el contraste entre la brevedad de la vida de los sacerdotes antiguos, cuya muerte cortaba siempre su ministerio, haciendo necesario que fuesen reemplazados por sus sucesores, y esta vida eterna y salvadora del Sumo Sacerdote según el orden de Melquisedec: *“no constituido sacerdote conforme a la ley del mandamiento acerca de la descendencia, sino según el poder de una vida indestructible... permanece sacerdote para siempre..., éste, por cuanto permanece para siempre, tiene un sacerdocio inmutable; por lo cual puede también salvar perpetuamente a los que por él se acercan a Dios, viviendo siempre para interceder por ellos”* **(He 7:16,3,24-25)**. Por eso Melquisedec pudo servir de figura de su sacerdocio, ya que en las Escrituras, y por omisión providencial, se le ve *“sin padre, sin madre, sin genealogía”*. Cristo no es sólo Vida, sino Resurrección y Vida ya que la vida que necesitamos los pecadores es la que ha vencido la muerte **(Jn 11:25-26) (Ro 5:10)**.

4. El santuario

La *“Diestra del Trono”* indica la realeza del Mediador y su ministerio activo que adelanta la consumación del Reino. Pero en la misma epístola a los Hebreos se habla de la entrada del Sumo Sacerdote en el santuario, perfilándose la figura sobre el fondo de las funciones de Aarón en el Día de Expiaciones. Volvemos, pues, hasta cierto punto, al simbolismo aarónico, pero con importantes diferencias, ya que Aarón no podía quedar en el Lugar Santísimo, y al año siguiente tenía necesidad de entrar de nuevo con la sangre de otra víctima. No sólo eso, sino que Aarón entraba solo y salía solo, mientras que Cristo entra como Precursor, a la cabeza de las multitudes de “creyentes sacerdotes” que tienen derecho de entrar en pos de su Sumo Sacerdote que se presenta allí. *“Pero estando ya presente Cristo, sumo sacerdote de los bienes venideros, por el más amplio y más perfecto tabernáculo, no hecho de manos... no por sangre de machos cabríos ni de becerros, sino por su propia sangre, entró una vez para siempre en el Lugar Santísimo, habiendo obtenido eterna redención... Así que, hermanos, teniendo libertad para entrar en el Lugar Santísimo por la sangre de Jesucristo, por el camino nuevo y vivo que él nos abrió a través del velo, esto es, de su carne, y teniendo un gran Sacerdote sobre la casa de Dios, acerquémonos...”* **(He 9:11-14) (He 10:18-22)**.

5. Presentación e intercesión

Aarón entraba en el Lugar Santísimo llevando la sangre que había de esparcir sobre el propiciatorio, pero se nota un cambio significativo en la fraseología de Hebreos en cuanto a la llegada del gran Sumo Sacerdote al Santuario celestial, pues no se trata ya de un sacrificio por cumplir, sino de una obra ya hecha, y de eterna eficacia. Por eso se dice que Cristo entró por medio de su propia sangre **(He 9:12)**, o sea, en virtud de la obra de expiación ya realizada. Sobre tal base se adelantó *“para presentarse ahora a favor nuestro en la presencia de Dios”*. No hace falta ahora repetir ninguna clase de sacrificio de sangre, ni salpicar la sangre como símbolo de la vida entregada, pues basta la presencia del Cordero inmolado, que en sí es la garantía de eterna bendición para todo aquel que por él se acerca a Dios. Bastan las señales de las heridas que se conservan como preciosísimas joyas en sus manos y pies para que todo el universo sepa que la obra se ha consumado triunfalmente y una vez para siempre.

De igual forma su presencia en sí constituye su intercesión por nosotros, y no hemos de imaginar al Sumo Sacerdote en actitud orante delante del Padre, suplicando favores que son difíciles de conseguir, pues la unidad de voluntad y de intención entre el Padre y el Hijo es perfectísima, y todo se ha conseguido ya por la obra de propiciación de la Cruz. Como alguien ha dicho: “La intercesión de Cristo ascendido no es una oración, sino una vida”. Tal intercesión, así entendida, constituye la base de la justicia de los creyentes, librándoles de toda posibilidad de condenación: *“¿Quién es el que condenará? Cristo Jesús es el que murió; aún más, el que también resucitó, el que está a la diestra de Dios, y el que intercede por nosotros”* **(Ro 8:34)**. Presentándose así e intercediendo, asumió y asume toda responsabilidad con referencia a quienes acuden a Dios por medio de él, y *“consumado* (en su preparación como Sumo Sacerdote) *vino a ser causa de eterna salvación para todos los que le obedecen”*. Al mismo tiempo el temido Trono de Dios, lugar de justicia deslumbrante que nos condenaba irremisiblemente, se convirtió en el Trono de Gracia, adonde acudimos para hallar simpatía y ayuda **(He 5:9) (He 4:16)**.

6. El ministerio de socorro

Son sublimes, conmovedores y casi increíbles las expresiones que en Hebreos recalcan el amoroso interés del Sacerdote-Mediador por los suyos, y que reflejan la naturaleza del Dios de amor. *“El que santifica y los que son santificados, de uno son todos”*, dice la Palabra, y tan importante le fue la formación de una nueva familia espiritual que rodeara

eternamente al Hijo que *“convenía a aquél, por cuya causa son todas las cosas, y por el cual todas las cosas subsisten, que al llevar a la gloria a muchos hijos, perfeccionase por aflicciones al Autor de la salvación de ellos”* **(He 2:10-18)**. Ya hemos visto cómo se dignó *“prepararse”* con el fin de comprender las necesidades de los suyos, los objetos especiales de su obra mediadora, llegando a tener un conocimiento íntimo de su condición y sentir profunda simpatía por ellos en sus sufrimientos y luchas. Pero no sólo simpatiza, sino que siempre está dispuesto a ayudarles desde el centro de todo poder, siendo *“poderoso para socorrer a los que son tentados (probados)”*. Este aspecto consolador de su obra mediadora se detalla especialmente en **(He 2:17-18) (He 4:14-16) (He 5:7-10)**, y bien podemos responder agradecidos a la exhortación del autor sagrado: *“Acerquémonos, pues, confiadamente al trono de la gracia para alcanzar misericordia y hallar gracia para el oportuno socorro”*.

El Mediador “Abogado”

La obra mediadora de Cristo, en sentido amplio, abarca todos los aspectos de la redención, pero a los efectos de este estudio subrayamos más la actuación del Mediador al echar un puente sobre el abismo que separa el hombre de su Dios, manteniendo luego la comunión que así se renueva en él. Las epístolas a los Hebreos y a los Colosenses son las que más se preocupan del tema, debido a las necesidades de sus primeros lectores, pero el apóstol Juan no pierde de vista esta “gloria” de su amado Maestro y es en el capítulo 17 de su Evangelio que hallamos la sublime “oración de intercesión” que nos admite a los secretos pensamientos del Hijo, al hablar con su Padre, y preocupándose por los suyos. Hemos dicho que la “intercesión”, como base de nuestra seguridad eterna, es sobre todo la presencia del Mediador delante del Trono, pero no se excluye la comunión del Hijo con el Padre en cuanto a la familia de la fe, y ésta halla sublime expresión en la oración sacerdotal que anticipa la presencia del Hijo a la Diestra del Trono.

En armonía con estos pensamientos es el apóstol Juan quien da al Señor el título de *“Abogado”*, que en el original es *“paracletos”*: *“Y si alguno hubiere pecado, Abogado tenemos para con el Padre, a Jesucristo el justo”* **(1 Jn 2:1)**. El título es idéntico al que el Maestro empleó para describir al Espíritu Santo quien le había de sustituir como ayudador de los discípulos en la tierra, significando *“uno llamado a nuestro lado para socorrernos”*, y que podía aplicarse a la labor de un abogado defensor. El contexto del versículo citado **(1 Jn 1:5-2:2)** revela que el apóstol desarrolla el tema de la comunión del creyente con el Padre y con el Hijo, y la forma en que puede mantenerse a pesar de la naturaleza pecaminosa del hombre, y de los pecados que aún pueden afear el testimonio del creyente. Para *“andar en luz como él está en luz”* hemos de reconocer la condición humana y confesar en el acto los pecados cometidos, lo que hace posible que *“la sangre de Jesucristo el Hijo de Dios nos limpie de todo pecado”*. La confesión se relaciona también con la obra del Paracletos (la división de los capítulos en esta sección oscurece mucho la continuidad del pensamiento), quien puede ser justo al auxiliar al creyente que confiesa su pecado, toda vez que él mismo es *“la propiciación por nuestros pecados, y no por los nuestros solamente, sino por los de todo el mundo”* **(1 Jn 2:2)**. Se aplican al caso especial del pecado cometido y confesado las enseñanzas que ya hemos notado en Hebreos, y quedamos con el precioso pensamiento de un Paracletos divino quien nos socorre en la tierra, el Espíritu Santo, al par que otra Persona divina, el Hijo Mediador, acude en nuestro auxilio a la Diestra.

El Mediador eterno

En el curso de su gran discusión sobre la resurrección en **(1 Co 15)**, Pablo presenta parentéticamente la escena cuando el Hijo-Siervo habrá cumplido totalmente la misión especial que le fue encomendada antes de la fundación del mundo, viendo consumada no sólo la redención de los salvos, sino también la destrucción de los enemigos **(1 Co 15:24-28)**. Habiendo vuelto todas las cosas a la obediencia de Dios, *"entonces también el mismo Hijo estará sujeto al que le sujetó todas las cosas, para que Dios sea todo en todos"*.

¿Indica esta frase el fin de la obra mediadora del Hijo? Desde luego habrá pasado la etapa actual, pues los hijos estarán gozándose de su herencia en la Nueva Creación por los siglos de los siglos, unidos con su Señor, y no necesitarán su intercesión a la Diestra. Pero ya hemos notado el carácter cósmico de la obra del Hijo Mediador, y hay aspectos de su sacerdocio que se llaman eternos. Más bien el pasaje de referencia señala el fin de su misión especial de redención y de reconciliación, haciendo posible que entregue las vastas provincias del Reino universal al Trino Dios, sin que haya movimiento alguno en contra de su voluntad ni posibilidad de ello en el porvenir. Pero sin duda el Hijo siempre se relacionará de una forma especial con todo lo creado, aun en la Nueva Creación, y hay abundante indicación de su eterna unión con la vasta familia de los hijos que redimió con su sangre y recreó a su imagen, además de su enlace indisoluble con su Esposa la Iglesia **(Ro 8:29) (Col 3:10) (Ap 21:9) (Ef 1:10) (Ef 2:7) (Ef 5:25-27)**.

Temas para meditar y recapacitar

1. Discurra ampliamente sobre la obra mediadora de Cristo en relación con todo lo creado.
2. ¿En qué se diferencia fundamentalmente el Mediador del Nuevo Pacto, de los que le precedieron como mediadores de otros pactos? Haga referencia especial al sacerdocio aarónico en contraste con el de Melquisedec.

La persona y obra del Espíritu Santo (1ª parte)

El Espíritu Santo y la Santísima Trinidad

La importancia de aceptar la verdad revelada. Sería acertado volver a leer el estudio sobre "La Deidad" antes de emprender este estudio, teniendo en cuenta dos consideraciones fundamentales: 1) Es imposible que el raciocinio del hombre caído comprenda la naturaleza de la Deidad, y ésta ha de ser revelada por medio del Hijo, el Verbo encarnado, y por la iluminación del Espíritu Santo **(Mt 11:25-27) (1 Co 2:10-16)**. 2) Los Apóstoles aprendieron el misterio de la Trinidad, no por declaraciones dogmáticas promulgadas por el Maestro, sino por medio de su propia experiencia. En el estudio sobre la Persona de Cristo subrayamos las reacciones de los discípulos al verse frente al Señor cuando efectuaba obras nacidas de su autoridad divina, llegando ellos a la convicción práctica de que Jesús de Nazaret era Dios manifestado en carne. Análogamente, tenían experiencia de las operaciones del Espíritu Santo durante el ministerio del Señor en la tierra, recibiendo después la *"promesa del Padre"*. Después del Día de Pentecostés, la *"Promesa"* fue hecha realidad en su experiencia, hasta el punto de comprender ellos muy claramente que el Espíritu Santo no era una mera influencia, sino una Persona divina. Mucho antes de formularse la doctrina de la Trinidad, los Apóstoles habían llegado a comprender por la experiencia que el Dios Uno, del cual habían aprendido por medio del Antiguo Testamento, no era "monolítico", sino que existía en tres Personas, iguales en sustancia y en honor, pero con una distinción interna que hacía posible el amor y la comunicación **(Jn 1:1-3)**. De esta distinción surgen diversas actividades, tal como notamos en el estudio sobre "La Deidad". Recordamos que, según las referencias bíblicas, el Padre es Fuente del pensamiento y de los planes del Trino Dios, siendo típico la declaración del Maestro en **(Hch 1:7)** *"No os toca a vosotros saber los tiempos o las sazones, que el Padre puso en su sola potestad"* **(Mr 13:32)**. Con todo, es preciso recordar que a veces el Padre representa el Trino Dios, y que los términos *"Dios"* y *"Padre"* pueden intercambiarse **(1 Co 1:1-3)**. El Hijo es el gran Mediador entre el Padre y toda la creación, siendo el Agente para realizar los propósitos que emanan del Padre, obrando en la esfera externa, que incluye cosas visibles o invisibles para nuestra visión **(Jn 1:1-3) (Col 1:15-20)**. Con todo, hay textos que muestran que no hemos de pensar en "compartimientos estancos" cuando se trata de las actividades de las Personas de la Santísima Trinidad, ya que *"Dios estaba en Cristo reconciliando consigo el mundo, no tomándoles en cuenta a los hombres sus pecados"* **(2 Co 5:19)**. El Espíritu Santo es también Agente para efectuar los pensamientos divinos, pero obra interiormente, vitalizando la palabra de Dios en todas las esferas.

El Espíritu Santo según la revelación del Antiguo Testamento

En la obra de la creación

"El Espíritu de Dios se movía (o incubaba) sobre la faz de las aguas" **(Gn 1:2)**, llevando a su cabo la obra que cada "palabra divina" decretaba para adelantar las distintas etapas de la creación. Alguna traducción moderna traduce la frase hebrea por "viento", y si bien es verdad que el sentido básico de "ruah" es viento, o soplo, la luz conjunta de las Escrituras indica en este contexto la obra vitalizadora del Espíritu de Dios. Aguas y tierra habían de llenarse de vida, culminándose el proceso de la creación en la del hombre hecho a

imagen de Dios, con el fin de controlar la vida vegetal y animal de este mundo. Hagamos una distinción entre la vitalización amoral del Espíritu (es decir, sin implicaciones morales), lo que hace crecer la planta más humilde, dando su fuerza también a las fieras, etc. **(Sal 104:30)**, y su obra en seres conscientes que necesitan someter su voluntad a los impulsos del Espíritu. Donde existe oposición voluntaria a la obra del Espíritu, éste sigue obrando en la esfera natural, pero no es responsable por la rebeldía, que surge de la libertad moral del hombre, bajo los impulsos del mal.

El Espíritu Santo y la creación del hombre

(Gn 1:26) anuncia el propósito de Dios en cuanto al género humano, y los versículos siguientes constatan el cumplimiento del plan en sus líneas generales. Desde **(Gn 2:4)** la esfera se limita al Huerto de Edén, y la creación se describe en términos apropiados a Adán y Eva. La declaración de **(Gn 2:7)** es de gran importancia y significado. Dios *"formó"* al hombre, polvo de la tierra, o sea, le dio una constitución relacionada con la naturaleza. Luego *"sopló en su nariz aliento de vida"* por una iniciativa especial, lo que dio al hombre su carácter determinativo de *"ser espiritual"*. Los animales también son *"seres vivientes"*, pero no se halló entre ellos ninguno que podía ser compañero del *"hombre del espíritu"*. He aquí una obra especialísima del Espíritu Santo: comunica el *"soplo"* de Dios, en virtud de la cual *"Dios es Dios de los espíritus de toda carne (hombre)"* y *"lámpara de Jehová es el espíritu del hombre"* **(Nm 16:22) (Pr 20:27) (Zac 12:1)**. Pese a su enlace físico con la naturaleza, el hombre es un ser espiritual, igual que la creación angelical, y por lo tanto pertenece a una categoría más elevada que la de un mero "homo sapiens". El pecado rompió la comunión íntima con Dios, que se mantenía por el Espíritu Santo, y que debiera caracterizar al hombre en su plenitud. No vuelve a gozarse de la consumación de su "hombría" hasta que sea *"bautizado con Espíritu Santo"*: obra culminante del Mesías, como veremos más abajo.

El Espíritu Santo y la profecía

Es evidente la relación entre la Palabra de Dios y el Espíritu Santo. El Maestro subrayó la importancia de **(Dt 8:3)**, al insistir en lo escrito: *"No sólo de pan vivirá el hombre, sino de toda palabra que sale de la boca de Dios"* **(Mt 4:4)**. Dios se comunica mediante su Palabra, que, vitalizada por el Espíritu Santo, es medio de vida para el ser humano. Por eso el ministerio profético es una obra típica del Espíritu Santo, algo ya conocido por Moisés y la gente de su tiempo, puesto que, frente a los recelos de Josué, el caudillo dijo: *"¿tienes tú celos por mí? ¡Ojalá todo el pueblo de Jehová fuese profeta y que Jehová pusiera su Espíritu sobre ellos!"* **(Nm 11:29)**. En un momento crítico del reinado de Asa *"Vino el Espíritu de Dios sobre Azarías, hijo de Obed, y salió al encuentro de Asa y le dijo: Oídme Asa y toda Judá y Benjamín..."*. El mensaje del profeta, inspirado por el Espíritu, produjo una reforma en el pueblo que se sometió a la Palabra **(2 Cr 15:1-19)**. Otro incidente parecido se halla en **(2 Cr 20:14-30)** donde se enfatiza la obra del Espíritu en la profecía. Lo mismo se reconoce en las extrañas *"consultas"* que precedieron la derrota de Acab en Ramot de Galaad **(1 R 22:1-28)**. Los profetas de los libros Isaías a Malaquías no se apresuran a reclamar la potencia del Espíritu para todos sus oráculos, quizá por el deseo de distinguirse de los falsos profetas, tan dados a fingir éxtasis sobrenaturales, pero Ezequiel repite frecuentemente: *"Entró el Espíritu en mí y me afirmó sobre mis pies, y oí al que me hablaba..."* **(Ez 2:2)**. Normalmente los profetas son fieles siervos de Dios, declarando Amós: *"No hará nada Jehová el Señor sin que revele su secreto a sus siervos los profetas"* **(Am 3:7)**, pero en el caso de Balaam hallamos a un hombre, llevado por sórdidos móviles de interés propio, quien tiene que declarar la Palabra de Dios por el impulso incontestable del Espíritu soberano: *"Vio a Israel alojados por sus tribus, y el Espíritu de Dios vino sobre él... y dijo..."* **(Nm 24:2)**. Al iniciarse la monarquía en Israel el

pueblo preguntó: *"¿Qué le ha sucedido al hijo de Cis? ¿Saúl también entre los profetas?"*. El caso de Saúl es enigmático, pero, tempranamente, después de su unción por Samuel, podría haber estado en comunión con el Señor. De todas formas, lo que nos interesa es la obra del Espíritu Santo, puesto que, según las señales dadas anteriormente por Samuel, *"El Espíritu de Dios vino sobre él con poder y profetizó..."* **(1 S 10:5-11)**.

Distintas actividades del Espíritu Santo en el Antiguo Testamento

Toda actividad ordenada por Dios, operando dentro de las vidas de los hombres, procede del Espíritu Santo. Veremos más tarde la tremenda importancia del Día de Pentecostés, pero el nuevo modo de operar el Espíritu desde aquella fecha trascendental no debería cegarnos a su obra durante el Antiguo Régimen y durante el ministerio terrenal de Cristo. La Divina Persona es siempre igual y nada se realiza en ninguna época sin su potencia y vitalización. No se nos dice mucho de su operación silenciosa e interior, pero podemos estar seguros, por ejemplo, de que la fe de Abraham y la visión y constancia de José no habrían sido posibles sin la ayuda del Espíritu Santo, y lo mismo rige en cuanto a todo adelanto del plan de Dios. En cuanto a referencias directas, el Espíritu se menciona en relación con ciertas obras llevadas a cabo por medio de los instrumentos que Dios elegía, y se nota una amplia gama de ministerios. Recibimos la impresión de que los instrumentos fueron investidos por el Espíritu para el cumplimiento de su misión especial, que podría ser de menor o de mayor duración. Esto no anula la bendición que el siervo de Dios podría recibir, simultáneamente, como individuo.

a) Los jueces. Estos eran campeones levantados por Dios para librar las tribus de Israel de la opresión de ciertos enemigos vecinos, cuyo dominio entrañaba una manifestación de los juicios de Dios frente a los desvaríos del pueblo. Al manifestarse alguna señal de arrepentimiento de parte de Israel, Dios proveía los medios para su liberación, ungiendo por el Espíritu a hombres aptos para la tarea, quienes, posteriormente, asumían cierto control de los asuntos nacionales. Después del llamamiento de Gedeón leemos: *"Entonces el Espíritu de Jehová vino sobre Gedeón y los abiezeritas se unieron con él"*. Revestido de este poder derrotó a los madianitas, algo parecido a lo que ocurrió con Jefté **(Jue 11:29)**. Hasta las manifestaciones de extraordinaria fuerza física que caracterizaban la extraña obra de Sansón se atribuyen al Espíritu Santo que venía sobre él **(Jue 14:6,19) (Jue 15:14)**.

b) Los reyes. Cuando el establecimiento de la monarquía puso fin a la confusión y anarquía de los días de los jueces, la unción del escogido de Jehová tipificaba el don del Espíritu Santo para la realización de la obra de pastorear el "rebaño" del Señor. Los monarcas de Israel no habían de ser déspotas, sino virreyes, ya que Jehová era Soberano de su pueblo. Ya hemos notado el caso de Saúl, quién terminó por ser infiel a los implicados de su unción. Cuando David confiesa un pecado horrible, agravado porque había sido infiel a su labor de pastoreo, ruega al Señor: *"No me eches de delante de ti y no quites de mí tu Espíritu Santo"* **(Sal 51:11)**. Es probable que está pensando en el don del Espíritu Santo que le capacitaba para llevar a cabo su misión como pastor de su pueblo. Se había mostrado indigno de su alto cargo, pero pidió misericordia con el fin de que el Espíritu Santo le utilizara aún para el bien de Israel.

c) Los artesanos. Moisés había visto en el Monte el diseño de la obra del Tabernáculo, pero le hacían falta artesanos y artistas para realizar lo dispuesto en cuanto a la construcción de esta "casa portátil" de Dios. Es interesante notar que esta obra de artesanía fue inspirada por el Espíritu según **(Ex 31:3)**: *"Habló Jehová... he llamado por nombre a Bezaleel... y yo le he llenado del Espíritu de Dios en sabiduría, en inteligencia, en ciencia y en todo arte"* **(Ex 35:21,31)**. **(Ex 35:21)** muestra que el espíritu de Bezaleel mismo estaba dispuesto a la tarea, lo que hizo posible las poderosas operaciones del

Espíritu Santo, al sacar adelante la obra simbólica que Dios había dispuesto hasta que viniera el tiempo de la consumación de la obra por medio del Mesías. Notemos que el Espíritu Santo, dentro de la voluntad de Dios, puede obrar en asuntos científicos y artísticos.

El Espíritu y el Plan de Dios

Dios escogió a Abraham para ser "padre de los fieles", y sus descendientes llegaron a formar la nación de Israel, el testigo de Dios en la tierra **(Gn 12:1-3)**. El pueblo escogido sólo pudo cumplir su cometido por medio del Espíritu Santo, de quien se dice que *"los pastoreó"* **(Is 63:14)** y que les *"enseñó"* **(Neh 9:20)**. Lo triste fue que los propósitos de Dios en su plenitud, sólo se llevaron a cabo por medio de los hijos espirituales de Abraham, el Resto Fiel, ya que tantas veces Dios testificaba al pueblo con su Espíritu por medio de los profetas, pero no prestó oído, según el lamento de Esdras y de los levitas en **(Neh 9:30)**. Con todo, se promete que, bajo el Nuevo Pacto, basado sobre la Obra de la Cruz, el Espíritu renovará su obra en Israel, levantando bandera contra sus enemigos **(Is 39:19)**, recreando la nación *"muerta"* **(Ez 37)** y escribiendo las leyes en el corazón del pueblo. En la conocida profecía sobre el Nuevo Pacto de **(Jer 31:31-34)** no se menciona directamente al Espíritu Santo, pero la obra realizada es típicamente suya. La profecía de **(Jl 2:28-32)**, que Pedro citó en relación con el Día de Pentecostés, tiene una primera referencia a la renovación de Israel, como se ve por el estudio del contexto: *"Después de esto derramaré mi Espíritu sobre toda carne y profetizarán vuestros hijos y vuestras hijas... porque en el monte de Sión y en Jerusalén habrá salvación"*.

El Espíritu Santo y las profecías mesiánicas

La esperanza que ilumina el Antiguo Testamento se asocia con el Mesías, el Ungido por Dios para llevar a cabo sus propósitos, no sólo en relación con Israel, sino con miras al reino universal. Como es natural, su misión se relaciona íntimamente con las operaciones del Espíritu Santo. Así en el elocuente anticipo del Reino en **(Is 11)** leemos: *"Y reposará sobre él (el Mesías) el Espíritu de Jehová; espíritu de sabiduría y de inteligencia, espíritu de consejo y de poder, espíritu de conocimiento y de temor de Jehová..."*. En el oráculo de **(Is 42:1-2)** hallamos expresiones que habrán de reflejarse claramente en el bautismo del Señor: *"He aquí mi siervo, yo le sostendré; mi escogido, en quien mi alma tiene contentamiento. He puesto sobre él mi Espíritu; él traerá justicia a las naciones..."*. Al anunciar el sentido de su obra mesiánica en Nazaret el Señor habrá de utilizar la profecía de **(Is 61:1)**: *"El Espíritu de Jehová el Señor está sobre mí, porque me ungió Jehová: me ha enviado para predicar buenas nuevas a los quebrantados..."* **(Lc 4:18-19)**. El tema se enlaza con el de las operaciones del Espíritu durante el ministerio terrenal del Señor, que tratamos más abajo.

La clave del asunto

Advertimos una y otra vez del peligro de dogmatizar cuando se trata de las relaciones que existen entre las Personas de la Santísima Trinidad, que se basan en secretos que no podemos conocer. Parece evidente por la lectura del Sal 139 (especialmente el versículo 7) que la Omnipresencia de Dios se relaciona íntimamente con la Persona y Obra del Espíritu Santo, exclamando David: *"¿Adónde me iré de tu Espíritu? ¿Y adónde huiré de tu presencia?"*. En todo el pasaje se identifica el Espíritu con Jehová el Señor, el Creador de todas las cosas, a quien se dirige el salmista.

La importancia de la Persona y Obra del Espíritu se resume en la conocida declaración de **(Zac 4:6)** *"Esta es la palabra de Jehová a Zorobabel que dice: No con ejército, ni con fuerza, sino con mi Espíritu ha dicho Jehová de los ejércitos"*. La obra total de los siervos

de Dios es diversa, pero si no actúa del Espíritu Santo no queda más que la cáscara de un pretendido servicio, algo que viene a ser carnal y nulo.

La persona y obra del Espíritu Santo en los Evangelios

El Mesías y el Espíritu Santo

Este epígrafe enlaza el ministerio terrenal de Cristo con las profecías mesiánicas que acabamos de considerar. Antes de ver algunas referencias típicas, será conveniente preguntar por qué se destaca tanto la Obra del Espíritu Santo en el ministerio del Dios-Hombre, ya que éste se hallaba revestido de toda autoridad para cumplirlo, puesto que el Padre había puesto todas las cosas en sus manos **(Mt 11:27) (Jn 13:3)**. La pregunta es análoga a la que consideramos al ver que el Hijo-Siervo no quiere hacer nada sin su Padre **(Jn 5:19) (Jn 8:28,30)**, y no se trata de que el Hijo sea incapaz de realizar su Obra, dentro de los términos de su propia autoridad, sino que las referencias enfatizan la obra conjunta del Trino Dios en todo. Ya hemos visto que la obra divina, interna y subjetiva es propia del Espíritu Santo, y nada anula este principio aun cuando el Hijo mismo se halla personalmente en el mundo. En todo tiempo el Padre ordena, el Hijo realiza la obra externa y el Espíritu Santo vivifica, armonizándose la obra divina de una manera perfecta.

El Espíritu Santo y la concepción del Mesías

Ante los temores de José, el ángel le tranquiliza: *"No temas recibir a María tu esposa, porque lo engendrado en ella del Espíritu Santo es"* **(Mt 1:20)**. Esta declaración se amplia en el mensaje de Gabriel a María misma: *"El Espíritu Santo vendrá sobre ti y el poder del Altísimo te cubrirá con su sombra; por lo cual también el Santo Ser que nacerá, será llamado Hijo de Dios"* **(Lc 1:35)**. La plenitud de Dios obra por medio del Espíritu Santo en el misterio de la Encarnación.

El Espíritu Santo y el ungimiento del Mesías

Juan el Bautista conocía a Jesús como Hombre, pero la plena comprensión de su misión le vino después del Bautismo: *"Y he aquí, se abrieron los cielos y vio (Juan) el Espíritu de Dios que descendía como paloma sobre él; y he aquí una voz de los cielos que decía: Este es mi Hijo Amado, en quien tengo complacencia"* **(Mt 3:16-17) (Lc 3:21-22) (Jn 1:29-34)**. Ya hemos notado que la Voz del cielo hace eco de la profecía de **(Is 42:1)**. Hubo perfecta armonía entre la voluntad del Padre, la Obra del Siervo y la plenitud del Espíritu Santo que reposó sobre él.

El Mesías justificado por el Espíritu (1 Ti 3:16)

Las obras del Mesías que evidencian las profundas operaciones del Espíritu Santo le *"justifican"* ante los hombres, que debían haber percibido el carácter divino de lo que se hacía. El Maestro apela especialmente a esto en **(Mt 12:22-32)** (y paralelos). Los rabinos habían intentado explicar una manifestación de poder que echaba fuera a demonios diciendo: *"Este no echa fuera demonios sino por Beelzebú, príncipe de los demonios"*. El Maestro contesta con lógica contundente: en su loco afán por desacreditar a Jesús, los rabinos suponían que Satanás destrozaba su propio reino, algo obviamente imposible, no queriendo confrontarse con la verdadera solución que anuncia el Maestro: *"Si yo por el Espíritu de Dios echo fuera a los demonios, ciertamente ha llegado a vosotros el Reino de Dios"*. No hace falta multiplicar referencias, pues la misma lógica se aplica a todas las obras de restauración y de vivificación, siendo el Mesías *"justificado por el Espíritu"*, según el hermoso himno que cantaban los creyentes del primer siglo, que es como hemos de entender **(1 Ti 3:16)**.

El Espíritu Santo y la obra culminante de la Cruz y de la Resurrección

No tenemos plena luz sobre las distintas facetas de la obra de las Personas de la Santísima Trinidad al llegar al gran Sacrificio y triunfo sobre la Muerte, por la Obra del Calvario y del Día de la Resurrección **(He 9:26)**. La figura central es la del Dios-Hombre, a la vez Víctima y Sacerdote; sin embargo, la obra realizada es del Trino Dios, bien que nos conviene emplear expresiones prudentes, ya que interviene el factor del juicio sobre el pecado que procedió del Trono de Justicia para caer sobre el Sustituto. La referencia más directa a la obra del Espíritu Santo en esta crisis se halla en **(He 9:13-14)**: *"Porque si la sangre de machos cabríos... santifican (ceremonialmente) para la purificación de la carne, ¿cuánto más la sangre de Cristo, el cual mediante el Espíritu eterno se ofreció a sí mismo sin mancha a Dios, limpiará vuestras conciencias de obras muertas para que sirváis al Dios vivo?"*. El título *"Espíritu Santo"* aquí no lleva artículo definido, pero es evidente que se trata de una ofrenda, presentada por Aquel que era a la vez la Víctima inmaculada y el Sumosacerdote a los efectos de la expiación del pecado, según el impulso del Espíritu eterno, ya que es imposible hacer distinciones entre el *"Espíritu del Hijo"* y el Espíritu Santo de Dios. Aquí la dinámica infinita que hizo posible la derrota del pecado y de la muerte se asocia con el Espíritu Santo.

Es más fácil ver el enlace entre la Resurrección de Cristo y la operación del Vivificador, bien que el hecho no se declara muchas veces en tantas palabras precisamente por ser tan obvio. En **(Ro 1:3)** hallamos estas palabras: *"(Jesucristo)... declarado Hijo de Dios con poder, según (el) Espíritu de Santidad.., por la resurrección de los muertos..."*. De nuevo falta el artículo definido, pero, como en el caso de **(He 9:14)**, el Espíritu de Santidad tiene que identificarse con el Espíritu Santo. El Espíritu de vida es el que anima y utiliza el cuerpo del creyente, que de otra forma no podría ser instrumento vital en el servicio de Dios: pensamiento relacionado con la santificación, la Resurrección del Señor y la obra del Espíritu de resurrección: *"Y si el Espíritu de aquel que levantó de los muertos a Jesús mora en vosotros, el que levantó de los muertos a Cristo Jesús vivificará también vuestros cuerpos mortales por su Espíritu que mora en vosotros"* **(Ro 8:11)**. Todas las expresiones que señalan la potencia suprema que operó en la Resurrección y glorificación de Cristo en **(Ef 1:19-23)** implican la obra del Espíritu Santo, bien que no hallamos el título expresado. De igual modo *"el postrer Adán, Espíritu Vivificante"*, obra por el Espíritu Santo al resucitar a los muertos, dándoles *"cuerpo espiritual"* **(1 Co 15:42-58)**.

El enlace con el periodo pospentecostal, (Juan 14 a 16)

Las enseñanzas sobre la Persona y Obra del Espíritu Santo

Normalmente los Evangelios ilustran la obra del Espíritu en relación con el Mesías, ungido éste para llevar a cabo la misión de redención. Si tomamos en cuenta los propósitos de Juan al redactar su Evangelio, no nos sorprende que sea él quien más nos enseñe sobre la Persona que había de venir a sustituir, de forma directa, la Persona del Hijo. Los discursos del Aposento alto preparan a los discípulos para el gran cambio que se avecina, y por lo tanto enseñanzas más detalladas se nos ofrecen en este sentido, pero antes de examinarlas debiéramos notar las declaraciones anteriores de **(Jn 7:37-39)**. En el último día de la fiesta de los Tabernáculos el Señor dirigió una preciosa invitación a todos los sedientos diciendo: *"Si alguno tiene sed, venga a Mí y beba. El que cree en mí, como dice la Escritura, de su interior correrán ríos de agua viva. Esto dijo del Espíritu que habían de recibir los que creyesen en él; pues aún no había venido el Espíritu Santo, porque Jesús no había sido aún glorificado"*. La puntuación que hemos utilizado enfatiza la verdad de que la Roca mesiánica es Fuente única del agua viva del Espíritu Santo, según las figuras y profecías del Antiguo Testamento. Repetimos que la obra del Espíritu Santo es

constante, pero notamos también que la glorificación de Cristo, después de llevar a cabo la obra de redención, había de hacer posible el don especial del Espíritu Santo, cumpliéndose la predicción en el día de Pentecostés.

Las enseñanzas del Cenáculo

Las enseñanzas que el Maestro dio a sus discípulos en el Cenáculo, según los capítulos 13 a 16 de Juan, cobran una importancia muy especial, puesto que el Señor, en la víspera de la Pasión, se expresó como si la Obra fuese ya realizada, enfocando la atención de los suyos en las realidades basadas en el cumplimiento de su misión en la tierra. El, en cuanto a su Persona como Dios-Hombre en la tierra, se marcha, y frente a la tristeza de los suyos, que no pueden imaginar la vida y el servicio sin su presencia, el Maestro esboza algunos de los principios que han de regir después. Naturalmente, da realce a la Persona y obra del Espíritu Santo, ya que el nuevo período habría de ser *"el del Espíritu"* hasta que el Señor volviera para recoger su Iglesia. Esta enseñanza viene a ser el eje de la doctrina sobre el Espíritu Santo, enlazando la que ya hemos meditado con el hecho primordial del día de Pentecostés. Se destaca el desarrollo de la labor especial de los Doce, cuyo testimonio ha de ser vitalizado por la obra del Espíritu Santo.

El Espíritu Santo había de venir para sustituir al Señor, (Jn 14:15-19)

Los discípulos no habían de quedar como huérfanos en medio de un mundo hostil: *"No os dejaré huérfanos, vendré a vosotros.., vosotros me veréis..."*. Es evidente que la promesa de **(Jn 14:2-3)** se refiere a la venida del Señor para recoger a los suyos a los lugares celestiales preparados para ellos, la meta última del desarrollo de este siglo, y ha de distinguirse netamente de la de **(Jn 14:16-19)**, ya que estos versículos prometen la venida del Espíritu Santo, el "alter ego" del Señor, quien será su Paracletos (su Ayudador cercano), del modo en que Cristo lo había sido durante los tres años de ministerio. Pero el Espíritu Santo, Espíritu de verdad, podría morar en ellos, y estar con ellos *"para siempre"*. Los hombres del mundo no comprenderían esta presencia, pero ayudaría a los discípulos a reconocer la verdad, haciendo posible que vieran al Señor espiritualmente y que recibieran constantemente la ayuda del Paracletos.

El Espíritu Santo como Enseñador, (Jn 14:26)

El Paracleto no sólo había de consolar y auxiliar a los discípulos, sino enseñarles *"todas las cosas"*, con referencia especial en **(Jn 14:26)** a su obra al despertar su memoria, recordándole las maravillosas palabras del Verbo Encarnado. De ahí la garantía de la verdad de los Evangelios, que no sólo constituyen excelentes documentos históricos, sino que vienen a ser la presentación inspirada de la Persona, Obra y enseñanza del Dios-Hombre. Se volverá a subrayar este tema más abajo.

El Espíritu Santo da testimonio a Cristo, (Jn 15:26-27)

Estos versículos enfatizan la verdad que acabamos de comentar, pero es importante notar aquí el testimonio dual que se daría en el mundo en cuanto a Cristo. Los discípulos estaban muy enterados en todos los aspectos de la misión terrenal del Señor, porque habían estado con él desde el principio de su ministerio, pero reiteramos que hacía falta la garantía divina de la inspiración, ya que el hecho central del Evangelio es Cristo mismo. El Paracletos procedió del Padre por mediación del Hijo glorificado, pudiendo recordar y comunicar la verdad con toda autoridad **(Hch 1:21-22) (Hch 5:32)**.

El Espíritu convence del pecado, (Jn 16:7-15)

La porción señalada es de especial importancia, ya que el Maestro desarrolla con mayor detalle el ministerio del Espíritu que había de enviar no sólo a los discípulos, sino para la iluminación de los hombres del mundo. Tan importante sería la labor del Espíritu que *"convenía"* que el Señor se marchara, pues había de inaugurarse otra etapa de la historia de la redención. En el Estudio sobre la Regeneración hicimos ver que toda la obra de gracia, no sólo objetiva, sino subjetiva (interna), dependía de la gracia de Dios y de las operaciones del Espíritu Santo, citando lo que hallamos aquí: *"Cuando él venga, convencerá al mundo de pecado, de justicia y de juicio..."*. Esta bendita obra puede ser rechazada por el hombre, pero en manera alguna puede ser iniciada por él, pues la comprensión de la culpabilidad del pecado ha de ser despertado por las operaciones del Espíritu Santo, en relación con la obra de Cristo. *"Convencer al mundo"* no indica que el mundo de todos los hombres había de responder a los impulsos del Espíritu, sino que todo testimonio tendente a despertar la conciencia de los hombres depende del Espíritu Santo en todo el mundo.

El Espíritu Santo completa la revelación del Nuevo Pacto, (Jn 16:12-14)

El Señor vuelve a afirmar la labor didáctica del Espíritu Santo, pero de una forma más amplia. El Maestro había enseñado mucho a los fieles discípulos, manifestando su Nombre a ellos y entregándoles palabras divinas **(Jn 17:6-8)**; sin embargo, aún tenía mucho más que decirles que no eran capaces de asimilar antes de participar en el gozo de la Resurrección **(Jn 16:12)**. Por eso era preciso que el Espíritu les guiara a *"toda la verdad"*, con referencia, claro está, a lo que corresponde a la nueva dispensación, y que había de concretarse por fin en el Nuevo Testamento. Los versículos 13 y 14 notan tres facetas de esta enseñanza: a) su procedencia divina, *"hablará todo lo que oye"*; b) revelará asuntos proféticos, *"os declarará las cosas que están por venir"*; c) enseñará la verdad en cuanto a Cristo, pues le ha de glorificar por tomar de lo suyo, dando a conocer a los fieles *"el misterio de Dios, que es Cristo"* **(Col 2:3)**.

Un acto simbólico, (Jn 20:19-23)

Terminamos las referencias a la doctrina del Espíritu Santo que hallamos en los Evangelios por notar el significado del hecho simbólico de **(Jn 20:21-23)**. El Señor resucitado se presentó en medio de sus discípulos, con su mensaje de *"Paz"*, reiterando los términos de la misión de ellos: *"Como el Padre me ha enviado a mí, así también os envío yo a vosotros... Dicho esto, sopló en ellos y les dijo: Recibid el Espíritu Santo"*. Los discípulos habían de ser bautizados por el Espíritu Santo en el Día de Pentecostés igual que los demás creyentes presentes en el Aposento Alto, por medio del Descenso del Paracletos aquel día: hecho único que no podía duplicarse. Ahora bien, tratándose de estos hombres que habían de iniciar el nuevo testimonio, siendo piedras en la fundación de la Iglesia **(Ef 2:19-20)**, el Maestro les concedió un acto simbólico, efectuado por él mismo, estando aún con ellos. Anticipa la realidad de Pentecostés en estrecha relación con la misión que les encomendó para ser sus enviados al mundo. Los Evangelios empiezan con una profecía de parte del Bautista: *"El os bautizará con el Espíritu Santo"* y terminan con un acto simbólico que señala el cumplimiento de esta misión mesiánica, cuyo significado hemos de estudiar en los párrafos siguientes.

La persona y obra del Espíritu Santo (2ª parte)

La Persona y Obra del Espíritu Santo en los Hechos

El día de Pentecostés y el bautismo del Espíritu Santo

A los efectos de este estudio, hemos de limitarnos a la mención escueta de ciertas características fundamentales de la gran fecha del Día de Pentecostés y el significado del Bautismo por el Espíritu Santo. Ciertos rasgos del calendario religioso de Israel anticipaban eventos del plan de la redención, y *"Pentecostés"* se describe en **(Lv 23:15-21)**. Siete semanas después de la Pascua, dos panes con levadura habían de ser ofrecidos, como señal del principio de la cosecha general y del aprovechamiento de la abundancia de la tierra. *"Pentecostés"* equivale a *"cincuenta"*, el número de días completos de este intervalo. Sin duda el Sacrificio de la Cruz fue ofrendado durante la Pascua, y cincuenta días después se inicia la cosecha de la Iglesia. El Señor había ascendido al Cielo diez días antes, para enviar *"la Promesa del Padre"* **(Hch 1:4)**, que había descrito en el Cenáculo en la víspera de la Pasión. Los discípulos no habían de apresurarse a inaugurar su obra de testimonio, sino esperar el poder necesario para cumplir con éxito su cometido **(Hch 1:8)**. El primer capítulo de Los Hechos constituye el Prólogo al Día de Pentecostés, cuando el Espíritu Santo desciende para inaugurar la época que se caracteriza especialmente por su presencia y sus operaciones en la tierra. Más tarde Pablo, Apóstol de los gentiles, enseñará que mora en la Iglesia y en los creyentes, que diferencia el modo de sus operaciones de las que hemos visto en el Antiguo Testamento y en Los Evangelios **(Ef 2:19-22) (Ef 4:3-5) (1 Co 3:17) (1 Co 6:19-20) (1 Co 12:12-13)**. La fecha, pues, señala el principio de esta obra especial del Espíritu Santo en el mundo, y también viene a ser el "día del nacimiento de la Iglesia", cumpliendo la predicción del Maestro: *"Sobre esta Roca (mesiánica) edificaré mi iglesia"* **(Mt 16:18)**.

El Bautismo del Espíritu Santo

Tenemos que examinar el hecho descrito en **(Hch 2:1-13)** a la luz de las enseñanzas apostólicas que nos ayudan a ver que el bautismo del Espíritu Santo incorpora al creyente en la realidad espiritual del Cuerpo de Cristo, que es su Iglesia, no debiendo confundirse con el repartimiento de ciertos dones del Espíritu. Según el importante capítulo 12 de 1 Corintios, todos los creyentes son bautizados en un solo Cuerpo, pero el Espíritu Santo reparte sus variados dones según su propia voluntad. El Cuerpo es uno solo, declara Pablo, y sigue escribiendo: *"Porque por un solo Espíritu fuimos todos bautizados en un cuerpo, sean judíos o griegos, sean esclavos o libres; y a todos se nos dio a beber de un mismo Espíritu"* **(1 Co 12:13)**. El verdadero creyente, dejando aparte la cuestión de dones que haya recibido, es bautizado por el Espíritu en el solo Cuerpo de la Iglesia, y *"ha bebido"* de su potencia. *"Dones del Espíritu"* y la *"plenitud del Espíritu"* son otros temas que han de ser considerados en su debido lugar, pero que no deben confundirse con el hecho fundamental del bautismo del Espíritu, sin el cual el creyente no sería miembro del Cuerpo de Cristo. Los ciento veinte creyentes que fueron bautizados por el Espíritu según Hechos 2 recibieron dones especiales que señalaban la poderosa intervención del Señor, pero lo importante es el hecho del bautismo y no las manifestaciones subsidiarias.

Al abrirse la puerta del Evangelio a los gentiles de una forma directa, la compañía reunida en la casa de Cornelio recibió el Espíritu por el solo medio de aceptar con fe la Palabra predicada por Pedro, siendo bautizados por agua posteriormente **(Hch 10:44-48)**. De

nuevo, se trata de todos y no de algunos. El verso citado de **(1 Co 12:13)** nos enseña que ésta fue la experiencia común en las iglesias de la edad apostólica, empezando con los añadidos a la Iglesia por la predicación de Pedro en el Día de Pentecostés quienes escucharon la Palabra predicada, la recibieron con agrado, manifestaron arrepentimiento y fe, recibieron el perdón de los pecados y el don del Espíritu Santo, siendo agregados seguidamente a la compañía ya formada **(Hch 2:37-42)**.

El don de lenguas

Hoy en día se habla tanto del don de lenguas que pocos creyentes se dan cuenta de lo poco que hallamos sobre el tema en el Nuevo Testamento. Aparte de breves referencias en Hechos capítulos 2, 10 y 19, con la consideración de un don llamado *"lenguas"* y de la conveniencia de su uso en público de 1 Co capítulos 12 a 14, apenas se menciona esta manifestación. Y surge en seguida una cuestión inicial que nos deja perplejos: el don que se describe en **(Hch 2:4-13)** ayudó a judíos de distintas lenguas (eran judíos de la Dispersión que hablaban los idiomas de los países donde se habían criado), a comprender perfectamente las alabanzas de los discípulos y, por supuesto, el discurso de Pedro. Constituyó, pues, un milagro de comunicación, saltando por la barrera lingüística. En cambio, el don *"de lenguas"*, según se conoció en la Iglesia de Corinto, parece ser una comunicación secreta entre el alma y Dios, utilizándose lenguaje que no se comprendía por otros y que exigía la interpretación por medio de otro don espiritual. Los dos dones son una manifestación de la operación del Espíritu Santo para ciertos propósitos suyos en la época y lugar en cuestión, pero ¿podrá ser un don de libre comunión igual a otro que es secreto, y no pasa del individuo aparte de la interpretación? No tenemos una contestación dogmática a la pregunta, pero sí notamos que limita aún más el lugar que se da a este fenómeno en el Nuevo Testamento. Antes de completarse los escritos del Nuevo Testamento fue necesario que las gentes percibiesen que la obra de los Apóstoles y sus ayudadores era de origen divino, y hemos de pensar en "lenguas" igual que en "sanidades", etc., como un medio que acreditaba la Palabra en ciertas circunstancias, sin llegar a ser una panacea universal. Pensando por el momento en el tema relacionado de *"sanidades"*, comprendemos que la salud espiritual de Pablo se beneficiaba más por soportar el dolor de su *"aguijón en la carne"* que por ser aliviado de él **(2 Co 12:7-9)** y aprendemos de su experiencia que la frase *"bástate mi gracia"* nos acerca más a la voluntad de Dios que no una preocupación por manifestaciones espectaculares de la potencia del Espíritu.

El señorío del Espíritu Santo en "Los Hechos"

Recordemos que los discípulos aprendieron la verdad en cuanto al Espíritu Santo por medio de experiencias personales y reales de su presencia y de su poder, comprobando lo que el Maestro les había anunciado en el Cenáculo. Al llenar la casa donde se hallaban los ciento veinte, como viento impetuoso, el Espíritu Santo se hizo cargo de la situación, manifestándose como él quiso, e inspirando el don de lenguas *"según el Espíritu les daba que se expresaran"* **(Hch 2:4)**. El Señor ya glorificado había enviado *"la promesa del Espíritu Santo"* y todas las hermosas características de la Iglesia-Comunidad que se reunía en Jerusalén se derivaban de su presencia y de su poder. Frente al Sanedrín, Pedro se dirige a los magistrados *"lleno del Espíritu Santo"*: hecho manifiesto en la sabiduría y eficacia de su mensaje **(Hch 4:8-12)**. Juntos los discípulos, después de las amenazas del Sanedrín, oran unánimemente y hasta el lugar donde se hallaban tembló: *"y todos fueron llenos del Espíritu Santo y hablaban con denuedo la Palabra de Dios"* **(Hch 4:23-31)**. Los Apóstoles se apropiaron de la promesa de que el Espíritu Santo había de dar eficacia a su testimonio **(Hch 5:32)** y hasta los administradores ocupados en asuntos materiales habían de ser hombres llenos del Espíritu Santo **(Hch 6:3-5)**. El

protomártir Esteban consumó su maravilloso testimonio *“lleno del Espíritu Santo”*, y Felipe recibió orden expresa del Espíritu Santo cuando había de acercarse al etíope con el mensaje de vida **(Hch 7:55)** **(Hch 8:29)**. Saltando por muchos episodios del mismo significado, hallamos en **(Hch 16:6-8)** que el Espíritu Santo, también llamado el Espíritu de Jesús, prohibió a Pablo y su compañía que evangelizasen Asia y Bitinia en aquella época, obra que correspondía a una época más tardía del ministerio apostólico bajo la dirección del mismo Espíritu. Como es natural, el señorío del Espíritu Santo se destaca en Los Hechos en la obra de los siervos del Señor, pero se establece el mismo principio, como veremos, cuando se trata del ministerio dentro de las iglesias, locales, que dependerá de los dones que el Espíritu reparte según su soberanía.

La Persona y Obra del Espíritu Santo en las Epístolas

El Nuevo Pacto es esencialmente espiritual

Las profecías del Antiguo Testamento ya anunciaban una obra futura, relacionada con el Mesías, que había de ser esencialmente espiritual, grabándose la ley en los corazones de los fieles **(Jer 31:31-34)**. Pablo recoge este tema al describir el ministerio apostólico diciendo: *“Nos hizo ministros competentes de un nuevo pacto, no de la letra* (el aspecto externo de la Ley), *sino del Espíritu, pues la letra mata, mas el Espíritu vivifica”* **(2 Co 3:6)**. Según este pasaje, el Nuevo Pacto es glorioso en extremo, y se anima por *“el Señor, el Espíritu”* el Dador de perfecta libertad, quien transforma al creyente en la misma imagen del Señor, de gloria en gloria **(2 Co 3:17-18)**. Las Epístolas hacen constantes referencias a distintos aspectos de la obra del Espíritu Santo por la sencilla razón de que los escritores inspirados exponen la doctrina de la dispensación del Espíritu. Se ha de entender que las referencias siguientes son típicas y no exhaustivas, pues en toda manifestación de vida, en toda actividad ordenada por Dios, se halla la presencia y la potencia del Espíritu Santo.

La obra y el mensaje de los siervos de Dios

Las cartas apostólicas suplen el fondo doctrinal de los acontecimientos históricos que se destacan en Los Hechos, recordándonos que toda obra de Dios, cada mensaje de origen divino, depende de las operaciones del Espíritu de Dios; con clara referencia al Espíritu Santo, Pablo escribe: *“Dios es el que en vosotros produce, así el querer como el hacer, por su buena voluntad”* **(Fil 2:13)**. Los principios de la obra en Tesalónica no habían sido fáciles, pero sí muy eficaces, explicando Pablo la razón de esta manera: *“Nuestro evangelio no llegó a vosotros en palabras solamente, sino también en poder y en Espíritu Santo y en plena convicción..., recibiendo (vosotros) el mensaje en medio de grande tribulación, con gozo del Espíritu Santo...”* **(1 Ts 1:5-7)**. Gracias a la potencia del Espíritu Santo la Palabra así predicada llegó a tener resonancia en las extensas provincias griegas de Macedonia y Acaya.

Como hemos notado ya en el caso del capítulo 3, la primera sección de 2 Corintios explaya diferentes aspectos del ministerio apostólico. Llegando al final de la sección, en **(2 Co 6:4-10)**, Pablo se vale de elocuentes y gráficas expresiones para resumir el ministerio, pensando más bien en sus experiencias personales. En medio de la lista hallamos: *“en pureza, en ciencia, en longanimidad, en bondad, en el Espíritu Santo, en amor no fingido, en palabra de verdad, en poder de Dios”*. Quedamos maravillados ante la eficacia, la fidelidad y la abnegación del servicio de Pablo, pero el secreto del éxito espiritual se halla en el Espíritu Santo: Dios obrando en un hombre enteramente entregado a su voluntad.

El Espíritu Santo distribuye soberanamente los dones para el ministerio

El Don del Espíritu es su misma bendita Persona, que se entrega al verdadero creyente como Fuente de toda verdadera vida y potencial de todo servicio genuino. Los *"dones del Espíritu"* surgen del Don, siendo manifestaciones de poder que capacitan al siervo de Dios para su variado ministerio. Los pasajes más destacados que describen la distribución y el empleo de los dones son los siguientes, que debieran leerse: **(1 Co 12:4-31) (1 Co 14:26-33) (Ro 12:3-8) (Ef 4:4-16) (1 P 4:10-11)**. Sólo nos cabe enfatizar los siguientes aspectos de un tema de gran trascendencia, recomendando otros estudios al final de la sección.

1) El origen y la diversidad de los dones. El apóstol Pablo escribe: *"Hay diversidad de dones, pero el Espíritu es el mismo... a cada uno le es dada la manifestación del Espíritu para provecho... a éste le es dada por el Espíritu palabra de sabiduría... ciencia... Pero todas estas cosas las hace uno y el mismo Espíritu, repartiendo a cada uno en particular como él quiere"* **(1 Co 12:4-11)**. Los versículos siguientes del mismo capítulo subrayan la interdependencia de los miembros del Cuerpo de Cristo, y la porción termina con la declaración de que Dios colocó a los Apóstoles, profetas, etc., en la iglesia según su soberana voluntad. Cuestiones sobre la naturaleza de algunos de los dones mencionados han de estudiarse en los Comentarios y Estudios que mencionamos más abajo, pero destacamos brevemente estos principios fundamentales: a) El hombre no puede adquirir verdaderos dones por meros procesos de estudio profesional, ya que son manifestaciones de la energía, poder y voluntad del Espíritu Santo. b) Todo *"miembro del cuerpo"* está en posesión de alguna manifestación del Espíritu Santo, y es importante eliminar la idea de que sólo los dones de predicación, exhortación, enseñanza, pastoreo, etcétera, constituyen manifestaciones del Espíritu. El don podrá manifestarse en una preocupación por un hermano joven, o por otro anciano, llevándole el socorro material, moral o espiritual que precise. La vitalidad y eficacia del Cuerpo depende del pleno ejercicio del don que surge de la potencia del Espíritu Santo en la forma que sea, y en todos los miembros.

2) El ejercicio idóneo de los dones en las esferas apropiadas. Hemos de fijarnos especialmente en **(Ro 12:3-6)** para ver de qué modo los dones han de ejercitarse. Pablo acaba de enfatizar la importancia de la consagración del creyente justificado **(Ro 12:1-2)** que le llevará a servir en la iglesia local (de nuevo la figura es la de un cuerpo) con humildad, pero también comprendiendo su responsabilidad, ya que ha de saber lo que el Señor le ha dado con el fin de cumplir su servicio **(Ro 12:3-5)**. Las traducciones aquí han de añadir al original verbos de exhortación con el fin de sacar el sentido de que la *"profecía"*, por ejemplo, tiene su debida esfera y debiera desarrollarse el don en las condiciones apropiadas. Notamos que en este enfoque práctico de los dones Pablo incluye no sólo profecía, ministerio, enseñanza, exhortación, sino también la gracia de repartir con solicitud, y presidir con diligencia, lo que viene a subrayar lo antedicho sobre la gran variedad de las manifestaciones del Espíritu Santo. En **(Ef 4:4-16)** el panorama es más amplio, y los *"dones"* concedidos por el Señor resucitado a la Iglesia son más bien personas que ejercitan el ministerio que les ha sido encomendado. Se verá que los Apóstoles, profetas, evangelistas, pastores y maestros han de servir de tal forma que los demás miembros se animen a hacer su propia contribución, según el principio de que cada miembro ha recibido su *"manifestación del Espíritu"*, siendo llamado a servir a los demás: *"El mismo dio a unos como Apóstoles, profetas, evangelistas, pastores, maestros, a fin de perfeccionar a los santos para una obra de servicio, para edificación del Cuerpo de Cristo"*. El fin ideal del ministerio del Espíritu es éste: *"hasta que todos lleguemos a la unidad de la fe y del pleno conocimiento del Hijo de Dios, al hombre completo, a la medida de la plenitud de Cristo"* **(Ef 4:11-13)**.

3) El ministerio del Espíritu y la Palabra de Dios. La relación estrecha que existe entre la obra del Espíritu y la Palabra de Dios ha sido evidente en citas anteriores tanto del Antiguo Testamento como del Nuevo Testamento y siempre *"la espada del Espíritu es la Palabra de Dios"* **(Ef 6:17)**. Esta consideración fundamental nos ayudará a comprender mejor el carácter de los dones en la primera época de la fundación de las iglesias, contrastado con el de períodos posteriores. Al viajar Pablo por las provincias del Imperio de Roma, fundando las nuevas iglesias locales sobre el único fundamento de Cristo, los creyentes, algunos de ellos judíos en los comienzos de la obra, disponían de cierto número de rollos de los libros del Antiguo Testamento. Durante la primera época del Nuevo Pacto sólo tendrían colecciones de algunos "Dichos del Señor" (nuestros Evangelios no aparecen hasta los años 60 a 70), relatos de ciertos incidentes del ministerio del Señor en la tierra **(Lc 1:1-3)** y algunas comunicaciones que iban recibiendo de los Apóstoles mismos. Sólo los muy privilegiados en cuanto a cultura y posibilidades financieras podrían disponer aún de este tesoro limitado, que no podía estar a la disposición de los esclavos convertidos, por ejemplo. Evidentemente las congregaciones necesitaban ayuda inmediata de parte del Espíritu Santo quien obraba por medio de profetas, portavoces de Dios, por inspiración directa, de tal forma que pudieran aclarar cuestiones de doctrina, práctica y conducta. Por eso la lista de los dones en **(1 Co 12:8-10)** nos extraña algo, pues se trata de lo que los creyentes necesitaban antes de poseer el tesoro del Nuevo Testamento como complemento del Antiguo. El cuadro de **(1 Co 14:24-33)** destaca el ministerio en la iglesia reunida, viéndose claramente el uso de estos "dones extáticos", o sea, mensajes que dependían de la operación directa del Espíritu Santo sobre sus siervos, profetizando éstos, dando palabras *"de ciencia"* aquellos, o hablando en lenguas si había intérprete. Ahora bien, al aumentarse el caudal de la Palabra escrita del Nuevo Pacto, el ministerio había de fundarse siempre más sobre la revelación recibida directa o indirectamente por medio de los Apóstoles, según los términos de la comisión especial que habían recibido. La exhortación de Pedro **(1 P 4:10-11)** pertenece a una época más adelantada de la revelación apostólica, a principios de la persecución neroniana, y notamos que enfatiza más la Palabra como base de ministerio: *"cada uno según el don que ha recibido, minístrelo a los otros, como buenos administradores de la multiforme gracia de Dios. Si alguno habla, hágalo conforme a las palabras de Dios..."*. Las enseñanzas de Pablo y Pedro coinciden exactamente en cuanto al uso de los dones del Espíritu, pero cuando escribe Pedro, la Palabra del Nuevo Pacto es conocida más ampliamente de modo que los mensajes hablados habían de conformarse con estos oráculos de Dios. Una vez que se había terminado el canon del Nuevo Testamento, los siervos de Dios debían fundar sus mensajes sobre la revelación dada por medio de los Apóstoles. La suma total de la Palabra revelada tanto en el Antiguo Testamento como en el Nuevo Testamento es de una riqueza incalculable, y provee todo lo necesario para un ministerio completo. El ejercicio de "dones extáticos" siempre abre la puerta a posibles movimientos subjetivos, que pueden reflejar algo del "hombre"; o posiblemente obran otras influencias extrañas a la voluntad de Dios que difícilmente se prestan a comprobación. En vista de estos factores no parece sensato correr riesgos, puesto que ningún siervo del Señor ha agotado jamás el contenido y el profundo sentido de "los oráculos de Dios" escritos. Está a mano *"la espada del Espíritu, que es la Palabra de Dios"*; esta arma no falla nunca si se maneja con sencillez y discernimiento en el poder del Espíritu.

Orando en el Espíritu

Nuestro epígrafe se halla tanto en **(Ef 6:18)** como en **(Jud 1:20)**, y las profundas enseñanzas de Pablo en **(Ro 8:26-27)** amplían las perspectivas de *"oración en el Espíritu"*, abarcando su intercesión. La oración, en su sentido más profundo, viene a ser la

comunión del alma redimida con Dios, y dista mucho de una mera lista de peticiones, aun si éstas vayan acompañadas por acciones de gracias y de alabanzas. Esta comunión (y comunicación) con Dios es parte tan esencial de la vida del creyente que hemos de *"orar sin cesar"* **(1 Ts 5:17)**, puesto que, si se rompe la línea de unión con Dios, no somos más que balsas a la deriva en el océano de la vida, llevadas por corrientes incontrolables por nosotros. El hecho que transforma meras expresiones piadosas en fuerte trabazón entre el alma y su Dios es la morada del Espíritu Santo en el creyente, *"Dios en vosotros"*, quien excita deseos en conformidad con la voluntad de Dios y nos ayuda a darlos cumplida expresión. Por el contexto de **(Ro 8:26-27)** sabemos que el creyente *"gime"* en este mundo, sintiendo la frustración de lo meramente natural, pero *"el Espíritu nos ayuda en nuestra debilidad; pues qué hemos de pedir como conviene, no lo sabemos, pero el Espíritu mismo intercede por nosotros con gemidos indecibles"*. El que escudriña los corazones interpreta las intercesiones, de tal forma que los anhelos del corazón, despertados por el Espíritu, se incorporan en los diseños de la voluntad del Omnipotente. El Hijo, el Sumosacerdote, intercede por nosotros desde la Diestra **(He 2-7)**, mientras que el Espíritu Santo, conforme a sus operaciones internas, obra dentro de nosotros, despertando deseos que son en sí intercesiones e interpretándolos dentro del ámbito de la voluntad de Dios. He aquí uno de los aspectos más importantes de la obra del Espíritu Santo en la experiencia del creyente. Enfatiza lo que las Escrituras nos dicen sobre el peligro de entristecer el Huésped Divino.

El Espíritu Santo y la santificación

Hemos de dedicar un breve estudio al tema de la Santificación en el que examinaremos, necesariamente, la obra del Espíritu Santo en esta separación de la vida del creyente para Dios. Con todo, a los efectos de no dejar un hueco obvio en la consideración de nuestro tema, presentamos dos puntos importantes aquí. 1) La santificación se vitaliza por el Espíritu Santo. La santificación significa la separación del creyente para Dios, que se efectúa por su unión vital por la fe con Cristo, el que murió al pecado y resucitó a todos los efectos de la nueva vida. Si morimos y resucitamos con Cristo, pregunta Pablo, ¿cómo podemos continuar en el pecado? El *"viejo hombre"* fue crucificado, gracias a la obra que Cristo consumó, y está *"puesto fuera de uso"* (así el verbo *"katargeó"* en **(Ro 6:6)** con el fin de que no sirvamos más al pecado. Obviamente, una separación del mundo y del pecado realizada por medio de la unión del creyente con Cristo resucitado, supone también la victoria sobre el pecado. Todos estos conceptos se desarrollan en **(Ro 6:1-14)**, y la santificación práctica surge de nuestro reconocimiento en todas las decisiones, grandes y pequeñas de la vida, que *"somos muertos al pecado, pero vivos para Dios en Cristo Jesús"*. Pablo vuelve a subrayar la obra de Cristo como base de la victoria sobre el pecado en **(Ro 8:3-4)**. A continuación, sin embargo, nos hace ver también el modo en que el Espíritu vitaliza esta obra en la vida del creyente. El creyente que se ha unido con Cristo se halla dentro de la esfera del Espíritu, y *"el Espíritu de Cristo"* mora en él, siendo *"el Espíritu de Resurrección"* quien da vida al cuerpo, que de otra forma sería meramente mortal **(Ro 8:9-11)**. Ahora hay *"una ley (norma) de vida en Cristo Jesús"* que liberta del pecado y de la muerte, y corresponde al creyente andar *"según el Espíritu"* y no *"según la carne"* **(Ro 8:1-14)**. La íntima relación entre la obra del Espíritu y la Santificación se destaca hermosamente en **(2 Ts 2:13)**: *"Dios os escogió desde el principio para salvación, mediante la santificación por el Espíritu y la fe en la verdad"*.

El fruto del Espíritu

Además de este breve resumen de las doctrinas de Romanos capítulos 6 a 8, debiéramos estudiar **(Ga 5:16-26)**: pasaje que expresa las mismas verdades por medio de distintas figuras y expresiones. De nuevo la base es la crucifixión de la carne con Cristo **(Ro 6:24)**

(Ga 5:24), aclarando Pablo que las normas carnales y las espirituales son incompatibles; el Espíritu Santo lucha contra toda manifestación de la carne, o sea, la vida adámica en su sentido pecaminoso. Sólo el Espíritu puede guiar al creyente por sus caminos, para que *"ande en el Espíritu"*. Las obras de la carne **(Ga 6:19-21)** se destacan en su terrible fealdad, pero también se presenta el hermoso *"fruto del Espíritu"* **(Ga 5:22-23)**: *"Mas el fruto del Espíritu es amor, gozo, paz, paciencia, benignidad, bondad, fe, mansedumbre y templanza"*. El creyente no necesita estar en duda en cuanto a lo que es (y no es) la obra del Espíritu, ya que la Palabra describe tan claramente sus manifestaciones. ¿Desembocan mis pensamientos, palabras y hechos en los rasgos de **(Ga 5:22-23)**? Entonces son del Espíritu. ¿Dan lugar a las obras descritas en los versículos 19 a 21? Entonces surgen de la vieja naturaleza, que, en último término, se inspira en influencias satánicas.

El sello del Espíritu y la plenitud del Espíritu

El sello del Espíritu

La frase del epígrafe se basa en un simbolismo arraigado en las costumbres orientales. El "echar una firma" no era corriente en tiempos cuando sólo algunas personas escribían por su cuenta, empleando otros amanuenses profesionales, de modo que el negociante o propietario solía llevar un sello grabado con un dibujo peculiar, que servía para estampar un documento, identificándole personalmente y dando al escrito la autoridad de su nombre.

a) El Espíritu es el sello que garantiza el hecho de que Dios se ha posesionado de nosotros. *"No contristéis el Espíritu Santo de Dios, con el cual fuisteis sellados para el día de la redención"* **(Ef 4:30)**. El sello indica que ya somos de Dios, y que se ha de llevar a cabo el proceso que se perfeccionará en la *"redención"* en su sentido futuro y completo. ¡Qué mejor sello que el mismo Espíritu Santo, ya que Dios mismo nos da lo mejor del cielo ahora y garantiza la consumación de la obra! Hablando de Cristo como el *"Sí"* y el *"Amén"* de todas las promesas de Dios, Pablo añade: *"Y el que nos confirma con vosotros en Cristo y el que nos ungió es Dios, el cual también nos ha sellado y nos ha dado las arras del Espíritu en nuestros corazones"* **(2 Co 1:21-22)**. Aquí el Espíritu Santo se compara a la unción, al sello y a las arras, una combinación muy relacionada de símbolos que ofrece una confianza incontrastable al alma creyente. Dios no deja las garantías ni a hombres ni a ángeles, sino que él mismo, por su Espíritu, confirma el corazón en relación con la obra total de salvación, complementando las operaciones del Espíritu la obra del Intercesor a la Diestra.

b) Una referencia al sello del Espíritu Santo en **(Ef 1:13-14)** subraya más bien la garantía que nos da en cuanto a la herencia prometida, y el concepto se enlaza con el de *"las arras"* que ya hemos notado: *"En él también vosotros, habiendo oído la Palabra de verdad, el evangelio de vuestra salvación, y habiendo creído en él, fuisteis sellados con el Espíritu Santo de la promesa, que es las arras de nuestra herencia hasta la redención de la posesión adquirida, para alabanza de su gloria"*. No sólo somos sellados como posesión de Dios, quien ha de completar su gran obra redentora en nosotros, sino que el Espíritu Santo, recibido ya por el creyente, es el sello y las arras de la herencia que Dios tiene reservada por nosotros, abarcando todos los propósitos eternos de Dios para cada uno de los suyos.

La plenitud del Espíritu

Dios es infinito, de modo que le es imposible darse a sí mismo parcialmente. Según **(Jn 3:34)**, la plenitud de Dios se manifiesta en las palabras del Hijo, y sigue la declaración: *"porque Dios no da el Espíritu por medida"*, que viene a ser un principio de validez eterna. Muchos de los discípulos que recibieron el bautismo del Espíritu durante los maravillosos días de testimonio que se describen al principio de Los Hechos, también fueron llenos del Espíritu Santo, pero hemos de establecer una clara distinción entre *"bautismo"* y *"plenitud"*, ya que todos fueron bautizados en un Cuerpo y todos bebieron del mismo Espíritu **(1 Co 12:12-13)** y sin embargo no todos los creyentes en Corinto se hallaban llenos del Espíritu Santo. El bautismo del Espíritu encierra la posibilidad de la *"plenitud"*, pero el hecho de estar lleno del Espíritu depende de la colaboración de la voluntad del hijo de Dios. Por eso el término se halla en **(Ef 5:18)** en la forma de una exhortación: *"No os embriaguéis con vino..., antes bien sed llenos del Espíritu"*. Como figura explicativa pensemos en un gran embalse, que ha de hacer posible el desarrollo de un amplio sistema de riego. Comprendemos que, juntamente con la presa, tiene que haber acequias libres de obstáculos con el fin de que el agua llegue adonde las plantas y árboles la requieren para su crecimiento. Si cierto canal se obstruye por medio de piedras, tierra y basura, quizá pase cierta cantidad de agua dando lugar a una limitada fertilidad, pero faltará la *"plenitud"* que sería la garantía de una cosecha abundante. La pobreza del testimonio de ciertos hermanos y la flaqueza espiritual de muchas iglesias locales se deben a la falta de esta *"plenitud"*, a causa de la presencia de los obstáculos que mencionaremos en el apartado siguiente. En manera alguna surgen de escasez alguna en el suministro divino. La plenitud del Espíritu produce abundante fruto en la vida del hijo de Dios **(Ga 5:22-23)** y proporciona el poder necesario para la clara proclamación de la Palabra, en las más variadas circunstancias **(Hch 4:8,31) (1 Ts 1:5-6)**.

Contristando al Espíritu, apagando al Espíritu (Ef 4:30) (1 Ts 5:20-21)

"No contristéis al Espíritu Santo de Dios"

El contexto de esta exhortación **(Ef 4:25-32)** echa luz sobre reacciones que podrían contristar al Espíritu de Dios, tratándose de todo movimiento de la voluntad que impide la manifestación del fruto del Espíritu que hemos examinado en **(Ga 5:22-23)**. Pablo habla de iras, de palabras torpes, de hurtar, de sentir resentimientos y proferir palabras injuriosas. En fin, todo lo que obra en contra de la ley del amor, manifestada mediante el espíritu de perdón, de benignidad y de compasión. En otro lugar tendremos que notar la naturaleza y las obras del *"hombre viejo"* y *"el hombre nuevo"*, pero es obvio, por los estudios ya hechos, que las obras del viejo hombre son totalmente contrarias a las del nuevo, puesto que éste se somete a los impulsos del Espíritu Santo. Es trágico que la *"basura"* de la vieja vida caída llegue a impedir las divinas operaciones del Espíritu Santo, siempre a la disposición del hijo de Dios, y comprendemos la importancia de crecer en gracia y en la comprensión de la sabiduría de Dios por medio de la meditación en la Palabra Santa. No se trata de un ideal hermoso (pero imposible de conseguir), puesto que la exhortación: *"Sed llenos del Espíritu"* implica la posibilidad de su realización.

"No apaguéis el Espíritu", (1 Ts 5:19)

El contexto de este mandato lo distingue netamente del pecado de *"contristar al Espíritu"*, ya que el Apóstol escribe a continuación: *"ni menosprecies las profecías... examinadlo todo, y retened lo bueno"*. Se trata, pues, del ejercicio de los dones espirituales que

hemos descrito en su lugar, y del ministerio público de la Palabra por la potencia del Espíritu. Había dones del discernimiento del Espíritu, y existió siempre la necesidad de juzgar la calidad espiritual de los mensajes dados a la congregación **(1 Co 14:29)**; sin embargo, los hermanos habían de cuidar muy bien de no poner estorbos en el camino de un ministerio verdaderamente espiritual. El profesionalismo clerical no puede por menos que *"apagar el Espíritu"*, ya que deja muchos dones, que el Espíritu ha dado según su soberanía, atrofiados por falta de su debido ejercicio.

El Espíritu Santo y la Iglesia

El Espíritu Santo mora en la Iglesia universal

Bajo los títulos de "Iglesia Universal" e "Iglesia Local" volveremos a considerar la Iglesia como Templo del Espíritu Santo, y sólo a los efectos de no dejar nuestro tema incompleto notamos aquí que el Día de Pentecostés, el día del nacimiento de la Iglesia, vio el *"fundamento"* del edificio espiritual, la Iglesia Universal. Según **(Ef 2:20-22)** los miembros de la familia de Dios se hallan *"edificados sobre el fundamento de los Apóstoles y profetas, siendo la principal Piedra del ángulo Jesucristo mismo... edificados para morada de Dios en el Espíritu"*. Sólo Dios puede ver la gloria de la manifestación del Espíritu, análogo a la nube de gloria que llenaba el Templo de Salomón, pero no hemos de olvidarnos de que existe, bien que nuestra visión inmediata se limita necesariamente a la iglesia local y a los creyentes que también se llaman *"templos"*.

El Templo de la Iglesia Local, (1 Co 3:16-17)

"¿No sabéis que sois templo (santuario) de Dios y que el Espíritu de Dios mora en vosotros?". Notemos que el verbo, *"sois"*, señala la colectividad de la iglesia, y no el hecho de que cada creyente sea un templo. La iglesia local refleja la naturaleza y función de la Iglesia Universal en cierto lugar geográfico, pensando no en el edificio, sino en la congregación de los fieles que se reúnen alrededor de la Persona de Cristo. La presencia del Espíritu Santo transforma esta compañía en un santuario, haciendo eficaz su adoración, su ministerio y su testimonio. Todo el pasaje tiene que ver con la obra de *"cada uno"* de los creyentes dentro del conjunto de la iglesia local.

El cuerpo del creyente como templo del Espíritu Santo, (1 Co 6:19)

Al tratar de la necesidad de la pureza moral en la vida de cristianos, Pablo lanza otra pregunta retórica: *"ignoráis que vuestro cuerpo es templo del Espíritu Santo que está en vosotros, el cual habéis recibido de Dios...?"*. En este contexto se trata del hombre redimido en cuyo cuerpo, y en todo su ser, el Espíritu Santo se digna hacer su morada. Los cuerpos, afectados por el pecado, no parecen muy aptos para ser convertidos en *"santuarios"* que manifiesten la presencia del Espíritu de Dios, pero hemos de recordar, agradecidos, el misterio y la gloria de la obra de la gracia de Dios en nosotros. Nos corresponde, pues, vencer el egoísmo con el fin de glorificar a Dios por medio del cuerpo.

La personalidad del Espíritu Santo

Las actividades personales del Espíritu Santo

Las actividades que se mencionan a continuación no pueden ser las de una mera *"influencia"* y las referencias confirman muchas citas anteriores que subrayaban la Persona del Espíritu Santo. Referencias en **(Jn 14-16)**: El Espíritu Santo mora, enseña, recuerda, da testimonio, convence del pecado, lleva las almas a toda verdad, entiende,

habla y anuncia **(Jn 14:17,26) (Jn 15:26) (Jn 16:8,13)**. Referencias en Los Hechos. Ya hemos notado el señorío del Espíritu al ordenar la obra de sus siervos, pues dirige a Felipe, llama a Bernabé y Saulo a un servicio especial, y les envía luego para cumplirlo. Posterga ciertos planes apostólicos y da potencia a la Palabra **(Hch 8:29) (Hch 13:2-4) (Hch 16:6-8) (1 Ts 1:5-7)**. Estos son ejemplos de una operación constante.

Los atributos personales del Espíritu Santo

Su voluntad se ejerce soberanamente **(1 Co 12:11)**. Piensa e intercede **(Ro 8:27)**. Conoce lo profundo de Dios y lo revela en palabras adecuadas **(1 Co 2:10-11)**. Ama y despierta el amor **(Ro 15:30) (Ga 5:22-23)**. Es posible contristarle y dirigirle mentiras **(Ef 4:30) (Hch 5:3)**.

Los Nombres y títulos del Espíritu Santo

Espíritu de santidad **(Ro 1:4)**. Espíritu de Dios **(2 Cr 15:1)**. Espíritu de Jehová **(Is 11:2)**. El Espíritu del Padre **(Mt 10:20)**. El Espíritu de Jesús **(Hch 16:7)**. El Espíritu de Cristo **(Ro 8:9)**. El Espíritu del Hijo **(Ga 4:6)**. El Paracletos (el “llamado a nuestro lado para auxiliar”, **(Jn 14:14)**. El Espíritu de la Promesa **(Ef 1:13)**. Muchos de estos títulos nos recuerdan la unidad del Trino Dios.

Los símbolos que representan el Espíritu Santo

El viento **(Jn 3:8) (Hch 2:2**. Es figura fundamental, ya que “neuma” (”ruah” en el Antiguo Testamento) quiere decir “viento” o “soplo”, y de ahí pasa a emplearse para el *“soplo de Dios”*.

Paloma **(Mt 3:16)**. La figura sugiere pureza, tranquilidad, capacidad para anidar e incubar.

Fuego **(Mt 3:11) (Hch 2:3)**. El simbolismo del *“fuego”* se emplea a veces en contextos de bendición y en otros de juicio. Si en todos los casos se piensa en que el fuego es figura de las santas energías de Dios, manifestadas particularmente por las operaciones del Espíritu Santo, comprenderemos que aportan suma bendición al alma humilde al par que obran juicio en el caso del hombre rebelde.

Las figuras de *“sello”* y *“arras”* ya se han tratado aparte.

El agua. Hemos notado anteriormente que es imposible limitar el simbolismo del *“agua”* al Espíritu Santo, pero aun cuando se enlaza a veces con la Palabra, es implícita la operación del Espíritu quien refrigera y vivifica. Pensamos en el rocío de **(Os 14:5)**, las lluvias de **(Jl 3:23,28-29)** y los ríos de **(Is 44:3)**.

“El aceite” de **(Lv 8:30)** y **(Zac 4:1,14)** se relaciona con la *“unción”* de **(2 Co 1:21)** y **(1 Jn 2:20,27)**, siendo símbolo de la separación para un servicio especial y recordando también el suministro de poder divino para su cumplimiento.

Temas para meditar y recapacitar

1. Discurra ampliamente sobre las operaciones del Espíritu Santo descritas en el Antiguo Testamento.
2. Analice las enseñanzas sobre el Espíritu Santo en Juan capítulos 14 a 16.
3. Ilustra por medio de citas la operación del Espíritu Santo en el servicio público de los Apóstoles y sus colaboradores.

4. Discurra sobre tres aspectos de la obra del Espíritu Santo dentro del creyente después del Día de Pentecostés.

Regeneración y conversión

Definiciones

La regeneración, o el nuevo nacimiento. Recordamos al lector lo que hemos subrayado varias veces: que los términos novotestamentarios empleados para describir la obra salvífica que Dios, en su gracia, lleva a cabo por medio del Hijo y del Espíritu Santo, representan facetas de su intervención para la bendición del hombre, y han de entenderse como figuras que iluminan nuestra limitada inteligencia, incapaz de abarcar en su totalidad la sabiduría de Dios. La regeneración viene a ser igual al nuevo nacimiento, y las expresiones que estudiaremos nos hacen ver que el hombre, al pecar, perdió la vida verdadera, puesto que se separó de Dios, única Fuente de vida. Por lo tanto le es necesario *“nacer otra vez”* por medio de una obra divina aceptada humildemente y por la fe. Si los teólogos hubiesen reconocido las limitaciones de las figuras, permitiendo que cada una complementara a las demás, sin construir sistemas “lógicos” basados en el análisis de algunas con olvido de otras, habrían evitado mucha controversia inútil, y hasta dañina, con la confusión consiguiente que ha turbado las mentes de muchos creyentes sencillos. Estos tienen la Palabra de Dios en sus manos, concediéndoles Dios la ayuda del Espíritu Santo para su comprensión; el deber de los enseñadores, pues, es el de señalar los pasajes pertinentes de las Sagradas Escrituras, notando el contexto y las perspectivas generales de la doctrina revelada en la Biblia. Hemos de ponernos en guardia cuando nos presentan deducciones sacadas de ciertos vocablos y situaciones según una lógica que no toma en cuenta todos los datos. Lo mejor es acumular referencias y meditar en su contexto amplio, teniendo en cuenta las enseñanzas generales de la Biblia, con el fin de permitir que la Palabra nos hable con claridad y poder.

El vocablo griego que más nos interesa es *“gennao”*, que se traduce generalmente por *“engendrar”*, pudiendo traducirse, en ciertos contextos, por *“dar a luz”*. Antes de examinar este concepto fundamental será conveniente que miremos un sustantivo que ha de traducirse literalmente por *“regeneración”*. Este es *“palingenesia”*, o sea, muy literalmente, *“engendrar de nuevo”*. Se halla en **(Mt 19:28)**, como predicción escatológica, ya que el Señor promete a sus fieles discípulos *“que en la Regeneración, cuando el Hijo del Hombre se haya sentado en el trono de su gloria, vosotros, los que me habéis seguido, os sentaréis también en doce tronos y juzgaréis a las doce tribus de Israel”*. Es equivalente a *“los tiempos de la restauración de todas las cosas”*, profetizados *“desde tiempo antiguo”*, según palabras de Pedro que hallamos en **(Hch 3:21)**. El término significa un *“nuevo nacimiento”* que renovará la creación, siendo más bien tema relacionado con la segunda venida del Señor.

Hallamos el mismo sustantivo, *“palingenesia”*, en **(Tit 3:5-7)**, y no se repite más en todo el Nuevo Testamento. En este caso se trata de una obra interna, y el término resume la maravillosa obra de gracia de Dios a favor del hombre, siendo de gran interés para nuestro estudio. Dios, dice Pablo, ha obrado con benignidad y amor para con los hombres y *“nos salvó, no por obras de justicia que hubiésemos hecho nosotros, sino según su misericordia, por el lavacro de la regeneración (palingenesia) y por la renovación del Espíritu Santo, que él derramó abundantemente en nosotros por Jesucristo nuestro Salvador, para que, justificados por su gracia, fuésemos hechos herederos según la esperanza de la vida eterna”*. Notemos que es una obra de gracia, es decir, que halla su origen en Dios, y que se relaciona estrechamente con el derramamiento del Espíritu Santo, enlazándose su operación con la Persona y obra de *“Jesucristo nuestro Salvador”*.

Quienes creen en la *"regeneración bautismal"*, alegando que el nuevo nacimiento se produce por el bautismo por agua, afirman que la frase significa que la *"regeneración"* surge del *"lavacro"*, lo que contradeciría tantas y tantas declaraciones bíblicas que insisten en que no es posible producir resultados espirituales por medios externos y materiales. El vocablo *"loutron"* significa la limpieza que procede del *"baño"*, y este lavamiento es el resultado de la regeneración, y no su causa (Compárese el mismo término en **Ef 5:26**). La estrecha asociación de este concepto con el derramamiento del Espíritu Santo, obra obviamente interior, confirma este sentido del *"lavacro"* (*"lavamiento"*, en R.V. 1960) que es uno de los efectos del nuevo nacimiento. Luego veremos que Juan, en su primera Epístola, insiste en que el hecho de ser *"engendrados"* por Dios produce por necesidad fruto que evidencie la realidad de la obra interior, la transmisión de la vida que procede de Dios.

Las enseñanzas de Juan capítulos 1 y 3

Una obra divina

El sentido de *"gennao"* enfatiza por sí mismo que esta obra, originando una vida nueva, procede únicamente de Dios, quien llega a ser Padre de una nueva familia espiritual: *"los cuales* (los nuevos hijos) *no fueron engendrados de sangre, ni de voluntad de carne, ni de voluntad de varón, sino de (ek) Dios"*, o sea, de la sustancia de Dios **(Jn 2:13)**. En Juan 3 el adjetivo *"anothen"* puede significar *"nuevo"* o *"de arriba"*, siendo en todo caso la obra específica del Espíritu Santo, el Vivificador. **(Ef 2:1-3)** presenta un diagnóstico sombrío del hombre caído, quien, llevado por influencias satánicas, es *"hijo de ira"* y *"muerto"* a causa de sus delitos. *"Muerto"* es una figura más de las muchas que subrayan la incapacidad del hombre caído para buscar una nueva forma de vida por medio de esfuerzos propios. Ha de ser obra de Dios, añadiendo Pablo esta declaración: *"Empero Dios, siendo rico en misericordia, por su mucho amor con que nos amó... nos dio vida juntamente con Cristo (por gracia sois salvos); y con él nos resucitó..."* **(Ef 2:4-5)**. Nos corresponderá discurrir más sobre los medios que emplea Dios al concedernos su vida, pero, por el momento, es necesario que aprendamos que los hombres en manera alguna pueden procurarse para sí la vida eterna, diciendo los teólogos que la obra es "monergista", o sea, que sólo Dios opera en ella. Pedro, como Pablo en **(Ef 2:4-6)**, identifica la Fuente de esta vida con la Resurrección **(1 P 1:3)**.

Interviene la voluntad humana en la recepción del nuevo nacimiento

Según **(Jn 16:8-11)**, es el Espíritu Santo quien convence al mundo de los hombres de su pecado y de los grandes hechos de justicia y de juicio. De igual forma es el mismo Espíritu quien despierta el sentido de necesidad espiritual en el hombre; él también presenta a Cristo a la visión espiritual de los hombres con el fin de despertar la fe en aquel que se humilla delante de Dios. El hombre podría tener buenos sentimientos en la esfera de sus actividades humanas, pero ya hemos visto en Tito capítulo 3 que *"obras de justicia"* no pueden conseguir ni la regeneración ni la justificación. Todo procede de la gracia de Dios, todo se funda sobre la Persona y Obra de Cristo y todo se vitaliza por el Espíritu Santo. Con todo, la postura del hombre que se regenera no es totalmente pasiva, pues Juan declara tajantemente: *"A lo suyo vino y los suyos no le recibieron; mas a todos los que le recibieron dioles potestad de ser hechos hijos de Dios, es decir, a los que creen en su Nombre"* **(Jn 1:12)**. No es posible *"recibir"* a un huésped con absoluta pasividad. Toda la obra es divina, pero, como hemos visto en otros Estudios, al hombre, si ha de ser hombre, se le concede la tremenda responsabilidad de poder decir que "No" a Dios. De ahí su responsabilidad moral y su culpabilidad extrema si rechaza al Hijo **(Jn 3:18-21)**. No

podemos aceptar, pues, la proposición de L. Berkhof (Systematic Theology, p. 465): "La regeneración es una obra creadora de Dios, por lo que exige que el hombre sea puramente pasivo, ya que no hay lugar para la cooperación humana".

Esta definición de la escuela Reformada Calvinista se relaciona con su doctrina de la elección, pues sus enseñadores creen ver en las Escrituras que sólo los elegidos, por decreto soberano y secreto de Dios, reciben la gracia para ser salvos, siendo "preteridas" las demás almas porque se las niega esta gracia. Por la falsa lógica de este sistema, el alma muerta no puede recibir la Palabra de Dios hasta que se haya producido en ella una "regeneración" secreta que la capacita para responder a la predicación del Evangelio. Esto ocurre sólo en el caso de los elegidos. Si esto fuera verdad, todas las invitaciones y reprensiones de la Biblia se vuelven en punzante ironía, pues: ¿cómo había de llamar Cristo a los pecadores diciendo: *"Venid a mí todos los que estáis trabajados y cargados"*, si sólo aquellos que habían recibido la gracia por decreto divino podían responder? Y ¿por qué representar a Dios reprendiendo a Israel por medio de la gráfica expresión: *"Todo el día extendí mi mano a un pueblo rebelde y contradictor"* **(Ro 10:21) (Is 65:2)** si no podían acudir a los brazos extendidos de amor? La totalidad de la obra es de Dios (monergista), pero la recepción de ella corresponde al hombre, que no adquiere méritos por recibir el Don de Dios, sino, por el contrario, confiesa por su actitud que nada tiene aparte de la provisión de la gracia de Dios.

El ejemplo de Nicodemo, (Jn 3:1-21)

En este conocido pasaje, el verbo *"gennao"* se halla en los versículos 3 y 4 (dos veces), 5 y 6 (dos veces), 7 y 8, y aparte de la pregunta de Nicodemo que consta en el versículo 4, siempre en boca del Maestro divino. Por algo el pasaje se reconoce como base principal de la doctrina del nuevo nacimiento. Es muy aleccionador que Jesús diera tal lección a Nicodemo, precisamente, siendo, como era, un célebre maestro en las escuelas rabínicas de Israel. Este teólogo había llegado a comprender, lo que comprendían pocos israelitas de aquel tiempo, que Jesús era Maestro venido de Dios, ya que las señales que hacía probaban muy claramente que Dios estaba con él **(Jn 3:1-2)**. Pese a esta declaración de simpatía y de aprecio, el Maestro corta sus expresiones a rajatabla, afirmando: *"De cierto, de cierto te digo, que el que no naciere de nuevo (anothen) no puede ver el reino de Dios"* **(Jn 3:3)**. El ministerio del Señor Jesucristo, aprobado por las señales que Dios le diera que realizara, constituía un tema de importancia fundamental, pero aquí se trata del hombre Nicodemo quien buscaba a Jesús, y sobraba toda la teología antigua y nueva si no comprendiera que *"lo nacido de la carne, carne es; y lo nacido del Espíritu, espíritu es"*, de donde surgía la necesidad de *"nacer de nuevo"*. Referencias al *"nuevo nacimiento"* de Israel como nación debieran haber preparado a Nicodemo para alguna comprensión del mismo principio aplicado al individuo **(Ez 36:24-37:14)**, pero, acostumbrado al legalismo de su sistema, tardaba en comprender la necesidad de vida *"desde arriba"*, que fuese espiritual en contraste con *"lo carnal"*, lo que aquí significa el proceso natural de la generación, abarcando quizá todo el sistema religioso que no se mueve por el poder del Espíritu Santo. No nos quejemos de Nicodemo, pues se le ve con ansia de entender, y por fin llegó a identificarse plenamente con Cristo. Es que el Maestro enseñaba *"verdades de arriba"*, como el único Testigo capaz para ello, y la comprensión humana no alcanzaba a cosa tan excelsa hasta recibir la iluminación del Espíritu Santo, según las distintas etapas de la revelación divina.

El proceso del nuevo nacimiento

Reiteramos que la obra de la regeneración es de Dios, subrayándose la operación del Espíritu Santo, el Vivificador. Nicodemo, por medio de los pasajes ya citados de Ezequiel,

habría podido comprender la soberanía de Dios, quien declara su Palabra, llamando al Espíritu Santo (comparado con el viento) para hacerla eficaz. Por estos medios una nación muerta vuelve a vivir **(Ez 37)**, hallándose los mismos conceptos en **(Jn 3)** en cuanto al individuo que ha de renacer si quiere entrar, y aun ver, el Reino de Dios.

Del agua y del Espíritu **(Jn 3:5)**. Predomina el concepto de una nueva vida que surge de la operación del Espíritu Santo, y a la luz del tema hemos de entender la mención del *"agua"* en el versículo 5, que ha dado lugar a mucha discusión. Excluimos como antibíblica la idea de la "regeneración bautismal", para ello basta el énfasis sobre la obra del Espíritu y la fe del individuo en este pasaje, y quedamos con dos posibilidades, pensando en lo que Nicodemo podría entender entonces en la fecha de la conversación: a) Juan Bautista bautizaba por medio del agua como señal del arrepentimiento, y a este primer paso de confesión de pecado hubo de añadirse la obra interna del Espíritu Santo. b) En la frase *"ex hudatos kai Pneumatos"* la conjunción *"kai"* viene a tener sentido explicativo, como en varios contextos del Nuevo Testamento, y en este caso *"Pneumatos"* da el sentido de la figura del *"agua"*: *"Del agua, aun (del) Espíritu"*. La última sugerencia tiene la virtud de concordar con el sentido que se da frecuentemente a la figura del *"agua"*, o sea, el poder vivificador del Espíritu Santo. Algunos expositores notan que en **(Ef 5:26)** *"el lavamiento del agua"* equivale a *"la Palabra"*, creyendo que *"agua"* es figura de la Palabra en **(Jn 3:5)**. Esta interpretación concuerda bien con **(1 P 1:23-25)**, pero no es posible pensar que *"agua"* siempre corresponde figurativamente a *"Palabra"* en las Escrituras, pues más frecuentemente equivale al Espíritu mismo.

La obra de Cristo y la fe. **(Jn 3:15)** enlaza gramaticalmente con los versículos precedentes, explicando cómo se recibe la vida eterna: tema que no sería posible aparte de la obra redentora de Cristo. Esta se ilustra por la manera en que Moisés levantó la serpiente en el desierto, siendo necesario que el Hijo del Hombre sea levantado como ofrenda por el pecado. Del modo en que los israelitas se salvaban de la mordedura de las serpientes por *"la mirada de fe"*, así *"todo aquel que cree en el Hijo tendrá la vida eterna"*: vida eterna que tiene su principio en la experiencia personal del creyente cuando *"nace de nuevo"*. Todo aquel que cree recibe la vida eterna, pero hay quienes aman las tinieblas más que la luz, perdiéndose porque rechazan al Hijo **(Jn 3:16-21)**.

La semilla de la Palabra

Las enseñanzas de Pedro

Dos veces en el primer capítulo de 1 Pedro, el Apóstol hace referencia al nuevo nacimiento, empleando el verbo *"anagennao"*, que es *"gennao"* precedido por la preposición *"ana"*, que significa renovación, o sea, el nacimiento no es el antiguo, según la carne, sino una nueva obra de Dios. Ya vimos anteriormente que **(1 P 1:3)** relaciona la regeneración con la Resurrección de Jesucristo de entre los muertos, puesto que la muerte fue vencida por la del Redentor, quien llega a ser el Primogénito de entre los muertos por me dio de su levantamiento triunfal de la tumba **(Col 1:18)**. Los creyentes reciben su vida de quien se proclamó a sí mismo como *"Resurrección y Vida"* **(Jn 11:25-27)**.

¿Cuál es el medio que enlaza el *"muerto en sus pecados"* con el Príncipe de vida de tal forma que pueda ser regenerado, recibiendo la vida eterna? En **(1 P 1:23-25)**, Pedro, después de ciertas exhortaciones a los creyentes, escribe lo siguiente: *"Como engendrados de nuevo que habéis sido, no de simiente corruptible, sino de incorruptible, por la palabra viva y permanente de Dios..., y ésta es la palabra que, por el Evangelio, os ha sido anunciada"*. Dios se comunica por medio de la Palabra suya, que, siendo recibida

por la sumisión y la fe, germina en el corazón gracias a la operación vivificadora del Espíritu Santo, según las claras enseñanzas de Juan capítulo 3, etc. Quizá Pedro se acuerda de la Parábola del Sembrador, ya explicada por el Maestro de esta forma: *"Cuando alguno oye la palabra del Reino, y no la entiende, viene el maligno y arrebata lo sembrado en su corazón... Mas la sembrada en buena tierra es el que oye la palabra y la entiende, el que verdaderamente lleva fruto..."* **(Mt 13:18-23)**.

La recepción de la Palabra

El tema de la recepción de la Palabra a los efectos de la vida eterna se repite con mucha frecuencia en Los Hechos y las Epístolas, como, por ejemplo en **(1 Ts 1:5)**: *"Pues nuestro Evangelio no llegó a vosotros en palabras solamente, sino también en poder, en el Espíritu Santo y en plena certidumbre"*. He aquí la norma que se destaca constantemente desde la primera predicación que siguió al descenso del Espíritu Santo: *"Aquellos, pues, que recibieron de buen grado su palabra* (la predicación de Pedro) *se bautizaron y aquel día fueron agregados a los discípulos unas tres mil almas"* **(Hch 2:41) (Hch 8:4-8,35-38) (Hch 16:14,30-32)**. En todos estos casos: *"La fe viene por el oír, y el oír por la Palabra de Cristo"*, lo que lleva a los humildes a invocar el nombre del Señor **(Ro 10:9-12)**.

Una declaración por Santiago, (Stg 1:18)

Este Apóstol emplea el verbo *"apokueo"*, *"dar a luz"* en el texto referido: *"Él de su voluntad nos hizo nacer por la Palabra de verdad, para que fuésemos en cierto modo como primicias de sus criaturas"*. Se enfatiza la obra divina realizada por medio de la Palabra resultando no sólo en una nueva creación, sino en algo que puede considerarse como las primicias de las criaturas de Dios, siendo implícita la categoría especial de la Iglesia que surge de su estrecha unión con su Señor y su formación inmediatamente después de la obra de la Cruz y la Resurrección.

Los conceptos de la *"nueva creación"* y del *"nuevo hombre"*

La nueva creación

La Caída de la raza fue tan desastrosa que impuso la necesidad de que Dios efectuara una *"nueva creación"* si los hombres habían de adorarle y servirle, manifestando su gloria según el propósito primordial del Creador al colocar el hombre sobre la tierra **(Gn 1:26-28)**. Tengamos en cuenta, sin embargo, que se trata de expresiones que complementan otras, ya que no se trata de destruir la naturaleza del hombre para sustituirla por otra, sino de quitar lo que metió el diablo; *"apareció el Hijo de Dios para deshacer las obras del diablo"* **(1 Jn 3:8)**, permitiendo que se produzca en él la semejanza de Cristo, el Hijo del Hombre, quien murió y resucitó. Esta *"nueva creación"* afecta toda la personalidad del hombre, de la forma en que el pecado lo había hecho en sentido negativo.

En **(2 Co 5:14-18)** Pablo explica el móvil que le animó a dar su vida al servicio del Señor, siguiendo una carrera que algunos corintios consideraban como la de un loco. *"(Cristo) murió por todos, luego todos murieron (en él); y por todos murió, para que los que viven, no vivan ya para sí, sino para aquel que por ellos murió y fue resucitado"*. He aquí el gran hecho que terminó con el viejo sistema satánico, abriendo la puerta a todo lo nuevo. Es más exacto leer los versículos 17 y 18 como sigue: *"De modo que, si alguno está en Cristo (hay) una nueva creación; las cosas viejas pasaron; he aquí, son hechas nuevas y todo viene de Dios"*. Hallamos el mismo concepto en **(Ga 6:15)**: "Ni la circuncisión ni la incircuncisión valen algo, sino la nueva creación" **(2 Co 5:17)**. Todo depende de la obra de

Cristo quien tiene la supremacía absoluta en todos los órdenes de la antigua creación, siendo, a la vez, *"Cabeza del Cuerpo, la Iglesia, el que es el Principio, el Primogénito de entre los muertos..., porque en él tuvo complacencia de habitar toda la Plenitud"* **(Col 1:18:20)**. Juntamente con él los colosenses fueron *"resucitados mediante la operación de Dios, que le resucitó de entre los muertos"* y fueron *"vivificados juntamente con él"* **(Col 2:12-13)**.

El hombre "viejo" y "nuevo"

La *"carne"*, pensando en el sentido peyorativo que se señala por el contexto, es el conjunto de las tendencias que surge de la Caída. Al parecer, cuando Pablo habla del *"viejo hombre"*, está pensando en la manifestación de estas tendencias a través de la personalidad humana. No es posible reformar la carne, de modo que este *"viejo hombre"* se considera como puesto *"fuera de uso"* (*"katargeo"*), ya que fue crucificado con Cristo **(Ro 6:5-6) (Ga 5:20)**. Según la figura del bautismo por agua, Dios realizó esta obra una vez para siempre por medio de la Cruz y la Resurrección. Sin embargo, existe un proceso de santificación práctica, y se exhorta al creyente a que manifieste la realidad de la obra de Dios: *"Que, en cuanto a vuestro modo anterior de vivir (que) os desnudéis del viejo hombre.., y que os renovéis en el espíritu de vuestra mente, y que os vistáis del hombre nuevo, que fue creado según Dios en la justicia y santidad de la verdad"* **(Ef 4:22-24)**. Hallamos un pasaje análogo en **(Col 3:9-11)**: *"No mintáis los unos a los otros, habiéndoos despojado del viejo hombre con sus prácticas y vestíos del nuevo que se va renovando hasta el pleno conocimiento, conforme a la imagen de aquel que lo creó"*. En esta creación *"Cristo es todo y en todos"*.

Estos pasajes de Efesios y de Colosenses recuerdan el resultado lógico de la gran obra general que Pablo enfatiza en **(Ro 8:29)**: *"Porque a los que de antemano conoció, también los preordinó para que fuesen hechos conformes a la imagen de su Hijo, para que él sea el Primogénito entre muchos hermanos"*. Compárese con **(Ef 1:3-7)**.

Resumen

Las consideraciones anteriores nos llevan a esta conclusión: la regeneración equivale al nuevo nacimiento, siendo el término empleado para señalar el acto de Dios al implantar la vida eterna en el corazón del creyente. Surge de la voluntad de Dios y tiene por base la Obra de la Cruz (donde fue juzgada la vieja creación) la Resurrección de Cristo como Primogénito de entre los muertos, y el Descenso del Espíritu. Se efectúa por la siembra de la Palabra del Evangelio, recibida por el arrepentimiento y la fe, vivificada por el Espíritu Santo. Es absolutamente imposible que el hombre caído reanime un principio de vida en sí mismo por medio de buenas intenciones y reformas, dado que el viejo hombre es corrupto en todas sus partes. Sin embargo, corresponde al hombre confesar su pecado para poder recibir al Hijo, colocando una fe sincera en su Persona y su obra. Esto permite que surja en él aquel nuevo principio de vida que corresponde a su entrada, por el nuevo nacimiento, a la *"nueva creación"*. El regenerado viene a ser *"hijo de Dios"*, unido con el Hijo y recreado a su imagen.

Las señales que corresponden a los hijos de Dios

Los "hijos" en los escritos de Juan

Juan se deleita en el concepto de los creyentes como *"tekna"*, o sea, hijos nacidos en la familia de Dios (de *"tikto"*, engendrar, o dar a luz). A veces emplea el cariñoso diminutivo

"teknion". Pablo también emplea *"tekna"* en contextos apropiados, pero más típicamente usa *"huios"*, o sea, un hijo adoptivo, término que recalca la responsabilidad individual del miembro de la familia. Ya hemos visto que Juan recoge las enseñanzas del Maestro sobre el nuevo nacimiento **(Jn 1:12-13) (Jn 3:1-21)**, siendo natural, pues, que en su primera Epístola, dirigida a creyentes, haga la debida aplicación de la doctrina al testimonio de la familia espiritual de los hijos de Dios, o sea, los engendrados de Dios.

Debido a las complicadas combinaciones de la herencia genética humana, no siempre se parecen los hijos a sus padres, pero en el *"nuevo nacimiento"* todo el nuevo ser surge de Dios, de modo que, en buena lógica, los hijos debieran reflejar los rasgos de su Padre, dentro del marco de su vida como criaturas.

"Hijitos, sois de Dios" **(1 Jn 4:4)**. Cada vez que Juan se dirige a los *"tekna"* o *"teknia"*, se halla implícito el hecho de que son *"engendrados de Dios"*, y la preposición *"ek"* en la frase citada, seguida por el caso genitivo, subraya el hecho de que son de la sustancia de Dios. Esto encierra unas consecuencias lógicas en cuanto a su manera de ser.

El engendrado de Dios no practica el pecado, (1 Jn 3:9)

Este texto ha asombrado a muchos lectores, puesto que tienen experiencia constante de los tristes resultados del pecado aun dentro de la familia cristiana. Debieran notar que se trata del *"hijo recreado a la imagen del Hijo"*. Lo que pertenece a la nueva creación está exento del pecado, porque surge de la Resurrección, después de la derrota del pecado. Esta vida es totalmente de Dios, y los hijitos, siendo *"de él"*, no pueden pecar, pues Dios es la santidad misma y el pecado es lo que se opone a su voluntad. Ahora bien, si el *"hijito"* permite que se manifiesten las tendencias de la carne en su personalidad total y en sus actividades, se trata del *"viejo hombre"*, capaz de realizar hechos muy feos. El hijo de Dios ha de saber que si su voluntad fluctúa entre lo *"viejo"* y lo *"nuevo"*, es desleal a su vocación y a su ser como engendrado de Dios **(1 Jn 3:5-9) (Jn 5:18)**. Algunos expositores enfatizan mucho el verbo *"hacer"* o *"practicar"* el pecado, y es evidente que el creyente puede caer en el pecado por descuido, pero que no lo puede practicar, insistiendo en el mal, ya que eso falsea la base de su vida **(Ga 5:21)**. Con todo, aquí Juan está señalando los rasgos que han de manifestarse en los *"hijitos"*, porque son los de su Padre, siendo conveniente explicar **(1 Jn 3:9)** de acuerdo con su argumento general.

El engendrado de Dios practica la justicia

Las declaraciones de Juan en este sentido subrayan un aspecto destacado de lo que ya hemos visto: lo engendrado por Dios no peca. Con todo, la rectitud viene a ser un elemento tan importante en el testimonio de la familia de Dios que no sobra el énfasis del Apóstol en esta faceta particular de la vida de los hijos. La práctica de la justicia es algo visible que ha de caracterizar a los nacidos de Dios: *"Si sabéis que él es justo, sabed también que todo el que obra justicia es nacido de él"* **(1 Jn 2:29)**. En esto se distinguen los hijos de Dios de los hijos del diablo: *"todo aquel que no obra justicia no es de Dios"*. Hemos de entender la justicia práctica, la rectitud de proceder en la familia, en el negocio, en los trabajos, etc., muy diferente del camino torcido de la Serpiente y *"sus hijos"*. La meditación en la Palabra de Dios es nuestra escuela de justicia **(2 Ti 3:14-17)** y precisamos la operación de su luz sobre nuestra conciencia, a veces adormecida, pues este es el modo de distinguir netamente entre la justicia y las normas que se aceptan (indebidamente) en la sociedad que conocemos **(1 Jn 3:12)**.

El engendrado de Dios ama a Dios y a su hermano

En su primera Epístola Juan reitera que *"Dios es amor"* y subraya tres manifestaciones de su amor en Cristo y a favor de los hombres, en **(1 Jn 3:16) (1 Jn 4:9) (1 Jn 4:10)**. Los

hijitos no pueden negar el mandamiento fundamental del Reino: *“Amaos los unos a los otros como yo os he amado”* **(Jn 13:34-35)**: principio que Juan vuelve a recalcar con máximo énfasis en **(1 Jn 4:7)**: *“Amados, amémonos unos a otros, porque el amor es de Dios; y todo aquel que ama es nacido de Dios y conoce a Dios. El que no ama no ha conocido a Dios porque Dios es amor”* **(1 Jn 3:16-17,19-21)**. Es inútil pretender que amamos a Dios, a quien no hemos visto con visión directa, si a la vez negamos la manifestación del amor al hermano que hemos visto.

Se trata en todos estos contextos del *“agape”*, o del amor divino, que es todo lo contrario del egoísmo. El “yo” ha de rebajarse, limitando sus típicas manifestaciones por la ayuda del Espíritu, lo que permitirá una afectuosa preocupación por el hermano, y aun por el prójimo. Para Juan no hay límites a estas obras de amor, ya que Cristo evidenció la suya muriendo por nosotros. Por eso escribe, con toda naturalidad: *“En esto conocemos el amor, en que Cristo puso su vida por nosotros; y nosotros debemos poner nuestras vidas por los hermanos”* **(1 Jn 3:16-18)**.

El engendrado de Dios mantiene la pura doctrina acerca de la Persona de Cristo

Las Escrituras nunca separan la doctrina de la práctica, así que no debiera extrañarnos que uno de los rasgos del hijito, prueba de que es engendrado de Dios, viene a ser la plena confesión de la Persona de Cristo: *“Todo aquel que cree que Jesús es el Cristo es engendrado de Dios”* **(1 Jn 5:1)**. Para completar el contenido doctrinal de nuestra confesión de fe necesitamos meditar también en **(1 Jn 2:22-23) (1 Jn 4:1-3)**, recordando el testimonio bíblico sobre la Persona de Cristo que expusimos en el Estudio 5. Que nadie nos engañe, alegando las libertades subjetivas de esta “edad permisiva”, pues, según las declaraciones del apóstol Pedro, el que no amolda sus creencias a la doctrina apostólica, sigue siendo siervo del pecado, y según Juan, participa del espíritu del Anticristo. El *“hijito”* engendrado de Dios por medio del nuevo nacimiento ha de reconocer a Cristo tal como se presenta en la Biblia **(Ro 6:17) (Ef 4:21) (Fil 4:9) (2 Ti 1:13-14)**.

La conversión

El cambio externo

La regeneración es una obra espiritual e interna, como hemos visto. Sin embargo, constituyendo un proceso vital, ha de producir cambios en la actitud y conducta del hijo regenerado. Recordemos los rasgos que el apóstol Juan esperaba ver en los hijos de Dios. En el Antiguo Testamento los profetas se dirigen constantemente a los rebeldes, o apartados, del pueblo escogido de Israel rogándoles que vuelvan al Pacto, sometiéndose a su Dios. Típico de estos llamamientos es el de **(Ez 33:11)**: *“Volveos, volveos de vuestros malos caminos; ¿por qué moriréis, oh casa de Israel?”*. Anunciaban juicios sobre quienes no querían convertirse, indicando que hacía falta un cambio de ruta. En el Nuevo Testamento hallamos el verbo *“convertir”* como quince veces en R.V. (60) en relación con personas, y una vez el sustantivo *“conversión”*: casi siempre traduce el verbo *“trepho”* o su compuesto *“epitrepho”*, que, fundamentalmente, significan *“volver”*, y, claro está, el sustantivo *“conversión”* equivale al acto de volver. El ángel Gabriel predijo de Juan el Bautista que *“hará que muchos de los hijos de Israel se conviertan al Señor Dios de ellos”* **(Lc 1:17)**. Recordando que el Bautista había de predicar el arrepentimiento, bautizando a quienes se preparasen a esperar al Señor, sacamos una idea clara de lo que es la *“conversión”*. Ante el pueblo que había rechazado a su Mesías, Pedro exclama: *“Arrepentíos, pues, y convertíos, para que sean borrados vuestros pecados”* **(Hch 3:19)**.

Una ilustración gráfica

La maravillosa parábola del Hijo Pródigo nos ofrece una bella ilustración de la *"conversión"*. El hijo menor se había alejado de la casa paterna, llevando su dinero a un país lejano. Al ver los malos resultados de su loca búsqueda de una libertad carnal, *"volvió en sí"*, o sea, se produjo en él una obra interna de comprensión y de arrepentimiento. Acto seguido dice para sí: *"Me levantaré e iré a mi padre"*. El movimiento interno de volver en sí dio lugar después al cambio externo de dirección. En lugar de alejarse de la casa de su padre, determina volver allá, confesando su pecado. Pronto estaría a la mesa del padre, vestido decorosamente y comiendo de lo mejor de la casa.

Hay una clara relación entre la regeneración y la conversión, y si no se evidencian cambios externos propios de los hijos de Dios no podemos dar crédito a la profesión de haber sido regenerado. No hay por qué preguntar por el orden cronológico de la regeneración y la conversión, pues se trata de expresiones que señalan dos vertientes de la misma obra de Dios en la vida de quienes reciben la Palabra con fe, notándose evidente cambio de ruta de quien ha recibido el don de la vida eterna **(2 Ti 2:19)**. No vemos en las Escrituras señal alguna de una regeneración secreta, efectuada por un decreto divino, anterior a la conversión, tratándose de niños o de personas mayores. La regeneración se asocia con el oír de la Palabra, con el arrepentimiento, con la fe y con las operaciones del Espíritu Santo dentro del corazón, manifestándose inmediatamente el fruto de la obra interna en una vida cambiada de quien ya es hijo de Dios, y convertido en cuanto a sus malos caminos anteriores.

Temas para meditar y recapacitar

1. Discurra ampliamente sobre las enseñanzas que hallamos en los escritos del apóstol Juan sobre la *"regeneración"* o el *"nuevo nacimiento"*, recordando que Juan emplea los términos *"hijos"* e *"hijitos"* para designar a los engendrados de Dios.
2. Relacione la doctrina de la regeneración con los conceptos de la *"nueva creación"* y con lo que Pablo tiene que decir sobre el *"hombre viejo"* y el *"hombre nuevo"*.

La santificación

Conceptos y vocablos

¿En qué consiste la santificación?

No todos los grandes maestros de la Palabra han estado de acuerdo sobre el significado teológico y práctico de los conceptos de “santo” y de “santidad”. Juan Wesley enseñaba una doctrina de posible perfección, o de una victoria absoluta sobre el pecado, pensando que el alma convertida podría orientarse hacia Dios y su obra, ayudada por la Palabra y por el Espíritu Santo, hasta ganar una victoria completa sobre el pecado, que sería un estado de santificación y de perfección. Creía que había visto casos de “perfección” en creyentes entregados al Señor, sin que él mismo pretendiera jamás haber logrado lo que enseñaba como posible. Las preguntas que han surgido son las siguientes: ¿se trata de una crisis espiritual que introduce al creyente a un estado de santidad? ¿O es un proceso, mediante el cual el creyente gana fuerzas al pasar de victoria en victoria? ¿Es un estado que Dios establece, con poca relación con la vida del creyente, en cuanto a sus pensamientos, palabras, obras y actitudes? Anticipamos aquí que creemos que el conjunto de referencias bíblicas enseña que Dios ha efectuado la obra por medio de la Muerte y la Resurrección de Cristo, y que luego esta obra se ha de manifestar en la vida de los hijos de Dios según las normas que él mismo ha establecido. En esto se parece a la justificación, que es típicamente una obra divina basada en la Cruz, pero que necesita manifestarse por medio de actos de justicia; nos recuerda también que la redención es obra de Dios, base de todos los aspectos de la verdadera libertad de los hijos de Dios. En todas las facetas de la obra salvífica, la fuente es la gracia de Dios, el medio básico es la propiciación efectuada en el Calvario, y el fruto se produce en las vidas y el testimonio de los creyentes, gracias a la obra en ellos del Espíritu Santo. En Romanos y Gálatas Pablo pasa de la consideración de la justificación a la de la “santificación” sin falta de continuidad. Hebreos desarrolla el concepto de “santos” y de “santidad” de una forma análoga a las enseñanzas de Pablo sobre los “justificados” y la justificación. El tema es de suma importancia y después de recibir la contestación a la pregunta: “¿Qué haré para ser salvo?”, el creyente debiera preguntar: “¿Qué haré para ser santo?”.

Dios es el Santo

Todo el concepto de santidad se encierra en Dios mismo, como el Único, el que es “enteramente otro” en cuanto a su Ser. Todo lo santo procede de él en sentido espiritual y moral, y lo que no tiene su origen en Dios no es santo. Cuando Jehová declara por medio de Isaías: *“Jehová de los ejércitos será exaltado en juicio y el Dios Santo será santificado con justicia”*, no indica que el hombre sea capaz de añadir algo a su santidad y a sus juicios, sino que santifica a Dios por reconocer lo que él es, dándole la gloria que corresponde a la visión que ha recibido. Un vistazo a una concordancia revelará que el título predilecto de Isaías para designar a Jehová es el de *“El Santo de Israel”* y las alabanzas de los serafines en el Templo: *“Santo, santo, santo, Jehová de los ejércitos; toda la tierra está llena de su gloria”* **(Is 6:3)** han inspirado la adoración de los “santos” en todo tiempo. Cuando Pedro exhorta: *“Santificad a Cristo como Señor en vuestros corazones”* **(1 P 3:15)**, quiere decir que los creyentes, testificando en medio de circunstancias adversas, han de *“consagrar su corazón”* como un santuario donde Cristo ocupará el trono, según los derechos de su Personalidad y de su autoridad.

La oración básica que enseñó el Maestro, *"Padre nuestro, que estás en los Cielos, santificado sea tu nombre"*, requiere que el hijo se preocupe en primer término por comprender y manifestar la naturaleza de su Padre como Santo, cuyo nombre expresa todo lo que es excelente.

La "santificación" de personas y de objetos en el Antiguo Testamento

Se reconoce generalmente que el vocablo hebreo "kadhash" significa la separación de una persona o un objeto para Dios, el "Santo". Lo que no se reserva para Dios es "profano" o "común", puesto al uso del hombre como tal. "Santificar" en este sentido coincide con "consagración". Lo que se aparta para Dios es "santo" o "sagrado". El servicio levítico, descrito en Éxodo, Levítico, partes de Números y Deuteronomio, ofrece una clara ilustración del concepto de "santificación" o de "consagración". Primeramente los primogénitos de Israel habían de ser apartados para Dios por el derecho de la redención efectuada en la Pascua **(Ex 13:3) (Nm 3:13)**, luego, a los efectos prácticos del servicio de Jehová, la tribu de Leví fue "separada" en lugar de los primogénitos **(Nm 1:47-54) (Nm 3:40-51)**; de entre la tribu de Leví la familia de Aarón fue escogida a los efectos del culto en sí, describiendo su consagración en **(Ex 28-29) (Lv 8-9)**. Los pasajes señalados enfatizan la solemnidad de este servicio que se prestaba a Dios, en una esfera "separada" de todo lo mundano.

El Tabernáculo y todos sus enseres, como también el Templo, eran objetos santos, dedicados al solo servicio de Jehová. Había también "tiempos santos", por ser dedicados a Dios de forma especial, como el sábado y las fiestas de guardar **(Lv 23:1-4)**, y todo el pueblo de Israel, como instrumento separado para el servicio de Dios, era santo: *"Y vosotros me seréis un reino de sacerdotes, gente santa"* **(Ex 19:6)**.

El apartamiento para Jehová de objetos y días no implica en sí un concepto ético, o sea, de valor moral, pero cuando personas son consagradas enteramente al servicio de *"el Santo de Israel"*, se espera que su conducta y actitudes correspondan a su sagrado ministerio. En **(Lv 11:44-45)** vemos más que una mera separación material: *"Porque yo soy Jehová vuestro Dios; vosotros, por tanto, os santificaréis y seréis santos, porque yo soy santo... Porque yo soy Jehová que os hago subir de la tierra de Egipto para ser vuestro Dios. Seréis, pues, santos porque yo soy santo"*. Pedro aplica la misma exigencia moral y espiritual al pueblo de Dios en esta dispensación: *"Como aquel que os llamó es santo, sed también vosotros santos en toda vuestra manera de vivir; porque escrito está: Sed santos porque yo soy santo"* **(1 P 1:15)**. Si la santidad se basa en el hecho de pertenecer al Santísimo, lógicamente el *"santo"* ha de reflejar su carácter, que es la norma ética más elevada que puede imaginarse. El Libro de los Salmos, dado el carácter subjetivo de su redacción, ilustra claramente la manifestación de una santidad moral y espiritual de *"los santos... que hicieron pacto conmigo (con Jehová) con sacrificio"* **(Sal 50:5)**, y hasta tal punto es así que si la voluntad no está sujeta a Dios, los sacrificios nada valen **(Sal 40:6-8)**.

Términos y conceptos en el Nuevo Testamento

El enlace con el Antiguo Testamento

Los conceptos del Nuevo Pacto tienen sus raíces en la revelación preparatoria del Antiguo Pacto, y la terminología debe mucho a la versión griega llamada la "alejandrina" o la "Septuaginta". Esperamos, pues, ver el desarrollo y la consumación de lo anterior al estudiar la doctrina de la santificación en el Nuevo Testamento.

Los términos griegos

El verbo fundamental es “hagiazo”, con el sentido de separar para Dios en una esfera libre del pecado. El adjetivo correspondiente es “hagios”, o “santo”, y los sustantivos son “hagiasmos”, el acto y estado de separación para Dios. “Hagiosune” se halla en contextos que subrayan la manifestación de la santidad como calidad de la vida del “santo” y “hagiotes” se emplea para la santidad de Dios en **(He 12:10)** y también su manifestación en la vida y servicio de Pablo y de sus colaboradores en **(2 Co 1:12)**. Un adjetivo menos común es “hosios”, cuyo adverbio correspondiente es “hosios”, que subraya más bien la pureza de la conducta del creyente de buen testimonio.

“Hagiazo” se emplea de cosas cuando se trata de referencias al Antiguo Testamento **(Mt 23:17-19)**, pero lo que nos interesa es su uso en el servicio del Señor Jesucristo, o sea, en la vida de los “santos”. Naturalmente, la separación para Dios y para su servicio implica la victoria sobre el pecado, según las clarísimas consideraciones del apóstol Pablo en **(Ro 6)**.

El uso del concepto en los Evangelios

Cristo es el Santo

Por el hecho de la Encarnación, todo lo que era Jehová para su pueblo en el Antiguo Testamento viene a concretarse y manifestarse en el Hijo. Es casi imposible traducir bien las palabras del ángel Gabriel a María al anunciar el nacimiento del Señor, pero es evidente que se destaca el concepto de santidad: *“El Espíritu Santo vendrá sobre ti y el poder del Altísimo te cubrirá con su sombra; por lo cual lo santo (el Santo Ser) que ha de nacer será llamado el Hijo de Dios”* **(Lc 1:35)**. Muy literalmente podríamos traducir: *“el engendrado Santo será llamado...”*. Los mejores textos de **(Jn 6:69)** nos hacen ver que *“el Santo de Dios”* era título mesiánico, y como tal se empleó por Pedro en su confesión en la coyuntura que allí se señala.

La santificación del Señor y de los suyos

La doctrina de la santificación se desarrolla especialmente en las Epístolas, pero se halla el verbo por tres veces en **(Jn 17:17-19)**, bien que empleado en sentido algo especial. El Señor se marcha, pero de la manera en que el Padre le había entregado una misión, él también *“envía”* a los suyos al mundo para cumplir la suya. *“Y por ellos yo santifico a mí mismo”*, dice en oración al Padre; o sea, él se había consagrado a su misión, que incluía la preparación de los Apóstoles para la suya. Es una separación para la consumación de un servicio especial. Por medio de la Palabra (la verdad), y por la separación efectuada por el Maestro, los discípulos han de ser *“santificados”* de la misma manera: *“Santifícalos en la verdad.., para que ellos sean santificados en la verdad”*. Percibimos en estas expresiones la estrecha relación que existe entre *“santificación”* y *“consagración”*.

La obra del Espíritu Santo

El último estudio sobre el Espíritu Santo ha subrayado el carácter santo de la Tercera Persona de la Trinidad. Cristo encarna la santidad y el Espíritu Santo la produce en las vidas de quienes le permiten obrar. Las referencias más importantes a su obra en los Evangelios se hallan en Lucas y Juan **(Lc 1:15,35,41) (Lc 2:25-26) (Lc 3:16) (Lc 4:1) (Lc 11:13) (Lc 12:10-12) (Jn 1:33) (Jn 7:39) (Jn 14:27) (Jn 20:22)**.

La blasfemia contra el Espíritu Santo

Ha sido muy discutida la advertencia del Maestro, de que la *"blasfemia contra el Espíritu Santo"* **(Lc 12:10)**, *"hablar en contra"* en **(Mt 12:32)**, no tiene perdón, aun cuando lo tenga la oposición verbal al Hijo. El padre del célebre teólogo-filósofo Kirkegaard pasó su vida bajo una nube de tristeza por creer que él, cuando de joven era pastor desesperado en el campo, había proferido palabras en contra del Espíritu Santo. No creemos que la desesperación de un desgraciado tenga tal efecto, quedando, por lo tanto, sin el perdón de Dios. El contexto de la discutida frase señala la maliciosa oposición de ciertos fariseos que atribuían la obra del Espíritu a Belcebú, príncipe de los demonios; es natural, pues, que hemos de hallar la explicación de la frase en esta actitud que rechazaba con malicia y soberbia la única potencia que podía salvarles. Una persona podría equivocarse en cuanto a la Persona de Cristo por falta de enseñanza, y luego arrepentirse, pero quien se opone a la obra del Espíritu Santo de Dios, interna y potente en todas sus múltiples manifestaciones, se excluye a sí mismo de la esfera del perdón y de la salvación.

La doctrina de la santificación en las Epístolas

La santificación brota de la Cruz y de la Resurrección

Al establecer analogías positivas y negativas entre la caída del primer Adán y la victoria del Postrer Adán, Pablo llegó a declarar: *"Mas donde el pecado abundó, sobreabundó la gracia"* **(Ro 5:20)**, pensando en la provisión que Dios había hecho para la raza caída. Los rabinos, enemigos del Evangelio, habrían podido torcer esta verdad, alegando que Pablo enseñaba que la salvación era tan fácil que cuanto más pecaba el hombre individual, más gracia había para remediar el mal. Quienes se someten a Dios y aprovechan su gracia por medio del arrepentimiento y la fe no podrían caer en este craso error, pero ha habido herejes que han proclamado, en efecto, lo siguiente: "Poco importan los pecados del cuerpo, ya que nuestro espíritu se conserva en la esfera de la gracia de Dios". Pablo refuta esta falsedad, afirmando que los postulados de la salvación y las condiciones de la vida del creyente impiden ideas permisivas en cuanto a una vida pecaminosa. La exposición siguiente **(Ro 6:1-14)** aclara los conceptos fundamentales de la santificación.

El creyente se halla unido con Cristo en Muerte y Resurrección

Pablo pregunta: *"Nosotros, que morimos al pecado, ¿cómo viviremos aún en él?"* **(Ro 6:2)**. Sigue explicando que, al umbral del testimonio del creyente, el bautismo representó el hecho de su unión espiritual con Cristo en su muerte al pecado y su resurrección a la plenitud de la vida después de anular el pecado por medio de la muerte total: la muerte del Dios-Hombre **(Ro 6:3-5)**. La vida del creyente se condiciona por esta unión fundamental de fe con Cristo, lo que hace imposible que continúe en el pecado. Es posible que el creyente caiga en el pecado en un momento de descuido, pero será algo contrario a su verdadera naturaleza y condición.

El "cuerpo de pecado" está puesto fuera de uso

Al examinar **(Ro 6:6)** tenemos que recordar que Pablo emplea expresiones que podemos llamar "técnicas", pues toda exposición de materias especiales necesita su vocabulario específico. El *"viejo hombre"* viene a ser la *"carne"* manifestada en una personalidad humana; o sea, significa el conjunto de tendencias pecaminosas que caracterizan la persona del hombre caído. Es este *"viejo hombre"* que fue crucificado con Cristo bajo la condena de la Ley, y corresponde al "yo" viejo de **(Ga 2:20)**. La frase *"para que el cuerpo de pecado sea deshecho"* podría traducirse mejor de la siguiente manera: *"para que el conjunto de pecado sea puesto fuera de uso"*. No se trata del cuerpo físico, que es obra

de Dios, "mortal" por el efecto del pecado, pero que puede ser vivificado por el Espíritu de Resurrección para poder servir a Dios **(Ro 8:11)**. Poca diferencia puede señalarse entre el *"viejo hombre"*, *"el cuerpo de pecado"* y *"el cuerpo de la muerte"* de **(Ro 7:24)**. Es lo pecaminoso viejo, que fue *"crucificado con Cristo"*. La traducción del verbo "katargeo" por "destruir" o "ser deshecho" ha dado lugar a la idea de que el conjunto antiguo pecaminoso ha sido aniquilado, permitiendo la "perfección" de que hablaba Wesley. Este verbo, sin embargo, no admite tal traducción, ya que no destruye el objeto, sino que lo pone fuera de uso. Es decir, el viejo hombre no debiera verse en la vida del creyente, pero Dios permite que, a los efectos de las luchas y pruebas de sus hijos, siga existiendo. Manifiesta su presencia de un modo dominante en el creyente carnal. El *"nuevo hombre"*, obediente a los impulsos del Espíritu Santo, debiera prevalecer y Pablo pudo escribir: "*Con Cristo he sido crucificado* (es decir, el viejo hombre) *y no vivo yo, mas vive Cristo en mí, y lo que ahora vivo en la carne* (igual a cuerpo aquí) *lo vivo por la fe en el Hijo de Dios"* **(Ga 2:20)**. La santificación que se analiza en **(Ro 6:1-10)** es una obra de Dios, fundada en la unión del creyente con su Sustituto quien murió en su lugar y resucitó para compartir con él su vida de resurrección. De ahí el término "santificación posicional", ya que depende de que el creyente esté *"en Cristo"*, siendo *"santo"* por este hecho. Los corintios distaban mucho de ser *"vencedores"* en todos los aspectos de su vida cristiana, pero Pablo se dirige a todos ellos de este modo: *"A la iglesia de Dios que está en Corintio, a los santificados en Cristo Jesús, llamados santos..."* **(1 Co 1:1)**. Hallamos saludos análogos en todas las cartas paulinas dirigidas a iglesias locales.

La santificación como victoria sobre el pecado

En el pasaje citado **(Ro 6)** Pablo prosigue con el tema de la santificación, pasando de la posición de quienes murieron y resucitaron con Cristo a su actuación activa que se ve en su victoria sobre el pecado en el servicio de Dios. *"Presentaos a vosotros mismos, a Dios como vivos de entre los muertos y vuestros miembros a Dios como instrumentos de justicia. El pecado no se enseñoreará de vosotros, pues no estáis bajo la Ley, sino bajo la gracia"* **(Ro 6:13-14)**. La gracia obra libremente en las vidas de quienes han muerto y resucitado con Cristo, haciendo posible un servicio perfecto que la Ley, con sus exigencias, jamás podía conseguir.

La santificación como una actividad vital del Espíritu Santo

La lucha del Espíritu contra la carne. Hemos enumerado las benéficas operaciones del Espíritu Santo en el estudio anterior, pero volvemos al tema aquí puesto que estas consideraciones perderían su debido equilibrio si no enfatizáramos que la posición en Cristo, base de la santificación, se vitaliza por la obra del Espíritu Santo. En **(Ga 5:17-26)**, la *"carne"* se emplea en sentido peyorativo, equivalente a todo lo que surge de la naturaleza adánica caída. Sus "obras" abarcan los vicios más repugnantes, pero también incluyen las prácticas religiosas más gratas al hombre **(Ga 5:20-21) (Fil 3:3-8)**. Todas ellas constituyen el fruto ponzoñoso de la obra de Satanás en el hombre. Costumbres sociales pueden ser más o menos aceptables en su medio, pero no hay reforma posible que permita que el hombre sea mejor delante de Dios. A los efectos de la santificación *"los que son de Cristo Jesús han crucificado la carne con sus pasiones y deseos"* **(Ga 5:24)**, lo que permite que el Espíritu luche con éxito contra todo aquello que es contrario a su esencia **(Ga 5:16-18)**. El *"santo"* debiera admitir este poderoso auxilio de Dios en contra de la carne, en cuyo caso el fruto del Espíritu se manifestará plenamente en su vida: *"Mas el fruto del Espíritu es amor, gozo, paz, longanimidad, benignidad, bondad, fidelidad, mansedumbre y templanza..."* **(Ga 5:22-23)**. Tales son los rasgos morales y espirituales que se disciernen en quienes *"no andan conforme a la carne, sino con forme al*

Espíritu” **(Ro 8:1-17)**, manifestando que son hijos adoptivos de Dios, guiados por el Espíritu Santo.

El enlace entre la “posición” y la manifestación

Al considerar cómo la obra del Espíritu complementa la de Cristo, no ha sido posible en todo momento distinguir la obra básica de Dios, que establece la santificación posicional, de la manifestación de los resultados de la obra de Cristo en la vida del creyente, que es obra del Espíritu. Como siempre, el Espíritu toma de las cosas del Hijo para hacérnoslas saber, vitalizándolas, además, en la experiencia del hijo de Dios. Volveremos al tema, pero el secreto de la santificación práctica se ve ya en **(Ro 6:11)**: *“Así también vosotros consideraos muertos al pecado, pero vivos para Dios en Cristo Jesús, Señor nuestro”*. El verbo es “logizomai”, “tomar en cuenta”, o “abonar en la cuenta”. Pablo dice, en efecto, *“sois muertos al pecado”* y *“sois vivos para Dios”* como el resultado directo de la obra de Cristo que habéis aceptado por la fe. Ahora añade: *“En todas las coyunturas de la vida, tomad en cuenta el hecho fundamental de vuestra nueva vida. Si se trata de algo que va en contra de la voluntad de Dios, considerad que sois muertos a ello. Si es algo conforme a lo que él ha revelado, decid: soy vivo para esto”*. La exhortación del versículo 11 viene a ser la transmutación de una santificación establecida en Cristo a la santidad de una vida consagrada prácticamente al Señor.

El tema de la santificación en la Epístola a los Hebreos

La figura básica de la Epístola

La Epístola a los Hebreos se dirigió a un grupo (o grupos) de cristianos hebreos, quienes se hallaban bajo fuertes presiones de parte de sus compatriotas nacionalistas que les empujaba a una renovada identificación con el pueblo de Israel y su sistema levítico. El escritor sabe que existen apóstatas entre las congregaciones, y hermanos en peligro de fluctuar. Quiere reforzar su testimonio por recordarles mucho de lo bueno del régimen antiguo, señalando, a la vez, su cumplimiento en Cristo, el *“más excelente”*, en quien se halla la consumación de todo el régimen anterior. Sobre todo se fija en el sistema levítico para demostrar que su simbolismo se ha cumplido en Cristo, quien llegó a ser el Sacrificio de valor infinito y también el Sacerdote que se ofrendó a sí mismo, pasando a administrar la casa de Dios. Respiramos el ambiente del Antiguo Testamento, y es natural que la figura básica del libro sea la separación del pueblo de Dios para servir al Santísimo sobre la base de la perfecta ofrenda del Cuerpo de Cristo. Pablo habla de *“santos”*, como hemos visto, pero desarrolla más el concepto de la justificación. En Hebreos vemos cómo se abre el camino para que aquellos que antes estaban *“separados de Dios”* lleguen a ser *“separados para Dios”*.

El Sumo Sacerdote es Santo

Todo el concepto de santidad divina se recoge en Cristo, como ya vimos en los Evangelios: *“Porque tal sumo sacerdote nos convenía… santo, inocente, incontaminado, apartado de los pecadores y hecho más sublime que los cielos”* **(He 7:26)**. La obra del Santo se describe como la santificación de su pueblo: algo de suma importancia, puesto que sin la santidad *“nadie verá al Señor”* **(He 12:14)**.

La base de la santificación es el Sacrificio consumado

En la voluntad de Dios *“hemos sido santificados por la ofrenda del Cuerpo de Jesucristo hecha una vez para siempre... Porque con una sola ofrenda ha hecho perfectos para siempre los que están siendo santificados”* **(He 10:10,15)**. Es interesante ver cómo esta

enseñanza complementa la del apóstol Pablo, ya que enfatiza tanto la ofrenda ofrecida una sola vez para siempre (base de una santificación perfecta), como los resultados que se establecen sobre el único fundamento. A la lectura de estos versículos podemos añadir la de **(He 9:11-14,23-28)**, que confirman que la sangre de los animales del sistema levítico podía hacer provisión temporal para una santificación ceremonial, pero que sólo el valor de la Sangre de Cristo, su Vida dada en expiación, puede purificar nuestra conciencia de obras muertas para servir al Dios viviente.

La familia de los santificados

El capítulo 2 de Hebreos señala el fracaso de la antigua raza, pese a su gran importancia en el plan de Dios **(He 2:5-8)**, viéndose a Jesús como Cabeza de una nueva familia, ya que gustó la muerte por todos y se halla coronado de gloria y de honra a causa del padecimiento de la muerte **(He 2:9-10)**. La nueva familia se describe en términos de santificación: *"Porque el que santifica y los que están siendo santificados, de uno son todos; por lo cual no se avergüenza de llamarlos hermanos"* **(He 2:11-13)**. El escritor mira a los redimidos y, con toda naturalidad, se avivan en su memoria las figuras de los libros del Éxodo hasta Deuteronomio, viendo a sus hermanos como los *"separados para Dios"* por medio del Sacrificio. Subraya la poderosa obra de quien destruyó a quien tenía el dominio de la muerte, el diablo **(He 2:14-18)**.

Los santificados se recogen en el santuario

El simbolismo de la santificación se halla implícito en toda la Epístola, del modo en que la justificación es el hilo que enlaza las distintas secciones de Romanos y Gálatas. Por eso, al llegar el autor al clímax de sus exhortaciones escribe: *"Hermanos, puesto que tenemos confianza para entrar en el Santuario en virtud de la sangre de Jesús... a través del Velo... (teniendo) un gran Sacerdote sobre la casa de Dios, lleguémonos..."* **(He 10:19)**. Los santificados son adoradores por excelencia, así que la figura enfatiza el hecho de que tenemos libertad para entrar en un Santuario espiritual, donde actuamos como sacerdotes que ofrecen sacrificios de alabanza, libres para estar en la misma presencia de Dios porque somos *"separados para Dios"*. El santuario es el lugar santo apartado para este sagrado ejercicio de la adoración que ha de ofrecerse en *"espíritu y en verdad"*.

Los santificados son peregrinos en el mundo

El autor de Hebreos señala dos movimientos que arrancan de la Cruz: la entrada de los santos en el Santuario, como sacerdotes espirituales, y su salida de todo sistema religioso carnal, puesto que los que sirven en la Presencia de Dios son participantes también en el rechazamiento de su Señor por parte del sistema judaico degenerado que representa el "mundo religioso" en su totalidad: *"También Cristo, para santificar al pueblo mediante su propia sangre, padeció fuera de la puerta; salgamos pues a él, fuera del campamento, llevando su vituperio"* **(He 13:12-14)**. Las figuras explícitas e implícitas de Hebreos enriquecen la doctrina paulina en su expresión figurativa, y, a la vez, la confirman en su esencia. De nuevo es evidente que la doctrina novotestamentario es una sola, presentada por medio de distintos aprecios de los conceptos fundamentales, según el temperamento, dones y preparación de los autores inspirados. En todas partes vemos que la obra de santificación descansa sobre la muerte y la resurrección de Cristo, expresando Pablo esta verdad por medio de imágenes mayormente judiciales y el autor de Hebreos por medio del conocido simbolismo levítico. En todo caso la verdad es igual y nos tocará ver la relación entre la raíz del árbol de la santificación, el proceso continuo que implica y el fruto que lleva.

El fundamento, el proceso y el fruto

La Cruz y la Resurrección

Ya hemos meditado en el pensamiento de Pablo: Cristo murió a todos los efectos del pecado y volvió a vivir, de modo que el creyente, unido vitalmente con él por la fe, murió y resucitó de manera análoga, lo que determina su separación posicional del pecado. El creyente llega a ser, necesariamente, un "santo" delante de Dios. En Hebreos hemos visto que el Sacrificio perfecto es la base de una santificación perfecta, que abarca toda la nueva familia de la fe. Pedro acude al mismo hecho al escribir: *"Cristo padeció una sola vez (para siempre) por los pecados, el justo por los injustos, para llevarnos a Dios"* **(1 P 3:8) (1 P 1:17-25) (1 P 2:21-25) (1 P 4:1)**, viendo en la Obra de Cristo el fundamento de la nueva vida de santidad. Juan recuerda la propiciación *"por nuestros pecados"*, comprendiendo que este hecho fundamental anuló el pecado e hizo posible una vida de amor conjuntamente con Cristo **(1 Jn 2:2) (1 Jn 3:16) (1 Jn 4:9-10)**. Gracias a esta obra el Padre *"engendra"* a sus hijos que han de mostrar por sus actitudes y obras que son hijos de tal Padre. No se halla la terminología de la santificación en las Epístolas de Juan, pero la verdad fundamental viene a ser la misma.

El proceso

Escritos de Pablo. Ya hemos visto que Pablo insiste en que Cristo murió al pecado una vez para siempre, uniéndose el creyente con él por la fe. La vida de resurrección y *"la ley del Espíritu de vida en Cristo Jesús"* completan la santificación posicional del creyente. Sin embargo, indica que éste ha de escoger entre el andar *"conforme a la carne"* o *"conforme al Espíritu"* y sus exhortaciones tienden siempre a animar al hijo de Dios a librarse de la sujeción de la carne a fin de que goce de la libertad de una vida entregada a Dios. El asunto se resume en **(2 Co 7:1)**: *"Teniendo... amados, estas promesas, purifiquémonos de toda contaminación de carne y de espíritu, perfeccionando la santidad en el temor de Dios"*. El pecado ha dejado su mancha en todas partes de la personalidad humana, y bien que el creyente es ya un *"santo"*, gracias a su unión con Cristo, es preciso el auxilio de Dios que vaya borrando las contaminaciones que alcanzan hasta los movimientos del espíritu. *"Perfeccionando la santidad (hagiosune)"* implica un proceso que sólo se adelantará si estamos dispuestos a emplear los medios que Dios ha provisto. El Espíritu Santo provee la potencia para la santificación: *"mediante la santificación por el Espíritu"* **(2 Ts 2:13)**, que vuelve a subrayar lo que hemos visto tantas veces al meditar en su Persona y Obra. Según **(Col 3:9-11)** el *"nuevo hombre"*... *"se va renovando hasta el pleno conocimiento conforme a la imagen de aquel que lo creó"*, lo que también señala un proceso. La Palabra de Dios (o *"la verdad"*) es medio imprescindible en este proceso **(Jn 17:17)**. El bisturí de la Palabra revela hasta los intentos del corazón, y sus múltiples lecciones nos educan en justicia **(He 4:12-13) (2 Ti 3:16-17)**. La transformación en la imagen de Cristo, otra figura que implica la santificación, se efectúa por la contemplación de su Persona en la energía del Espíritu Santo **(2 Co 3:18)**. Debiéramos meditar constantemente en los Evangelios con el fin de aprender en "la escuela de Jesús" **(Ef 4:20-25)**.

El proceso en los escritos de Pedro y de Juan. Pedro señala el único fundamento de la santificación igual que Pablo, comprendiendo que la obra básica se realiza por la sangre de Cristo y *"en santificación del Espíritu"* **(1 P 1:2)**. Hemos notado también que hace eco del principio del Antiguo Testamento, *"Sed santos, porque yo soy santo"*, y se trata de *"santidad práctica"* que se manifiesta en la *"conducta"* de los creyentes **(1 P 1:15-16)**. En **(1 P 2:4-10)** el apóstol aplica al pueblo de Dios los postulados del pueblo separado de Israel, viéndolo como *"nación santa"*. Hace hincapié en que las palabras, hechos y

actitudes de esta *“nación”* corresponden a su posición delante de Dios y su condición como *“real sacerdocio”*. En términos algo distintos Pedro **(1 P 4:1-6)** recalca la doctrina paulina: que la muerte y la resurrección debieran ser punto de partida para una vida de victoria y de poder que venza distintas formas del pecado *“según la voluntad de Dios”*. En el primer capítulo de su segunda Epístola reafirma en elocuentes palabras, que todo bien espiritual surge de la gracia de Dios y de sus *“preciosas y grandísimas promesas”*, pero sigue escribiendo: *“por esto mismo, poniendo vosotros en ello todo empeño, asociad a vuestra fe virtud.., templanza... paciencia... piedad... amor fraternal... amor”* **(2 P 1:4-8)**.

El apóstol Juan no se vale de la terminología de la santificación, pero al insistir en que *“los engendrados de Dios”* han de evidenciar su nueva naturaleza por medio del amor, la verdad y la justicia, viene a enseñar la misma doctrina de otra forma, pues la manifestación de la vida de Dios en la potencia del Espíritu Santo, es *“santificación”*. El enfatiza los medios que hemos de emplear para mantener comunión con el Dios que es Luz **(1 Jn 1:5-2:2)**, recordándonos, además, que si uno ama al mundo el amor del Padre no está en él. Es decir, no podemos llevar vidas santas y a la vez hacer componendas con el mundo **(1 Jn 2:15-17)**.

Los postulados morales de la vida de santificación

La vida de la sociedad mundana. La vida santa debiera llevarse a cabo en las más elevadas esferas del amor y de la gracia, desarrollando todo el Nuevo Testamento el tema de la nueva vida en Cristo. Al mismo tiempo, el creyente tiene que vivir en medio de una sociedad corrompida, en la que hombres y mujeres se entregan a vicios que destrozan no sólo sus almas, sino también sus cuerpos. Las Sagradas Escrituras toman nota de este estado de cosas, y advierten en cuanto a los peligros que corren los hijos de Dios en medio de este mundo. Este peligro amenazaba de forma especial la vida de muchos de los corintios, debido al bajo nivel moral de la vida social de la ciudad, y frente a casos concretos Pablo escribe: *“Y esto erais algunos; mas os lavasteis, mas fuisteis santificados, mas fuisteis justificados en el Nombre del Señor Jesucristo y en el Espíritu de nuestro Dios”* **(1 Co 6:11)**. El texto es importante doctrinalmente porque reitera lo que ya hemos expuesto: que la santificación es una obra divina llevado a cabo por *“el Nombre del Señor Jesucristo”*, la manifestación de su Persona, obra y autoridad, y por las operaciones del Espíritu Santo. Con todo, la intención de todo el contexto es eminentemente práctico: la santificación significa que NO hemos de andar en los groseros pecados de la sociedad humana, con referencia especial al desorden sexual y distintas formas de codicia. Nuestros cuerpos son miembros de Cristo y templos del Espíritu Santo quien mora en nosotros. El rasgo esencial de un templo (santuario) es el de ser un lugar sagrado donde no penetra lo que no está de acuerdo con la voluntad de Dios **(1 Co 6:9-20)** y hemos de fijarnos en este sentido práctico del pasaje. En días cuando tantos aceptan una moralidad permisiva, con normas subjetivas, es urgente que el creyente recuerde que relaciones sexuales fuera del matrimonio se llaman fornicación en las Escrituras, subrayándose la Palabra que este pecado no sólo es una ofensa contra Dios, sino también contra la segunda persona implicada en la consumación del pecado, contra la familia y contra la sociedad.

Este sentido práctico de la santificación, con referencia especial a la pureza sexual, se enfatiza también en **(1 Ts 4:1-8)**. Pablo declara: *“Esto es la voluntad de Dios, vuestra santificación...”*, pero quedamos sorprendidos al leer lo que sigue. En este caso el Apóstol no contempla la adoración y el servicio consagrado de los santos, sino escribe: *“Que os abstengáis de la fornicación, que cada uno de vosotros sepa poseer su propio vaso* (así literalmente) *en santificación y honor, no en pasión de concupiscencia como hacen los*

gentiles que no conocen a Dios". Es posible que el *"vaso"* sea el propio cuerpo del creyente, pero es más probable que otras versiones tengan razón al traducir *"sepa poseer su propia mujer en santificación y honor"*, bien que viene a ser una interpretación más bien que una traducción. El hecho es que *"santificación"* en este pasaje significa la pureza moral en las relaciones matrimoniales. Fue dura la lección para creyentes que acababan de salir del libertinaje de las sociedades paganas, pero les fue preciso aprender que la santificación no consistía en misticismos, sino que empezaba con la pureza sexual según el orden de Dios.

Palabra final

La importancia del tema. El tema de esta sección merece detenida atención porque, dentro del conjunto de la verdad revelada, presenta profundas doctrinas por medio de conceptos y figuras que constituyen una parte esencial del desarrollo del plan de la redención. Al mismo tiempo nos lleva a lo más importante de la vida de los hijos de Dios: una vida consagrada a Dios en la que el Espíritu Santo nos da la victoria sobre el pecado en vista del triunfo de Cristo en su obra de la Cruz. Es verdad que es posible llegar a una vida fructífera que agrada a Dios por los medios que el apóstol Juan expone: la ley del amor, revelada en Cristo, el hecho del nuevo nacimiento y la manifestación de la naturaleza divina en la vida y servicio de los *"engendrados de Dios"*. Pero plugó a Dios reiterar las verdades divinas y espirituales de diversas formas con el fin de ayudar a nuestra flaqueza: como *"santos"* nos interesa saber tanto la base de la santificación como los medios y métodos para su debida manifestación. El secreto del éxito en la vida de verdaderos creyentes es que "seamos lo que somos".

La meta final. La meta final de la obra salvífica de Dios se expresa también en términos de *"santificación"*, según la profunda petición de Pablo en **(1 Ts 5:23-24)**: *"El mismo Dios de paz os santifique completamente; y vuestro espíritu, alma y cuerpo sea guardado entero, irreprensible, para la venida del Señor nuestro Jesucristo"*. La obra es la de Dios que no excluye la colaboración de los hondos deseos de los santos: *"Fiel es el que os llama, el cual también lo hará"*. En la Nueva Creación: *"El Tabernáculo de Dios (estará) con los hombres; y él habitará con ellos y ellos serán pueblo suyo"* **(Ap 21:3)**. Desde otro punto de vista la *"nueva ciudad"* no necesita templo, lugar santo separado de lo profano, *"pues su Templo es el Señor Dios Todopoderoso y el Cordero"* **(Ap 21:22)**. Toda la Nueva Creación será un santuario donde Dios se manifestará a los suyos sin estorbo alguno.

Temas para meditar y recapacitar

1. Describa el servicio levítico del Tabernáculo en el Desierto desde el punto de vista de la *"santificación"* o la *"consagración"*, definiendo por medio de ejemplos el significado del concepto fundamental.
2. Analice **(Ro 6:1-14)**, haciendo ver cómo Pablo desarrolla en argumento sobre la santificación, comprendida como separación para Dios y la victoria sobre el pecado en la vida del creyente.
3. Ilustre la importancia del concepto de *"santificación"* en Hebreos explicando el porqué de su relieve en esta Epístola.

Los pactos bíblicos

El concepto general de pactos

Los conceptos y los términos

Si echamos una ojeada a la sección “pacto(s)” en la Concordancia de las Sagradas Escrituras, veremos que ocupa por lo menos tres columnas, lo que viene a indicar el uso muy frecuente del concepto en la Biblia. La mayoría de las referencias se hallan en el Antiguo Testamento, pero la importancia del concepto se confirma en las del Nuevo Testamento, donde llega a su consumación, y especialmente en la Epístola a los Hebreos, como es de esperar en vista de su estrecho enlace con la vida del pueblo de Israel del antiguo régimen. Sin embargo, renovamos la advertencia que hemos dado en tantos estudios: los términos que describen, o ilustran, el plan de la redención, constituyen “ventanas” que echa cada una su medida de luz sobre la totalidad de la obra de Dios, que sólo entenderemos en su totalidad en la Nueva Creación. Si la mente humana trabaja con sus silogismos sobre el concepto de *“pactos”*, llegan a crear sistemas teológicos algo semejantes a los de la escolástica de la Iglesia de Roma durante la Edad Media. Tengamos en cuenta que la obra total de Dios siempre será mayor que cualquiera de sus partes, y que estas partes se expresan por medio de distintos términos con el fin de ayudar nuestra comprensión. Hemos de preguntar: ¿Qué significan los términos en el plano humano y al nivel divino? ¿Discernimos facetas distintas en el uso de los términos? ¿Cuál es la luz que echan sobre la totalidad del plan de Dios? No se trata de fundar una doctrina sobre el concepto del *“pacto”*, sino de comprender mejor ciertos aspectos de la obra de Dios, llegando a una comprensión del glorioso *“misterio”*, que es Cristo (**Col 2:2**).

El término en las relaciones humanas

1) Entre iguales. Es frecuente en la sociedad humana que dos personas lleguen a comprender la posibilidad de una acción en común que podría ser ventajosa para las dos. O quizá, prevén circunstancias que perjudicarían a ambas, deseando evitar el daño a tiempo. En tales circunstancias, si prevalecen buenos consejos, hablan juntos y llegan a un arreglo que determine la acción o contribución de cada una de las partes, con el fin de beneficiar a las dos. Nosotros llamaríamos esto un “contrato”, que, jurídicamente se describiría según la clase de intereses involucrados en el acuerdo. Los orientales, careciendo (para bien o para mal) de las complicadas provisiones del derecho moderno, que necesitan la intervención de notarios y abogados, habían de dar mayor solemnidad al contrato entre los individuos o grupos. La palabra hebrea que se emplea siempre en el Antiguo Testamento es *“berith”*, derivada probablemente del verbo *“cortar”*. Por la descripción del pacto abrahámico en **(Gn 15:9-17)**, con la referencia a pactos en general que hallamos en **(Jer 34:18)**, sabemos que pactos solemnes fueron *“sellados”* por el sacrificio de víctimas animales. Estas habían de dividirse en medio, colocándose una mitad en frente de la otra. Por tal camino ensangrentado las dos partes habían de andar, expresando algo así: “Tan segura como es la muerte de la víctima del pacto, así será la verdad que guardaré contigo en todo lo que hemos pactado”. Tendremos ocasión de volver al concepto de *“la víctima del pacto”*, pero aquí sólo se cita para enfatizar la solemnidad en todo pacto. Según **(Jer 34:18)**, si los israelitas quebrantaban tales pactos, evidenciaban que habían llegado a rechazar toda responsabilidad moral.

2) Otorgado de un superior a inferiores. Si el soberano de cierta nación llegara a presentar una constitución que regulara sus relaciones con su pueblo (pensemos sobre todo en el

concepto de la realeza de los tiempos bíblicos), o hiciera un tratado con otra nación que había conquistado, no podría promulgarlo según los métodos empleados entre partes iguales. En efecto, el súbdito sólo podría someterse a la constitución propuesta, alegrándose si viera en ella beneficios personales que había concedido el rey. Lo ordenado para el bien del pueblo tendría que surgir de la potencia, la autoridad y de las buenas intenciones del monarca. Al mismo tiempo, tal constitución o tratado solía solemnizarse por medio de cultos y de sacrificios, pese al hecho de ser algo otorgado por el príncipe a favor de su pueblo, empleándose el mismo término, *"berith"*. Tales tratados ilustran el pacto de gracia, en el que sólo Dios obra (es una acción monergista) recibiendo el hombre pecador mediante la salvación la sumisión y la fe.

En el Nuevo Testamento, y en el griego de la Versión Septuaginta del Antiguo Testamento, *"berith"* se traduce por *"diatheke"*, pese a que se empleaba *"suntheke"* comúnmente para pactos entre hombres. Diatheke enfatiza más la obra de Dios, y al criterio del autor, debe traducirse siempre por *"pacto"*, y nunca por testamento, aun en el discutido pasaje **(He 9:15-18)**.

Los propósitos eternos de Dios

Los pactos son el reflejo del plan divino

Lo que Dios determinó en cuanto al futuro de la raza humana, según su voluntad soberana, dio lugar a un hecho real en el propósito de Dios que había de manifestarse después y por varias maneras, pero que, en sí, constituye la base de toda su obra de gracia y de juicio frente al hombre. Por eso Pablo ve la salvación del pueblo de Dios como algo que ya existía antes de los tiempos de los siglos: *"Quien nos salvó y llamó con vocación santa, no conforme a nuestras obras, sino conforme a su propio propósito y gracia que nos fue dada en Cristo Jesús antes de los tiempos de los siglos"* **(2 Ti 2:9-10)**. De igual forma Pablo, en **(Ef 1:3-14)**, insiste en un propósito divino, que se afirmaba en Cristo y había de llevarse a cabo por su medio. De esta elección de gracia nacen todas las bendiciones de la salvación según los términos del Evangelio. En la sublime oración de Juan capítulo 17, Cristo expresa la misma verdad en términos de una misión que había recibido del Padre, y que había cumplido, ya que vio la Obra de la Cruz como algo realizado. Gracias al propósito del Trino Dios y la misión del Hijo, éste recibió a los suyos como un don del Padre.

Esto es el meollo de los consejos divinos concertados antes de los tiempos de los siglos (períodos de creación y de desarrollo) y no hay base para detallar un *"pacto"* entre el Padre y el Hijo, y menos para distinguir entre el *"pacto redentor"* y *"el pacto de gracia"* a la manera de L. Berkof y la escuela que representa (Systematic Theology, págs. 262 y ss.). Los pactos se sellan en la tierra sobre la base del propósito divino determinado en el Cielo por el Trino Dios antes de la fundación del mundo. Para la buena comprensión de ciertos pasajes recordemos que muchas veces el nombre *"Padre"* expresa la totalidad del Trino Dios, encarnando su voluntad y beneplácito.

La obra de la Cruz es el fundamento de los Pactos

Al pasar a la consideración de los pactos, veremos que se asocian con el derramamiento de sangre. Este hecho los enlaza con el tema de la propiciación y reiteramos que toda la obra de la gracia brota del hecho fundamental de la satisfacción que se dio a las demandas de la justicia de Dios por la ofrenda de valor infinito del Dios-Hombre, quien se presentó como *"Cordero de Dios"* a los efectos del Sacrificio. Al examinar distintas coyunturas en la historia del hombre en la tierra debiéramos recordar que el Cordero *"fue*

inmolado desde la fundación del mundo" **(Ap 13:8)**. Dicho de otra manera, las exigencias de la justicia de Dios habían sido satisfechas, en el propósito divino, antes de cometerse el primer pecado. Por eso la gracia de Dios podía manifestarse con toda libertad en el antiguo régimen, antes de la manifestación de su justa base por medio de la propiciación de la Cruz en el plano histórico **(Ro 3:25-26)**. En los pactos Dios se compromete a llevar a cabo tal o cual propósito en orden al hombre, pero el mérito no se hallará en el hombre pecador, sino en lo que se simboliza por la sangre de la víctima del pacto.

El pacto noético

¿Hay pactos anteriores al noético?

Los teólogos de ciertas escuelas han descrito pactos entre el Padre y el Hijo, y otro entre Dios y el hombre que creó, pero el hecho es que la palabra *"berith"* no se encuentra hasta **(Gn 6:18)**, que hace constar las garantías de bendición que Dios dio a Noé y su familia después del anuncio del juicio del Diluvio. Viene a ser el preanuncio del Pacto Noético que se establecerá después de secarse la tierra **(Gn 8:20-9:17)**. Quisiéramos atenernos a lo que se ha revelado claramente en las Sagradas Escrituras, y por eso no concedemos valor a una *"teología de los pactos"*, y pasamos a la consideración del primer pacto descrito como tal.

Las partes en el pacto noético

Ya sabemos que ha de haber dos partes en la confirmación de un pacto (*berith*) y en **(Gn 6:18)** se trata de Dios y de Noé, afirmando el Señor: *"Estableceré mi pacto contigo"*, bien que toda la familia de Noé había de participar en la protección del Arca. En el detalle del Pacto, después del Diluvio, Dios dice: *"Me acordaré del pacto mío, que hay entre mí y vosotros y todo ser viviente de toda carne"* **(Gn 9:11,15,17)**. Dios otorgó su protección al hombre (vosotros) y aun a todo ser viviente. Aún hoy en día es válido este pacto, pues Dios estableció condiciones de razonable seguridad que permitieran el aumento y la extensión de la raza, pese a la terrible lección del Diluvio. Sin el pacto quizá se habría apoderado del hombre un espíritu pesimista, creyendo que no servía *"fructificar y multiplicar"* si todo había de perecer de nuevo bajo las aguas de algún diluvio universal. Bajo su aspecto más amplio el pacto se extiende a los animales, bien que éstos viven bajo el control del hombre, siendo utilizados por él.

Las promesas y condiciones

El pacto noético es un buen ejemplo de un pacto monergista, ya que sólo Dios puede otorgar la promesa y velar por su cumplimiento. Con todo, hay dos condiciones que el hombre ha de observar. La promesa fundamental se refiere a la conservación de la raza y de los animales, que no tendrán que temer un diluvio universal **(Gn 9:11)**. Ha habido muchas inundaciones en escala reducida, y las hay en nuestros días, pero ninguna que pusiera en peligro la existencia de la raza. Dios mismo se hizo responsable por la alternación de las estaciones que hace posible la siembra y siega según las condiciones normales de áreas civilizadas **(Gn 8:22)**.

Es muy probable que se desconocía el orden gubernamental de los hombres, organizados en sociedades con normas de justicia durante el período antediluviano, lo que explica la rápida extensión y la profundidad del mal de aquella época **(Gn 6:1-7)**. Bajo el pacto noético el hombre ha de respetar la vida, que, simbólicamente, se representa por la sangre. Todo animal podría ser utilizado con el fin de mantener la vida del hombre, señor de la creación, pero sólo después de derramar la sangre. Bajo la ley levítica, para la

comunidad de Israel, esta norma había de aplicarse con mayor rigor, pero, desde el principio, significaba *"respeto a la vida"*. Tratándose del hombre, hecho a imagen y semejanza de Dios **(Gn 9:5-6)**, la vida derramada por el homicida había de ser vengada, fuese por el *"pariente más próximo"* (*goel*) de quien se lee en la jurisdicción levítica, fuese por los jueces, de un orden jurídico posterior y más desarrollado. Aquí empezamos a vislumbrar la *"espada"* que Dios ha puesto en las manos de los gobernantes, que son sus *"ministros"* con el fin de evitar la anarquía y la violencia individualista en el mundo **(Ro 13:1-7)**.

El sacrificio y la señal del pacto

Debiéramos empezar a leer los detalles del pacto noético en **(Gn 8:20)** donde consta: *"Y edificó Noé un altar a Jehová y tomó de todo animal limpio y de toda ave limpia y ofreció holocausto en el altar"*. No se menciona *"la víctima del pacto"* tan claramente como en Génesis capítulo 15, pero es evidente que el simbolismo de los holocaustos viene a ser la base del pacto, ya que es *"olor grato"* a Jehová, quien, en vista de la *"satisfacción"*, o sea, la *"propiciación"*, que significa el holocausto, y pese a un renovado diagnóstico pesimista del mal en el corazón del hombre caído, anuncia su propósito de mantener las condiciones necesarias para la vida del hombre en la tierra. Es una lástima que la división entre los capítulos 8 y 9 en nuestras versiones dificulte la comprensión de que existe una relación íntima entre el sacrificio y el pacto, siendo importante notar que no puede haber *"arreglo"* entre el Dios Santo y el hombre pecador sin la propiciación tipificada por la sangre.

Este pacto racial tiene su "señal"

Sin duda el hermoso *"arco iris"* se había visto siempre cuando los rayos del sol pasaban por lluvias, que actuaban de prisma, analizando la luz blanca en colores al dar contra el fondo de los nubarrones, desde la etapa de la creación que hacía posible este fenómeno. Lo que Dios hace aquí, pues, no es crear el arco iris, sino conceder al conocido fenómeno el valor de *"señal de su promesa"*. Podrían venir fuertes lluvias, pero no por eso había el hombre de creer que peligraba la existencia de la raza. Pasarían los nubarrones, y la tierra disfrutaría aún de su siembra y siega normales.

El pacto abrahámico

La importancia de este pacto

El llamamiento de Abraham **(Gn 12:1-3)** señala el principio de la obra del pueblo de Israel en el plan de la redención. Las naciones, según la diagnosis de Pablo en (**Ro 1:18)**, se dejaron seducir por la idolatría, una de las mentiras más típicas de las operaciones satánicas. La descendencia de Abraham había de ser cauce que recogiera la revelación de Dios y que la conservara hasta la manifestación del Mesías. Desde este momento en adelante el pueblo de Israel llega a ser el eje de la obra de Dios entre los hombres. Existe ahora el paréntesis de su rechazamiento, pero Israel era y será *"siervo de Dios"* para el cumplimiento de los propósitos divinos en la historia del hombre en la tierra. El hecho es tan trascendente que se anuncia por la promesa-profecía de **(Gn 12:1-3)**, se confirma por el pacto de **(Gn 15)**, recibe la señal de la circuncisión **(Gn 17)**, añadiéndose además otra confirmación por medio de un juramento solemne después de la ofrenda de Isaac **(Gn 22:15-18)**. Por medio del pacto Dios se compromete a sí mismo a cumplir la promesa, dando a Abraham todas las seguridades posibles. Como veremos, sólo Dios obra, vislumbrándose siempre la meta de la consumación del pacto de gracia cuando Cristo se

ofreciera a sí mismo como Cordero de Dios que lleva y quita el pecado del mundo **(Jn 1:29)**.

El momento histórico

El gran comentador sobre los Pactos es el mismo apóstol Pablo, y debiéramos leer no sólo **(Gn 15)**, sino también (**Ro 4)** y **(Ga 3)**, con el fin de comprender el momento histórico encasillado en su lugar en el gran Plan de la Redención. Plugo a Dios poner la fe de Abraham a prueba, pues aun insistiendo en que el cumplimiento de las promesas dependía de la descendencia *"según la promesa"*, no concedió hijo a Abraham y Sara. Pasaron años antes de que la promesa fuese confirmada por el pacto, y más todavía hasta que naciera Isaac, como obra milagrosa del poder y de la gracia de Dios, ya que sus padres habían pasado la edad de engendrar hijos. Abraham había sido muy bendecido de otras formas, y acababa de derrotar poderosos reyes por medio de su pequeño ejército, pero lamenta: *"Mira que no me has dado prole..."* **(Gn 15:3)**. En tal momento Dios le hizo ver las incontables estrellas del Cielo, afirmando: *"Así será tu descendencia"*. Abraham *"creyó a Dios y le fue contado por justicia"*, pero, con todo, Dios se dignó concederle la confirmación del pacto, diciendo, en efecto: *"De la manera en que los hombres garantizan el cumplimiento de lo prometido, así lo haré contigo"*. Ya hemos visto que los sacrificios, las *"víctimas del pacto"*, confirmaban los pactos más solemnes.

Los términos del pacto

Como parte integrante de las promesas concedidas por Dios a Abraham, siempre se predice que sus descendientes han de ser una nación grande que habitaría tierra peculiar, señalada después como Canaán (**Gn 12:1,2,7) (Gn 13:14-17) (Gn 15:7,18-20) (Gn 17:4-10) (Gn 22:15-18)**. Al mismo tiempo no se limita el pacto a las promesas terrenales y a la descendencia natural, y Pablo **(Ro 4)** discierne tres *"familias"* de Abraham: 1) la natural, que coincide con la nación externa e histórica de Israel; 2) el resto fiel que constituye la realidad espiritual de la descendencia, siendo familia tanto por el proceso natural como por la fe; 3) los gentiles que habían de recibir el Evangelio, colocando su fe en el Mesías. La nación externa es una necesidad histórica sin la cual no podría obrar el resto fiel y espiritual, pero sus miembros no se relacionan necesariamente con Dios en sentido individual, ya que, desde el principio: *"no por ser descendientes de Abraham son todos hijos"* **(Ro 9:7)**. Aleccionados por Pablo en (**Ro 2,4,9,10,11) (Ga 3)**, podemos percibir indicaciones de la naturaleza espiritual del Pacto que de otra forma quizá no percibiríamos.

1) Se anuncia el *"Evangelio"* ya en **(Gn 12:1-3)**, puesto que la bendición final alcanza a *"todas las familias de la tierra"*, punto que recoge Pablo en **(Ga 3:7-8)**. El instrumento (Israel) se separa de las naciones, pero sólo con el fin de conservar la Palabra y traer al mundo al Ungido, Cristo y Salvador.

2) Se destaca la justificación por la fe. Volveremos a considerar la fe como medio de recibir las bendiciones del Pacto, pero Pablo halla una perfecta ilustración de la justificación por la fe en Abraham, cuya fe le fue contada por justicia **(Gn 15:6) (Ro 4:1-5,9-22)**. En vista del *"Sacrificio eterno"*, determinado en el consejo de Dios, antes de los tiempos de los siglos, el hombre de fe siempre podía recibir las bendiciones fundamentales del Evangelio.

3) La relación personal entre Dios, Abraham y el pueblo. Al introducir el tema de la señal de la circuncisión, Jehová dice a su siervo Abraham: *"Estableceré mi pacto entre mí y ti y tu descendencia después de ti... para ser tu Dios y seré el Dios de ellos"* **(Gn 17:7-8)**. He aquí el meollo del pacto, que pasará íntegramente al pacto sinaítico. Se establece una

relación tan íntima entre Abraham (y la descendencia de Abraham) y su Dios, que llegará a compararse con la unión del matrimonio, o con los enlaces que unen el padre con los hijos. Los israelitas nunca *"guardarían el pacto"* en el sentido de cumplir todas las condiciones legales y morales del Sinaí, pero siempre les sería posible manifestar su lealtad al Dios único, al Jehová del Pacto, conservando una postura de humildad y de fe. El concepto atraviesa todo el Antiguo Testamento y llega a su sublimación en el Nuevo Testamento valiéndose Pablo de las palabras antiguas: *"Moraré entre ellos y entre ellos andaré; y seré su Dios y ellos serán mi pueblo... Seré para vosotros Padre y vosotros me seréis hijos e hijas, dice el Señor Todopoderoso"* **(2 Co 6:16-18) (Lv 26:12) (Ez 37:27)**.

La circuncisión, señal del pacto

Varios pueblos han practicado la circuncisión de varones, pero normalmente en relación con los ritos que señalan la pubertad. El mandato de Dios en (**Gn 17:10-14)** exige que todo varón de ocho días, nacido en la casa de Abraham y sus descendientes, había de ser circuncidado, y el rito significa la separación del vástago de las naciones paganas, lo que sólo podía capacitar Israel para el cumplimiento de su misión en la tierra. Así llega a ser *"señal del pacto"* y hasta se identifica con el pacto en **(Gn 17:7)**. Con todo, los hombres piadosos de Israel reconocían muy tempranamente que un descendiente de Abraham podía llevar en su carne la señal de la circuncisión sin dar a conocer su significado espiritual. Vendrá un día, dice Moisés, cuando Jehová, el Dios de Israel, cumplirá su obra de separación y de santidad en ellos (en Israel) circuncidándoles el corazón **(Dt 30:6)**, mientras que, en todo tiempo, los verdaderos israelitas tenían que dar evidencia de ser los llamados del Señor por *"circuncidar su corazón"*, o sea, separarse de intención y de voluntad para el servicio de Jehová **(Dt 10:16)**. Los profetas habían de reiterar el mismo tema, y Pablo, frente a las falsas pretensiones de los judíos del tipo fariseo llega a escribir: *"No es judío el que lo es sólo exteriormente, ni es circuncisión la exterior en la carne; al contrario, es judío el que lo es interiormente y la circuncisión es la del corazón..."* **(Ro 2:25-29)**. Por el hecho de que hombres entran en la familia espiritual de Dios en esta dispensación por el nuevo nacimiento, reciben la señal de haberse despojado del *"cuerpo de la carne"* por medio del bautismo, que señala su unión con Cristo en su muerte y resurrección **(Col 2:11-13)**.

La obra de Dios en el Pacto abrahámico

Los detalles de **(Gn 15)** nos hacen ver que Dios se dignó reforzar la fe de su siervo Abraham por medio del sello del pacto, lo que constituía la confirmación más solemne conocida en aquella época. No sólo hay una *"víctima del pacto"*, sino varias **(Gn 15:9)** y éstas habían de ser divididas y colocadas una mitad de cada cual en frente de la otra, formando esta *"vía de la sangre"* que ya hemos notado. Normalmente les correspondería a las dos partes pasar por este camino, como garantía de que cada una guardaría fidelidad para con la otra. Ahora bien, al ponerse el sol aquel día *"se veía un horno humeando y una antorcha de fuego que pasaba por entre los animales divididos, y en aquel día hizo Jehová un pacto con Abraham..."* **(Gn 15:17-18)**. Sin duda el horno y la antorcha ardientes constituyen el símbolo de la presencia de Dios, y sacamos en consecuencia que él solo pasó por el camino del pacto, garantizándolo, no conjuntamente con Abraham, sino por su propia autoridad y potencia. Ya hemos visto que este pacto es monergista, unilateral e inquebrantable, fundándose Pablo en esta escena al escribir: *"Un pacto, una vez ratificado, aunque sea de hombre, nadie lo desecha ni lo añade... el pacto previamente ratificado por Dios, no lo anula, invalidando la promesa, una ley que fue hecha cuatrocientos treinta años más tarde..."* **(Ga 3:15-18)**. Tendremos ocasión de ver lo que enlaza los pactos abrahámico y sinaítico, y también lo que los distingue, pero el comentario de Pablo nos hace ver muy claramente que el pacto posterior no anula el

anterior que brotó únicamente de la gracia de Dios y fue fundada sobre su potencia y fidelidad. Constituye, pues, la base de las relaciones entre Dios e Israel, y sólo cesa de ser válido cuando se incorpora en el Nuevo Pacto, del cual es una anticipación.

La parte del hombre en el pacto abrahámico

En vista del pecado que entró en la raza humana, y según el principio constante que Dios revela en la Palabra, sólo la gracia de Dios (Dios obrando al impulso de su amor) es la fuente de toda bendición, no pudiendo añadir el hombre nada de su cosecha, ya que todo lo suyo lleva la mancha del pecado. Socialmente podrá coadyuvar con otros seres humanos para conseguir ciertos resultados limitados que beneficien a sus semejantes, pero aun en esta obra parcial y social hay el reflejo indirecto de la gracia de Dios y es muy conocido que el héroe de hoy puede ser el criminal de mañana. Sin embargo, Dios establece condiciones para el fluir de su gracia, que se encarnan esencialmente en la sumisión y humildad del hombre. El espíritu rebelde e incrédulo obstaculiza el derramamiento de las bendiciones, aun en la presencia inmediata del Dios-Hombre, como vemos por el incidente narrado en **(Mr 6:1-6)**. En Nazaret, por ser Jesús *"el conocido"*, los ciudadanos *"se escandalizaban en él... y (Jesús) no podía hacer allí ningún milagro, salvo que, poniendo las manos sobre unos pocos enfermos los sanó. Y se maravilló de la incredulidad de ellos"*. En contraste con los nazarenos hallamos el caso de Bartimeo en **(Mr 10:46-52)**. El ciego sólo podía haber oído relatos del poder y de la gracia del Señor, pero la fe vino por el oír, y la información bastaba para que le llamara, sin más, *"Hijo de David"* (es decir, el Mesías), insistiendo en su empeño de llegar a su presencia. Pide la vista, y el Señor contesta: *"Vete, tu fe te ha sanado"*. Si examinamos de nuevo pasajes como **(Ro 3:21-28) (Ro 4:9,17) (Ro 10:9-13) (Ef 2:1-10)**, se nos aclara que el hombre ha de reconocer su estado perdido, ha de desechar toda confianza en sus propias obras, *"para que nadie se gloríe"*, llegando a confiar solamente en Dios, quien se ha revelado plenamente en Cristo y en su obra redentora. El arrepentimiento y la fe son actitudes propias del hombre humilde que reconoce que no es nada y que no tiene nada que ofrecer a Dios, limitándose a extender la mano de la fe para recibir lo que la gracia de Dios ha provisto en Cristo. Parece extraño que ciertos teólogos clasifican el arrepentimiento y la fe como *"obras"*, creyendo que impiden que la obra de gracia sea enteramente monergista. No son obras, pues precisamente representan una actitud que rechaza de plano toda confianza en obras meritorias. Dios no puede recibir las obras manchadas de los hombres, pero se goza cuando un publicano dice: *"Dios, sé propicio a mí pecador"* **(Lc 18:9-14)**. Abraham *"creyó a Dios y le fue contado por justicia"* **(Gn 15:6) (Ro 4:3) (Ga 3:6)**. El verbo en las traducciones griegas quiere decir *"abonar en la cuenta de alguien"*, y es preciso notar cuidadosamente por el estudio de (**Ro 3:19-31)**, que la fe no es algo meritorio que se le abona en cuenta en lugar de actos de justicia, sino la actitud del alma que permite que Dios abone en la cuenta del creyente la justicia que procuró Cristo al cumplir la terrible sentencia de la muerte en la Cruz. No hay otra *"justicia"* que permite que nos presentemos delante del Trono de justicia del Trino Dios.

El pacto sinaítico

Las circunstancias históricas

Las promesas sobre el nacimiento de Isaac y la multiplicación de su descendencia se habían cumplido, y, pasando el tiempo, José había recogido a su familia en la relativa seguridad de la tierra de Gosén. Tras las bendiciones de los tiempos de José, y el favor de la dinastía Hiksos, vino la opresión bajo el Nuevo Imperio egipcio. Hemos de suponer que los anales de las familias patriarcales se habían guardado, según la costumbre de la

época, siendo complementarias sus lecciones a las de la conservación del sarcófago de José **(Gn 50:24-26) (Ex 13-19)**, de modo que se había guardado entre los israelitas conocimientos más o menos precisos acerca del Pacto abrahámico. Llegó el gran momento del éxodo, el nacimiento de la nación, y tres meses después, los israelitas, ya constituidos en un pueblo libre, se hallaron al pie del Monte de Sinaí, dispuestos a escuchar los términos de un pacto que les afectaba a todos. El pacto abrahámico se había concertado con un solo hombre, Abraham, cuyo hijo, la simiente que era el centro de las promesas, no había nacido aún. Era evidente que las relaciones entre Dios y el padre de la raza habían de confirmarse, con las necesarias modificaciones, tratándose ya de la raza que se había prometido. Advertimos que el estudio del Pacto sinaítico no es fácil, ya que abarca varias facetas, todas las cuales debieran tomarse en cuenta. Si afloran factores aparentemente contradictorios tenemos que recordar que cada medalla tiene su anverso y reverso, comprendiendo que una faceta complementa a otra y no la anula. El escritor inspirado que más comenta este Pacto es Pablo, y debiéramos repasar porciones como **(2 Co 3) (Ro 2-4) (Ro 9-11) (Ga 3-4)**, con el fin de tener en cuenta su enseñanza sobre el sistema legal. Al mismo tiempo, todo no es negativo en el pacto sinaítico, ya que incorpora las relaciones entre Dios y su pueblo esbozados anteriormente en el Pacto Abrahámico. No es legítimo decir: “Desde Abraham hasta Sinaí tenemos un pacto de gracia, que finaliza al pie del monte para dar lugar a un régimen legal”. Tampoco es legítimo hacer caso omiso de la luz que Pablo echa sobre el sistema legal. Las *“dispensaciones”* no son períodos, sino *“modos de administración”* de la gracia y de los juicios de Dios. Según el caso, pueden coincidir, como, en efecto, coincidieron el pacto abrahámico y el sinaítico hasta que los dos se cumplieron, de distintos modos, en la Obra de la Cruz.

El pacto sinaítico entraña y continúa factores del pacto abrahámico

El pacto de **(Gn 15)** confirma las promesas hechas anteriormente a Abraham y que establecieron relaciones especiales entre Jehová y su pueblo. Estas son reafirmadas cuando Dios comisiona a Moisés a sacar al pueblo de Egipto **(Ex 3:6-18)** y constituyen la base de la nueva comunicación al pie del Monte Sinaí **(Ex 19:3-6)**. A las promesas anteriores se ha añadido la gran obra redentora del Exodo, y Jehová preludia el Decálogo diciendo: *“Yo soy Jehová tu Dios que te saqué de la tierra de Egipto..., no tendrás dioses ajenos delante de mí...”* **(Ex 20:1-6)**. Las relaciones ideales entre Jehová y su pueblo se resumen claramente en **(Lv 26:11-13)**: *“Y pondré mi morada entre vosotros… y andaré entre vosotros y vosotros seréis mi pueblo. Yo, Jehová vuestro Dios, que os saqué de la tierra de Egipto... y rompí las coyundas de vuestro yugo, y os he hecho andar con el rostro erguido”*. Dentro de la perspectiva profética, hallamos en Oseas tanto la hermosura de las relaciones entre Dios y su pueblo (bajo figuras matrimoniales y familiares) como la tragedia de la infidelidad de Israel. Por pura gracia Dios aún dirá *“pueblo mío”* a Israel, después de la trágica *“no es pueblo mío”*, y aún más, dentro de la figura matrimonial, Dios promete una plena restauración: *“En aquel tiempo, dice Jehová, me llamarás Ishi (marido) y nunca más me llamarás Baali (mi Señor)”* **(Os 2:16) (Jer 31:32)**. Esta tierna promesa se relaciona con el éxodo: *“como en el día de su subida de la tierra de Egipto”*. Además de los truenos y relámpagos del Monte de la Ley **(He 12:18-21)**, el lugar servía para manifestar la unión matrimonial entre Jehová y *“la esposa”*, Israel. No extrañará a nadie que la figura varíe a veces, empleándose la de *“Padre e hijos”*. El meollo del pacto, pues, viene a ser la afirmación de las relaciones especiales que existen entre Jehová e Israel, y volveremos a notar la importancia de este hecho al tratar de las renovaciones del Pacto.

Los aspectos parentéticos del pacto de Sinaí

Sinaí no sólo tuvo por objeto continuar y confirmar en relación con el pueblo ya formado las promesas hechas a Abraham, sino que fue introducido otro factor, aparentemente contradictorio, ya que manifestó la justicia de Dios, haciendo el diagnóstico del pecado de aquel pueblo y del de toda la raza. Pensando en esta faceta, la *"pieza fundamental"* es el Decálogo, que volveremos a mencionar: la piedra de toque que había de poner a prueba el corazón de *"la esposa"* y la realidad de sus fáciles promesas. No hemos de olvidar ni por un momento la verdad expuesta en el último párrafo, pero tampoco podemos pasar por alto los grandes contrastes entre el Monte de Sinaí y el Monte de Sión que se subrayan en **(He 12:18-24)**, ni aquellos otros, tan marcados, entre el Pacto viejo y el nuevo de **(2 Co 3)**. La primera comunicación divina con Moisés al pie del monte recordó la gracia de Dios para con su pueblo **(Ex 19:3-6)**, pero en seguida después del precipitado compromiso del pueblo, *"Todo lo que Jehová ha dicho, haremos"*, el tono del mensaje que Moisés había de comunicar cambió radicalmente: *"He aquí, yo vengo a ti en una nube espesa... guardaos, no subáis el monte... cualquiera que tocare el monte, de seguro morirá... Todo el monte Sinaí humeaba, porque Jehová había descendido sobre él en fuego..."* **(Ex 19:8-22)**. Después de la lectura del libro del pacto el pueblo reiteró por dos veces más que había de ser obediente. Veremos las provisiones de la gracia de Dios en su lugar, pero aquí hemos de tomar nota del hecho de que el pueblo se comprometió a cumplir los mandamientos de Dios, pese a su repetida experiencia anterior, no sólo de su propia debilidad, sino aun de un persistente espíritu de rebeldía. Todo fue necesario dentro de los planes de Dios, y Pablo señala el momento de esta forma: *"La Ley, empero, se introdujo de un lado (pareiselthen) para que abundase la ofensa"* **(Ro 5:20)**. Las provisiones del pacto abrahámico, anticipando la Obra de la Cruz, seguían siendo válidas, y por eso no murió el pueblo bajo los juicios de Dios. Sin embargo, tanto Israel, como los hombres en general, habían de aprender que el brazo de la carne no puede cumplir las exigencias de la justicia de Dios. Pablo resume la situación en **(Ro 3:19-20)**: *"Sabemos que cuanto dice la Ley, lo dice a los que están bajo la Ley, para que toda boca se cierre y todo el mundo sea reo delante de Dios, ya que por las obras de la Ley (ninguna carne será justificada delante de él), pues por la Ley es el conocimiento del pecado"*. En este contexto *"Ley"* no puede constituir el falso concepto legal de los fariseos, que examinaremos más abajo, sino aquello que Dios promulgó en el Monte de Sinaí.

El Decálogo como pieza esencial del Pacto sinaítico

El término *"Ley"* ("*nomos*en" en griego) se emplea de distintas formas, y es preciso tomar cuidadosa nota del contexto cuando se halla en el texto del Nuevo Testamento. 1) Puede señalar el Decálogo, como meollo de los mandamientos que Dios colocó delante de los hombres; 2) puede significar el conjunto del sistema legal del Antiguo Testamento; 3) puede referirse, siguiendo la costumbre de los judíos del primer siglo, al Pentateuco; 4) puede guardar su significado general en griego helenístico, en cuyo caso quiere decir *"norma"*, sea norma de conducta o un principio de acción. En este párrafo queremos hacer una breve referencia al Decálogo, que da su carácter especial al Pacto de Sinaí. Sólo esta parte del sistema legislativo fue pronunciado por Dios mismo desde lo alto del monte, lo que presta una solemnidad muy especial a las *"Diez Palabras"*, cuya validez persiste en todo tiempo, siendo aplicables a todo estado social, mientras que muchos de los reglamentos del *"Libro del Pacto"* **(Ex 22-23)** se refieren sólo a las condiciones sociales de entonces. Dentro de nuestros límites sólo es posible considerar el Decálogo como medio para la *"instrucción en justicia"*, por una parte, y como *"ayo"* que lleva las almas humildes a Cristo, por otra.

1) Instrucción en justicia. El Decálogo es pieza eje de las Sagradas Escrituras, que, inspiradas por Dios, son provechosas *"para enseñar, para reprender, para corregir, para educar en justicia"*, con el fin de que el hombre de Dios pueda ser completo para toda buena obra **(2 Ti 3:16-17)**. El paganismo hacía ya tremendos estragos en el mundo (**Ro 1:18**), de modo que el monoteísmo del Decálogo había de ser mantenido en Israel como parte de su servicio, siendo el pueblo guardián de la verdad revelada. La insistencia en un solo Dios santo, quien exige ser reconocido como Fuente de toda justicia y bondad, es parte esencial de la instrucción en justicia. El abandono de este principio da lugar al caos moral que Pablo describe en el pasaje señalado en **(Ef 2,4,5)**, entre otros lugares. El Decálogo reconoce los males que brotan espontáneamente en sociedades de hombres caídos, y reafirma, como obligación moral, lo que pertenece a Dios, a los padres, a las esposas y esposos, y al prójimo en general. Por cauces judeo-cristianos estas normas han penetrado en muchos sistemas judiciales, sirviendo para alzar un dique contra la anarquía del pecado. Es muy importante que el Decálogo sea reconocido, citado y enseñado en estos tiempos permisivos, cuando el libertinaje moral destruye tanto los cuerpos como las almas de seres humanos que quieren ser libres, y sólo consiguen colocarse bajo el yugo de sus propias pasiones desenfrenadas. Pese a la rebeldía de Israel en muchas etapas de su historia, la lectura del Decálogo, y la legislación asociada con él, ha presentado delante de los hombres el ejemplo de una raza preocupada por cuestiones morales y, desde el cautiverio babilónico, libre de la funesta influencia de la idolatría.

2) La Ley como "ayo". Al examinar la doctrina de *"obras legales"*, tal como los judaizantes la habían presentado a los gálatas, Pablo expone las diferencias fundamentales que existen entre la Gracia y la Ley, la Fe y las obras (véase el desarrollo de este tema más abajo), haciendo ver que Abraham había sido justificado por la fe y no por las obras. El sistema del *"esfuerzo legal"* no puede combinarse con el descanso de la fe, pero la Ley no cesa de ser útil, ya que muestra la incapacidad del hombre frente a las exigencias de la justicia de Dios. Por eso nos *"encierra"* de tal forma que la única manera de liberación viene a ser la fe en Cristo, quien cumplió la sentencia condenatoria de la Ley que el hombre había quebrantado. Cambiando la figura, compara la Ley al *"ayo"* de una casa grecorromana, el encargado de cuidar de los hijos, llevándoles a la escuela: *"de manera que la Ley ha sido nuestro ayo para llevarnos a Cristo a fin de que fuésemos justificados por la fe"* **(Ga 3:7-24)**. Es el conocido tema de Pablo sobre la naturaleza y el uso de la Ley que se desarrolla también en **(Ro 2-8,10)**. Sin un diagnóstico profundo y exacto no puede haber tratamiento eficaz para una enfermedad, y en la esfera moral la Ley descubre el mal que Dios remedió en su propósito eterno por medio de Cristo, quien había de procurar la justificación del pecador por el sacrificio de sí mismo.

La presencia de la Sangre

Muchas veces se habla y se escribe como si el Pacto Legal de Sinaí fuera la cumbre de la revelación del Antiguo Testamento, añadiéndose luego el sistema levítico, el culto ceremonial de Israel, como algo de importancia secundaria. Creemos que esta posición encierra un error, ya que Dios obra sobre la base de la expiación; ni siquiera habrían sido posibles los aspectos parentéticos del Pacto de Sinaí aparte de la obra que se simboliza por la Sangre. Al leer el libro del pacto al pueblo, Moisés madrugó con el fin de levantar un altar sobre el cual se ofrecieron sacrificios, rociando luego la sangre de las víctimas sobre el altar delante de Dios y sobre el pueblo, para su protección **(Ex 24:1-8)**. No podía faltar *"la víctima del pacto"*, ni siquiera en lo que vino a ser un compromiso de obras, según la declaración del pueblo. El autor de Hebreos enfatiza, con referencia a esta escena, la gran verdad de que *"sin derramamiento de sangre no se hace remisión (de pecados)"* **(He**

9:19-22). Hubo el anticipo de la Obra de la Cruz, que es igual que decir el recuerdo del plan de gracia ya garantizado en el Hijo antes de los tiempos de los siglos.

La obra de Moisés en **(Ex 24:1-8)** era preludio del sistema levítico, que sistematizó el simbolismo del sacrificio y del derramamiento de la sangre. Debiéramos fijarnos en un inciso de **(He 7:11)** que reza: *"pues a base de él (el sistema sacerdotal) recibió el pueblo la Ley que tiene"*. Según esta declaración no es la Ley que sustenta el orden levítico, sino, por el contrario, la obra simbolizada por los sacrificios que sostiene la Ley, hasta que cumpla sus propósitos en el plan de Dios.

Las renovaciones del pacto en el Antiguo Testamento

Los libros históricos del Antiguo Testamento contienen tristes relatos que describen los desvaríos del pueblo, siempre dispuesto a adoptar alguna forma de idolatría propia de los pueblos circundantes. Normalmente eran los reyes impíos que, infieles a su vocación como *"pastores"* del pueblo, los llevaban por malos caminos, siendo castigada luego la nación de distintas maneras. Cuando un rey piadoso, pensemos, por ejemplo, en Ezequías y en la obra que se describe en **(2 Cr 29-30)**, decidiera que había de renovar el pacto, no pudo lograr que el pueblo, de pronto, llegase a cumplir todos los mandamientos del Decálogo y otros asociados en él. Recordemos lo que ya hemos subrayado: que la esencia del Pacto era el reconocimiento de Jehová como Dios único, relacionado íntimamente con su pueblo Israel. Así que Ezequías hizo que toda imagen fuese destruida y que se abriera de nuevo el Templo. Este último acto, necesario en toda renovación del Pacto, no sólo excluía la idolatría, renovándose el culto a Jehová en su Templo, sino que enfatizó de nuevo la lección que vimos en el último párrafo: que la gracia de Dios podía fluir, perdonando y bendiciendo de nuevo a su pueblo, gracias a lo que simbolizaba el culto levítico: el hecho de la expiación que había de ser consumada en la Cruz en el cumplimiento del plan eterno de gracia.

Las tres clases de israelitas

¿Cuáles fueron los resultados de la promulgación del Decálogo y la confirmación del Pacto sinaítico en las condiciones que hemos visto en **(Ex 24:1-6)**? La apostasía asociada con la fundición y la adoración del becerro de oro **(Ex 32-34)** destrozó el *"pacto"*, casi en el acto de consagrarse, en cuanto constituía un compromiso mutuo entre Dios e Israel, exponiendo a todos los israelitas a los juicios sumarios de Dios **(Ex 32:9-10)**. Sin embargo, Moisés pudo recordar el pacto abrahámico, de pura gracia **(Ex 32:12-14)** que, según hemos visto ya, no había perdido su validez por la introducción *"por un lado"* de la Ley. Juntamente con las promesas incondicionales otorgadas a Abraham, se estableció el simbolismo de los sacrificios, base de toda la obra divina, ya que hablaba de la obra de propiciación del Calvario. Desde luego, no todos los israelitas reaccionaban de la misma forma a lo que Dios había promulgado, y los Salmos revelan la manera en que distintas clases de personas pensaban y obraban frente a la Ley. 1) Los enemigos de David, aquellos que perseguían al hombre de Dios, representaban a aquellos que, en todo tiempo, sólo pensaban en la forma externa de las instituciones nacionales, aprovechándolas en beneficio de sus propias ambiciones carnales. Constituyen el pueblo carnal, que sólo sirve el propósito de Dios dentro del marco de la nación como una entidad política. No querían someterse a la Ley y ofrecían sacrificios vanos, ya que faltaba la verdadera intención de sumisión y de adoración. 2) Otros israelitas (sus características se destacan claramente en la secta de los fariseos durante el ministerio terrenal del Señor) seguían repitiendo el compromiso antiguo: *"todo lo que el Señor ha dicho haremos"*, sin comprender las sublimes alturas de la justicia divina, ni medir la lamentable flaqueza moral del hombre. Esta actitud les llevaba a rebajar las normas de la Ley,

reduciéndolas a su parte externa, mientras que se ensalzaban a sí mismos como *"hombres de la ley"* que cumplían con los reglamentos sobre abluciones, el diezmo, etc., al par que dejaban a un lado el amor y la justicia (**Lc 11:42**). Ellos llegaron a constituir el judaísmo oficial, columnas de aquel sistema que no supo reconocer a su Mesías. Pablo analiza su actitud con toda exactitud en **(Ro 10:3)**: *"Ignorando la justicia de Dios, y procurando establecer la suya propia, no se sujetaron a la justicia de Dios"*. Volveremos más abajo a examinar su sistema de *"obras"*. 3) El Resto Fiel consistía de hombres que reconocían su obligación de someterse a toda palabra de Dios, y todos los Salmos reflejan claramente sus reacciones. Amaban la Palabra, deseaban la gloria de Dios, y al mismo tiempo se daban cuenta de su propio estado pecaminoso y de sus frecuentes caídas en el pecado. El **(Sal 32)** revela claramente la conciencia del pecado de estos piadosos, pero, a la vez, estaban seguros de que Dios quería y podía perdonar y *"cubrir"* el pecado del hombre de espíritu sencillo. Aparte de la comprensión que tuviesen del simbolismo de los sacrificios, no les era posible darse cuenta de cómo el Dios justo pudiese expiar el pecado. Sin embargo, no nos olvidemos de que el Espíritu Santo iluminaba siempre la mente y el corazón de quienes se sometían a Dios. En el **(Sal 103:1-18)** hallamos hermosas confesiones del pecado, y a la vez el autor expresa la seguridad de que *"cuanto esté lejos el oriente del occidente (Dios) hizo alejar de nosotros nuestras rebeliones"*. La Ley expone el pecado, pero el hombre fiel se echa sobre la misericordia de Dios, aun si le falta plena luz todavía en cuanto a la plenitud del plan de la redención.

El pacto viejo y el nuevo

Ya hemos visto que el pacto abrahámico es de pura gracia de tal modo que no puede caducarse, sino sólo incorporarse en el Nuevo Pacto, fundamento y meta de todas las garantías que Dios otorga al hombre. El Maestro encarnó el concepto del Nuevo Pacto en el simbolismo de la Santa Cena: *"Tomad, comed"*, dijo a sus discípulos, *"esto es mi cuerpo. Y tomando la copa y habiendo dado gracias la dio a ellos diciendo: Bebed de ella todos; porque esto es mi sangre del nuevo pacto que por muchos es derramada para remisión de los pecados"* **(Mt 26:26-29)**. ¿Qué, pues, es lo que se desvanece según **(He 8:7-13)**, que cita **(Jer 31:31)**? La declaración de caducidad es la siguiente: *"Al decir nuevo pacto ha dado por viejo el primero; y lo que se da por viejo y se envejece, está próximo a desaparecer"*. No puede desaparecer lo que se incorpora en el Nuevo Pacto, de modo que hemos de entender que lo que se desvanece es el compromiso humano del pacto sinaítico. La parte de aquel pacto que continúa y renueva el abrahámico no se esfuma, pero el esfuerzo de los legalistas desaparece, porque no pasa de ser la pobre ceniza de las obras humanas, que son obras muertas **(He 9:14)**. Las únicas relaciones estables entre Dios y el hombre se fundan sobre la obra de Cristo, ya ordenada desde antes de la creación del mundo, y manifestándose en la historia en el Calvario. De nuevo volvemos al concepto básico de la propiciación que satisface las exigencias de la justicia de Dios, haciendo posible las garantías del Nuevo Pacto.

La obra del Espíritu Santo en el Nuevo Pacto

Lo que subraya el oráculo de **(Jer 31:31)**, citado ampliamente en **(He 8)**, es que, en el Nuevo Pacto, la Ley no será un código grabado sobre piedras, sino el pleno conocimiento de la voluntad divina escrita sobre el corazón de cada miembro del pueblo verdadero, siendo implícita en todo ello la obra del Espíritu Santo. No hará falta la insistencia del enseñador que repite la exhortación: *"Conoce al Señor"*, porque todos los redimidos le conocerán, por haber abierto los cauces internos de su vida a las operaciones vitales del Espíritu.

Resumiendo, pues, nos remontamos hasta antes de los tiempos de los siglos para hallar el propósito tantas veces mencionado **(2 Ti 1:9-10) (1 P 1:18-21) (Ap 13:8) (Ef 1:3-10)**, la fructífera raíz de todo el plan de redención, que garantiza la salvación a toda alma humana sumisa que invoca al Señor. Pasando a la historia del Antiguo Testamento, vemos una manifestación de la gracia de Dios en el pacto noético, por el cual la raza puede tener cierta seguridad temporal gracias a las promesas de Dios. También florece la *"raíz eterna"* en el pacto abrahámico, que establece los propósitos de gracia de Dios en cuanto al pueblo temporal y espiritual. El Pacto sinaítico continúa afirmando los propósitos de bendición para con Israel, pero también viene a ser medio para manifestar el diagnóstico del pecado, con variados resultados dentro del pueblo de Dios. Por fin el Señor, en la víspera de la Cruz, relaciona el Nuevo Pacto con la Obra de expiación, y el autor de Hebreos recalca que este Nuevo Pacto es espiritual, ya que, por su medio, la palabra se imprime indeleblemente sobre el corazón de los creyentes.

Tomando en cuenta este resumen, nos hallamos bien situados para comprender la declaración de Pablo en **(Ro 10:4)**: *"Por que el fin (o consumación) de la Ley es Cristo para justicia a todo aquel que cree"*. Acaba de analizar magistralmente el gran error de los legalistas judíos, y señalando la *"piedra de tropiezo"* de ellos, coloca el fundamento de Dios. Este fin (o consumación) puede entenderse de diversas maneras: 1) La vida de Cristo, *"nacido bajo la ley"*, ilustra perfectamente la justicia de Dios que surge del entendimiento espiritual de la Ley. Esta justicia de Jesucristo durante su ministerio no es transferible, sino ejemplar, probando también que la Víctima no conoce el pecado **(2 Co 5:21) (1 P 2:21-25)**. Los Apóstoles no dicen nada acerca de la transferencia de la justicia humana del Señor a los creyentes, sino sólo subrayan la identificación de cada uno con la vida de Resurrección, después de su Muerte al pecado. 2) Por su sacrificio en la Cruz, Cristo cumplió en su Persona las sanciones de la Ley a favor de toda la raza, haciendo posible la justificación por la fe. 3) Al ofrendarse a sí mismo, siendo Sacerdote y Víctima a la vez, trajo a su fin y a su cumplimiento todo el orden levítico que, por su valor simbólico, había constituido la base de la Ley **(He 7:11)**. Esta consumación de la Ley beneficia a todo aquel que cree, porque, uniéndose por la fe con Cristo, llega a participar en todas las garantías del Pacto. De hecho, este Pacto de redención es uno solo, siendo *"los pactos"* manifestaciones parciales y anticipadas de la Obra de la Cruz según el propósito divino y eterno **(He 13:20)**.

El pacto davídico

Pactos subsidiarios

El concepto de garantías mutuas surge una y otra vez en las páginas del Antiguo Testamento, pero siendo doctrinal la finalidad de este libro, no nos es necesario hacer más que mencionar, como ejemplo de pactos humanos, el que fue concertado entre David y Jonatán **(1 S 18:1-5)**. El matrimonio también se llama *"un pacto"* en **(Mal 2:14)**.

Dos pactos más se relacionan con el ministerio de Israel, dentro del plan de la redención, y los dos tienen su cumplimiento en Cristo: el levítico *"mi pacto con Leví"*, que recuerda Jehová en **(Mal 2:4)**, y el Pacto davídico, que entraña el concepto del Reino. Pasaremos rápidamente al Pacto davídico dado su gran importancia dentro del plan general de salvación, y sólo notaremos de paso que Dios eligió la tribu de Leví a los efectos del culto simbólico del Antiguo Testamento, y entre ella la familia de Aarón para el sacerdocio. El sacerdocio aarónico era parentético hasta que se cumpliera *"la ofrenda del cuerpo de Jesucristo, hecha una vez para siempre"* **(He 10:10)**. Después el sacerdocio pasó a otra categoría, que incluye la realeza, *"según el orden de Melquisedec"* **(He 7)**. Sin embargo, el

pacto con Leví nos recuerda la importancia del servicio simbólico del Tabernáculo y del Templo hasta que todo fuese cumplido en Cristo.

David y Natán

Después de verse establecido en su capital de Jerusalén, y colocada el Arca del Pacto *"bajo cortinas"*, David, con buen sentido espiritual, pensaba que había llegado el momento de levantar *"casa"* para Jehová. Comunicó sus pensamientos al profeta Natán (**2 S 7) (1 Cr 17:1-27**) con el resultado de aprender que correspondería a su hijo edificar la "casa", pero que Dios, reconociendo la fidelidad de su siervo, prometió establecer *"una casa"* en sentido figurado para David, o sea, una dinastía *"eterna"*, en relación con un reino que nunca pasaría. Hijos rebeldes serían castigados, pero el Heredero final sería establecido para siempre según la declaración de Dios en **(Sal 2:6)**: *"Pero yo he puesto mi rey sobre Sión, mi santo monte"*. Se debe leer todo el Salmo 2, juntamente con el 89, además de las porciones señaladas en 2 Samuel y 2 Crónicas, pues de este pacto surge el aspecto real de la persona y obra del Mesías, reconocido por Bartimeo, entre tantos otros, como *"Hijo de David"*. El concepto del *"Reino"*.

Gracia y Ley; Fe y obras

Principios fundamentales

Los conceptos básicos de Gracia y de Ley se han expuesto ya en la sección soteriológica de esta obra, en lo que antecede del estudio presente, y en el estudio siguiente. El propósito de este párrafo es el de poner de relieve el análisis que Pablo hace de los dos sistemas: a) el de las obras que se relaciona con un concepto equivocado de la Ley; b) el de la fe que surge de una comprensión humilde y exacta de la obra de Dios.

1) El judaísmo oficial del primer siglo de nuestra era corresponde a la segunda clase de israelitas mencionados en este estudio, y cuyos rasgos analiza Pablo en **(Ro 9:30-10:3)**. Estos judíos habían reducido la *"ley"* a un conjunto de mandatos y de reglamentos externos, creyendo que ellos mismos eran los favorecidos por Dios, siendo capaces por sus circunstancias para cumplir las exigencias externas del sistema, constituyéndose *"la gente de la ley"*, y muy separados de publicanos, pecadores y gentiles. Ya hemos visto que, al ver el término *"ley"* en Romanos, Gálatas, etc., hemos de pensar normalmente en los conceptos que corresponden a **(Ex 19)** en adelante, pero el *"sistema legal"* de los judíos significa el aprecio equivocado que éstos tenían de los mandamientos divinos. Los adherentes a este sistema son *"los que obran"*, esperando recibir su salario **(Ro 4:4)**; se llaman *"los de la Ley"* en **(Ro 4:14)** y *"cuantos son de (la sustancia de) las obras de la Ley"* en **(Ga 3:10)**. En marcado contraste con estos legalistas se hallan aquellos que nacieron (de la sustancia) de Dios **(Jn 1:13)**, que son *"de él"*, estando en Cristo Jesús, el cual les ha sido hecho sabiduría de Dios: justicia, santificación y redención **(1 Co 1:30)**. En todos estos casos la preposición determinante es *"ek"*, *"de la sustancia de"*, o *"sacado de"*. En **Ro** 4 y **Ga** 3 Pablo insiste en la incompatibilidad entre estas dos clases de personas. O aceptan la Ley *"a su manera"*, creyendo que han de salvarse por ella, o se dan cuenta de la nulidad de la carne, y, arrojando de sí toda idea de mérito, se someten a Dios, aceptando las más elevadas normas de justicia, y llegan a Cristo para ser justificados por la fe. Así pasan a ser hijos de Dios por la fe **(Ga 3:22-29)**. Repetimos que la gracia señala la obra gratuita de Dios, que brota de su naturaleza de amor. La fe se acoge a la potencia de la gracia. Quienes rebajan las demandas de la ley, procurando llegar por medio de sus esfuerzos al bajo nivel que se han propuesto, siempre tendrán que preguntar como el joven rico: *"¿Qué cosa buena (más) he de realizar para poseer la vida eterna?"* **(Mt 19:16)**. Ninguno de ellos puede saber nunca si ha *"cumplido"* bastante,

o si queda algo más que realizar. Es la *“religión de Caín”*, de aquellos que quieren dar algo a Dios sin someterse para recibir el Don de Dios. O se obra con el fin de ganar un salario incierto, o se descansa por la fe en Cristo y en su obra, recibiendo la justificación como galardón. Pablo enseña que los dos principios son antagónicos, siendo imposible mezclar la religiosidad humana con las condiciones del don de la vida eterna que el creyente recibe en Cristo **(Ro 4:4-5)**.

Temas para meditar y recapacitar

1. Discurra sobre el concepto de “pacto” tal como se entendía en tiempos bíblicos. ¿Cómo se sellaban pactos solemnes según deducciones que podemos sacar de **(Gn 15)** y **(Jer 34:18)**?
2. Analícense las circunstancias que dieron lugar al pacto noético, notando lo que aseguraba, cuál era su base y cuáles las condiciones señaladas por Dios. Base su contestación en los capítulos 8 y 9 de Génesis.
3. Después de examinar el pacto abrahámico según se presenta en Génesis capítulo 15, considera el sinaítico **(Ex 19)** y capítulos sucesivos con referencia especial a **(Ex 24:1-8)** haciendo notar lo que tienen en común y lo que los diferencian.

La gracia, la fe y las obras

Introducción

Habríamos podido presentar el gran tema de la gracia de Dios después de los estudios sobre la Deidad, pero, desde el punto de vista docente, es preferible notar el contraste entre la gracia y la ley, con el que se relaciona estrechamente aquel otro gran contraste paulino: la fe y las obras. La importancia doctrinal de estos temas y contrastes es enorme, y fallos de compresión (o la falta de fidelidad a la palabra), en esta parte han dado lugar a los funestos errores de las *"religiones de obras"* y la salvación por medio de ritos y sacramentos. Con las necesarias salvedades, podemos decir que Pablo fue inspirado a redactar las epístolas a los Gálatas y a los Romanos con el fin de dejar sentados de una vez para siempre el significado de los conceptos pareados de la gracia y la ley, de la fe y las obras, y del Espíritu y la carne.

Definición de la "gracia"

Normalmente el significado de un término en el Nuevo Testamento ha de determinarse por su uso en el griego helenístico del primer siglo, y luego iluminarse por referencias al mismo concepto, o a otros análogos, en el Antiguo Testamento. Con todo, la plenitud de la revelación de Dios en el Nuevo Testamento es tal que a menudo un término adquiere en ella un sentido que rebasa ampliamente las expresiones anteriores, de la forma en que un roble robusto supera la bellota de la cual surgió. Tenemos que llegar a la debida comprensión de la gracia divina, no tanto por considerar el significado de las voces hebreas y griegas, sino por estudiar los contextos donde se hallan, viendo la "gracia obrando" a través de todas las Escrituras, y en especial en la plenitud del Evangelio.

En el Antiguo Testamento la voz hebrea *"chen"* indicaba el favor que una persona podía recibir de sus superiores, y así José *"halló gracia"* en los ojos de Potifar **(Gn 39:4)**, como también Rut delante de Booz **(Rt 2:10)**. Abundan otros casos de *"hallar gracia"*, pero quizá ninguno nos prepara mejor para comprender la gracia divina que el amable favor que Booz dispensó a Rut. La misma voz *"chen"* se empleaba también para señalar el *"atractivo"* que una persona poseyera a la vista de otras, diciéndose del Rey: *"Más hermoso eres que los hijos de los hombres; la gracia es derramada en tus labios"* **(Sal 45:2)**, y en **(Sal 84:11)** es Dios quien da *"gracia y gloria"* a sus escogidos.

Con todo, la mera palabra no hace más que apuntar en la dirección del concepto cabal, y hemos de considerar más abajo las manifestaciones de la gracia de Dios en el Antiguo Testamento para completar las enseñanzas sobre este tema que podemos sacar del régimen preparatorio.

En el Nuevo Testamento la voz griega es *"châris"*, que, en su uso humano, significaba *"agradecimiento"*, *"atractivo"*, *"favor"*, *"un don"*, *"un beneficio"*, etc. El verbo correspondiente era *"châiro"*, que se traduce *"gozarse"*, empleándose también como un saludo: *"Pasadlo favorablemente"*. Cuando indica, como *"chen"* en el Antiguo Testamento, el favor que podría dispensar un potentado a quien le presentaba alguna súplica, nos acercamos más el sentido que se eleva a sublimes alturas de *"la gracia divina"*.

Se suele definir la *"gracia"* como *"el favor inmerecido de Dios"*, que, desde luego, es correcto hasta donde llega, pero no es adecuado a la sublimidad del concepto. La *"gracia"* se presenta en las Escrituras, no sólo como un favor, sino también como una potencia,

llegando a ser *“Dios obrando libre y poderosamente en bien de los hombres que nada merecen, al solo impulso de su amor”*. Acordémonos de que se trata de la gracia del Dios omnipotente, soberano y todo sabio, y que pone en movimiento todos los recursos de su Ser para la consecución del plan de la redención, desde el designio eterno del Trino Dios en orden al hombre, hasta la consumación de la Nueva Creación, hallando su máxima expresión en el don de su Hijo. Tal gracia nace del hecho fundamental del ser de Dios: Dios es amor.

La manifestación de la gracia en el Antiguo Testamento

En el Edén. Por su desobediencia, el hombre rompió su relación esencial con Dios, ya que había sido creado a su imagen y semejanza para adorarle y servirle. En las profundas palabras de **(Gn 3:8-24)**, vemos que el hombre caído se esconde de la presencia de Dios, pero que éste le busca, y, al par que analiza y juzga el pecado, le viste de las pieles de una víctima sacrificada, y promete la victoria final sobre el enemigo, causa de tanta ruina, por medio de la Simiente de la mujer. He aquí la gracia en manifestación inmediatamente después de la Caída.

En la promesa a Abraham. Los capítulos 12 a 22 de Génesis relatan el llamamiento de Abraham, encerrando la promesa de **(Gn 12:1-3)** la historia condensada de la redención de la raza. Más tarde, según vemos en el capítulo 15, Dios, de su propia iniciativa, sin más condiciones que la necesaria actitud de sumisión y fe de parte de Abraham, confirma la promesa con un pacto unilateral. Al escribir a los gálatas, Pablo insistió en que este pacto, sellado cuatro siglos antes de la Ley, y recogido y confirmado en Cristo, era de validez perpetua **(Ga 3:15-18)**. Es una manifestación de gracia, y cuando los israelitas se veían bajo los juicios de Dios por haber quebrantado el pacto condicional y legal de Sinaí, recurrían al pacto de gracia que Dios otorgó al padre de la raza (**Ex 32:13) (Dt 9:27)** (**2 R 13:23)**.

En los sacrificios. El simbolismo de los sacrificios de sangre señalaba de un modo provisional que el pecador podía acercarse a Dios, viendo la sangre de la víctima correr en su favor, *“y le hará el sacerdote expiación de su pecado que habrá cometido, y le será perdonado”* (**Lv 3:35)**. Desde luego, la base era la obra de la Cruz que después había de consumarse.

En la historia de Israel. En ningún caso pudo Dios obrar a favor de su pueblo como recompensa por haber cumplido ellos la Ley de una forma perfecta, bien que las reformas preconizadas por los profetas y llevadas a cabo por ciertos líderes y reyes, mostrando el deseo de buscar al Señor, podían ser bendecidas. La intervención típica de Dios a favor de Israel es la del Éxodo, que es una obra de pura gracia, comenzada y llevada gloriosamente a cabo por la iniciativa y la potencia de Jehová, con miras a su pacto con Abraham, y para la bendición de un pueblo muy flojo y contradictor **(Ex 3:6-20) (Ex 14:30-15:21)**.

En la vida de los fieles. La prominencia que se da al régimen disciplinario de la Ley en el Antiguo Testamento tiende a velar la gran verdad que el justo vivía por la fe, y que la fe dependía de la gracia de Dios. Los humildes y fieles en Israel disponían sus corazones a la obediencia de cuanto Dios había mandado, pero sabían perfectamente que no les era posible cumplir la Ley en su sentido esencial, y, confesando su pecado, buscaban el perdón en la gracia de Dios, según exclama David: *“Bienaventurado aquel cuyas iniquidades son perdonadas y borrados sus pecados”* **(Sal 32:1-2)**.

La gracia no resplandecía en la plenitud de su gloria antes del advenimiento de Cristo a causa de las exigencias del régimen preparatorio, pero siempre fue, es y será la base de toda bendición del hombre.

La manifestación de la gracia en el Nuevo Testamento

En la Persona de Cristo. El Verbo eterno hecho carne era *"lleno de gracia y de verdad"*, y en él la gracia de Dios tomó cuerpo y se manifestó en gloriosa plenitud, operando no sólo desde el Cielo, sino aquí en la tierra por medio del Dios-Hombre. Con su advenimiento se inició una nueva época de *"cumplimiento"*, que por antonomasia es el *"día de la gracia"*, según la declaración del Apóstol Juan: *"Y de su plenitud recibimos todos, y gracia sobre gracia; porque la ley fue dada por Moisés, mas la gracia y la verdad llegaron a ser por medio de Jesucristo"* **(Jn 1:17-18)**. No es posible distinguir entre la gracia de Dios Padre y la del Hijo, quien es el ejemplo vivido y perfecto del sacrificio a favor de otros por el puro impulso del amor: *"Porque ya sabéis la gracia de nuestro Señor Jesucristo, que por amor de vosotros se hizo pobre, siendo rico, para que vosotros, con su pobreza, fueseis enriquecidos"* **(2 Co 8:9)**. La gracia divina es del Trino Dios, hallando su fuente en el Padre, su operación objetiva en el Hijo, y su aplicación interna por medio del Espíritu Santo.

En la Cruz, la Resurrección y el Descenso del Espíritu Santo. La gracia de Dios es cual un río caudaloso, cuyas aguas de bendición bastan y sobran para todo lo creado; pero Dios ha de ser fiel a sí mismo, de modo que la gracia no podía fluir libremente aparte de la propiciación que satisficiera las demandas de su justicia. La propiciación en sí es la obra maestra de la gracia, ya que Dios provee a un coste infinito lo que su justicia demandaba **(Ro 3:24-25)**. La resurrección es la gracia triunfante, y la *"plenitud"* del Señor se derrama en grata abundancia al presentarse a los suyos durante los cuarenta días. El descenso del Espíritu Santo en el Día de Pentecostés es la culminación de la obra de redención, y se llama *"Espíritu de gracia"* en **(He 10:29)**, y es él quien sella la obra de gracia en el corazón de cada creyente **(Ef 1:13-14)**.

El alcance de la gracia

1. En la obra total de Dios

La definición de la gracia que hemos adelantado se confirma por pasajes como **(Tit 2:11-14)**, donde el Apóstol declara que la gracia trae salvación (potencialmente) a todos los hombres, que nos enseña cómo hemos de conducirnos en piedad, y que aviva en nosotros la esperanza de la venida del *"gran Dios y Salvador nuestro Jesucristo"*, siendo éste quien se dio a sí mismo para nuestra redención y la preparación de *"un pueblo propio"*. En **(2 Ti 1:9-10)** nuestra salvación y vocación arrancan no de nuestras obras, sino *"del intento suyo y gracia, la cual nos es dada en Cristo Jesús antes de los tiempos de los siglos, mas ahora es revelada por la manifestación de nuestro Salvador Jesucristo, el cual quitó la muerte y sacó a la luz la vida y la inmortalidad por el evangelio"* **(Tit 3:4-7)**.

En el importante contraste entre el primer Adán y Cristo en **(Ro 5:12-21)**, el reinado de la muerte a causa de la transgresión se vence por *"el don de la gracia"* que introduce un hermoso *"reinado de la gracia"* que *"abunda"* por medio de Jesucristo. El creyente, pues, no se halla más bajo la ley, sino *"bajo la gracia"*, que es un régimen de potencia y de victoria, ya que Dios obra libremente en él por medio de la obra de la cruz y el don del Espíritu **(Ro 6:8-15)**.

La gracia que se ve en operación *"antes de los tiempos de los siglos"* en **(2 Ti 1:9-10)**, estará en plena manifestación en los siglos venideros, ya que Pablo escribe: *"(Dios) nos resucitó y nos hizo sentar en los lugares celestiales con Cristo para mostrar en los siglos venideros las abundantes riquezas de su gracia en su bondad para con nosotros en Cristo Jesús"* **(Ef 2:6-7)**.

2. En el caso del peor de los pecadores

El alcance de la gracia no ha de medirse únicamente por su extensión, que abarca todo el curso de los siglos, sino también por su profundidad, ya que su benéfica mano puede y quiere asirse de cualquier pecador que esté fuera del infierno, salvándole y haciéndole hijo de Dios. Es evidente que Pablo no pudo librarse nunca de los terribles recuerdos de su feroz persecución de los santos antes de su conversión, pero saca cierto consuelo de la tragedia de *"Saulo de Tarso"* al pensar que Dios le había puesto por ejemplo de las riquezas de la gracia divina, demostrando que el pecador más alejado de Dios por su pecado y rebeldía podía ser salvo por la obra de Cristo, si quería humillarse y creer: *"La gracia de nuestro Señor fue más abundante... Cristo Jesús vino al mundo para salvar a los pecadores, de los cuales yo soy el primero… para ejemplo de los que habían de creer en él para vida eterna"* **(1 Ti 1:12-16)**. La conversión del ladrón moribundo nos provee de otro ejemplo dramático del alcance de la gracia que echó mano a un criminal, desprovisto de todo mérito de religión o de obra, en el mismo umbral de la muerte.

La gracia es la única fuente de la salvación

"Porque por gracia sois salvos, por la fe; y esto no de vosotros, pues es don de Dios" **(Ef 2:8) (Tit 3:4-5)**. Toda doctrina que quisiera mezclar algún mérito humano, basado en pretendidas *"buenas obras"*, o en la virtud mágica de cualquier rito exterior, eclesiástico, sacramental o sacerdotal, es falsa en sí, pone en peligro a las almas y deshonra a Dios. Por ser la gracia nada menos que Dios en su actividad salvadora, no hay necesidad ni posibilidad de añadir nada a lo que efectúa, siendo ella misma la fuerza motriz de todo bien. Veremos en otro estudio la inmensa importancia de obras espirituales, fruto de la gracia, en la vida de los salvos, pero nadie (si quiere ser fiel a la Palabra) puede confundir los frutos del Espíritu en la vida del hijo de Dios con los vanos y míseros intentos del hombre sin regenerar para congraciarse con Dios. Veremos que la función de la Ley es precisamente la de abatir toda confianza humana, para que dependamos únicamente en la gracia de Dios, y que a la *"sola gracia"* de parte de Dios ha de corresponder la *"sola fe"* de parte del hombre.

El suministro constante de la gracia

La nueva vida que surge de la gracia ha de mantenerse por la gracia. En otras palabras, las potentes operaciones de Dios a nuestro favor son necesarias para toda faceta de nuestra vida cristiana. Por eso Pablo suele añadir a sus salutaciones a las iglesias la oración: *"Gracia y paz tengáis de Dios nuestro Padre y del Señor Jesucristo"* **(Ro 1:7)**. La bendición que da fin a la segunda carta a los Corintios: *"La gracia de nuestro Señor Jesucristo, y el amor de Dios y la participación del Espíritu Santo sea con vosotros todos"*, no es una mera fórmula de despedida, sino señala la gloriosa posibilidad de que las santas energías del Trino Dios informen todas las partes de nuestro ser *"para colmar todo propósito de bondad y toda obra de fe con poder"* **(2 Ts 1:11-12)**. La sesión del Señor resucitado a la diestra de Dios para el ejercicio de su sacerdocio real y eterno se relaciona expresamente con el suministro constante de la gracia divina a favor de los santos, y en vista de su preparación y su obra se adelanta esta exhortación: *"Lleguémonos, pues,*

confiadamente al trono de la gracia para alcanzar misericordia y hallar gracia para el oportuno socorro” **(He 4:16)**. La gracia que sacará a luz el nuevo universo es la misma gracia que suministra el *“oportuno socorro”* que remedia nuestro dolor y soluciona los problemas diarios **(2 Co 12:9)**.

Notas adicionales

“Los medios de gracia”. Esta conocida frase no es bíblica en su forma, pero sí en su significado esencial, ya que Dios ha provisto *“medios”,* como son la oración individual y colectiva, la comunión de los santos, la lectura y meditación de las Escrituras, el partimiento del pan, que traen bendición al corazón del creyente por la potencia del Espíritu Santo, y no pueden descuidarse sin grave peligro de dificultar la operación de la gracia de Dios en nosotros.

“La gracia irresistible”. Es un término teológico y no bíblico.

La fe y las obras

Dentro de la esfera del cristianismo, todos los enseñadores, por distintas que sean sus tendencias doctrinales, hacen constar que la salvación del hombre, en último término, procede de Dios; pero las diferentes escuelas distan mucho de estar de acuerdo cuando se trata de explicar la manera en que el hombre puede recibir el don de Dios. Quienes siguen las pisadas de San Agustín y de Calvino ponen tal énfasis sobre la gracia soberana de Dios que desaparece el libre albedrío en el hombre caído, convirtiéndose en *“arbitrio esclavizado”*. Con toda razón bíblica insisten en la nulidad de las obras y de los esfuerzos del pecador cuando se trata de su salvación, pero pasan más allá de lo que autoriza la totalidad de la Palabra al limitar la respuesta afirmativa de quienes escuchan el Evangelio a los elegidos individualmente por Dios desde la Eternidad, siendo los demás igualmente predestinados a la perdición.

Los *“arminianos”* (entre los cuales se hallaban los hermanos Wesley) declaran igualmente que la salvación procede únicamente de la gracia de Dios en Cristo, pero echan la obligación de responder al Evangelio sobre el hombre que lo escucha, como ser moralmente responsable aún en su estado caído.

Pelagio, contemporáneo y contrincante de San Agustín (fin del siglo IV y principios del V), enseñaba que no se transmite el pecado de Adán a sus descendientes, de modo que cada niño aprende a pecar por el mal ejemplo, siendo el hombre capaz de no pecar y de acumular obras meritorias para la salvación. La teología de la Iglesia de Roma ha evolucionado en un sentido semipelagiano, ya que declara (fijándose estas doctrinas en el Concilio de Trento) que el bautismo anula el pecado original, regenerando el sujeto, quien halla su salvación en la Iglesia que administra el valor de la obra de Cristo por medio de los diferentes sacramentos. Según estas doctrinas la gracia de Dios no es incompatible con obras meritorias, señalándose también el valor de las penitencias; esta idea de la purgación de los pecados por medio de los sufrimientos llega hasta el concepto de un purgatorio más allá de la muerte.

Si el estudiante ha comprendido la supremacía de la gracia que se ha señalado en los estudios anteriores, comprenderá que las obras humanas no pueden añadir nada a sus potentes operaciones, y que al hombre no le corresponde otra cosa sino responder con fe sumisa a la obra de Dios en Cristo. Creemos que el calvinista tiene mucha razón al declarar que el hombre natural es totalmente incapaz de salvarse a sí mismo, o de presentar obra alguna que no esté viciada por la mancha del pecado, o de adelantar un

solo paso hacia Dios por sus propias fuerzas, necesitando las operaciones del Espíritu Santo para ser convencido del pecado, para arrepentirse de su mal, y para ejercer la fe. Con todo, según el intento del Evangelio, puede acudir al llamamiento o rehusar de acudir; puede dejar que los suaves impulsos del Espíritu le lleven al Salvador, o endurecerse contra ellos. En todo el proceso, y en todos los aspectos del proceso, necesita el auxilio de la gracia salvadora, pero queda con esta última responsabilidad: de *"dejarse salvar"* o de rechazar la salvación. Intentando dar el sentido del griego, traducimos así las declaraciones de **(Ef 2:8-9)**: *"Por la gracia habéis sido salvos, por medio de la fe; y esto (todo el proceso) no es producto de lo que hay dentro de vosotros; es don gratuito de Dios, y no es producto de vuestras obras, para que nadie se gloríe"*.

Definición de las obras

Toda actividad del hombre que tiende a efectuar algún fin es una *"obra"*, y el obrar es propio del hombre hecho a imagen y semejanza del Creador. No hay nada en las Escrituras que indique que el hombre debiera sumirse en la pasividad de un *"nirvana"*, pues está facultado para *"producir efectos"* en relación con la obra total de Dios. Cuando la Biblia recalca la nulidad y la ineficacia de las obras humanas, se refiere a las del hombre caído al intentar congraciarse con Dios para ganar su propia salvación, o, por lo menos, coadyuvar a la consecución de su propia salvación. Desde luego se efectúan también obras malas por inspiración satánica (véase abajo), que manifiestan la rebeldía del hombre en contra de su Dios, y, lejos de carecer de importancia las *"obras"*, la Palabra declara una y otra vez que *"Dios pagará a cada uno conforme a sus obras"*, y que las sentencias del Gran Trono Blanco se aplicarán según *"las cosas que se hallan escritas en los libros"*, *"según las obras"* de cada cual **(Ro 2:6) (Ap 20:11-12)**.

1. Obras muertas. En **(He 9:14)**, y con referencia a las lecciones del ritual levítico, que destacaba la estrecha relación que existe entre el pecado y la muerte, se califica a toda obra realizada por hombres pecadores como *"obras muertas"*, por ser efectuadas en la esfera del pecado y de la muerte. Para que la conciencia del pecador pueda quedar tranquila, necesita ver la eficacia de la *"Sangre"* del Sacrificio por el pecado. Deducimos que toda obra de hombre pecador *"huele a muerte"* y no sirve para conseguir la vida.

2. Obras de la carne. Naturalmente la palabra *"carne"* se usa muchas veces en su sentido literal, denotando la *"sustancia del cuerpo"* y, por extensión, el *"hombre"* o la *"humanidad"*. Pero el sentido *"figurado"* o *"teológico"* del término en el Nuevo Testamento puede expresarse como *"todo lo que hay en el hombre que surge de la Caída"*, hallándose todo ello en franca oposición a las operaciones del Espíritu de Dios. Las obras de la carne, por lo tanto, abarcan toda actividad del hombre natural, no sólo en sus desvaríos y crímenes, sino también en sus esfuerzos morales y religiosos. Pablo hace una lista de las obras de la carne que son *"manifiestas"* en **(Ga 5:19-21)**, incluyendo no sólo los resultados de la concupiscencia, sino también el fruto del egoísmo básico del hombre, como por ejemplo los *"celos, iras, contiendas, disensiones, herejías (o partidismos) y envidias"*. Más aún, al hacer referencia en **(Fil 3:3-9)** a su vida religiosa anterior a su conversión, incluye bajo el término de *"carne"* todos sus privilegios y esfuerzos como hebreo, ya que no procedían del Espíritu de Dios. Sin duda los buenos sentimientos y un espíritu religioso son superiores a los vicios y los crímenes dentro de la sociedad humana, y como miembros de comunidades en este suelo podemos agradecer todo esfuerzo para el bien común. Con todo, tratándose del hombre caído delante de su Dios y frente a la eternidad, las obras religiosas y morales pueden dar lugar al orgullo, y a la satisfacción propia, sumiendo al hacedor de ellas en el letargo de una falsa seguridad.

3. Obras legales. Los esfuerzos por cumplir la Ley con la idea de acumular méritos y establecer una *"justicia propia"* se llaman *"obras legales"* y se relacionan con las *"carnales"*. En Gálatas Pablo hace uso de la frase *"obras de la ley"* seis veces, hallándose tres de estas referencias en un solo versículo de su discurso al reprochar la inconsecuencia de Pedro en Antioquía: *"Sabiendo que el hombre no es justificado por las obras de la ley, sino por la fe en Jesucristo, nosotros (los judíos) también hemos creído en Jesucristo para que fuésemos justificados por la fe en Cristo, y no por las obras de la ley; por cuanto por las obras de la ley ninguna carne (ningún ser humano) será justificado"* **(Ga 2:16)**. El Apóstol sacrifica el estilo literario para reiterar la vanidad de las *"obras legales"*, que, en aquella ocasión, amenazaban los fundamentos del Evangelio. Termina su argumento con la penetrante declaración: *"Yo, por la ley, soy muerto a la ley, para vivir a Dios; con Cristo estoy juntamente crucificado..."*.

Recordamos la insistencia de la ley al exigir una obediencia total, sin la cual el hombre, por muchas obras legales que haya realizado, es infractor de la ley y está bajo la maldición. Por eso el Apóstol señala la absoluta incompatibilidad que existe entre quienes *"son de la ley"* (es decir, que esperan su bien por su intento de cumplir la ley) y aquellos otros, *"hijos de Abraham"*, que *"son de la fe"*; o sea, que esperan en Dios para recibir todo cuanto es imposible al esfuerzo humano. Las dos actitudes son totalmente opuestas, y en vano procuraremos mezclar las *"obras de la ley"* con el *"descanso de la fe"* **(Ga 3:9-14)** **(Tit 3:4-5)**.

4. Obras malas, o satánicas. Al ganar su fatídica victoria sobre el primer hombre, Satanás pudo fundar la esfera de la *"carne"* dentro del hombre, y establecer su *"orden"*, que se llama *"mundo"*, en los asuntos generales de los hombres. Tiene, pues, *"base de operación"* tanto dentro de cada ser humano como en el conjunto de los asuntos de la raza. Sus súbditos obedecen en general sus indicaciones, siendo, frente a Dios *"enemigos de ánimo en malas obras"* **(Col 1:21)**, bien que Dios no deja de obrar entre ellos por su gracia, por sus providencias y por las operaciones de su Espíritu. Al enseñar a los efesios la enorme distancia que separa el reino de la luz y el de las tinieblas, Pablo hizo mención de bastantes de estas *"malas obras"*, analizando el estado de quienes persisten en ellas. Son *"obras infructuosas de las tinieblas"*, en las que el creyente no ha de comunicar, sino es llamado más bien a reprenderlas.

El Maestro señaló claramente el origen de estas obras en sus pláticas frente a los judíos de Jerusalén, en el momento cuando algunos querían matarle: *"Vosotros hacéis las obras de vuestro padre"*, les dijo, aclarando luego que su *"padre"* era Satanás, de quien procedían el homicidio y la mentira **(Jn 8:39-44)**. De forma parecida el apóstol Juan exhortaba a los creyentes que no fuesen *"como Caín, que era del maligno y mató a su hermano. ¿Y por qué causa le mató? Porque sus obras eran malas y las de su hermano justas"* **(1 Jn 3:12)**. Estas citas enfocan clara luz sobre la inspiración satánica detrás de las malas obras de los hombres, quienes se dejan llevar por el príncipe usurpador de este mundo **(Ef 2:1-3)**.

Se ha notado ya que, por una metáfora muy natural, las malas obras son de las *"tinieblas"*, mientras que las espirituales son de la *"luz"*, diciendo el Señor: *"Todo aquel que hace lo malo aborrece la luz, y no viene a la luz, para que sus obras no sean reprendidas. Mas el que obra verdad viene a la luz, para que sus obras sean manifestadas que son hechas en Dios"*. Aquí se ve claramente que si bien las malas obras tienen su origen en el enemigo de la raza, las realmente buenas son hechas *"en Dios"*, o sea, según su voluntad y por la potencia de su Espíritu **(Jn 3:20-21)** **(Col 1:13)**.

La obra más negra de todos los tiempos se atribuye directamente a la inspiración de Satanás: *"Y entró Satanás en Judas... y fue y habló con los príncipes de los sacerdotes...*

cómo se lo entregaría..." **(Lc 22:3) (Jn 7:7) (Ro 13:12) (1 Jn 2:15-17) (1 Jn 3:8,12) (2 Jn 1:11)**.

5. "Los que perseveran en bien hacer". No hemos de sacar de lo que antecede la conclusión de que toda *"obra buena"* en la sociedad y entre las gentes procede del diablo, a pesar de la manifiesta imperfección de todas ellas. En un notable pasaje **(Ro 2:6-16)** Pablo, al escudriñar el panorama general del mundo gentil, reprende a los moralistas que pretenden ser mejores que otros, declarando que Dios no hace acepción de personas, y que paga a cada uno conforme a sus obras. Él no hace caso de las filosofías ni de la ética de los hombres, sino que discierne los secretos del corazón, y sabe cuáles son las personas que *"perseverando en bien hacer buscan gloria y honra e inmortalidad"*, notando también a quienes, en su fuero íntimo, son contenciosos. Pablo no enseña que el alma se ha de salvar por su bien hacer, sino que reconoce que hay actitudes y obras que muestran un deseo en ciertos hombres de conocer a Dios y cumplir su voluntad, llevándoles a *"invocar el nombre del Señor"*, que haría posible su salvación por medio de Cristo. Fue conforme a este principio que el mensajero angelical pudo decir a Cornelio: *"Tus oraciones y tus limosnas han subido en memoria a la presencia de Dios"*. Más tarde, y sacando las debidas consecuencias del trato de Dios con el pío centurión, Pedro declara: *"En verdad hallo que Dios no hace acepción de personas, sino que de cualquier nación el que le teme y obra justicia le es acepto"* **(Hch 10:4,34,35)**.

Las obras espirituales

1) Son obras que surgen de la fe en la potencia del Espíritu Santo. El Maestro mismo relacionó las obras que pueden ser aceptas delante de Dios con su Persona y con el principio de la fe. Los judíos de Galilea le habían preguntado: *"Qué haremos para que obremos las obras de Dios?"*, a lo que respondió Jesús: *"Esta es la obra de Dios, que creáis en aquel que él ha enviado"* **(Jn 6:28-29)**. Los judíos se preocupaban constantemente por la cuestión de la naturaleza y medida de las obras que podrían agradar a Dios y procurarles la vida eterna, pero Cristo señaló la condición previa para todos: la *"obra"* de comprender su misión y confiar en su Persona.

Debido a la ignorancia de algunos y la mala intención de otros, se ha producido una gran confusión al hablar de buenas obras por no distinguir entre los míseros esfuerzos legales y religiosos de las almas sin regenerar, y las que surgen de la vida nueva del alma redimida por la potencia del Espíritu Santo. Ya hemos analizado aquéllas, viendo su inutilidad a la luz de la Palabra; en cambio, éstas constituyen el fruto necesario de la vida nueva, pues sin buenas obras no hay evidencia de que el alma haya aceptado la gran obra de redención en Cristo. El pasaje clásico que indica estas dos clases de obras es **(Ef 2:4-10)**: *"Por gracia habéis sido salvos, por la fe, y esto no de vosotros, pues es don de Dios; no por obras para que nadie se gloríe. Porque somos hechura suya, creados en Cristo Jesús para buenas obras, las cuales Dios preparó para que anduviésemos en ellas"*. De igual forma **(Tit 2:14)** insiste en que Dios ha redimido para sí *"un pueblo propio, celoso de buenas obras"*, y si bien los gálatas tenían que dejar sus obras legales, al mismo tiempo fueron exhortados a *"hacer bien a todos, mayormente a los de la familia de la fe"* **(Ga 6:9-10)**.

Estas enseñanzas apostólicas no hacen sino detallar más el principio que el Maestro recalcó en el Sermón del Monte: que el árbol se conoce por sus frutos, ya que la mera profesión de quienes le llaman *"Señor, Señor"* no basta como evidencia de la nueva vida **(Mt 7:15-23)**.

He aquí la clave para entender la discutida exposición de Santiago sobre la *"justificación por las obras"* **(Stg 2:12-26)**, que, lejos de contradecir la doctrina paulina de la *"justificación por la fe"*, no hace sino recalcar que una fe efectiva ha de producir necesariamente el fruto de las buenas obras, que son tanto su manifestación como su justificación: verdad que ya hemos notado también en los escritos de Pablo.

No hemos de confundir tampoco las exhortaciones a la obediencia que abundan en las epístolas con el legalismo de los preceptos legales. La fe en sí denota una actitud de sumisión, y se enlaza con la obediencia, pues el rebelde jamás puede rendirse al Señor en verdadera confianza. Somos llamados, pues, a obedecer, no ya como esclavos del sistema legal, sino por amor al Señor quien nos amó y se dio a sí mismo por nosotros, gozándonos cual Pablo en ser *"esclavos de Jesucristo"*, ansiosos de conocer y cumplir su voluntad, pero conscientes que tal obediencia será una *"obra espiritual"*, efectuada únicamente por la potencia del Espíritu Santo en nosotros. *"Si me amáis,* dice el Maestro, *guardaréis mis mandamientos"* **(Jn 14:15)**.

2. Unas características de las obras de los hijos de Dios. a) Son ordenadas por Dios en Cristo como parte del decreto eterno **(Ef 2:10)**. b) Son propias del pueblo de Dios **(Tit 2:14)**. c) Se contrastan con las *"obras de la carne"*, llamándose *"el fruto del Espíritu"* **(Ga 5:22-23)**. d) Surgen de la obediencia a la *"ley de Cristo"*, que es la *"ley del amor"* **(Ga 6:1-2) (Jn 13:34)**. e) Por medio de ellas los *"hijos"* manifiestan su semejanza a su Padre que está en los cielos **(Mt 5:44-48)**. f) A pesar de la imperfección de toda cosa humana, es posible llamarlas *"obras buenas"*, ya que lo real y permanente en ellas se produce según la voluntad de Dios y por la potencia del Espíritu Santo **(1 Jn 2:17) (Ga 5:22-23) (Ga 6:8)**. g) A pesar de la aparente contradicción, son *"obras de fe"*, ya que sólo la fe hace contacto con Dios **(Ga 5:6) (1 Ts 1:3) (2 Ts 1:11)**. h) Son la prueba de la vida nueva y de la fe verdadera **(Stg 2:12-26)**. i) Constituyen el testimonio y el adorno de los creyentes frente al mundo **(1 Ti 5:10) (1 Ti 6:18) (Tit 2:10) (Tit 3:14)**. j) Como manifestaciones del servicio que el Señor encomienda a los suyos, estas *"obras hechas por medio del cuerpo"* serán *"manifestadas"* delante del Tribunal de Cristo y determinarán la recompensa y el servicio eternos de los siervos de Dios **(2 Co 5:10-11) (Lc 19:15-19)**.

La fe en el Nuevo Testamento

1. Definición. La palabra griega *"pistis"*, con el verbo correspondiente *"pisteuo"*, se hallan cerca de 500 veces en el Nuevo Testamento, lo que da la medida de la importancia del concepto que expresan. Antes de pasar al significado fundamental de la fe salvadora, podemos notar tres usos secundarios de *"pistis"* que también son importantes: a) La fidelidad, según su sentido en **(Ga 5:22)**, donde se presenta como uno de los frutos del Espíritu, ya que el hijo de Dios ha de ser *"hombre de su palabra"*, y *"hombre de confianza"*, en contraste con el hombre natural que es fácilmente movido por los impulsos de la conveniencia egoísta: véase *"fidelidad"* en **(1 Ti 2:7)**, y *"lealtad"* en **(Tit 2:10)**. b) El conjunto de las doctrinas cristianas. A veces la fe tiene un sentido objetivo, refiriéndose al conjunto de las doctrinas apostólicas que el creyente ha de recibir y mantener. Así tenemos *"un Señor, una FE, un bautismo, etc."*, prosiguiendo hacia la *"unidad de la FE"* **(Ef 4:5,13)**, sin apartarnos jamás de la norma de *"la FE que ha sido dada una vez para siempre a los santos"* **(Jud 1:3)**. Pablo empleó *"pistis"* muchas veces en este sentido en las epístolas pastorales, porque discernía ya en distintos lugares una desviación de la *"sana doctrina"* que había enseñado tan fielmente (**1 Ti 1:19) (1 Ti 3:9) (1 Ti 4:1) (1 Ti 6:10**). c) Un don especial de *"fe"* que se incluye entre los *"charismata"* concedidos por el Espíritu Santo, por medio del cual se realizaban obras notables **(1 Co 12:9) (1 Co 13:2)**.

2. La fe salvadora. Aparte de los usos secundarios que hemos señalado, *"pistis"* en el Nuevo Testamento significa normal y típicamente la actitud de confianza por la que el hombre responde a la manifestación de la gracia de Dios en Cristo, siendo así el medio para recibir la justificación, con todo otro bien que procede de Dios. En esta fe salvadora, hemos de distinguir los elementos siguientes: a) Se asocia con el arrepentimiento, por la obvia razón de que si el hombre no llega a desesperarse de sí mismo, llegando a aborrecer el pecado y la carne, no se volverá hacia Dios en busca de la salvación **(Mr 1:15) (Hch 20:21)**. b) Entran en ella elementos de inteligencia y de comprensión, puesto que *"la fe viene por el oír, y el oír por la Palabra de Dios"* **(Ro 10:17)**. No hemos de despreciar este factor inicial, de oír, comprender, y creer el mensaje, que se reconoce como *"palabra de Dios"*, pues sólo así podemos distinguir entre una verdadera fe y la mera credulidad, que, sin examinar la base de lo que se presenta, cree en los ídolos, en los *"santos"*, en cualquier milagro, en la Virgen. Pablo, en **(Ro 10:12-18)**, recalca mucho la necesidad de la proclamación de la verdad de Dios, que ha de reconocerse como tal, siendo medio luego para que los hombres invoquen el Nombre del Señor para ser salvos. c) Entra también el elemento de la voluntad del hombre, sin excluir en esta fase el auxilio de la gracia de Dios, pues no basta que el hombre comprenda la verdad acerca de Cristo si no siente *"hambre y sed de justicia"* y el anhelo de ser salvo. El Maestro declaró que sólo aquel que quiere hacer la voluntad de Dios es capaz de distinguir la *"doctrina"*, y que el tesoro de la vida se halla por quien lo busca. La voluntad presta, unida a la comprensión del mensaje, lleva a aquel que busca a una decisión personal **(Mt 5:6) (Lc 11:9-10) (Lc 13:34) (Jn 5:40) (Jn 7:17,37-38)**. d) La voluntad rendida conduce en seguida a la entrega total del hombre al Salvador, que es la esencia de la fe salvadora. En esta consumación de la fe se ha dejado atrás toda esperanza humana, de la forma que sea, y el pecador descansa sin reservas en un Salvador todo suficiente, cuya obra de redención se comprende como perfecta y única: base segurísima que aleja toda duda y todo temor. Tal fe establece una unión vital entre el Salvador y el alma rendida, que se halla desde entonces *"en Cristo"* según la frase predilecta de Pablo. Esta identificación es la base de las enseñanzas de Pablo en **(Ro 6)**, según las cuales *"morimos"* con Cristo en su muerte, resucitando también con él para una vida nueva, teniendo nuestra parte en todo el significado de su Obra a los efectos de la justificación y la santificación. Por lo tanto, la doctrina de la *"justificación por la fe"* dista mucho de ser una *"ficción legal"*, toda vez que se basa en una verdad fundamental: nuestra unión vital y espiritual por la fe con quien *"murió al pecado una vez"* venciendo la muerte que se asocia con él, para *"vivir para Dios"* eternamente **(Ro 6:8-10) (He 7:25)**.

Con el fin de comprender muchas de las solemnes exhortaciones del Nuevo Testamento hemos de recordar que es posible que una persona sea muy *"iluminada"*, muy *"convencida"* de la verdad del Evangelio, muy entusiasta al hablar del Mensaje, sin haber llegado jamás a la entrega de su ser al Salvador. Por eso Pablo exhorta a los miembros de una comunidad cristiana: *"Examinaos a vosotros mismos si estáis en fe; probaos a vosotros mismos"* **(2 Co 13:5)**. De la esfera de la profesión cristiana salen los apóstatas, de los cuales el Señor dirá: *"Nunca os he conocido"* **(Mt 7:21-23)**.

3. La fe en la Epístola a los Hebreos. Nuestra definición de la fe no sería completa sin una mención de las grandes declaraciones sobre ella que hallamos en **(He 11:1,3,6)**: *"Es, pues, la fe la sustancia (realización) de cosas que se esperan, la demostración de cosas que no se ven... Por la fe entendemos haber sido constituidos los siglos (el universo) por la palabra de Dios, de modo que lo que se ve no ha sido hecho de cosas visibles... Pero sin fe es imposible agradar a Dios; porque es necesario que el que se acerca a Dios crea que le hay, y que es galardonador de los que le buscan"*. Después el autor inspirado presenta una serie de *"cuadros"* que retratan a varios hombres y mujeres fieles del Antiguo Testamento en momentos críticos de su vida, cuando, habiendo percibido la

visión celestial, echaron mano a las promesas de Dios, despreciando lo material y lo temporal con tal de proseguir hacia la meta que Dios les había propuesto: aquella *“ciudad que tiene los fundamentos, cuyo arquitecto y constructor es Dios”* **(He 11:10)**. No hay nada en estas definiciones que no concuerde con la definición de la fe salvadora que hemos adelantado, sino sólo un énfasis distinto que aplica el concepto a la vida de los fieles cuya comprensión de lo que Dios iba revelando fue tan completa que determinó todas sus decisiones y sus empresas durante su peregrinación aquí. Tal fe no existe aparte de la revelación que Dios da de sí mismo, a la que da sustancia, frente a los misterios de la creación, bajo las providencias de Dios, en el desarrollo de sus propósitos divinos, y también en cuanto a la esperanza del galardón eterno.

La fe en el Antiguo Testamento

Acabamos de ver que el autor de la Epístola a los Hebreos busca sus ilustraciones de la *“fe en acción”* en las vidas de los santos del Antiguo Testamento. Parecidamente, Pablo, al rechazar la posibilidad de una *“justicia legal”*, insiste en que la verdadera justicia, como don de Dios, había sido manifestada *“en la Ley (Torah = Pentateuco) y en los Profetas”* **(Ro 3:21)**, afirmando que la esencia de su doctrina se hallaba en la experiencia de Abraham, David y Habacuc, representando éstos, sin duda, a todos los fieles que Dios había bendecido en tiempos antiguos **(Ro 1:17) (Ro 4:1-25) (Ga 3:6-18)**. El capítulo 4 de Romanos expone magistralmente el concepto de la fe en la vida de Abraham, quien no sólo *“creyó a Dios”* para que le fuese imputado la justicia, sino que llegó a la plena convicción de que Dios *“da vida a los muertos y llama las cosas que no son como las que son”*, convirtiendo la mayor imposibilidad en la base de sus propósitos **(Ro 4:7)**.

Si es cierto, como hemos visto en estudios anteriores, que la gracia de Dios estaba siempre en operación, no pasando el régimen de la Ley de ser más que un paréntesis disciplinario, también ha de ser cierto que los santos que Dios bendecía eran hombres de fe, quienes se relacionaban con Dios, no por los esfuerzos legales y rituales, sino por su rendida confianza en el Dios de Abraham, Isaac y Jacob. Desde luego, el hecho fundamental de su fe no obstaba para que manifestasen su sumisión por una pronta obediencia a la palabra del Señor.

Como siempre, hemos de recurrir a los Salmos para comprender las experiencias subjetivas de los santos del Antiguo Testamento, y todo lector de ellos sabe cómo abundan las expresiones de confianza en Dios, conocido por su Palabra y sus obras, a pesar de circunstancias difíciles y la oposición de los malos. David se deleitaba en el cuidado del Buen Pastor, en pensar en Dios como un *“refugio”*, *“fortaleza”* y *“escudo”*, donde hallaba protección y seguridad en medio de toda clase de males, fuesen temporales o espirituales. *“Confiar en Dios”* y *“esperar en Dios”* son expresiones que equivalen a la *“fe”* de entrega y de confianza que hemos visto en el Nuevo Testamento, de modo que no hemos de permitir que ideas superficiales sobre el régimen legal del Antiguo Testamento introduzcan confusiones sobre las normas fundamentales y permanentes que siempre han ordenado las relaciones entre Dios y el alma fiel, ya que es siempre Dios quien en gracia bendice al alma sumisa que confía en él **(Sal 32:1-7) (Sal 34:18,22) (Sal 37:1-7) (Sal 40:4) (Sal 52:8) (Sal 57:1)**.

La “fe” y la predicación del Evangelio

La fe no es *“una virtud teológica”* según la definición de los diccionarios, pues en sí no es meritoria y sólo puede existir cuando quien la ejerce ha confesado su propia falta de todo

mérito delante de Dios, viendo que la potencia salvadora se halla sólo en Cristo y su Obra.

La responsabilidad del predicador del Evangelio es la de señalar clarísimamente la obra de Dios en Cristo, recalcando el significado de la Cruz y la Resurrección. La fe ha de descansar en este firme fundamento, y no en otro, descartándose todo intento de lograr profesiones por apelar a los sentimientos humanos. Es cierto que *"el que cree en el Hijo tiene vida eterna"*, pero antes de asegurar a un alma que profesa creer, que en efecto *"tiene vida eterna"*, es necesario tener en cuenta la definición de la fe salvadora que hemos adelantado arriba, no para poner dificultades en el camino de almas sencillas, sino para evitar fáciles presunciones de parte de personas que están de acuerdo con todo, sin haberse sometido a Dios, rindiéndole su voluntad.

La fe en la vida del creyente

"Permanecen" la fe, la esperanza y el amor como factores esenciales en la vida del creyente **(1 Co 13:13)**, y tanto es así que *"todo lo que no es de fe, es pecado"* **(Ro 14:23)**. La fe que nos salvó es también la fe que mantiene contacto con Dios, quien sólo es la *"dinamo"* de donde surgen todas las energías y fuerzas espirituales. La fe que descansa en Cristo para la salvación es, pues, la que también obra por medio del amor en el servicio cristiano **(Ga 5:6)**. Por eso Pablo pudo recordar con gozo *"la obra de fe, el trabajo de amor y la paciencia de la esperanza"* de los tesalonicenses **(1 Ts 1:3)**. Hemos notado algunas de las características de las *"obras espirituales"* arriba, y aquí sólo volvemos a insistir en que toda obra espiritual ha de ser necesariamente obra de fe, unida a la oración, que es nuestra comunicación con Dios. Cada hijo de Dios debe ser también *"obrero"*, según el ejemplo del Maestro, clamando a Dios para que El *"colme todo propósito de bondad y toda obra de fe con potencia"* **(2 Ts 1:11)**.

Temas para meditar y recapacitar

1. Muchas veces se dice que la gracia es "un favor inmerecido". Admitiendo la verdad parcial de esta definición, discurra sobre la gracia divina en sentido más amplio, ilustrando su operación en a) el éxodo de Israel de Egipto; b) la conversión de Saulo de Tarso.
2. ¿Qué valor tienen las obras humanas que se efectúan sin el auxilio del Espíritu Santo? Clasifique algunas de ellas según los términos que hallamos en la Biblia y a la luz de lo que ha aprendido en la lección.
3. Discurra sobre la fe de los santos del Antiguo Testamento con referencia a Abraham, David (en los Salmos) y el capítulo 11 de Hebreos.
4. A la luz de los dos últimos estudios dé una contestación a las siguientes preguntas: a) ¿Se salvaron almas antes de la venida de Cristo y la obra de la Cruz? B) Caso de que había tales almas salvadas, ¿por cuáles medios fueron salvas?

El reino de Dios y la Iglesia (1 parte)

Conceptos generales

Un reino es una esfera sujeta a la autoridad de un rey, quien impone sobre ella y sus habitantes su ley, y establece el orden de su vida. En los reinos de los hombres la autoridad del monarca soberano (hombre al fin) es limitada de diversas maneras, tanto por sus propias flaquezas como por las teorías políticas en boga, y el orden que establece no deja de ser defectuoso, obrando a veces en bien de los súbditos, y a veces en perjuicio de ellos. Al elevarnos al concepto del Reino de Dios dejamos atrás toda clase de imperfección, y consideramos al Creador, al Eterno, al Omnipotente, al Todo-sabio como quien dirige cuanto él mismo ha establecido por la palabra de su boca, afirmando el orden que convenga a todos sus súbditos, quienes hallarán su máximo bien en discernir y acatar su voluntad.

Aparte del misterio del mal en el universo y su entrada en el mundo por la Caída de Adán, el *"Reino de Dios"* no sería tema de enseñanza, sino el hecho más obvio y bendito que pudieran apreciar las inteligencias creadas, quienes hallarían motivo de alabanza y de adoración en todos los aspectos del orden establecido por Dios y acatado gozosamente por todas sus criaturas, fuesen ángeles, hombres u otros seres. Pero por desgracia existe una actividad no divina, y que se lleva a cabo en sentido contrario a la voluntad del Rey eterno y que da lugar aquí abajo al sistema que se llama *"el mundo"* (en sentido peyorativo). La intromisión de este reino rebelde oscurece para los hombres los sencillos postulados de una autoridad única y esencial, coincidente con el ser y la obra del Creador. Por eso es necesario que tratemos tan sublime tema, y que los hijos de Dios procuren no sólo discernir el reino, sino reconocer el orden de su Padre Dios y adelantar sus propósitos hasta la meta del Reino eterno.

Entre fieles cristianos evangélicos el *"Reino"* ha sido tema de no pocas discusiones que se deben, según nuestro parecer, a no apreciar en primer término la amplitud del concepto, y luego al hecho de no recordar que en la vasta esfera del Reino de Dios puede haber muchas "provincias", necesitando el desarrollo de los propósitos del Soberano sus etapas y momentos. En la esfera de la naturaleza se disciernen cierto número de principios básicos que dan lugar luego a una gran diversidad de formas y de actividades, bajo la sabia dirección del Creador. Por ejemplo, la célula microscópica, que forma la base de toda sustancia orgánica, capacitada para dividirse y multiplicarse, puede dar lugar a una variedad casi infinita de formas de vida como testimonian los órganos de todo cuerpo humano, animal y vegetal.

Definición

Como definición podemos decir que el Reino de Dios abarca a todo cuanto se sujeta a la voluntad del Creador, y bien que al momento existen elementos rebeldes, potencialmente se extiende a todas las cosas, ya que todo halló su origen en Dios, y *"de él, y por medio de él, y para él son todas las cosas"* **(Ro 11:36)**. Por la revelación de Dios en Cristo sabemos que el Reino no es mera sujeción a una autoridad divina, sino la manifestación del amor de Dios, quien, por el proceso de redención, establece una esfera de comunión entre sí mismo y los suyos, a quienes llama sus *"hijos"* más que sus súbditos.

La manifestación del Reino

En su manifestación el Reino incluye las misteriosas jerarquías celestiales, algunas de las cuales son ahora rebeldes y otras obedientes, siendo éstos los instrumentos para adelantar el designio de Dios para el Reino eterno **(Sal 103:19-21) (Sal 145:13)**. El Reino se manifestó como tal en el Edén mientras que todo fue sujeto a la voluntad de Dios, pero sufrió la incursión del pecado en la Caída, y el elemento rebelde persiste en la raza humana. Volvió a manifestarse por medio de la obra redentora de Dios cuando se hizo provisión para la salvación de Adán y aquellos de sus hijos que buscasen el rostro de Dios. Por algún tiempo se hallaba asociado con el linaje de Set, hasta que éste también se corrompió. Por fin halló expresión más concreta entre los hombres al ser llamado Abraham, de quien surgió la nación de Israel, separada para Dios como esfera donde pudiera manifestarse su voluntad, pero de hecho eran los fieles de Israel quienes formaban el Reino, y por medio de quienes el Soberano desarrollaba sus designios. Al venir el Mesías, el mismo Rey estuvo presente en medio de los hombres, y no sólo proclamó su Reino, sino que echó su fundamento inconmovible por derrotar el mal en la Cruz.

En el Evangelio se sacó a luz la vida y la inmortalidad, y quedó iluminado todo concepto anterior y parcial del Reino, pero no por eso hemos de pensar que toda manifestación del Reino posterior a la Cruz y la Resurrección ha de ser "monocolor", que es lo que aparentemente deducen los expositores que creen que el testimonio de Israel ha de identificarse necesariamente con el de la Iglesia ahora y en el porvenir, abarcando el término "Iglesia" todo cuanto Dios realizó anteriormente por medio de Israel. Veremos las características de estas dos "provincias" del Reino más abajo, en las etapas que señalan la revelación de Dios. Todo es REINO, desde luego, y todo se basa en la obra de la Cruz por necesidad, ya que allí, y sólo allí, fue derrotado el enemigo al perder sus armas del pecado y de la muerte **(He 2:14-15)**, pero eso no significa el fin de toda "provincia" o "jerarquía" ni tampoco de los tiempos y sazones que están bajo el control del Padre **(Hch 1:7)**. Por tanto, el hecho nuevo y fundamental no puede anular las claras promesas y profecías del Antiguo Testamento, que se dieron por Aquel que todo lo sabía y que todo lo ordenaba desde la Eternidad, sino que manifiesta el medio y la potencia para llevarlas a cabo: el Cordero que fue inmolado desde la fundación del mundo **(Ap 13:8)**.

El Israel verdadero es una manifestación de importancia primordial del Reino de Dios, como también lo es la Iglesia en otra esfera, ahora y en el futuro, y como son las jerarquías de ángeles obedientes. Notaremos las características de estas "provincias" más abajo.

El Reino realizado y el Reino futuro

Si tenemos en cuenta los amplios horizontes del Reino no perderemos el tiempo tampoco en discusiones sobre si el Reino es un concepto espiritual, ya realizado interiormente en la vida de los salvos, o si ha de manifestarse en este suelo en el *"Día de Jehová"* según las múltiples profecías desde Isaías hasta Malaquías, pues el hecho de ser espiritual e interno no impide en manera alguna su manifestación externa en este mundo que Dios creó para su gloria. Se ha citado mucho la contestación que el Señor dio a los fariseos que preguntaron cuándo había de venir el Reino de Dios: *"El Reino de Dios no viene de modo visible (o con manifestación exterior), ni dirán helo aquí o helo allí; porque el reino de Dios entre vosotros (o dentro de vosotros) está"* **(Lc 17:20-21)**. Frente a los fariseos, que rechazaban al Señor porque no establecía un reino político en oposición a los romanos, el Maestro les dio la contestación que necesitaban: el reino ya estaba en medio

de ellos en la persona del Rey, y los humildes de corazón ya entraban en él cual niños por la puerta del arrepentimiento, sin ninguna manifestación que los hombres podían asociar con un Reino. Pero inmediatamente después Cristo dijo a sus discípulos en cuanto a los días del Hijo del Hombre: *"Porque como el relámpago, al fulgurar, resplandece desde una parte del cielo hasta la otra parte, así será el Hijo del Hombre en su día"*. Sigue comparando su venida futura con las catástrofes que pusieron fin tanto a la iniquidad del mundo antediluviano como a la de Sodoma y Gomorra, y añade: *"Del mismo modo será en el día en que el Hijo del Hombre será revelado (manifestado)"* **(Lc 17:22-37)**. Si aplicamos las reglas de una exégesis normal a las muchas referencias en los Evangelios acerca de la futura venida en gloria del Señor para establecer su reino, hemos de admitir no sólo el hecho espiritual en el que participamos, sino también el hecho futuro de la manifestación de la autoridad del Rey sobre la tierra. Son dos de las muchas facetas del gran concepto total del Reino de Dios, y en cuanto a su totalidad hemos de orar *"Venga tu reino. Hágase tu voluntad, como en el Cielo, así también en la tierra"* **(Mt 5:10)**.

El Reino universal y eterno

Este halla hermosa expresión en el Salmo 145 que empieza con la invocación: *"Te ensalzaré, mi Dios, oh Rey, y bendeciré tu nombre por los siglos y eternamente"*. Después de elocuentes alabanzas al contemplar las obras y las providencias de Dios, el salmista declara: *"Tu reino es reino de todos los siglos y tu dominio es de generación en generación"* **(Sal 145:13)**.

Aquí se afirma la verdad fundamental de la realeza eterna y fundamental de Dios frente a todas sus obras, y si bien el pecado y la rebeldía de Satanás y sus secuaces han oscurecido la gloria del Reino en parte, el ojo iluminado del salmista, inspirado por el Espíritu, discierne la realidad eterna del dominio de Dios, quien sigue obrando soberanamente por medio de sus providencias, y en la provisión de la redención, hasta que la gloria del Reino universal sea revelada a todo ser viviente. El salmo 103 es similar en espíritu y expresión, abarcando la visión hasta las huestes celestiales: *"Jehová ha establecido su trono en los cielos, y su reino domina sobre todos. ¡Bendecid a Jehová, vosotros sus ángeles, poderosos en fuerza, que ejecutáis sus mandatos, escuchando la voz de su palabra! ¡Bendecid a Jehová, todos sus ejércitos, ministros suyos, que hacéis su voluntad! ¡Bendecid a Jehová, todas sus obras en todos los lugares de su señorío! ¡Bendecid, oh alma mía, a Jehová!"* **(Sal 103:19-22)**. Es hermosa la manera en que el salmista, al principio y al final de su canto, se coloca personalmente delante del Rey de los siglos como agradecido adorador y servidor. Compárese con **(Sal 92:8) (Sal 93)**.

Daniel recibió luz sobre el señorío de Dios en la época en que el reino visible establecido en Israel había dejado de ser por la destrucción de Jerusalén, y que dio fin por entonces a la dinastía de David. El instrumento en las manos de Dios para el castigo de la nación infiel había sido Nabucodonosor, cuyo poderoso imperio inició los *"tiempos de los gentiles"*; pero precisamente frente a este orgulloso monarca, Daniel declaró y reiteró: *"El Altísimo se enseñorea del reino de los hombres, y a quien él quiere lo da"* **(Dn 4:17,25,32,34-35)**. La manifestación visible del Trono y del Templo en Jerusalén había cesado, pero el Reino eterno seguía igual, manifestándose el señorío del Omnipotente detrás de todo otro poder. Los reinos de este mundo no pueden zafarse del dominio final del Omnipotente, por mucho que quisieran.

Hemos de tener en cuenta este hecho del reino universal de Dios, basado en su naturaleza, su omnipotencia, su acto creador y sus providencias, al considerar los demás aspectos del reino que se notan en las Escrituras, pues no sufre alteración en ningún momento. El salmo 2 insiste en el mismo hecho en relación con el reino mesiánico.

El reino de tinieblas

La autoridad usurpada de Satanás se llama *“la potestad de las tinieblas”* en **(Col 1:13)**, y se contrasta con el *“reino del amado Hijo”*. No nos es permitido investigar el origen de este reino satánico, de tinieblas morales y espirituales, que se atreve a enfrentarse con el Trono de Dios; pero las Escrituras revelan el hecho de su existencia que por desgracia se comprueba ampliamente en la experiencia de los hombres. Podemos notar los hechos siguientes: a) Satanás se llama *“el príncipe de este mundo”* por ser la potencia que “maneja” los poderes de los reinos humanos en lo que tienen de orgullo, afán de dominio, de carnalidad y de rebelión contra Dios; lo que no impide que, desde otro punto de vista, sean instrumentos para mantener el orden y que, a pesar suyo, sirvan los designios de la providencia divina. Cuando Satanás ofreció a Jesús *“los reinos del mundo y la gloria de ellos”* a cambio de un acto de homenaje **(Mt 4:8-10)** brindó lo que era suyo en esta parte limitada de la autoridad satánica en el reino de las tinieblas, como en **(Hch 26:18)**. b) Satanás se llama también *“el príncipe de la potestad del aire”*, que obra en los hijos de desobediencia por medios espirituales y dirige las operaciones de jerarquías de espíritus malignos que están a sus órdenes y luchan contra los soldados de Cristo **(Ef 2:2) (Ef 6:10-13)**. Se indica una esfera de operación por encima del mundo, pero con influencia sobre sus habitantes. De esta esfera será echado Satanás con sus secuaces en el curso del Día de Jehová **(Ap 12:7-12)**. El mismo pasaje enseña que jerarquías celestiales, *“Miguel y sus ángeles”*, hacen guerra contra las huestes satánicas. c) El sistema satánico que el enemigo estableció en la sociedad humana como resultado de su victoria sobre Adán se llama *“mundo”* cuando este término se usa en sentido malo. Sus principios son el egoísmo humano, el instinto de rebeldía, el afán del dominio personal y colectivo, la envidia, los celos, la violencia, etc. Este sistema “anti-Dios”, que actúa en la esfera social, nacional e internacional, corresponde a la carne en el hombre caído. d) Las Escrituras enseñan claramente que este reino de las tinieblas llegará a su apogeo cuando Satanás haga surgir su *“Anticristo”*, quien se hará rey y dios de los hombres que no han querido someterse al Cristo de Dios, pero el breve éxito de esta atrevida rebelión se cortará por la intervención de Cristo, quien establecerá su reino y destruirá toda oposición **(2 Ts 2:3-12) (1 Jn 2:18) (Dn 7:23-25) (Dn 9:26-27) (Ap 13-20)**.

Los siglos

El Reino que es eterno desde el punto de vista de Dios, ha de ser experimentado por las criaturas a través de *“siglos”*, o divisiones de tiempo (que no han de confundirse con el período de unos años), según el orden de Dios. Tan estrecha es la relación entre lo creado y las épocas de su desarrollo, que el escritor de Hebreos dice: *“Por fe entendemos que los siglos han sido constituidos por la palabra de Dios, de manera que lo que se ve no fue hecho de cosas que aparecen”* **(He 11:3)**. Cada siglo corresponde a una etapa de la obra de Dios, y lleva su signo especial, y hasta la nueva creación plenamente manifestada se llama *“los siglos de los siglos”*, ya que Dios llevará adelante sus designios de variedad sin límite para siempre jamás. Los salvos no serán “divinizados” ni “eternos”, sino hombres glorificados reflejando la semejanza de Cristo, con necesidad de *“siglos”* para poder experimentar las bendiciones de Dios. El *“siglo”* que se halla manchado por el pecado adquiere caracteres malos, operando el tiempo para destruir aquello que no se relaciona con la vida de Dios, llegando a ser *“este siglo”* algo análogo al *“mundo”* **(1 Jn 2:15-17) (Ga 1:4) (2 Ti 4:10)**.

El reino manifestado en Israel

La formación del pueblo y el llamamiento de Abraham

El juicio del diluvio había sido una amonestación de Dios a la raza como tal, pero los descendientes de Noé no hicieron caso, y su designio al planear la ciudad y torre de Babel fue un reto arrogante lanzado al rostro del Soberano **(Gn 11:1-9)**. Algún conocimiento de Dios persistía entre los hijos de Sem, pero en general el proceso degenerativo antediluviano se iba repitiendo después, según el análisis de Pablo en **(Ro 1:18-32)**. Poquísimo hubo de un "reino de Dios en manifestación" al multiplicarse las familias de Noé según las indicaciones del capítulo 10 del Génesis. De la masa degenerada, pues, fue preciso "cortar" un sector donde Dios había de manifestarse y reinar, no sólo en el sentido de su reino universal que jamás se interrumpe, sino como algo visible, que fuese su testimonio delante de los hombres, y su medio de vencer el movimiento rebelde y echar los cimientos de la redención y de la victoria final. Primeramente escogió Dios a un hombre, Abraham, quien recibió su visión con fe, llegando a conocer a Dios por medio de una serie de lecciones y disciplinas, y con quien Dios estableció su pacto. Este pacto garantizaba bendiciones personales, la multiplicación de su simiente, la posesión de la Tierra de Promisión, y la protección de la raza contra sus enemigos, y por fin la bendición de todas las familias de la tierra por medio de ella. Todo se confirmó por la señal de la circuncisión (señal de separación), de modo que los hijos de la promesa se sentían apartados de las naciones. Andando el tiempo esta separación dio lugar al orgullo carnal en la mayoría de los israelitas, pero fue esencial como medio de establecer un reino de Dios en medio de los hombres. Posteriormente el cautiverio de los israelitas en Egipto, el Exodo, la legislación de Sinaí y la conquista de Canaán completaba la formación y la separación de un pueblo escogido bajo el gobierno directo de Dios: no por ser ellos más que otros, sino en cumplimiento del designio de Dios para la bendición de todos **(Dt 4:20) (Dt 7:6-8) (Is 56:7)**.

Esta operación se compara a la preparación de una viña, protegida de un cerco, donde Dios plantó una vid que le diera fruto en conformidad con sus propósitos, bien que más tarde el cerco fue roto como castigo por el pecado del pueblo **(Sal 80:8-16) (Is 5:1-7)**.

La teocracia

Dios había de gobernar directamente en su pueblo por medio de las instituciones que él ordenó, y a través de hombres que no habían de ser reyes, sino instrumentos de Dios, quien era Rey en Jesurún **(Dt 33:5)**. Durante la vida de Moisés y Josué, apoyados éstos por fieles ancianos y sacerdotes, la teocracia fue aceptada por todos. Los varios jueces de la época siguiente no tenían derechos dinásticos, sino que eran hombres (y hasta una mujer) levantados por Dios para la solución de las crisis que se sucedían (a causa del pecado del pueblo), y que luego gobernaban durante su vida. La degeneración del sacerdocio evidente en la familia de Elí oscurecía la base de la teocracia directa, y, al final del período de los jueces, Israel, sin sentido de unidad, y cayendo constantemente en el pecado de la idolatría, se hallaba en la mayor confusión y debilidad. En el salmo 78 se traza la degeneración del pueblo hasta que el santuario en Silo tuvo que ser abandonado, y luego Dios mismo actuó para establecerlo en Sión y nombrar a David como pastor de Israel **(Sal 78:56-72)**.

El reino davídico

Los libros de Samuel historian el fin de la teocracia directa, el ungimiento y el fracaso de Saúl como el rey "ideal" según ideas humanas, y luego la elección del verdadero *"pastor de Israel"*, David, cuya casa se establece como dinastía real y perpetua por el pacto

davídico de **(2 S 7:8-16) (1 Cr 17:7-14) (Sal 89)**. Por una parte Dios protesta, por boca de Samuel, que el pueblo le había rechazado a él mismo para que no reinase sobre ellos al pedir un rey **(1 S 8:7-9)** según el patrón de las naciones circundantes, pero por otra parte permite y aun ordena el experimento de Saúl, y luego escoge a David para establecer con él y sus descendientes un pacto incondicional. No hemos de pensar en "contradicciones" sin embargo, sino sólo en el desarrollo de los planes de Dios en las distintas etapas y las disciplinas del pueblo, no variando los designios eternos, sino las circunstancias impuestas por las fluctuaciones del pueblo pecaminoso. Los deseos del pueblo eran de condenar, y señalaron el fracaso de la teocracia directa, pues tan elevado ideal necesitaba un pueblo perceptivo y obediente. Al mismo tiempo el ideal de un Rey perfecto que gobernase al pueblo en justicia, rectitud y amor era también un pensamiento eterno de Dios, quien había entregado todas las cosas en las manos de su Hijo en cuanto a este mundo. El fracaso del pueblo dio lugar a la implantación de una monarquía que fuese a la vez el anticipo y la raíz del reino mesiánico de Cristo, en quien sólo pudo adquirir caracteres eternos. Los libros de las Crónicas, juntamente con el salmo 89 y otros parecidos, enseñan e ilustran el pensamiento de Dios en cuanto al establecimiento del verdadero Trono y Santuario de Sión, que mientras funcionaban normalmente manifestaban de forma visible el principio de autoridad divina a través del Rey escogido, unido con el culto verdadero del Dios único en el Templo diseñado por Dios mismo a través de David. Las Crónicas dejan a un lado los defectos personales de David y Salomón con el fin de presentar este precioso "gráfico" de lo que es Reino y Santuario, anticipando la perfecta autoridad del Rey Sacerdote de tiempos futuros. La parte humana, tanto de los reyes de la dinastía de David, como de los sacerdotes de la familia de Aarón, llegó a su fracaso inevitable, pero el testimonio se había dado en su época, y la esencia divina se confirma en Cristo según el principio de **(2 Co 1:20)**: *"Pues cuantas sean las promesas de Dios, en él está el Sí; por lo cual también mediante él es el Amén para la gloria de Dios"*. El título *"Hijo de David"* llegó a ser reconocidamente mesiánico, según se ve en los Evangelios.

El Reino de Israel después de la destrucción de Jerusalén, 586 a.C.

El débil Sedequías era el último rey de la dinastía davídica, y hemos de tener en cuenta que los judíos que volvieron a Jerusalén y Judea según los relatos de Esdras y Nehemías, como también sus descendientes, se hallaban bajo el dominio de las grandes potencias de Persia, Grecia y Roma, aparte un breve intervalo de independencia bajo los primeros Macabeos, que tampoco tenían derecho legítimo al trono. La época del "segundo templo" (el de Herodes se consideraba como una continuación de aquel que fundara Zorobabel, que corresponde a los años 516 a.C. hasta 70 d.C.) era, en general, de gran debilidad para los judíos en la tierra, y la gran mayoría del pueblo se hallaba disperso formando fuertes núcleos en Alejandría y en las más de las ciudades de alguna importancia comercial desde Persia hasta el Occidente. Por este retorno de algunos se preparó el escenario para la manifestación y la obra redentora del Mesías, y nunca faltaba un *"resto fiel"* que glorificara a Dios en Palestina y fuera de ella, pero no se ve el Reino en manifestación en la tierra durante la época mencionada, y mucho menos después de la destrucción del Templo por Tito en el año 70 de nuestra era.

Es interesante notar, sin embargo, que Dios, como Soberano de su pueblo, y según los movimientos de su providencia, seguía utilizando el instrumento que había creado por el llamamiento de Abraham, ya que la Diáspora (la dispersión) fue medio potente en la preparación del terreno con vistas al Reino de Dios que había de proclamarse en potencia espiritual por el Evangelio. La "nación-reino" no existía, pero la raza escogida cumplía los designios de Dios, por su voluntad y contra su voluntad. a) Extendían el conocimiento de la Palabra de Dios por doquier. Durante el cautiverio babilónico los judíos llegaron a

apreciar mucho más las Escrituras, y recibieron la palabra profética hasta el punto de deshacerse completamente de la idolatría. No habiendo Templo, los judíos se reunían para la lectura de la Ley donde se hallaran, lo que dio lugar a la formación de las sinagogas, espina dorsal desde entonces del judaísmo. Las sinagogas no perdieron su importancia al edificarse el segundo Templo. Muchos gentiles, hastiados de la corrupción del paganismo, acudían a las sinagogas de la Dispersión para escuchar la sana Palabra del Antiguo Testamento, llegando unos a hacerse prosélitos y otros *"temerosos de Dios"*, o sea, hombres que aceptaban la verdad de las Escrituras sin llegar a circuncidarse. Al predicarse el Evangelio por Pablo y sus asociados en tierras gentiles, hallaron terreno abonado para la semilla de la Palabra entre los judíos fieles y temerosos de Dios asociados con las sinagogas. Directa o indirectamente, pues, Israel siempre ha sido medio de extender el conocimiento de Dios, bien que el judaísmo de hoy dista mucho de la teocracia que Jehová plantó entre ellos después del Exodo.

Desde el rechazamiento del Mesías por la parte "oficial" de Israel, rechazamiento confirmado aun después de Pentecostés, el Reino de Dios se manifiesta bajo formas espirituales en la Iglesia, que mantiene el testimonio al Nombre de Dios en la tierra. La raza judaica se ha conservado milagrosamente, sin embargo, a través de los siglos y a pesar de violentos movimientos antisemitas, y vivimos en días cuando más de dos millones de ellos se hallan otra vez en Palestina, habiendo adquirido de nuevo su categoría de nación, y hablando el antiguo hebreo por primera vez desde el cautiverio babilónico, es decir, después de un lapso de dos mil quinientos años. Desde luego esta lengua se ha conservado únicamente en las Escrituras. Este fenómeno lingüístico, único en la historia, ha despertado mucho interés en Israel por el Antiguo Testamento, que podrá ser medio de preparar entre ellos el *"resto fiel"* que nunca faltaba en tiempos antiguos **(Ro 11:1-7)** y que destaca mucho en las profecías de la restauración de Israel **(Mi 4:6-7) (Is 6:13)**.

El porvenir de Israel

En los libros proféticos desde Isaías hasta Malaquías (excepción hecha de Nahum y Jonás) los siervos de Dios se esfuerzan por volver a Israel, el pueblo del pacto, a la obediencia de Jehová, denunciando toda suerte de pecado, con referencia especial a la idolatría, haciendo llamamientos al arrepentimiento, profetizando juicios cercanos y lejanos que culminarán en un período que se llama el Día de Jehová. Pero nunca falta la nota de optimismo, pues una y otra vez señalan la intervención de Jehová a favor de su pueblo después de los juicios por el pecado. La base justa de esta intervención es la obra del Siervo de Jehová que lleva las iniquidades de ellos según Isaías capítulo 53, pero normalmente su liberación se ve como un acto de gracia de acuerdo con su pacto con Abraham **(Mi 7:18-20)**. La justicia, pureza, paz y prosperidad del reino que Dios implantará después de su intervención se contrasta con la injusticia y la fealdad moral de los reinos de Israel antes del cautiverio. No se trata de una docena de citas, sino del tenor general de los libros proféticos. Creemos que estas enseñanzas bíblicas han de aceptarse como todas las demás, y que el mismo proceso exegético ha de aplicarse a ellas como a los otros sectores de las Escrituras. Profecías sobre el primer advenimiento de Cristo se mezclan inextricablemente con otras sobre la futura manifestación gloriosa para la redención de su pueblo, y si se han cumplido literalmente aquéllas, hemos de esperar también el mismo tipo de cumplimiento para éstas. El apóstol Pablo trata precisamente de la posición presente y futura de Israel en Romanos capítulos 9 al 11, y reafirma la constancia de todos los dones y llamamientos de Dios **(Ro 11:28-31)**, habiendo declarado antes que las ramas que fueron cortadas del olivo del reino por su incredulidad, es decir, los judíos de su generación, han de ser injertados de nuevo en el mismo olivo después de terminarse la época de la *"plenitud de los gentiles"*. El endurecimiento de Israel fue parcial

y no total, de modo que por fin todo Israel será salvo y medio de grandes bendiciones para el mundo.

Si el derrumbamiento de la *"pared intermedia de separación"* entre judíos y gentiles en el ámbito de la Iglesia significara que desde Pentecostés en adelante no hay más que una sola esfera de bendición para los hombres, el Apóstol podría haber podido aclarar la posición de Israel en unas cuantas frases declarando que la revelación del *"misterio"* que recibió indicaba que el testimonio de su pueblo y las promesas hechas a Abraham habían de entenderse desde entonces en sentido espiritual en relación con la Iglesia. No lo hace, sin embargo, sino que reafirma las bendiciones especiales de Israel según el principio de elección, notando una época futura de bendición especial después de la *"plenitud de los gentiles"*. Por esta *"plenitud"* hemos de entender el fruto que la Iglesia rinde a Dios en la época de su testimonio en el mundo, que ha sido casi exclusivamente gentil. Hemos de leer Efesios capítulos 2 y 3 a la luz de Romanos capítulos 9 al 11, dando valor real a la inmensa literatura profética, que no ha de "espiritualizarse", "sublimarse" ni "trasmutarse", sino interpretarse en su contexto y conforme a los temas que ocupaban la visión de los profetas inspirados.

Israel ha sido conservado como raza para este destino suyo, pero hay indicios de una época final de tribulación para la nación que hasta ahora persiste en su incredulidad frente a su Mesías. Durante y después de esta época los no endurecidos volverán al Señor, recibirán el perdón de los pecados y la limpieza moral por la *"Fuente"* antes escondida a sus ojos y luego *"abierta ya"*, culminándose el proceso en la visión de quien traspasaron **(Zac 12:10-13:1)**. El resto fiel será el núcleo de la nación renacida y recogida de los extremos de la tierra a la Tierra de Promisión, y entonces se cumplirá plenamente cuanto se prometió a los patriarcas y se confirmó con abundancia de detalle por los profetas.

Este destino futuro de Israel se relaciona estrechamente con el "Reino milenial" que se tratará más abajo.

Cristo y el Reino

1. La proclamación del Reino

Como heraldo del Rey, Juan el Bautista anunció: *"Arrepentíos, porque el reino de los cielos se ha acercado"*, y Cristo confirmó la misma proclamación al iniciar su ministerio en Galilea **(Mt 3:2) (Mt 4:17)**. La presencia del Rey en medio de la provincia rebelde del mundo dio forzosamente otro carácter a la manifestación de la soberanía de Dios, y era urgente que los hombres, súbditos del usurpador, se arrepintiesen, se cambiasen tanto de parecer como de proceder, con el fin de asociarse con el Rey legítimo que se hallaba ya entre ellos. Anteriormente Cristo había rechazado el falso concepto del reino que el diablo le presentó en las tentaciones **(Mt 4:1-11)**.

2. La manifestación del Reino

La proclamación del Reino por el Señor fue seguida por abundancia de obras de poder a favor de toda clase de enfermos y endemoniados **(Mt 23:25)** que tuvieron resonancia en todas las provincias de Palestina. Manifestó la potencia de su reino, por lo tanto, pero de una forma totalmente inesperada de los hombres, obrando a favor de los desvalidos y llevando a cabo una obra de restauración en los cuerpos, mentes y almas de los hombres de fe. He aquí el sentido íntimo de todo milagro que no sólo es obra de potencia (griego = dunamis), sino también una *"señal"*, según el término que siempre emplea el apóstol Juan, que manifiesta tanto el carácter del Rey como la naturaleza de su reino.

Los hijos del reino supieron percibir la gloria de esta preciosa manifestación de poder por la sumisión y la fe, pero los orgullosos, los apegados a sus tradiciones y ambiciones personales y nacionales, como los más de los fariseos y sacerdotes, se airaron contra una potencia que no quisieron comprender, y terminaron por rechazar y crucificar al Rey de gloria.

3. La constitución del Reino

Mateo es sobre todo el evangelista del *"Reino"*, y después de la proclamación y la manifestación que hemos notado ya, agrupa preciosas enseñanzas que en su conjunto debieran llamarse "la constitución del Reino" en vez del "Sermón del Monte" **(Mt 5-7)**. Desde las "Bienaventuranzas" en adelante, los apartados de esta "constitución" señalan principios divinos que operan en el reino y que se oponen diametralmente a las normas del reino de tinieblas. Los aristócratas del Reino de Cristo son los pobres que saben acudir a Dios para ser enriquecidos, los mansos que no quieren mantener sus "derechos" en este mundo, aquellos que lloran afligidos frente a la tragedia del pecado y del dolor, y quienes son perseguidos por su asociación con el Rey que fue rechazado. Estos principios son válidos en toda manifestación del Reino de Dios en medio de los hombres, y no han de relegarse a un reino futuro, a la manera de algunos que exageran los elementos dispensacionales de las Escrituras. En el reino milenial los mansos habrán heredado la tierra, y es ahora cuando son bendecidos por ser mansos, sin pretender nada aquí abajo.

4. La entrada en el Reino

"En verdad os digo, subrayó el Maestro ante sus discípulos, *que si no os volviereis y fuereis como niños, no entraréis en el reino de los cielos"* **(Mt 18:3)**. La entrada en el Reino corresponde a su carácter, que ya hemos notado. El que quiere salir de la esfera de rebeldía ha de deponer todo orgullo, toda pretensión de fuerza propia, para entrar por la puerta baja y estrecha del arrepentimiento, sumisión y fe. El apóstol Juan suele describir la esfera de bendición como *"la vida eterna"* más bien que como Reino, pero en esta parte de la entrada en el Reino recoge palabras del Maestro que coinciden con las que hemos notado en Mateo: *"Si el hombre no naciere de nuevo,* declaró a Nicodemo, *no puede ver el Reino de Dios"* **(Jn 3:3-5)**. En el fondo, como siempre, hemos de entender la obra de la Cruz que satisface la justicia de Dios en orden al pecado, y hace posible que el hombre humilde, el hombre de fe, pase a la nueva esfera donde se acata la voluntad de Dios.

5. El Reino de Dios y el Reino de los Cielos

Sin duda las escuelas dispensacionalistas que procuran distinguir entre estos dos términos se equivocan, ya que se alternan en pasajes análogos en los Evangelios de San Mateo y San Lucas, cuando el Señor debiera haber empleado una sola frase en el arameo que se tradujo por *"Reino de Dios"* en el material utilizado por Lucas, y por *"Reino de los Cielos"* por Mateo. *"Reino de los Cielos"* es una frase indirecta para indicar el *"Reino de Dios"*, toda vez que los judíos solían evitar en lo posible el uso del nombre divino por reverencia. Cuando el hijo pródigo exclama: *"He pecado contra el Cielo"*, todos comprendemos que reconoce su pecado contra Dios, y cuando Daniel insiste en que *"los cielos gobiernan"*, habla del Reino del Omnipotente **(Dn 4:26)**. Con todo, la frase *"Reino de los Cielos"* se asocia más con el *"Reino en misterio"*, por el hecho de ser Mateo el que subraya más este aspecto del tema.

6. El Reino en misterio

Atrás, al hablar del Reino espiritual, citamos la contestación del Señor a los fariseos: *"El reino de Dios no viene con manifestación exterior..., entre vosotros está"*, con referencia a su Persona y los hijos del reino con él asociados. Esta "presencia" del reino en un mundo

que no lo reconoce es el tema de las siete parábolas del capítulo 13 de San Mateo, destacándose la parábola de la cizaña que hace ver que hay hijos del maligno además de hijos del reino aun en el *"Campo"* sembrado por la Palabra. La cizaña pretende ser trigo, pero no lo es, y representa aquellos que habían de profesar aceptar el rey sin pasar por la puerta del arrepentimiento. En el curso de la historia externa de la Iglesia la ordenanza del bautismo, como sello de la fe y vida de los creyentes, había de convertirse en un acto de efectos "mágicos", admitiendo al infante bautizado, o al adulto profesante, en el *"reino de Dios"*, y formándose así una "cristiandad" que es muy diferente de la verdadera Iglesia de Cristo. La separación externa sólo se efectuará en la consumación del siglo, y por la obra judicial y redentora de Dios. Por lo tanto, el reino de los cielos tiene *"sus misterios"* **(Mt 13:11)**, que son secretos revelados por el Espíritu a los hijos del Reino, pero que permanecen escondidos de los ojos de los hijos de este siglo, por mucho que se llamen "cristianos".

"Mi reino no es de este mundo", declaró Cristo ante Pilato **(Jn 18:36)**, que no contradice sus enseñanzas sobre su reino futuro sobre esta tierra, pero indica que su dominio será ejercido desde la Diestra de Dios en este siglo sobre los corazones de los hijos del Reino hasta que se levante para poner a todos sus enemigos por estrado de sus pies.

7. El Reino futuro

El sermón profético **(Mt 24-25) (Mr 13) (Lc 21)** que el Señor pronunció desde lo alto del Monte de los Olivos, y con referencia al curso de este siglo y la suerte de Israel, señala conflictos, guerras, persecuciones, herejías y apostasías, hasta el tiempo de la manifestación del Hijo del Hombre sobre las nubes del cielo en gran poder y gloria **(Mt 24:30)**.

Esta visión apocalíptica continúa en **(Mt 25:31)**, después de las significativas parábolas de las vírgenes fatuas y los mayordomos y sus talentos: *"Cuando el Hijo del Hombre venga en su gloria, y todos los ángeles con él, entonces se sentará sobre el trono de su gloria, y delante de él serán juntadas las naciones..."*. Lógicamente el momento corresponde a la manifestación en gloria del Señor que se describe en **(Ap 19:11-16)**, y el juicio de las naciones prepara el terreno para la inauguración del reino en manifestación que sigue a la destrucción del anticristo y a la sujeción del diablo **(Ap 20:1-6)**. Lo interesante aquí es que notemos la correspondencia entre las profecías de Cristo mismo y las visiones de Juan, ya que existe tanto afán de dar a todo anuncio de un reino futuro en la tierra un sentido irreal y místico.

El Reino de Dios en los Hechos, las epístolas y Apocalipsis

El tema predominante en los Hechos es la operación del Espíritu Santo en la formación de la Iglesia y en la extensión del Evangelio desde Jerusalén hasta los confines de la tierra, pero, según la definición amplia del *"Reino"* que hemos venido notando, esta divina operación con sus magnas consecuencias y ricos frutos pertenece por su misma naturaleza al Reino de Dios. La frase no se halla muchas veces, pero bastantes para hacernos ver que la predicación del Evangelio en nuestra dispensación es también la predicación del Reino de Dios, ya que el establecimiento y desarrollo de la Iglesia es el "corazón" del Reino en cuanto a los hombres.

1. El *"Reino"* en el Prólogo, **(Hch 1:1-11)**

Lucas se cuida bien de enlazar lo que Cristo continuó haciendo por medio de su Espíritu con lo realizado ya durante el ministerio terrenal **(Hch 1:1)**, de modo que menciona los contactos del Señor con los suyos durante los *"cuarenta días"*, y notando una

conversación de gran importancia antes de la Ascensión. Todas las enseñanzas de Cristo en este período tan fructífero para el pensamiento de los apóstoles tenían que ver con el Reino de Dios según **(Hch 1:3)**, y la promesa del bautismo por el Espíritu como algo ya inminente hace cavilar a los discípulos sobre las profecías del Antiguo Testamento que prometían el reino a Israel bajo el Mesías. ¿Cómo se habrían de relacionar los dos acontecimientos? ¿Comprenderían que el Israel infiel, la nación que acababa de crucificar a su Mesías, no podía regir entonces un reino universal? Pero la promesa del Espíritu les recordaba promesas como la de Joel, por lo que meditabundos preguntan: *"¿Vas a restituir el reino a Israel en este tiempo?"*. Lejos de ser la pregunta de hombres torpes, la pregunta fue inevitable, y el resultado de cuanto habían aprendido ya de los labios del Resucitado. Indica claramente que él no había dicho nada que anulara las promesas específicas pactadas y juramentadas con Israel, pero sí iba indicando otras perspectivas y tareas que aún no comprendían bien. La contestación del Señor no es una reprensión, ni podía serlo, ni mucho menos un fallo que anula los *"tiempos y sazones"*. *"No os corresponde a vosotros saber los tiempos o sazones que el Padre ha puesto bajo su sola potestad... más cuando venga el Espíritu Santo sobre vosotros recibiréis poder y seréis mis testigos... hasta lo último de la tierra"* **(Hch 1:6-8)**. El sentido claro de la contestación es que siguen en pie los *"tiempos y sazones"*, pero, como siempre, bajo el control del Padre, quien desarrollará sus designios según el secreto de su voluntad. El Reino se dará a un Israel fiel que habrá recibido ya su Mesías, pero mientras tanto los discípulos tenían otra tarea que cumplir antes de sentarse sobre doce tronos juzgando las doce tribus de Israel **(Mt 19:28)**, que era la de testificar por su Señor en esferas siempre más amplias hasta lo *"último de la tierra"*. Por ahora no entendieron el alcance de su comisión **(Mt 28:19)** y probablemente pensaban en los judíos de la Dispersión, pero poco a poco recibirían luz y guía, y Pedro precisamente tendría el privilegio de usar las *"llaves"* para abrir el reino de los cielos, sobre la base de la obra de la Cruz, primeramente para admitir judíos arrepentidos y luego gentiles que también entrarían por la fe **(Mt 16:19) (Hch 2,10)**.

2. El Reino y la Iglesia

El concepto del Reino en sus varias facetas que propugnó el Maestro pasa íntegramente a las enseñanzas de los Apóstoles. Por la gran Obra del Espíritu Santo en el Día de Pentecostés y en la casa de Cornelio, se formó la Iglesia, cuya doctrina había de exponer el apóstol Pablo. Pero este nuevo concepto no anula ni reemplaza al anterior del Reino de Dios, sino que se encaja perfectamente en el mismo. El Reino tiene provincias celestiales y angelicales; se manifiesta veladamente por medio de las providencias de Dios por encima de los reinos de este mundo; se cumple en la tierra por medio del pueblo elegido, esperándose su consumación en la tierra bajo el reinado del Mesías-Rey; espiritualmente está presente en el corazón de todo creyente; *"en misterio"* existe y se desarrolla en medio de las falsas apariencias de la cristiandad. No debe chocarnos, pues, que tenga una provincia céntrica, el núcleo espiritual más íntimamente unido con la Persona del Rey, que es la Iglesia, cuya función especial se revela por los términos de *"su Cuerpo"* y *"su Esposa"*. Pero inevitablemente cada miembro de la Iglesia es también súbdito del Reino, y si bien conoce al Señor como Esposo, como el Amado, como *"Cabeza"*, también le reconoce como Señor y Rey en todos los aspectos de su vida. Es una insensatez, por lo tanto, enfrentar los términos *"Iglesia"* y *"Reino"*, como si se tratara de conceptos antagónicos. Para quien escribe, el término *"Reino"* es precisamente el que mejor expresa la continuidad de la operación de la gracia de Dios, que enlaza todas las dispensaciones con broche de oro, al par que cree que la Iglesia es algo privativo de esta dispensación, hallando su principio en el Día de Pentecostés, pero armonizada en su ausencia con la bendición que reciben todos los hijos de Dios dentro del Reino, del cual es el núcleo central **(Ef 2:7) (Ef 2:19-3:10) (Ap 21:3,9,24)**.

3. Las referencias al Reino en los Hechos

Véanse **(Hch 1:3,6) (Hch 8:12) (Hch 14:22) (Hch 19:8) (Hch 20:25) (Hch 28:23,31)**. Toda mención, menos **(Hch 1:6)**, equivale a la gran Obra de redención y de reconciliación que Dios lleva adelante por medio de la predicación del Evangelio, por lo que somos trasladados del reino de las tinieblas al Reino de su Hijo amado **(Col 1:13)**, igual si se trata de predicar el Reino de Dios, o de "discutir" acerca del Reino, o si se nota que los creyentes entran en el Reino.

En **(Hch 1:6)** los discípulos, comprendiendo bien por las enseñanzas del Maestro que los sufrimientos del Mesías habían de preceder la gloria, preguntan con mucha naturalidad y buen sentido si, habiéndose cumplido el padecimiento expiatorio, el Reino mesiánico puede ya ser manifestado. Como ya se ha hecho constar en las notas arriba, es un fallo exegético acusar a los discípulos de torpeza por aferrarse aún a un concepto materialista del Reino. Se aferraban a las promesas y designios de Dios ya revelados en el Antiguo Testamento, que es muy otra cosa. El Maestro no les reprendió, sino que volvió a afirmar el desarrollo dé *"tiempos y sazones"*, recordándoles a la vez que sólo al Padre compete ordenarlos y manifestarlos. Mientras tanto, ellos habían de recibir el Espíritu Santo para poder serle testigos según el plan divino para esta dispensación. Reiteramos que no hay incompatibilidad entre las distintas provincias del Reino, pues nada en las Escrituras nos autoriza para pensar que el Reino ha de ser homogéneo y monolítico, pues obviamente ha habido, hay y habrá gran diversidad de esferas dentro de la totalidad del Reino eterno y universal, bajo el Trono de la Majestad en las alturas.

Desde luego todo prospera en las manos del Hijo Rey y, en vista de la extraña manifestación del mal en el universo, todo tendrá por base la Obra del Cordero que fue inmolado desde la fundación del mundo **(Ap 13:8) (1 P 1:20)**.

4. Las referencias al Reino en las Epístolas

Hacemos constar que se menciona el Reino unas dieciocho veces en las Epístolas; algunas veces para señalar la gran consumación y otras para describir la esfera de sumisión y de fe de los creyentes que aceptan a Jesucristo como Salvador y Rey. Estas referencias deben bastar para corregir la idea ultra-dispensacionalista de que hemos de oponer el concepto de *"Iglesia"* al de *"Reino"*. La entrega del misterio de la Iglesia no impedía en manera alguna que Pablo señalara una y otra vez la esfera total, deseando ver su consumación, y considerando su propia obra como la extensión del Reino.

5. Las referencias al Reino en el Apocalipsis

El tema del Apocalipsis es precisamente el triunfo del Reino de luz sobre el de las tinieblas, no sólo en el fuero interno de los salvos, sino en plena manifestación, hasta desembocar finalmente a la consumación descrita en elocuentes términos simbólicos y poéticos en los capítulos 21 y 22. Pero el concepto de los creyentes como un *"reino de sacerdotes"* se mantiene en versículos como **(Ap 1:6)** y **(Ap 5:10)**.

Temas para meditar y recapacitar

1. Discurra sobre el término *"Reino de Dios"*, destacando su manifestación primigenia, su aspecto universal y futuro, contrastándolo con el reino de las tinieblas.
2. Distinga claramente entre la manifestación del Reino en el pueblo de Israel, a través de las distintas épocas de su historia, y su manifestación en la Persona de Cristo y en su Iglesia.

El reino de Dios y la Iglesia (2 parte)

La Iglesia Universal

1. Definición

La palabra griega *"ekklesia"* quiere decir: *"llamado fuera"*, y se aplicaba por los griegos a cualquier asamblea para discusiones, como la de Éfeso **(Hch 19:39)**. En la versión Alejandrina del Antiguo Testamento denotaba la congregación de Israel, como un pueblo *"llamado fuera"* de Egipto para servir a Dios **(Hch 7:38)**. Después del gran anuncio del Señor que consideramos abajo, adquirió un sentido especial, denominando este término al nuevo pueblo espiritual, redimido por la sangre de Cristo, que había de formarse como resultado de la obra de la Cruz, el triunfo de la Resurrección y la venida del Espíritu Santo. La Iglesia no es una organización, obra de la habilidad y de la pericia de los hombres, sino un organismo, o sea: un *"Cuerpo espiritual"*, en el que todos los creyentes en Cristo Jesús están unidos vitalmente los unos con los otros y todos con su *"Cabeza"*, que es Cristo **(Ef 1:22)**.

2. El anuncio del Señor

Después de la *"confesión"* de Pedro acerca del Señor: *"Tú eres el Cristo (el Mesías) el Hijo del Dios Viviente"* (que es la base de toda la obra divina a favor del hombre), fue posible que el Señor anunciara su gran propósito de edificar su Iglesia: no sobre Pedro, aún tan débil y fluctuante, sino sobre la única base de Cristo y de su obra, pero compuesta de Pedro y de todas las demás *"piedras"* que llegasen a poner su confianza en el Unico Salvador **(Mt 16:16-18) (Hch 4:10-12) (Ef 2:20) (1 P 2:3-10)**.

Los santos del Antiguo Testamento tendrán su lugar en el Reino de Dios, y, desde luego, se salvaron anticipadamente por la Obra de la Cruz; pero ya que el Señor anuncia su propósito como aún futuro: *"edificaré"*, hemos de comprender que el principio de la Iglesia, en el sentido pleno de la palabra, tuvo lugar en el día de Pentecostés **(Hch 2)**.

3. La Iglesia en los Evangelios

Como ya se ha indicado, la plenitud de la verdad en cuanto a esta nueva y gloriosa Obra de Dios no pudo revelarse plenamente hasta después de la realización de la Obra de la Cruz, pero, con todo, se hallan indicios de lo que había de ser en las palabras del mismo Señor, que adquirieron nuevo sentido después de su Resurrección de entre los muertos.

Es un Santuario (Juan 2:18-21)

El místico *"Templo"* o *"Santuario"* que se había de levantar en tres días era, en primer término, el cuerpo de resurrección del Señor; pero, en vista de las revelaciones posteriores que fueron dadas a Pablo, podemos comprender que la frase encerraba un doble sentido, y que el *"Templo de su Cuerpo"* se refiere también a su *"Cuerpo místico"*, o sea, el conjunto de todos los fieles en Cristo, donde la gloria del Señor había de manifestarse en la nueva dispensación, de la forma en que se había manifestado anteriormente en el Templo de Salomón.

Es un Rebaño (Juan 10:16)

El versículo citado hace referencia a otras ovejas que el Buen Pastor había de tener en virtud de su muerte, que no pertenecían al *"redil"* de Israel, y que, juntamente con los redimidos de este pueblo, habían de formar un *"rebaño"* que oiría la voz de un solo Pastor.

Nótese la diferencia entre un *“redil”*, que encierra las ovejas mediante un cerco, y un *“rebaño”*, que es un conjunto de ovejas que sigue al Pastor. No estamos sujetos por la fuerza de la Ley, sino que seguimos al Señor por el amor que le tenemos. Esta dulce palabra *“rebaño”* sugiere los conceptos de protección, guía, cuidado y buenos pastos, que se reciben todos de la mano del Pastor.

Es una Vid (Juan 15:1-8)

“Yo soy la Vid Verdadera... Yo soy la Vid y vosotros los pámpanos”, dijo el Señor a los discípulos en la víspera de la Pasión. En el Antiguo Testamento Israel había sido la Vid y la Viña, pero no produjo sino uvas silvestres **(Is 5:1-7)**. Ahora el Señor se manifiesta, y él llevará abundantemente el fruto que Dios requiere. Pero, en su gracia y su amor, asocia consigo a los *“sarmientos”*, para que juntamente sean la *“Vid Verdadera”* que lleva fruto para Dios. Vemos la misma unión orgánica de todas las partes en un todo que se aprecia en el *“Cuerpo”*.

4. El día del nacimiento de la Iglesia

El nuevo organismo pertenece a la Nueva Creación, y no pudo producirse sino después de la muerte y de la resurrección del Señor, quien quitó el pecado y consumó la muerte en su bendita Persona. El Espíritu Santo, al descender conforme a la Promesa del Padre y del Hijo, llenó los rendidos corazones de los redimidos y los unió en un solo lazo vital de vida y de poder **(Ef 4:4)**. Fue una obra única que no necesita repetirse. Después de aquel día, el creyente, sin distinción de raza o de categoría social, es bautizado en un solo cuerpo por el Espíritu al creer **(1 Co 12:13)**.

5. La Iglesia en Los Hechos de los Apóstoles

En un sentido muy real, este libro es la historia del nacimiento y del desarrollo de la Iglesia en sus primeras etapas. Por algún tiempo la iglesia local de Jerusalén coincidía, a los efectos prácticos, con la Iglesia universal, pero después de la persecución dirigida por Saulo empezó a extenderse, para llegar a ser, después de haberse abierto la puerta de la fe a los gentiles **(Hch 10)**, una Iglesia compuesta de los salvos de todo pueblo, tribu y nación. Vemos bastante de la organización de la iglesia local (sencillísima por cierto), pero sobre todo Lucas nos hace ver a la Iglesia toda como portavoz del Evangelio: la Iglesia que dio su testimonio ante un mundo perverso con la eficiencia y el poder que suministraba el Espíritu Santo, quien se manifestaba pujante en medio del pueblo redimido.

6. La Iglesia en la Epístola a los Efesios

La doctrina total sobre la Iglesia universal ha de buscarse en todas las epístolas y en el Apocalipsis, pero el *“misterio”* de este nuevo *“Cuerpo”* formado sobre la base de la Obra de la Cruz, de creyentes de entre los judíos y de los gentiles, se reveló de una forma especial al apóstol Pablo: el que fue llamado por el Señor resucitado y glorificado **(Ef 3:1-9)**. Entre todos sus escritos, es en la Epístola a los Efesios donde desarrolla plenamente el tema de la Iglesia universal, de la manera en que lo referente a la iglesia local se halla principalmente en la primera epístola a los Corintios.

La Iglesia nace de un propósito eterno de Dios (Ef 1: 1-11) (Ef 3:10-11)

Una cuidadosa lectura de los pasajes señalados nos hace ver que los creyentes fueron escogidos por Dios el Padre en relación con Cristo antes de la fundación del mundo, y que esta elección tiene que ver con el propósito de Dios de *“reunir todas las cosas en Cristo en la dispensación del cumplimiento de los tiempos”*. Comparando las maravillosas palabras de **(Ef 2:7)** y **(Ef 3:10)** con el prólogo de la Epístola, se echa de ver que la Iglesia

tiene un lugar preeminente y especial en el plan total de Dios en orden a los hombres. Esto se ilustra en **(Ap 21)**, donde una simbólica representación de la Iglesia glorificada ocupa el centro de la Nueva Creación.

La constitución y la formación de la Iglesia (Ef 2:4-22)

La Iglesia se forma de todos los creyentes, ya que éstos han sido redimidos de una vida de sujeción al *"príncipe de la potestad del aire"* por la misericordia, el amor y la gracia de Dios manifestados en Cristo. En unión con el Señor resucitado han sido elevados a una nueva esfera espiritual: *"los lugares celestiales"*. Con su muerte, el Señor cumplió la ley y realizó los símbolos del régimen preparatorio, de tal forma que tanto los judíos como los gentiles hallan una nueva vida en él, quien les une en un Cuerpo, siendo así *"reconciliados"* y libres de las enemistades anteriores. Esta constitución de la Iglesia se ilustra por medio de los símbolos que se detallan más abajo.

La revelación del "misterio" (Ef 3:1-12)

Como hemos notado arriba, la revelación del *"misterio"* (es decir, una verdad que antes se ignoraba y que ahora se ha manifestado) de la unión de los creyentes judíos y gentiles en un solo Cuerpo espiritual, pertenece plenamente a la nueva dispensación, ya que Pablo declara: *"El cual misterio en los otros siglos no se dio a conocer a los hijos de los hombres como ahora es revelado a sus santos apóstoles y profetas (del Nuevo Testamento) en el Espíritu"* **(Ef 3:5)**. Pablo se destaca entre estos instrumentos de la *"revelación"* **(Ef 3:7-9)** como fiel *"administrador de los misterios de Dios"* y como convenía a su vocación por el Señor resucitado; pero la doctrina se presenta por todos los apóstoles.

7. Los símbolos de la Iglesia en la Epístola a los Efesios

La verdad en cuanto a la Iglesia se presenta y se ilustra por medio de cuatro metáforas, que desarrollan y definen más ampliamente las figuras que ya hemos notado en los Evangelios. Estas metáforas son: el Edificio, el Santuario, el Cuerpo y la Esposa.

El Edificio (Ef 2:19-22)

En el pasaje de referencia el Apóstol acaba de declarar que todos los creyentes, sean judíos o gentiles, tienen entrada al Padre por el Hijo y en el poder del Espíritu para formar un nuevo hogar. Entonces la metáfora sufre una modificación, y el *"hogar"* llega a ser un *"edificio"*, del que los apóstoles y los profetas (del Nuevo Testamento) son las piedras del cimiento, hallando todo su apoyo en la *"principal piedra del ángulo, Jesucristo mismo"* **(Ef 2:20)**. El Señor no sólo es el fundamento, sino también el armazón de este edificio espiritual: *"en el cual, compaginado todo el edificio, va creciendo...; en el cual vosotros también* (los creyentes gentiles de Éfeso y todos los que les han seguido) *sois juntamente edificados, para morada de Dios en Espíritu"* **(Ef 2:21-22)**. Esta figura del edificio aprovecha las profecías del Antiguo Testamento sobre la *"Piedra"* como símbolo mesiánico **(Sal 118:22) (Is 28:16)** y nos hace ver cómo los creyentes, sacados como Pedro de la cantera del mundo, pueden unirse sobre la base de la Persona y la Obra de Cristo, llegando a ser, a pesar de su diversidad como personas, una unidad esencial **(Jn 17:20-23)**, cumpliendo así los propósitos eternos de Dios. Pedro se vale de la misma figura en **(1 P 2:4-10)**: pasaje que se puede considerar como la explicación y el comentario que el Apóstol hace de la declaración del Señor: *"Sobre esta piedra edificaré mi Iglesia"*.

El Santuario (Ef 2:21)

Es natural que un edificio llegue a ser también una morada, pero en este caso el que se digna residir en el Edificio espiritual de la Iglesia no es otro sino Dios mismo, de modo que viene a ser *"un Templo Santo en el Señor"*. La palabra griega traducida por *"Templo"* es *"naos"*, o sea, *"un santuario"*: el Lugar Santísimo del Templo donde la gloria de Dios se manifestaba. Como hicimos notar al comentar **(Jn 2:18-21)**, la Iglesia sustituye el Templo de Salomón como lugar y medio para la manifestación de la gloria de Dios en la tierra. ¡Solemne responsabilidad que recae sobre cada miembro de la Iglesia de ser fiel a su vocación!

El Cuerpo (Ef 1:23) (Ef 2:16) (Ef 4:4-16)

¡He aquí la figura más amplia y completa como designación de la Iglesia universal! Ya no son piedras que se traen y se colocan en un edificio, sino miembros llenos de vitalidad que conjuntamente forman un organismo del cual Cristo es la Cabeza, y el Espíritu Santo es el Agente que articula esa unidad viviente. La figura en el pasaje **(Ef 4:4-16)** surge de la enseñanza que el Apóstol da sobre la divina provisión hecha para la edificación de todos los creyentes por medio de los dones que el Señor ascendido concedió a la Iglesia, y podemos subrayar los siguientes conceptos:

- El Cuerpo es uno e indivisible. Los hombres no crearon esta unidad y no la pueden destruir. La exhortación es que la guardemos en sus manifestaciones por un trato amoroso y humilde con nuestros hermanos.
- Hay una norma de perfección que es *"La medida de la edad de la plenitud de Cristo"*, meta del desarrollo y el crecimiento del Cuerpo **(Ef 4:13)**.
- Para este desarrollo cada *"juntura"*, o sea, cada miembro tiene el deber de suplir algo para el bien de la totalidad del Cuerpo según el don que el Señor haya concedido a cada uno. Se destacan especialmente los grandes dones (Apóstoles, Profetas, Evangelistas, Pastores y Maestros), pero se hace constar que *"a cada uno de nosotros es dada la gracia conforme a la medida del don de Cristo"* **(Ef 4:7,11)**. El que no contribuye al crecimiento y al bienestar del Cuerpo por la humilde administración del don que ha recibido perjudica todo el organismo.

Pablo desarrolla la misma figura con mayor amplitud en **(1 Co 12)**, en relación con la Iglesia local, pero mucho de lo que se dice allí se puede aplicar también a la Iglesia universal.

La Esposa (Ef 5:22-33)

Entre Cristo y su Iglesia, además de la unión vital que se simboliza por el Cuerpo, existe amor mutuo y comunión, que hallan su expresión en la hermosa figura de la Esposa, y en el pasaje señalado se hace un extenso parangón entre las relaciones del marido y la mujer y las de Cristo y la Iglesia: *"Mas yo digo esto con respecto a Cristo y a la Iglesia"* **(Ef 5:32)**. Hemos de comprender que la realidad de la Iglesia, y la de sus benditas relaciones con su Señor, es tan variada y tan rica en matices, que no podía representarse por un solo símbolo, y de ahí nace la sucesión de figuras que estamos meditando. La figura de la *"Esposa"* hace posible presentar el amor mutuo entre ambos, y la obra del *"Esposo"* a favor de la Amada hasta el día de la presentación última **(Ef 5:25-27)**. Esta bendita consumación se halla descrita en **(Ap 19:7-9)**.

La ciudad del Apocalipsis *"La grande ciudad santa de Jerusalén que descendía del Cielo"* **(Ap 21:10)** se identifica con *"la esposa, mujer del Cordero"* **(Ap 21:9)**, y así aprendemos que es una magnífica descripción simbólica de la Iglesia glorificada, centro

de la Nueva Creación. Todo en ella habla de luz, gloria y perfección, y el *"Santuario"*, que fue lugar de la manifestación de la gloria de Dios en la tierra, llega a ser ahora el foco de su resplandeciente luz en la Edad Eterna **(Ap 21:22-23)**. ¡Glorioso destino el de la Iglesia universal!

El ministerio de la Iglesia

La Iglesia universal se manifiesta aquí en la tierra únicamente por medio de la congregación local, y no hay ningún indicio en las Escrituras de grandes organizaciones que agrupen un número considerable de iglesias locales sobre una base nacional o regional, ni mucho menos de denominaciones que se distingan por ciertas prácticas o doctrinas que les sean peculiares. Existían en la edad apostólica y subapostólica fuertes lazos de comunión entre las iglesias de distintas regiones, pero sin que una iglesia pudiera mandar en otra, y sin que una jerarquía eclesiástica operase por medio de principios de subordinación carnal. La Iglesia local tiene su sencilla organización y disciplina, como veremos en la próxima sección, pero es autónoma y responsable únicamente ante su Señor.

El tema del ministerio, por lo tanto, tiene que ver más bien con la Iglesia local, aunque ya hemos visto que el Señor ascendido derramó sus preciosos dones para el beneficio de todo el *"Cuerpo"*. La lista de **(Ef 4:11)** es breve, pero incluye los dones de carácter más universal y más permanente. Es verdad que los *"apóstoles"* no han tenido sucesores; sin embargo, les fue concedido cimentar de tal forma el fundamento de la Iglesia que su obra permanece hasta hoy, especialmente en el canon del Nuevo Testamento que encierra *"la FE una vez dada a los santos"* **(Jud 1:3)**. Los *"profetas"* daban mensajes directos en los primeros tiempos de la Iglesia, pero desde que se terminó el Nuevo Testamento el don es más bien el de declarar lo que el Espíritu Santo ya nos ha dado en la Palabra. Los *"evangelistas"* anuncian ampliamente el mensaje de vida y fundan iglesias que después han de cuidarse por los *"pastores"* y edificarse por los *"maestros"*. Se puede decir que estos últimos dones son los más importantes en nuestros tiempos.

Es importante notar la traducción exacta de este importante versículo, juntamente con el versículo 12: *"Él mismo (el Señor ascendido) dio a unos como apóstoles, a otros como profetas, a otros como evangelistas, a otros como pastores y maestros (enseñadores), a fin de perfeccionar a los santos para una obra de servicio, para edificación del cuerpo de Cristo"*. Todos los expositores reconocen que Pablo presenta la Iglesia "universal", el Cuerpo de Cristo, en la Epístola a los Efesios, de la manera en que detalla las provisiones y el funcionamiento de la Iglesia local en 1 Corintios, de modo que en los versículos señalados se recalca lo más fundamental del ministerio de la Iglesia en sus líneas generales. Es muy importante recordar esta perspectiva, pues existe el peligro de limitar todas las provisiones para el ministerio a la Iglesia local, con olvido del hecho de que ésta existe tan sólo corno reflejo, en un punto geográfico, de la Iglesia universal.

Apóstoles

Su don es fundamental, ya que fueron escogidos y dotados por el Señor para dar testimonio de la verdad en cuanto a la Persona y Obra de Cristo. Los *"Doce"* fueron "apóstoles-testigos" de cuanto Cristo era y lo que realizó desde el bautismo de Juan hasta la Ascensión **(Jn 15:26-27) (Jn 16:12-14) (Hch 1:21-22) (Hch 5:32) (Hch 10:40-41)**. Luego, Pablo fue especialmente comisionado para revelar el *"misterio"* de la Iglesia, además de mucha doctrina que pertenece a esta edad del Espíritu **(Ef 3:1-13)**. Así pudieron echar los cimientos de la Iglesia. Juntamente con los profetas, que en los primeros días recibían y comunicaban *"revelaciones"*, constituyen el fundamento de la

Iglesia, siendo la *“Piedra angular”* y el *“Armazón”* Cristo Jesús mismo **(Ef 2:20-22)**. Su obra de *“revelación”* por la inspiración del Espíritu Santo queda plasmada ahora en los escritos del Nuevo Testamento, y en este sentido no han tenido sucesores ni pueden tenerlos. Pero la palabra *“apóstol”* equivale genéricamente a *“misionero”*, y como los Apóstoles y sus colaboradores proclamaban el Evangelio, fundando y edificando muchas iglesias locales (no todas), en este sentido su labor es ejemplar y sirve de guía para los siervos de Dios de hoy en día.

Profetas

El profeta no era tanto un siervo de Dios que predecía acontecimientos futuros (bien que lo hacía si se presentaba la ocasión aun en el Nuevo Testamento, **(Hch 11:28)**, sino un *“portavoz de Dios”*. Antes de completarse el canon del Nuevo Testamento, los santos necesitaban una clara orientación que sólo pudo llegar por medio de hermanos con el don profético, como vemos en **(1 Co 14:1,5,22,29-33)**. Pero sobre todo tenían que edificar a los santos mediante los oráculos divinos, de modo que nosotros, disponiendo de todas las Sagradas Escrituras, somos edificados y exhortados por el ejercicio de dones fundamentalmente *“proféticos”* concedidos a los siervos de Dios que estudian y meditan la Palabra; estos *“profetas”* exhortan y edifican a los santos por la ayuda del Espíritu Santo sobre la base de la revelación ya totalmente escrita. En este sentido el don permanece, pero el don de entregar *“oráculos”* específicamente inspirados ha finalizado **(1 Co 13:8)**.

Evangelistas

Los Apóstoles eran también *“evangelistas”* en cuanto proclamaban el Evangelio en su plenitud, pero, desde luego, había muchos evangelistas que no eran Apóstoles. Son los adalides del Reino, los heraldos de Cristo crucificado y resucitado, que han recibido el don de dar a conocer el mensaje del Cielo y llamar a los hombres a rendirse a Cristo como Salvador y Señor. No hemos de permitir que conceptos modernos sobre siervos de Dios que parecen estar dotados para llevar almas ya “trabajadas” a decisiones por medio de “campañas”, etc., limiten el significado del hermoso *“don”* de evangelista según se ve en el Nuevo Testamento, pues el Evangelio incluye *“todo el consejo de Dios”*. Juntamente con la proclamación completa del Evangelio, plantaban iglesias y es posible que en muchos casos no se podía distinguir su obra de la de los *“misioneros”*. Timoteo, dotado de una diversidad de dones, tenía que realizar *“la obra de evangelista”* **(2 Ti 4:5)**. Felipe, destacado evangelista, fundó una gran obra en Samaria **(Hch 8) (Hch 21:8)**. Es un don permanente y fundamental, ejercido frente a los hombres inconversos.

Pastores

“Pastores y maestros” se enlazan estrechamente en el texto, pero quizá no hemos de ver en este hecho más que un rasgo de la redacción. Es conveniente de todas formas considerar el don de *“pastores”* aparte, ya que su esfera es más amplia que la de los maestros, bien que las dos funciones se complementan. Una parte esencialísima de su labor era la de *“pastorear”* y *“apacentar”* a las ovejas, cuidándolas y haciendo provisión para su alimentación espiritual. El don de *“pastor”* en el amplio contexto de Efesios capítulo 4 nos hace pensar en algo más que el visiteo de los hermanos de la localidad, con la provisión de la Palabra en las reuniones y clases bíblicas de la congregación. Tengamos en cuenta que muchas iglesias (algunos grupos de creyentes son más bien “iglesias en germen”, faltándoles casi por completo los dones de gobierno, de pastores y de ministerio) necesitan ayuda, guía, orientación, de parte de hermanos capacitados que las tengan sobre el corazón. Si hay *“Ancianos”* el misionero colaborará con ellos, pero si no los hay ha de *“pastorear”* a las iglesias “insuficientes” de tal forma que los haya en el futuro. Tal fue la labor de Tito al visitar las iglesias en Creta, formadas, sí, pero muy

necesitadas de ayuda y de la guía de algún siervo de Dios capacitado para discernir lis dones de gobierno **(Tit 1:5)**. Las muchas visitas a distintas iglesias de Timoteo y de otros colaboradores de los Apóstoles constituían una labor de pastoreo en este sentido general, y su desarrollo es una de las grandes necesidades de las iglesias locales y grupos de creyentes hoy en día. Huelga decir que los misioneros (obreros) que cuidan así de las iglesias han de ser siervos de Dios de buen testimonio, enseñados en la Palabra, que pueden obrar con autoridad espiritual por una parte y con sabiduría y tacto por otra.

Maestros

Son los enseñadores de la Iglesia, que se dedican al estudio de las Escrituras "en profundidad", teniendo el don de aclarar a otros lo que han recibido del Señor por la Palabra. Pablo mismo fue constituido, no sólo predicador y Apóstol, sino también *"maestro"* **(2 Ti 1:11)**. En **(Hch 13:1)** vemos que los guías espirituales de la Iglesia en Antioquía se llamaban *"profetas y maestros"*; compárese con **(1 Co 12:28-29) (1 Ti 2:7) (He 5:12)**. Santiago avisa contra el afán de ser *"muchos maestros"* **(Stg 3:1)**, pero el don en sí es de importancia fundamental. La Biblia ofrece su *"maná"* a todas las almas sinceras que leen y meditan, pero la debida interpretación de sus 66 libros ofrece dificultades y problemas que exigen un estudio detenido, en el que el maestro puede y debe ser de ayuda a otros al par que él mismo sea ayudado por los muchos que le han precedido, evitando así los escollos de errores y herejías que han hecho peligrar el testimonio de la Iglesia en tantas ocasiones. Vivimos en días cuando se multiplican las sectas heréticas, que ganan adeptos entre personas que piensan "conocer las Escrituras", pero que se dejan engañar por textos amañados y sacados fuera de su contexto. Los *"maestros"* deben dar formación bíblica a muchos hermanos que sepan luego discernir y mantener la sana doctrina y que ministren conforme a los oráculos santos, pues sin esta enseñanza especial y difundida, el diablo tiene abiertas muchas puertas por donde sus emisarios podrán presentarse como ángeles de luz, volviéndose luego en lobos que destrozan la grey. Véase el peligro de la Palabra adulterada en **(Hch 20:27-30) (2 Co 4:1-2) (2 Co 11:13-14) (1 Ti 4:1-7)**. La preparación y el trabajo del enseñador se describe en **(1 Ti 4:12-16) (2 Ti 2:2,15) (2 Ti 3:13-17)**.

Los dones de **(Ef 4:11)** no eximen a los miembros del Cuerpo de Cristo de su trabajo según su capacidad, sino que ofrecen la base para el debido funcionamiento de todos, con el fin de que se manifieste en el Cuerpo: estabilidad **(Ef 4:14)**; aumento en verdad y en amor **(Ef 4:15)**; madurez y plenitud que surgen del funcionamiento armonioso y coordinado de todas las *"coyunturas"* **(Ef 4:16)**.

La iglesia local

1. Su historia

Como en el caso de la Iglesia universal, encontramos una referencia a la Iglesia local "en germen" en las palabras del mismo Señor: *"Porque donde están dos o tres congregados en mi Nombre, allí estoy yo en medio de ellos"* **(Mt 18:17-20)**, pero su historia empieza en el día de Pentecostés. La predicación de Pedro fue bendecida de tal manera que tres mil almas se convirtieron al Señor y fueron *"añadidas"* a las ciento veinte que ya habían sido bautizadas por el Espíritu en el aposento alto. Todos estos creyentes se sintieron unidos los unos a los otros, y todos a Cristo, lo que dio por resultado que hicieran vida común, hasta donde fue posible, como una gran "familia" cristiana, perseverando en la doctrina de los Apóstoles y cumpliendo las ordenanzas del Señor **(Hch 2:41-47)**. He aquí, pues, la primera *"Iglesia local"*, que, hasta su dispersión, coincidía prácticamente con la *"Iglesia universal"*, ya que el testimonio no se había extendido fuera de Jerusalén.

Después de la persecución que se levantó a raíz del martirio de Esteban, los creyentes en Jerusalén, en su mayor parte fueron esparcidos; pero lejos de callar el mensaje, *“iban por todas partes anunciando la Palabra”* **(Hch 8:4)**. En los muchos sitios en que el Señor prosperó su testimonio se iban formando grupos de creyentes, que fueron corroborados por visitas de los apóstoles de Jerusalén **(Hch 9:32)**. Por medio de este procedimiento, y dentro de un período relativamente breve, se hallaban *“iglesias locales”* esparcidas por las tres grandes provincias de Palestina. Después de abrirse la puerta de la fe a los gentiles **(Hch 10)**, y siendo llamado y preparado Pablo para su obra apostólica, fue posible que el Evangelio se hiciera extensivo a muchos países del mundo. En el curso de tres grandes expediciones misioneras, Pablo plantó iglesias locales en muchas partes de Siria, Asia Menor y Grecia, según la historia detallada que Lucas nos da en Hechos capítulos 13 al 20. Sin duda, los demás apóstoles llevaron a cabo una obra análoga en otras regiones. Cuando la predicación y la labor de un obrero resultaban en la formación de una iglesia, no quedaban en aquel sitio para pastorear el nuevo rebaño indefinidamente, sino que confiaban en que el Espíritu Santo levantara los dones necesarios en cada grupo, no sólo a los efectos de la vida interna del grupo, sino también con miras a la propagación del mensaje en el distrito circundante. Las iglesias no quedaban abandonadas por eso, sino que los apóstoles o sus delegados volvían de vez en cuando para la enseñanza y la guía de los rebaños, reconociendo al mismo tiempo *“ancianos”* (idénticos con *“obispos”* y *“pastores”*) para el gobierno y el pastoreo permanente de las ovejas. Estos “guías” eran hombres que se habían destacado por su adelanto en las cosas del Señor, siendo reconocidos por su cuidado de la iglesia (Hch 14:21-23) (Hch 20:17-35). A estas iglesias iban dirigidas la mayor parte de las cartas apostólicas que, motivadas por algunas preguntas o por alguna necesidad de los creyentes de aquel tiempo, han llegado a ser “Palabra Inspirada” para todos los tiempos.

2. Su naturaleza

Sólo Dios puede ver la Iglesia universal en toda su extensión por el mundo y por los siglos, pero la iglesia local llega a ser su reflejo y su expresión en un sitio determinado de la tierra. Los *“nacidos de nuevo”* (otros no tienen parte ni suerte en el asunto) son *“bautizados por un Espíritu en un Cuerpo”* **(1 Co 12:13)**, e impulsados por el hecho de formar parte del Cuerpo Místico de Cristo buscan la comunión de otros miembros del mismo Cuerpo, reuniéndose en cualquier edificio conveniente para los efectos de los cultos y de la edificación mutua, según el modelo apostólico **(Ro 16:5) (1 Co 16:19) (Col 4:15) (Flm 1:2)**.

De la forma en que encontramos la enseñanza más completa sobre la Iglesia universal en Efesios, así hallamos las instrucciones detalladas sobre la iglesia local en la primera epístola a los Corintios. Se desprende del estudio de esta epístola que habría un elemento de desorden en la iglesia de Corinto (la cual, por otra parte, era notable por su número, fe y dones) que motivaron las reprensiones y las enseñanzas que nos sirven ahora de preciosa guía. Ya hemos visto la luz que los Hechos arrojan sobre el tema, y, desde luego, hay infinidad de referencias en las epístolas que ponen en foco el cuadro, con referencia especial a las que se mandaron a los Tesalonicenses y a los *“delegados apostólicos”* Timoteo y Tito.

Las figuras de la Iglesia local. Muchas de las enseñanzas sobre la Iglesia universal tienen su aplicación a su expresión localizada, que también se destaca bajo las metáforas de *“edificio”*, *“santuario”* y *“cuerpo”* **(1 Co 3:9-17) (1 Co 12:12-31) (Ro 12:4-5)**. Pero, como es lógico tratándose de grupos “palpables”, compuestos de hombres y mujeres que se reúnen para fines prácticos, en este caso el énfasis recae sobre la responsabilidad de los miembros de la iglesia local, quienes han de dar efectividad a las grandes verdades que se expresan por medio de las figuras. Así cada uno tenía que cuidar de la forma en que se

sobreedificaba encima del único fundamento, Cristo, que Pablo como maestro arquitecto había colocado en Corinto, pues había la triste posibilidad de traer la madera, el heno y la hojarasca de los esfuerzos carnales en lugar del oro, la plata y las piedras preciosas de las obras del Espíritu **(1 Co 3:9-15)**. La totalidad de la iglesia local se llama también *"Templo"* (Santuario), pero en el caso de la iglesia local le toca a cada creyente la responsabilidad de apreciar el carácter sagrado del edificio espiritual, cuidando mucho de no cometer sacrilegio por su mala conducta, su irreverencia o su indisciplina **(1 Co 3:16-17)**. En la figura del Cuerpo sobresale la responsabilidad que toca a cada miembro de cumplir su peculiar función en el organismo, pues el bienestar de todos depende de la contribución espiritual de cada uno conforme al don que haya recibido **(1 Co 12:12-16)**.

3. Su organización y su gobierno

En la iglesia local todo ha de hacerse decentemente y con orden **(1 Co 14:40)**, pero el énfasis del Nuevo Testamento no recae sobre su organización, sino sobre el poder vital del Espíritu, obrando libremente en todos los creyentes. De aquí resulta que la obra es mucho más que el cargo, hasta el punto de que el "cargo" pierde todo su valor si la obra espiritual que realmente se efectúa no corresponde a la posición que el hermano ocupa.

La iglesia local es autónoma

Hay abundantes noticias de los fuertes lazos de comunión y de amor fraternal que unían las iglesias de la edad apostólica y aun sub-apostólica, pero no existe ninguna mención de la subordinación de unas a otras que fuesen más poderosas y más prestigiosas por su número o por su posición geográfica. Asuntos de importancia general podían discutirse para que hubiera mayor luz y guía para todos, pero sin que se estableciera el dominio de ciertas iglesias sobre otras, ni mucho menos el de una jerarquía eclesiástica. Así la cuestión de la circuncisión de los creyentes gentiles se trató entre los ancianos de la iglesia en Jerusalén y los representantes de la de Antioquía, pero no hay el menor indicio de que la iglesia de Antioquía fuese subordinada a la de Jerusalén.

El cuidado de la iglesia está en las manos de los "Ancianos" o "Pastores"

Como se ha destacado ya, cada miembro tiene su responsabilidad especial en relación con la vida total de la iglesia, y ¡dichosa la iglesia que tenga abundancia de "don pastoral" que se manifieste en el tierno cuidado de todos por cada uno! Pero el libro de los Hechos y las Epístolas enseñan claramente que hermanos de madurez espiritual, de criterio y de conocimientos bíblicos, en quienes se manifiesta este don, han de ser *"reconocidos"* **(1 Ts 5:12-13) (He 13:17)**, formando conjuntamente el "Consejo de Ancianos". Al principio los mismos Apóstoles pudieron percibir y dar reconocimiento a estos dones que surgían en el seno de cada iglesia local (y un misionero que funda una iglesia hoy en día ha de hacer igual), pero en las cartas que Pablo escribió a sus colegas Timoteo y Tito, quienes fueron enviados para la guía de las iglesias de Éfeso y de Creta, respectivamente, dio claras instrucciones sobre las calificaciones de estos "guías" para la instrucción de las iglesias a través de los siglos **(1 Ti 3:1-7) (Tit 1:5-9)**. Según indicamos arriba, a estos guías se les llama *"Ancianos"*, en vista de su madurez espiritual (que poco tiene que ver con la edad); *"obispos"* (mejor *"sobreveedores"*), por su obra en vigilar para el bien de la iglesia; *"pastores"*, por el tierno cuidado que han de tener de las ovejas, proveyendo para todas sus necesidades espirituales en el poder del Espíritu. Una comparación de los versículos 17 y 28 del capítulo 20 de los Hechos establece la identidad de *"ancianos"*, *"obispos"* y *"pastores"*, mientras que Pedro pone de manifiesto muy claramente que los *"ancianos"* y los *"pastores"* son las mismas personas **(1 P 5:1-4) (Tit 1:5,7)**. Nunca se habla de un solo *"obispo"* o de un solo *"pastor"* de la iglesia local, ni mucho menos de un *"obispo"* de una

región, pues la jerarquía moderna es una corrupción tardía de la sencillez apostólica, que, a su vez, siguió de cerca el modelo de la sinagoga de los judíos.

4. La labor de los diáconos

La palabra *"diácono"* quiere decir *"siervo"* o *"ministro"*, con referencia a la realización de obras o misiones especiales.

Según este sentido etimológico, el término *"diácono"*, con el verbo correspondiente *"diaconeo"*, se aplica a Cristo mismo, al apóstol Pablo y a varios otros siervos de Dios. Por el hecho de que todo creyente consciente de su vocación es "salvado para servir", es evidente que todos deben ser diáconos en este sentido amplio y general **(1 Ts 1:9-10)**. Pero hay pasajes bíblicos que nos hacen saber que había en las iglesias del primer siglo ciertos hermanos reconocidos como *"diáconos"* a causa de los servicios especiales que prestaban al Señor en la iglesia. El saludo que Pablo dirige a *"los santos en Cristo Jesús que están en Filipos, con los obispos y diáconos"* no tendría sentido si todos los santos se hubiesen llamado *"diáconos"* **(Fil 1:1)**. Sobrarían igualmente las condiciones para el ejercicio del diaconato en **(1 Ti 3:8-13)** si no hubiera tal cosa como diáconos reconocidos. Referencias extra-bíblicas confirman el mismo hecho; algunos, enfatizando demasiado el trabajo administrativo de *"los siete"* en **(Hch 6:1-6)** (que era algo muy especial), piensan que el diácono ha de entenderse solamente en asuntos materiales, pero es más probable que el *"diaconato"* incluía todo servicio especial que no se realizaba por los Ancianos. En nuestros días podemos pensar no sólo en trabajos de tesorería, de administración, etc., sino también en una labor de predicación, de llevar la escuela dominical, de las visitas a los enfermos, etc. Los diáconos sirven al Señor en la potencia del Espíritu Santo, pero han de estar también bajo la guía de los Ancianos, por ser responsables éstos del testimonio total de la iglesia. El diaconato no ha de considerarse como una jerarquía menor, que luego da derecho al "ascenso" al "grado de Anciano", sino como el conjunto de servicios especiales que es conveniente reconocer. Con todo, el fiel diácono *"gana para sí buen grado"*, y a menudo de sus filas salen hermanos que dan evidencia de su capacidad como *"pastores"* de la grey. Hermanas encargadas de servicios especiales en una iglesia pueden ser reconocidas como *"diaconisas"* **(Hch 16:1) (Fil 4:2-3) (1 Ti 3:11)**.

Por lo tanto, hermanos y hermanas que realizan trabajos de importancia frente a la iglesia, y cumplen los requisitos de **(1 Ti 3:8-10)**, deben ser nombrados por los Ancianos y reconocidos por la iglesia como diáconos, para la mejor consecución de sus cometidos especiales. Como es evidente que los ancianos-pastores son los responsables bajo la guía del Señor de todos los aspectos de la vida y testimonio de la iglesia, los diáconos no han de formar un cuerpo aparte, que tome sus propias decisiones, sino que han de coordinar sus trabajos dentro del cuadro general de las actividades de la iglesia por reunirse de vez en cuando con los Ancianos para rendir cuenta de sus obras y para que haya oración unánime y guía concordante en todo el servicio de la congregación. Según sus variados dones y facultades, los diáconos pueden cuidar de los edificios, de ciertos fondos, de la escuela dominical, de asuntos literarios, organizar ocasiones especiales para jóvenes, predicar, llevar cultos en las casas, cuidar de asuntos musicales, visitar enfermos, etcétera, pero coordinando siempre sus trabajos bajo la supervisión de los Ancianos.

Las diaconisas pueden realizar trabajos análogos, siempre que no supongan *"tener dominio sobre el varón"* ni enseñar en la reunión de toda la congregación como tal **(1 Ti 2:12) 1 Co 14:34)**, y es *"de sentido común"* que se dediquen preferentemente a trabajos entre las mujeres, las jóvenes y los niños, bajo la supervisión de los Ancianos, y teniendo en cuenta las costumbres del medio ambiente para no caer en mal testimonio. Las Escrituras hablan de hermanas diaconisas y aun de profetisas **(1 Co 11:5) (Hch 21:9)**,

pero nunca de “ancianas” en el sentido especial del término, ni de “pastoras”, pues no son llamadas al gobierno de la iglesia local.

5. La Iglesia reunida

La reunión para el Partimiento del Pan se efectuaba normalmente el primer día de la semana (día de la Resurrección del Señor y de la inauguración de la Nueva Creación), según se desprende de **(Hch 20:7)**, donde la frase indica la costumbre de reunirse para este fin. No sería fácil que los creyentes del primer siglo se reunieran muchas veces en el día para diversos aspectos de los cultos, y hemos de suponer que, cuando la iglesia *“se reunía en asamblea”* **(1 Co 11:18)**, se celebraba primero el *“Partimiento del Pan”*, que ocupa el primer lugar en las instrucciones de Pablo, y que luego se dedicaban los hermanos a la oración y al ministerio de la Palabra para la edificación de todos, según las normas del capítulo 14. Una cuidadosa lectura de los capítulos 11 al 14 de esta epístola nos enseña que había una gran variedad de dones y de operaciones en la iglesia de Corinto, y que hubo lugar y oportunidad para su ejercicio dentro del buen orden de la iglesia, sin que por eso se tratara de la intervención de todos, con o sin don. En la iglesia local hay libertad para el ejercicio de los dones que el Espíritu concede, y es la responsabilidad de todos el despertar su don especial, pero es un grave error suponer que todos los hermanos reciben el don de ministrar la Palabra en público. Nuestra reunión de evangelización no se ve en el Nuevo Testamento, ya que no es propiamente reunión de la iglesia local, sino sencillamente un medio, entre otros muchos, de anunciar la Palabra de Vida a los inconversos. Estos esfuerzos de evangelización se realizaban más bien en las sinagogas, en las calles y en las plazas en los primeros años de la historia de la Iglesia, y en todo tiempo los evangelistas han de adaptar sus métodos a las circunstancias de su día, siempre dentro de las normas de la Palabra.

El ministerio. La base de todo ministerio, tanto público como privado, se halla en los dones que el Señor ascendido derramó sobre su Iglesia cuando envió la *“Promesa del Padre”* **(Ef 4:7-13) (Ro 12:3-8) (1 P 4:10-11)**. Hemos notado en la sección sobre la Iglesia universal que los dones que se mencionan en Efesios son de alta calidad y de valor permanente. Las listas de los dones en **(1 Co 12)** son más largas y tienen más que ver con las necesidades inmediatas de la iglesia en Corinto. Dones milagrosos como *“sanidades”* y *“lenguas”* se necesitaban como señal de la operación del poder de Dios entre los hombres en los primeros tiempos, cuando aún no se había formado el canon del Nuevo Testamento. Pablo indica la inferioridad del don de *“lenguas”* (misterioso asunto sobre el cual hay gran diversidad de pareceres) al de la edificación y de la profecía, y da clara indicación de que estas ayudas de la *“edad infantil”* de la Iglesia habían de ser anuladas o relegadas a segundo término, al llegar lo que era *“perfecto”*, o sea, la manifestación plena de la voluntad de Dios en el Nuevo Testamento **(1 Co 13:8-11)**. Todo el énfasis se coloca sobre la edificación de los creyentes, fuese por los mensajes de los *“profetas”* o por las enseñanzas y la exhortación basadas en la Palabra. En los primeros tiempos los profetas recibían mensajes directos porque los creyentes no podían apelar a las Escrituras del Nuevo Testamento, pero ahora la misma obra se hace por la exposición de la Palabra revelada.

6. Las ordenanzas de la Iglesia local

El bautismo

La predicación del bautismo formaba una parte integrante del anuncio del Evangelio en los primeros tiempos, y aquellos que confesaban el nombre del Señor eran bautizados en el acto **(Mt 28:19) (Hch 2:37-41) (Hch 8:36-38) (Hch 10:44-48)**. Si el rito inicial se demora en nuestros días es por la dificultad en que nos hallamos de discernir entre la confesión

falsa y la verdadera, y no porque el creyente haya de ganar madurez espiritual para estar en condiciones de bautizarse. Los mejores eruditos, aun muchos de la escuela de los "pedobautistas" (aquellos que "bautizan a niños"), admiten que el bautismo novotestamentario fue por inmersión y bajo confesión de fe, y nos basta seguir las normas de la Palabra en tan importante punto. El significado espiritual del bautismo se expone en clarísimos términos por el Apóstol Pablo en **(Ro 6:1-10)**, por lo que comprendemos que señala la separación del creyente de todo lo antiguo de su vida mundana y pecaminosa, puesto que, a la vista de Dios, murió con Cristo y volvió a resucitar con El, siendo su vida ya *"nueva"* y derivándose de la del Cristo resucitado. Las "costumbres" del cristianismo, que se derivan de la lenta corrupción de las prácticas apostólicas a través de los siglos, han complicado mucho la hermosa sencillez del Nuevo Testamento (aun entre hermanos, por otra parte muy fieles), pero quedan claros los siguientes hechos: El bautismo por inmersión del creyente es un mandato del Señor **(Mt 28:19)**; fue la constante práctica apostólica (véanse referencias arriba), y encierra un profundo significado espiritual cuyo simbolismo puede representarse adecuadamente tan sólo por el descenso del creyente al *"sepulcro"* de las aguas.

La Cena del Señor

Los tres términos: *"El Partimiento del Pan"*, *"La Mesa del Señor"* y la *"Cena del Señor"* indican distintos aspectos del mismo festín que fue instituido por el Señor en la víspera de su Pasión. Aparece el relato en los Evangelios según Mateo, Marcos y Lucas, confirmándose también por una revelación especial que fue dada a Pablo **(1 Co 11:23)**. Es el acto central de la vida y de la adoración de la Iglesia, y no puede descuidarse sin grave peligro de la salud espiritual de la iglesia local. Es, sobre todo, un festín recordatorio en cuanto a la persona del Señor, quien se entregó a sí mismo por nosotros, pero también sirve para *"proclamar su muerte"* como hecho central de la vida de la Iglesia toda; simboliza nuestra comunión (o participación) en todo el significado de su muerte; ilustra la unidad de toda la Iglesia universal en Cristo y anticipa la Venida, en Persona, de nuestro Señor para recogernos **(1 Co 10:16-17) (1 Co 11:22-32)**.

El Agape era un festín de amor fraternal en que la comunión de todos se manifestaba por comer en común, originándose en las espontáneas comidas de casa en casa de **(Hch 2:46)**. Se prestaba a abusos, y el Apóstol Pablo recomendó la separación del ágape (mera institución humana) de la Cena del Señor **(1 Co 11:17-22)**. La idea del "Agape" persiste en el "refrigerio" que tomamos en nuestras "reuniones de iglesia".

7. La disciplina de la Iglesia local

La Iglesia es *"santa"* y es *"de Dios"*, y, por lo tanto, ha de estar libre de pecados manifiestos que son incompatibles con su naturaleza. La predicación de la Palabra, la oración, la Mesa del Señor y la comunión en general son "medios de gracia" que nos ayudan a ordenar nuestra vida en el temor y el amor del Señor. Cuando se pone de manifiesto que un hermano ha caído en una falta, o que esté en peligro de ello, entonces los *"espirituales"* debieran *"restaurar"* al tal en un espíritu de humildad, ya que todos estamos expuestos al peligro de tropezar **(Ga 6:1)**. Queda la triste posibilidad de pecados escandalosos de inmoralidad por parte de un hermano que persiste en prácticas que deshonran al Señor, o en la enseñanza de doctrinas erróneas. En este caso la iglesia local, por medio de sus ancianos, tiene la autoridad de separar el miembro rebelde de la comunión visible de la iglesia, devolviéndole a aquel terreno del mundo donde Satanás es príncipe y señor. Desde luego, la frase *"entregar a Satanás"* no tiene nada que ver con la perdición eterna, pues las cuestiones de la vida o de la muerte eternas están en las manos del Señor. La escena de una solemne *"entrega"* se describe en (1 Co 5:1-13).

Véanse también **(Mt 18:17) (Ro 16:17) (2 Ts 3:6) (1 Ti 1:19-20) (2 Ti 2:17-18) (Tit 3:10-11) (2 Jn 10-11)**. La finalidad de toda disciplina es la restauración del pecador.

8. Membresía de la Iglesia local

Nuestro epígrafe no es bíblico en su forma de expresión, ya que son los verdaderos *"miembros"* del Cuerpo Místico de Cristo quienes han de reunirse en determinado lugar, para formar la Iglesia local, y de todo lo que antecede se desprende fácilmente que el hecho de ser miembro de una iglesia local es totalmente distinto de la mera "adhesión" a una asociación mundana en la que un número de personas hallan intereses en común. Hemos de tomar muy en serio nuestra posición como *"miembros"* del Cuerpo visible de Cristo en la tierra, reconociendo que su salud espiritual depende en parte de nosotros. Recibimos mucho en la iglesia local, pero eso no es lo más importante, pues hemos de preguntarnos: ¿En qué contribuyo yo para el bienestar de todos? ¿Estoy colocando metales preciosos u hojarasca sobre el fundamento de la Iglesia? Habiendo recibido tanto del Señor, ¿cómo puedo demostrar mi gratitud?

Temas para meditar y recapacitar

1. Discurra sobre la distinción entre la Iglesia universal y las iglesias locales. ¿Cuál es la relación entre ambas?
2. ¿Por qué se llama al día de Pentecostés el "día del nacimiento de la Iglesia"? ¿Fue un acontecimiento único que no se repite? Ilustre su contestación con pasajes de los Hechos y de 1 Corintios.
3. Discurra sobre las figuras que emplea Pablo en la Epístola a los Efesios, para ilustrar la naturaleza, la constitución y la función de la Iglesia, tanto en su aspecto universal como local.
4. Señale claramente la importancia de **(Ef 4:11-12)** para el ministerio de la Iglesia, indicando el significado y alcance de cada uno de los cinco dones mencionados.
5. Descríbanse las ordenanzas de la iglesia local y destaque su importancia en la vida de la Iglesia.

La Segunda Venida de Cristo y las últimas cosas

Definiciones

¿Qué es la *"Venida del Señor"*? Dios tiene un interés profundo en la raza que Él ha creado, y, en vista de la ruina causada por el pecado, este interés que es de pura gracia había de manifestarse mediante un Plan de redención que haría posible la salvación y el bienestar de los hombres. Había de haber, pues, una *"primera Venida"* (o *"Advenimiento"*) para solucionar el problema del pecado, y después una *"segunda Venida"* para recoger el fruto de esa obra primera. Dios no ha de dejar que la raza siga su curso como le parezca, que terminaría en una catástrofe de todas formas, sino que se ha revelado en la persona del Dios-Hombre y se revelará a los efectos finales y universales de su Plan de acuerdo a las profecías del Antiguo Testamento. No es siempre fácil distinguir entre la primera y la segunda Venida, y sólo poco a poco se revela que el Cristo, el Mesías, el Dios-Hombre, ha de ser el gran Agente de Dios para llevar a cabo la Obra en todas sus facetas.

Las profecías no cumplidas de las Escrituras pertenecen a aquel ramo de la Dogmática que se llama la "Escatología", o sea, las enseñanzas sobre "las últimas cosas". La segunda venida de Cristo en Persona es "doctrina fundamental", ya que Él mismo dijo con toda claridad: *"Vendré otra vez para recibiros a mí mismo"*, mientras que los ángeles, mensajeros celestiales del Señor, anunciaron a los Apóstoles: *"Este Jesús, que ha sido tomado de vosotros al Cielo, ha de venir de igual modo que le habéis visto ir al Cielo"* **(Hch 1:11)**. Frente a tales versículos, a los que se han de añadir las clarísimas enseñanzas de Pablo en **(1 Ts 4:13-18)**, no comprendemos cómo puede haber creyentes que quisieran "espiritualizar" esta gran verdad, procurando hacer ver que la promesa de la Venida se cumple en la muerte del creyente.

Al mismo tiempo existe una diferencia obvia entre los hechos ya consumados de la Redención y aquéllos que se anuncian para un tiempo futuro. La profecía no se nos da para satisfacer una curiosidad vulgar, ni admite, en sus detalles, un dogmatismo inflexible. Las claras profecías del Antiguo Testamento sobre la muerte del Mesías, se cumplieron literalmente, pero no se entendieron por los Apóstoles antes de la resurrección, a pesar de que el Señor mismo las había subrayado con repetidas enseñanzas sobre la necesidad de su muerte. De igual modo tiene que haber mucho que queda en la penumbra en cuanto a los acontecimientos que han de tener lugar en el futuro, y haremos bien en atenernos al doble propósito fundamental de la profecía: a) el de orientar al creyente en medio de un mundo que va de mal en peor, y b) el de animarle a *"velar y orar"*. La profecía no es precisamente un foco eléctrico para poner en evidencia todo cuanto ha de suceder en el porvenir (lo que nos haría más daño que bien), sino *"un candil que alumbra en lugar oscuro"* **(2 P 1:19)**, de utilidad para que no tropecemos y para que pongamos la mira en la gran consumación que se espera.

Han habido, y todavía existen, muchas "escuelas" de interpretación de la profecía, aun tratándose de amados hermanos que no desean otra cosa sino "exponer" la verdad según la han comprendido tras laboriosos y sinceros estudios de la Palabra. Este hecho debe salvarnos de un excesivo dogmatismo, y nunca debiéramos considerar a un hermano como "hereje" por su modo de entender los escritos proféticos, si es que admite plenamente la verdad bíblica sobre la persona y la obra de Cristo. Adelantamos, pues, el esquema siguiente en un espíritu humilde, creyendo que es el que mejor se amolda a toda la verdad bíblica, pero sin dogmatismos, sin la pretensión de que sea la única manera de entender los Escritos Proféticos. Como el tratamiento detallado de la profecía

sin cumplir no cae de lleno dentro del marco de este Curso, hemos de abreviar muchísimo el bosquejo de este complicado tema.

Las indicaciones del Antiguo Testamento

Todos los escritos proféticos anuncian una época de gloria para Israel, tras un largo período de disciplina por sus pecados, con la inauguración del Reino Milenial, que se asocia con la manifestación del Mesías, o, lo que es lo mismo a la luz del Nuevo Testamento, de Dios mismo **(Is 2:1-5,10) (Is 11:1-11) (Is 40:9-11)**. Daniel, estadista de un imperio gentil, además de israelita piadoso, interpreta la visión de la Gran Imagen que señala a grandes rasgos la sucesión de los imperios gentiles desde la toma de Jerusalén por Nabucodonosor hasta la Segunda Venida de Cristo **(Dn 2:29-45)**. Más tarde recibe la notable profecía sobre su pueblo Israel de las *“Setenta Semanas”* de años, cuyo período comprende desde el edicto de restaurar Jerusalén hasta la muerte del Mesías (69 semanas), quedando una *“semana”* por cumplir, después del paréntesis de la Iglesia, y que es de *“tribulación”* en cuanto a Israel. Esta *“semana”* se relaciona con la *“consumación decretada”* de los propósitos de Dios en orden al mundo e Israel **(Dn 9:24-27)**.

Las Profecías del Señor Jesucristo

Cristo habla de su Venida y de la *“consumación”* desde dos puntos de vista: 1) En el Monte de los Olivos pronuncia su *“Sermón Profético”* que recoge las profecías del Antiguo Testamento (con referencia especial a las de Daniel) y manifiesta que él mismo ha de volver en gloria después de la destrucción de Jerusalén y tras un largo período de apostasía, de guerras y rumores de guerras, de cataclismos terrestres y, por último, de señales astronómicas. Todo parece llegar a una crisis final de tribulación, que no es arriesgado identificar con la última *“semana”* de Daniel. *“Entonces aparecerá la señal del Hijo del Hombre en el Cielo; y entonces se lamentarán todas las tribus de la tierra, y verán al Hijo del Hombre que viene sobre las nubes del cielo, con poder y grande gloria”* **(Mt 24) (Mr 13) (Lc 21:7-36) (Ap 1:7) (2 Ts 1:9-10)**. 2) En el Cenáculo consuela a los suyos con la promesa de su Venida personal: *“Y si me fuere y os aparejare lugar, vendré otra vez para recibiros a Mí mismo; para que, donde yo estoy, vosotros también estéis”* **(Jn 14:1-3)**. Aquí el Señor está preparando la mente y el corazón de los suyos para su vida y su testimonio una vez que el Maestro haya salido de entre ellos, de modo que representan en esta ocasión a la Iglesia, a la que se da la precisa promesa del “recogimiento” al Señor para estar siempre con El.

Las indicaciones de las Epístolas

Hay un número considerable de referencias a la Venida del Señor en las epístolas, casi todas ellas subrayando el aspecto más importante de la Promesa, el efecto moral que ha de tener en la vida del creyente: *“El que tiene esta esperanza en él se purifica como Él también es limpio”* **(1 Jn 3:3)**. Por lo que afecta al “Plan Profético” hemos de acudir a **(1 Co 15:51-57)** con **(1 Ts 4:13-5:1)** y **(2 Ts 1:7-12)**, donde hallamos los dos aspectos de la Venida que ya vimos en las enseñanzas del mismo Señor: 1) La promesa del *“arrebatamiento”* de la Iglesia, en el que los que *“duermen”* precederán a los que *“son transformados”* para ir juntos al encuentro del Señor en el aire. 2) La Venida en gloria para el juicio del mundo impío, que no podrá realizarse antes de la manifestación del Anticristo **(Ap 1:7) (1 Ts 5:1-4)** con **(2 Ts 2:1-4)**, atroz remedo del Cristo de Dios, cuya aparición será la culminación del *“misterio de la iniquidad”*.

El Apocalipsis

Los tres primeros capítulos son de introducción, y las cartas a las siete iglesias indican las variadas condiciones del testimonio de la Iglesia hasta la venida de Cristo. Los capítulos 4 y 5 presentan simbólicamente la sublime escena referente al *“Cordero de Dios”* (es decir, Cristo en la virtud de la consumación de la Obra de expiación), cuando toma el *“Libro”* de los destinos últimos de las naciones y rompe el primer sello. Desde el capítulo 6 en adelante el rompimiento de los sellos, el sonido de las trompetas y el verter de los vasos reiteran los acontecimientos del tiempo de la consumación, o sea, la última *“semana”* de Daniel. Unos paréntesis detallan más el levantamiento y el curso del infame reinado del Anticristo. Como en el Sermón Profético y en 2 Tesalonicenses, este período de angustia termina con la aparición en gloria de Cristo para la derrota de las naciones enemigas en la batalla del Armagedón. El período de los *“mil años”* corresponde al reino de paz y de bendición que tantas veces se detalla en las profecías del Antiguo Testamento. Este “milenio” ha de entenderse de tres maneras: 1) Como el cumplimiento de las muchas promesas a Israel por las que había de ser el centro de un Reino universal de paz y de bendición en la tierra. 2) Como la última prueba de la raza humana, puesto que habiendo vivido bajo óptimas condiciones de gobierno y de prosperidad por mil años, con todo, cuando Satanás será soltado para tentarles de nuevo, volverá a rebelarse una gran parte de los hombres. 3) Como una figura y anticipo de la nueva creación en el estado eterno, que explica el porqué muchas profecías del Antiguo Testamento describen este Reino como eternamente establecido, pues la visión profética pasa a la nueva tierra y los cielos nuevos, que habrán de reemplazar la antigua creación, tan profundamente manchada por el pecado.

En el reino milenial el hombre no dejará de ser el que conocemos y somos, pero el gobierno mesiánico será justo y fuerte, prendiendo la Palabra en muchos corazones. Satanás será *“atado”*, de modo que “lo bueno” tendrá todas las ventajas. Gracias a los justos juicios de Jehová entre las naciones, éstas podrán convertir las armas de guerra en instrumentos de paz, lo que se indica por la expresiva figura de **(Is 2:4)**, de cambiar las espadas en rejas y las lanzas en hoces. Se perderá el triste arte de la guerra, consiguiendo lo que ha sido imposible para la O.N.U.

Los cielos nuevos y la nueva tierra serán la consumación de todos los propósitos de Dios en relación con la creación y con los hombres, y en él los redimidos alcanzarán aquella perfección espiritual, moral e intelectual que Cristo les procuró con su muerte y resurrección. Dios morará en medio de los hombres, y al centro de la Nueva Creación se hallará la Iglesia glorificada que se simboliza por la *“Ciudad”* que Juan vio descender del Cielo **(Ap 19-21)**.

El momento de la venida

Hemos visto que se destacan claramente dos aspectos de la Venida: el que se relaciona con la Iglesia, Cuerpo y Esposa de Cristo, y el que tiene que ver con Israel y con el mundo. Es lógico suponer que el “paréntesis” de la Iglesia se cierra con el recogimiento de la Iglesia según la descripción de **(1 Ts 4)** y **(1 Co 15)**, cuando la luz profética vuelve a enfocarse en Israel, ya restaurado a su tierra en incredulidad. En tal caso, la última *“semana”* de Daniel se ocupa de la tribulación de los judíos, la manifestación del Anticristo (el remedo de Cristo que el diablo presenta al mundo del renovado Imperio romano) para ocupar el trono, y el surgir de la ciudad de *“Babilonia”* que es el sistema de falsa religión que sustituye la Iglesia en el sistema diabólico. Esta breve *“semana”* abarca tanto la manifestación del imperio y de su impío rey con la última forma de *“Babilonia”*, como

también la destrucción de todos estos elementos satánicos, por la manifestación en gloria del Señor de señores. Hay muchos estudiantes de la profecía que creen que la Iglesia habrá de pasar por este período, y que la Venida para recoger a los santos y para juzgar al mundo coinciden. No combatimos dogmáticamente esta interpretación, pero creemos que la esperanza inmediata de la Venida de Cristo por los suyos, con anterioridad a los acontecimientos de la última *"semana"*, se ajusta mejor a la totalidad de la enseñanza bíblica.

El Tribunal de Cristo

Los creyentes no tendrán que comparecer ante el augusto *"Gran Trono Blanco"* que se describe en **(Ap 20:11-15)**, pues es el lugar de juicio de aquellos que mueren en su pecado por no haber aceptado a Cristo como su Salvador **(Jn 8:24)**, mientras que *"ninguna condenación hay para los que están en Cristo Jesús"*. Sin embargo, este hecho no excusa a los cristianos de tener que rendir cuentas a su Maestro en cuanto a su fidelidad en el curso de su vida de servicio aquí, pues todos nosotros somos *"mayordomos"* y *"administradores"* de todo cuanto hayamos recibido del Señor. Este principio se destaca en muchos lugares de las Escrituras, pero se detalla especialmente en **(2 Co 5:9-10) (Ro 14:7-12) (1 Co 3:10-15) (1 Co 4:1-5)**. Cuando Pablo habla del *"Día de Cristo"* o de *"Jesucristo"*, tiene delante este momento de *"manifestación"* que determinará la posición, el servicio y la recompensa de los redimidos para toda la Eternidad **(Fil 1:6) (Fil 2:15-16)**. Se ha de distinguir el *"Día del Señor"*, que es la frase novotestamentaria equivalente al *"Día de Jehová"* del Antiguo Testamento y que se relaciona con el juicio del mundo y el establecimiento del Reino. Si el "programa" que hemos adelantado es correcto, el Tribunal de Cristo se celebrará entre el Recogimiento de la Iglesia y la Venida en gloria: el período que se denomina la *"Parousia"*, o sea, la *"presencia"* del Señor con los suyos. Durante el mismo período tendrán lugar *"las bodas del Cordero"*, cuando la Iglesia, bajo la figura de *"Esposa"*, se presentará a Cristo, y se hallará unida a Él para toda la Eternidad. Vemos por **(Ap 19:7-9)**, que este fausto acontecimiento precede la Venida en gloria **(Ap 19:11-19)**.

Las señales de la venida de Cristo

Muchos creyentes se parecen a los discípulos que preguntaron: *"Dinos, ¿cuándo será esto? ¿y qué señal habrá de tu venida y del fin del siglo?"*. Hemos de tener presente el peligro que antes señalamos: la curiosidad malsana en este asunto. El Señor no reprendió a sus discípulos, pero las *"señales"* del *"Sermón Profético"* consisten principalmente en las características generales del período de su ausencia de ellos, y queda terminantemente prohibido procurar fijar *"el día y la hora"* que el Padre reserva a su solo conocimiento **(Mt 24:36) (Hch 1:7)**. Podemos creer que nos acercamos al fin de esta dispensación por las siguientes razones: 1) El aumento en la frecuencia, la extensión y el poder destructor de las guerras, que amenazan el aniquilamiento de la civilización actual. 2) La extensión universal de la predicación del Evangelio. 3) El retorno de los judíos en incredulidad a su tierra con la adquisición de nacionalidad, una posición que no ha sido la suya desde el tiempo de los Macabeos. Sin duda, la preservación de la raza de Israel para este fin a través de los siglos, y a pesar de determinados esfuerzos para exterminarla, es un asombroso milagro histórico. La *"higuera"*, que antes no llevó fruto, brota otra vez, pues el cielo y la tierra pasarán, mas las palabras del Señor no pasarán. Sin duda, Israel llegará a posesionarse de Jerusalén y de toda Palestina, y será el centro de los acontecimientos tanto durante la última *"semana"* de Daniel (para su dolor), como durante el Milenio (para su gloria y bien). 4) La tendencia a la federación europea, que puede ser el preludio de la

formación del renovado "Imperio Romano". *"¡Velad, pues, porque no sabéis en qué día ha de venir vuestro Señor!"*.

El orden probable de los acontecimientos

1) El retorno de los judíos a Palestina, que ya se ha realizado, les dará por fin la posesión de toda Palestina y Jerusalén, lo que pondrá fin a *"los tiempos de los gentiles"*. 2) En cualquier momento antes o después de la consumación de este proceso, el Señor podrá venir en el aire para recoger a los suyos de la tierra, completando así su Iglesia. 3) Se inaugurará la *"última semana"* de Daniel, durante la cual el Imperio de Roma federado surgirá y se pondrá bajo el poder del Anticristo. Este se aclamará como el "salvador" de los hombres en la gran crisis mundial que atravesarán, y por fin se hará adorar como "dios". Los asuntos religiosos se dirigirán por el *"falso profeta"*, quien guiará los asuntos de *"Babilonia"*: el remedo diabólico de la Jerusalén celestial. Al principio la *"bestia"* favorecerá la nación de Israel y hará un pacto con ella, pero, a la mitad del período, romperá su pacto e iniciará una gran persecución que será el *"tiempo del dolor de Judá"*, o sea, la *"Gran Tribulación"*. Habrá fieles que confiesen a Jesús (quizá íntimamente ligados con el *"Resto Fiel"* de Israel) y muchos padecerán martirio. Desde el Trono, Dios visitará el mundo rebelde e impío con grandes y graves desastres que se simbolizan por los sellos, trompetas y vasos del Apocalipsis. 4) En el cielo el Señor se manifestará a los suyos en la "Parousia" y se celebrarán el Tribunal de Cristo y las Bodas del Cordero. 5) El Señor aparecerá al mundo a la cabeza de los suyos y de las huestes celestiales. Las naciones estarán congregadas alrededor de Jerusalén en un esfuerzo último de dominar a Israel **(Zac 14:3-4)**, pero tendrán que verse con el Señor en la batalla de Armagedón, siendo derrotadas y aniquiladas por la gloria del Cordero. 6) La *"bestia"* y el *"falso profeta"* serán lanzados directamente al Lago de Fuego, mientras que Satanás será preso en el abismo durante el *"Milenio"*. 7) Cristo reinará sobre la tierra, asociando consigo en el gobierno a los fieles que perecieron en la Gran Tribulación **(Jer 30:7) (Dn 12:1) (Mt 24:21) (Ap 7:14)**. Se cumplirán las múltiples profecías de los libros proféticos, pues castigados los rebeldes de Israel, y conservado milagrosamente el *"Resto Fiel"* de esta nación, toda ella se convertirá al Señor, y Palestina será el glorioso centro del Reino terrenal. Es de suponer que la Iglesia, entidad siempre espiritual, gobernará en los *"lugares celestiales"*. 8) Al final del Milenio, Satanás será suelto para la última prueba de los hombres, y levantará a *"Gog y Magog"* tras sí. Su derrota será rápida, y, echado el diablo en el Lago de Fuego, se limpiará todo el universo de todos los elementos perversos en el Gran Trono Blanco, y sólo los redimidos pasarán a habitar el Cielo Nuevo y la Tierra Nueva (es decir, el universo reconstruido según principios nuevos por la mano creadora de Dios para ser la morada apta de los justos **(2 P 3:4-13)**. 9) La iglesia glorificada será el centro de la manifestación de la Luz Divina en el nuevo universo **(Ef 2:7) (Ap 21:9) (Ap 22:5)**.

El destino humano

Se puede decir que el tema del destino humano es el que nos toca más de cerca en la escatología. ¿Qué hemos de ser nosotros? ¿Qué hará Dios con el hombre? El futuro se enlaza con el pasado, y hemos de tener en cuenta que el propósito original de Dios es crear al hombre *"a nuestra imagen, conforme a nuestra semejanza, y enseñoree..."*. Sólo el hombre, entre todas las criaturas aquí abajo, pudo tener comunión con Dios, por tener personalidad, cualidades morales y el libre albedrío. Pareció que todo el plan de Dios quedaba frustrado cuando el hombre, cabeza de la creación, se valió de su libre albedrío para rebelarse contra su Creador, pero el Consejo de la Trinidad no puede quedar sin efecto por la intervención del diablo y la caída del hombre. Por el glorioso misterio de la

Encarnación vino al mundo un hombre celestial en quien Dios pudo deleitarse, y quien pudo, como *“Hijo del Hombre”*, cumplir los altos destinos de la Humanidad **(Sal 8)** con **(He 2:6-9)**. Al llevar en su Persona la responsabilidad legal y moral del hombre ante Dios en la Obra de la expiación, el Dios-Hombre hizo posible que el pecador fuese reconciliado con Dios por medio del arrepentimiento y de la fe, y que, *“recreado”* en Cristo, fuese *“renovado conforme a la imagen del que lo creó”* **(Col 3:10)**. Así que el pensamiento primordial de Dios para con el hombre se realiza en todo aquel que se une a Cristo por la fe: *“Porque a los que antes conoció, también predestinó para que fuesen hechos conformes a la imagen de su Hijo”* **(Ro 8:29)**. La resurrección de los creyentes en la venida del Señor nos dará el *“cuerpo espiritual”*, de nueva constitución, que será el vehículo perfecto del espíritu redimido y recreado en Cristo: *“Y como trajimos la imagen del terreno (Adán), traeremos también la imagen del celestial (Cristo)”* **(1 Co 15:42-54) (Ro 8:30) (Fil 3:20-21) (Col 3:4) (1 Jn 3:2)**.

El desarrollo del “orden” de la resurrección

Necesitaríamos no un párrafo, sino todo un libro para hablar del orden de la resurrección, pues las hipótesis esbozadas sobre el tema dependen en gran parte del sistema de exégesis del comentarista. En 1 Corintios 15 se ven tres etapas **(1 Co 15:23-28)**: el levantamiento de Cristo (que encierra en sí toda la potencia de resurrección a favor de todos); la resurrección de *“los que son de Cristo”* en su venida; y la consumación del proceso en un momento posterior a la segunda fase. La tercera fase de *“consumación”* podría ser más compleja de lo que se da a entender por frases como *“el último día”*, *“el último juicio”*, *“la Segunda Venida”*, etc. Si contrastamos la promesa sencilla y consoladora que el Señor dio a los suyos en el Cenáculo (*“Vendré otra vez y os tomaré a mí mismo”*), con los detalles del Sermón profético sobre el desarrollo de este siglo, culminando en la *“señal del Hijo del Hombre en el Cielo”*, precedido por muchas señales y grandes desastres, nos hallamos, cuando menos, en ambientes enteramente distintos. Ahora bien, el lenguaje de Juan capítulo 14 es análogo al de **(1 Ts 4:13-18)** y **(1 Co 15:50-53)**, mientras que el Sermón profético halla su paralelo en la venida en gloria de **(Ap 19:11-21)**. Una referencia directa a la resurrección se halla al notar la de los mártires del período del Anticristo **(Ap 20:4-6)**, quienes tienen *“parte en la primera resurrección”*. Se dice explícitamente en visión profética que *“los demás de los muertos no volvieron a vivir hasta que se cumplieron mil años”*, y esta resurrección coincide con el juicio del Gran Trono Blanco **(Ap 20:11-15)**, que termina el orden actual del cosmos para introducir *“cielo nuevo y tierra nueva”*. Lo que acabamos de notar en 1 Corintios 15, tomando en cuenta las circunstancias señaladas, no parece coincidir ni con la resurrección de los mártires, ni con la de *“los otros muertos”*, pareciendo más probable que se trata del arrebatamiento de la Iglesia como algo que podrá ser inmediato y que colocará a la Esposa al lado del Esposo antes de desarrollarse los tremendos juicios, victorias y bendiciones del *“Día de Jehová”*: periodo que señala la intervención directa de Dios en los asuntos de esta tierra hasta llegar a la consumación determinada. No insistimos en ninguna hipótesis en especial, pero creemos que es el deber del buen estudiante reunir toda la evidencia posible sobre este tema, procurando librarse de ideas preconcebidas y dando valor real a todo lo revelado, para no caer en el error de los saduceos que ignoraban el alcance de la Palabra y del poder de Dios.

Muchas descripciones del *“Cielo”* insinúan ideas erróneas o, por lo menos, inadecuadas en cuanto a la vida del hombre en el Estado Eterno, pues no se hace distinción entre las figuras que representan la Iglesia glorificada y la gran realidad espiritual que nos espera. Hemos de tener en cuenta que la personalidad del hombre llegará a su perfección a la semejanza del Hombre Perfecto, sin mengua de su carácter distintivo. Disfrutará de una

perfecta visión de Dios en Cristo, mientras que el Nombre de Dios estará en su frente, o sea, la voluntad de Dios gobernará la vida en su totalidad. No será una vida pasiva, ocupada solamente en alabanzas vocales, sino que *"sus siervos le servirán"* **(Ap 22:3-4)**. Todavía habrá servicio que cumplir, pero sin cansancio y sin limitaciones, dentro de la voluntad de Dios y la condición del hombre glorificado. El servicio encomendado a cada cual dependerá de la fidelidad con que administramos *"lo poco"* que hemos recibido en esta vida **(Mt 25:21) (Lc 19:16-17)**. Si tan hermoso es el mundo en parte, y tan sublimes momentos tiene la vida humana aquí, a pesar de los estragos que resultan del pecado, ¿qué no será la vida de los redimidos allí en perfecta unión con Cristo en la Nueva Creación? *"Cosas que ojo no vio, ni oreja oyó, ni han subido en corazón del hombre, son las que Dios ha preparado para aquellos que le aman"* **(1 Co 2:9)**. Hemos hablado del glorioso destino de los redimidos, pero inevitablemente existirá la terrible contrapartida en cuanto a los rebeldes: *"el que no fue hallado escrito en el Libro de la Vida, fue lanzado en el lago de fuego"* **(Ap 20:15)**. Cuando Dios ofreció la Vida a un mundo que había *"muerto"* por causa de su pecado, la ofreció *"en el Hijo"*. El que rechaza la vida eterna en Cristo, queda sin vida, o sea, el estado de muerte espiritual y de separación de Dios se prolonga eternamente. La severidad de la sentencia de cada uno será *"según sus obras"*, con referencia especial a las oportunidades que el pecador haya rechazado.

Temas para meditar y recapacitar

1. Según el "Sermón Profético", ¿cuál será el estado del mundo antes del tiempo del fin? ¿Hay algunas "señales" que puedan indicar que nos aproximamos al fin de este "siglo"?
2. ¿Qué entiende usted por el "Milenio"? Señálense los acontecimientos que inauguran y clausuran este período, y sus características.
3. Comente sobre **(1 Ts 5:23)** con **(1 Co 2:9)** en relación con el tema de "el destino eterno del hombre". Apoye su contestación con otros pasajes del Apocalipsis y otros libros que dan indicios de "cómo hemos de ser".